
MIKEL ALVIRA
YO FUI
GILLES NABARRE
TXERTOA

MIKEL ALVIRA

YO FUI GILLES NABARRE

txertoa



MIKEL ALVIRA

Nacido en Pamplona, en 1969, es un autor a quien su inquietud creativa le ha llevado a trabajar en muy diversos ámbitos, desde las artes plásticas hasta el cine, disciplinas en las que ha realizado exitosas incursiones. Pero ante todo y sobre todo es escritor.

Confiesa que no sabe estar sin escribir, ya sea narrativa, poesía o ensayo. Con *El silencio de las hayas* (2009) despegó su fecunda carrera de autor, que incluye títulos como *Llegará la lluvia* (2011) o *El color de las mareas* (2018). Con *Yo fui Gilles Nabarre* da una vuelta de tuerca a su narrativa, demostrando de nuevo ser un gran contador de historias.

apbreton, 1945. Gilles Nabarre es un muchacho que ha perdido a su padre en una trinchera y a su madre luchando en la Resistencia. Vagabundea entre la escuela y el puerto, sobre todo en este, donde cuenta con el *Literal,* el barco que ha C heredado y que será para él un referente sólido en medio de la orfandad. El *Literal* marcará su niñez, moldeará su carácter y se convertirá en su billete hacia el futuro. A partir de ahí, Gilles repetirá la gesta de los soldados británicos que remontaron el Garona en canoa para sabotear la base de submarinos fascista de Burdeos; colaborará con *National Geographic;* navegará hasta Dinamarca, donde conocerá a Marie, con quien construirá una honesta y subyugante historia de pareja; descubrirá el Bilbao de los años sesenta y cruzará, viendo cómo se desmorona su mundo y surge uno nuevo, la frontera invisible del mar.

Yo fui Gilles Nabarre narra la fascinante vida de un hombre común a quien, sin embargo, todos vieron como un héroe, al tiempo que descifra, mediante los manuscritos de su protagonista, la esencia del ser humano: sus miedos, sus logros, sus pasiones.

Sí, iba a hacer historia. Iba a repetir una misión valerosa de unos hombres valerosos en una época en la que solo lo valeroso era recordado. Eso creía. Operación Frankton. Iba a convertirme en el *gurja* de Aquitania.

Yo fui Gilles Nabarre y esta es mi historia, la historia de un hombre común a quien todos vieron como héroe. No pretendo el reconocimiento porque ni lo merezco ni, de hallarlo, va a llegarme a tiempo. Tampoco la remisión de mis culpas puesto que no las tengo, movido siempre por la buena fe y el criterio, acertado o no, de mis

certidumbres.

Mucho menos hacer un panegírico de mi nombre, ya que los nombres, salvo los de los héroes auténticos, se diluyen en la Historia, perdidos en esa frontera frágil entre lo que realmente sucedió y lo que nosotros creemos que sucedió.

Gilles Nabarre

A Jon Zubeldia.

PARTE PRIMERA

EL GURJA

0

Los vientos, siempre los vientos. Y el mar, siempre el mar. Y el puerto, que es lo mismo que decir el mar doblegado. Y las olas. Y un horizonte siempre desafiante, siempre.

Siempre el horizonte. (…) Siempre las personas. Siempre el salitre y las personas con mirada de salitre. Si llovía. Si templaba. Si pasaba un año y otro. Siempre el mar y siempre la Historia.

Extracto de la LIBRETA-3.

1

os soldados nazis observaban pasmados la escena, como si la pérdida de franceses debido a la furia del océano fuera algo que se escapaba de sus planes, como si odiaran a las olas más que a las personas, como si el mismísimo Hitler se rasgara L las vestiduras al comprobar que, en efecto, Poseidón tenía más poder que él. Fue durante la galerna del veintidós de abril de mil novecientos cuarenta y dos, cuando zozobraron siete barcos a menos de una milla del puerto. Recuerdo el sonido de las campanas en tierra, los gritos de los hombres en el malecón, los llantos de las mujeres y el zumbido infinito de las olas contra las rocas. Y yo, que me crié en los astilleros de la ribera izquierda del río Bourret, descubría aquel día, con solo diez años, que era cierto que el mar tenía más poder que la *Wehrmacht* del Tercer Reich.

Para entonces yo ya había perdido a mi padre. Y a mi madre. Y a los hermanos que nunca tendría. Y a muchos de los padres y madres de mis amigos y a muchos hermanos y a muchos rostros conocidos de Capbreton, mi pueblo. Pero aquel día de galerna, con solo diez años, supe que el mar nunca pregunta, que nunca da tregua y que nunca le duelen sus muertos porque sus muertos, como sus vivos, son parte de la Historia. Los muertos del mar gritan menos que los de la guerra. Los del mar simplemente son eso,

guiñapos a merced del agua, vidas que nacen para él y que con él se habrán de ir. Los de la guerra, sin embargo, no están a merced de las olas sino de la fortuna, que es lo mismo que decir que a merced de los hombres. Y los hombres, a diferencia del mar, sí saben de crueldades.

La crueldad de los hombres se llevó a mi padre en las primeras semanas de la guerra, antes incluso de que la ocupación fuera siquiera una amenaza. En forma de bala, nos contaron. En la Línea Maginot, en junio de mil novecientos cuarenta, nada más empezar la Segunda Guerra Mundial. La bala debió de ser alemana; las órdenes que lo tenían atrincherado, francesas. ¡Qué le importa al cráneo reventado de un soldado la nacionalidad del plomo o el grito de quien manda! ¡Qué importa, en el último aliento, cuando lo cruel sesga la vida, qué bandera se luce en la bocamanga de la guerrera! Fue un hombre bueno mi padre, creo. Trabajador, afable, vitalista; uno de aquellos compatriotas a quienes la contienda les sorprendió escuchando la radio o jugando a la petanca. Tenía las patillas pobladas, los ojos chiquitos y las manos grandes, enormes.

La misma crueldad se llevó a mi madre de la mano de una partida de soldados alemanes, acusada de colaborar con la Resistencia. Era hija de un comerciante francés y una cocinera española que cruzaron la frontera cuando el anarquista Pardiñas mató a Canalejas en la Puerta del Sol de Madrid y toda España parecía hundirse. Por eso mi madre chapurreaba español y me enseñó cuatro frases. La mataron y yo fui un huérfano más.

Me pregunto dónde estará la bala que mató a mi padre, qué fue del fusil, del dedo que apretó aquel gatillo, del ojo que apuntó. Me pregunto si el corazón de quien disparó seguirá latiendo, si sabrá que hay un hombre que un día fue el hijo de aquel soldado abatido. Me pregunto si tendrá sus propios hijos, si llorará, si suplicará, si renegará. Me pregunto si mirará el mar y verá el mismo mar que yo veo. También me pregunto si los hombres que acabaron con mi madre tendrán madres, tendrán mujeres, tendrán hijas a las que acompañarán del brazo hasta el altar en una iglesia de Alemania; si encontrarán en su mar, que tal vez sea el mío, el rostro de quienes mueren sin comprender.

Miro mi barco y disipo mi nublado. No he tenido hijos. No he tenido padres. No he tenido hermanos. Pero he tenido barco. Se llama *Literal* y es un balandro precioso, blanco, con la cubierta de reluciente madera de teca, trabajada por las manos de los carpinteros de ribera de los astilleros de Guipúzcoa. Cuenta con una vela mayor y un génova espléndido y, cuando enfila proa, parece un caballo salvaje apenas apaciguado por las escotas, que son las riendas con las que lo domo. Lo construyeron en mil novecientos treinta y dos, el año que yo nací, y desde su botadura ha conquistado el océano como si, además de estar predestinado a su vaivén, disfrutara realmente con

cada envite de agua. Tiene diez metros de eslora, que son casi treinta y tres pies, con algo más de dos y medio de manga y un calado de algo más de metro y medio, por lo que resulta ágil y estable, rápido y seguro, divertido y fiable. Se accede al interior, a la cámara, por una escalera empinada pero segura con pasamanos; una vez abajo el tambucho dibuja un torrente de luz contra la mesa plegable, junto al mástil insertado en cubierta. Tiene dos bancadas que pueden servir de camastro, aunque yo duermo en la camareta de popa, que es siempre más estable. Una cocina y multitud de cajones y armaritos lo hace práctico.

Su primer dueño fue José Antonio Beorlegi, un empresario de Irun arruinado por el juego a quien su descalabro económico le llevó a perder su empresa, los bienes, la casa y el barco. Su barco, que es

ahora el mío. Su barco, una joya que mi padre, hombre de mar, igual que mi abuelo, consiguió en una subasta sin contrincantes en Fuenterrabía una primavera de mil novecientos treinta y nueve, pocos meses antes de tener que ir al frente. Es lo único que me ha dejado, además del apellido y la ausencia. Era un hombre sencillo que trabajaba de buzo, como su padre, y que solo una vez me sacó en el *Literal*.

Solo una vez, pero recuerdo lo ufano que iba a la caña, lo grave que parecía, mirándome de soslayo para asegurarse de que todo marchaba bien. Al poco llegaría la guerra, su alistamiento y mi orfandad. Hoy miro mi barco y pienso que fue suyo y aunque su rostro se desdibuja con el paso del tiempo, sonrío al imaginarme lo orgulloso que estaría de mí.

Cuando yo sea viejo, Gilles, me dijo, este barco será tuyo; tú lo pilotarás. Acuérdate entonces de una cosa: el mar es inmenso e imprevisible. Ahí está su magia. Inmenso e imprevisible como cualquier ser humano. No te limites nunca, hijo mío. No gimotees ante la adversidad. No te amilanes ante la dificultad. No te confíes frente a la bonanza.

No te acomodes en lo conocido. Y cree. Cree en las personas y cree en ti. Sé inmenso e imprevisible como el mar, chaval.

2

i padre se afeitaba en camiseta, el rostro en una nube de espuma, a veces cantando. Tenía los hombros anchos y los antebrazos velludos, como yo.

Golpeaba con la cuchilla en el borde del lavabo. Tin, tin, tin. El agua corría M desde el grueso grifo. Un espejito minúsculo le era suficiente. He añorado a los dos, a él y a ella, a mi madre y a mi padre, pero mi padre se me ha clavado en el alma, quizá porque era como soy yo ahora. Me observo y lo veo, reconozco en mis gestos los suyos, en mi tez la suya y en mis ojos su forma de mirar. Quizá la Historia sea esto.

3

aldito Nabarre!, me gritaba sujetándose la boina con la mano y amenazándome con la otra, mientras su sotana, enorme y siniestra, raída, ondeaba al viento en las calles de Capbreton. ¡Maldito chiquillo

¡M desobediente! ¡Ya te pillaré de la oreja, ya! ¡No corras, no huyas! ¡Maldito chiquillo! ¡Díscolo!

Viví mi infancia huyendo de las lecciones aburridas del párroco y esquivando el Orfanato de San Lázaro para expósitos y huérfanos de guerra. Fue un tiempo entre pescadores y tejedoras de redes. Dormía a veces en el falucho de Olivier Dupont, quien me daba, por caridad, sopa de pescado y tajadas de bacalao salado. También me propinaba coscorrones con su bastón, el mismo que usaba, a modo de pértiga, para acercar su barquichuela al muro del puerto. Me hablaba siempre con refranes marineros, términos náuticos y referencias a la climatología, me obligaba a leer libros porque decía que sin leer no sería nadie, pese a que yo lo único que quería era aprender a navegar para pilotar algún día el barco de mi padre, y, aunque nunca tuvo el menor asomo de ternura hacia mí, recuerdo sus enseñanzas como una herencia valiosa.

También me refugiaba en la lonja, entre toneles de salmuera y aparejos, o en el carromato del viejo Víctor, entre sacos. Yo era niño, y al viejo Víctor parecía no importarle que un mocoso desarrapado se acurrucara al abrigo de su mercancía. Olía a rancio y esparto, aromas de mi infancia. Cuando hacía frío, volvía a la casa de mis padres, que era mi casa, aunque jamás encendía la chimenea para no dar pistas al párroco de por dónde andaba, consciente de que, tarde o temprano,

empero, nos toparíamos y me tiraría de las orejas. Y no metía ruido ni abría las contraventanas para no llamar la atención de los nazis, que mantenían su ocupación del pueblo sin demasiado entusiasmo pero con férreos criterios: odiaban nuestra lengua, odiaban nuestra música (nos la tenían prohibida) y odiaban los nombres franceses de nuestros barquillos, que nos obligaron a rebautizar. Yo era un niño despierto, sucio y delgado y lo único que alcanzaba a descifrar era que, en efecto, los alemanes nos odiaban, altivos, con su *Hoheitabzeichen* en el pecho, aquella águila prusiana que ellos convirtieron en su símbolo de poder. Luego, vistos de cerca, se me antojaban seres humanos como nosotros, con sus espinillas juveniles, sus rostros rasurados, sus verrugas, sus gestos, sus dolores de estómago y su puntito de congelación en la punta de los dedos las mañanas de invierno.

En más de una ocasión tuve que escapar de las paredes de casa. Y es que las cosas, los objetos, cualquier cachivache, lleva el alma de quien lo ha hecho suyo, y el alma de mi padre, como el de mi madre, tomaba cuerpo en cucharas, relojes, cuadros y sillas.

Una vez se me pasaba el susto, regresaba para ovillarme en un rincón de la cocina, contigua a la cocina de los vecinos, donde aprovechaba que su fuego calentaba los baldosines.

Comencé a navegar en barquichuelas enclenques que los críos del puerto construíamos para pescar entre los buques atracados, para arrancar mejillones de los paramentos herrumbrosos del dique o para salir por el puntal a echar el anzuelo por ver si apañábamos cabrachos rojos. Los nazis nos lo tenían prohibido, pero hacían la vista gorda cuando comprobaban que éramos chiquillos, aunque en más de una ocasión nos gritaban feroces desde el *Gröbe*, un barco-faro que tenían fondeado a la entrada de la ría de Capbreton. Nos creíamos lobos de mar. Íbamos y veníamos con mucha libertad, en ocasiones aprovechando la noche, iluminando la atmósfera negra del mar con un farol de queroseno, y hablábamos de nuestro futuro como si el futuro supiera de nuestras intenciones. Allí estaban, además de Karl Ove el noruego, que ejercía de jefe de la tribu por ser el mayor de todos, Simón Bruca, Gravière el pelirrojo, Henri Arrape, Constantine Seignosee… y Teresa.

Aunque en su casa la llamaban Maritere, para nosotros era Teresa, la hija de los republicanos exiliados. Llegó a Capbreton en el cuarenta y dos, con dos hermanos, dos maletas y un abrigo verde. Primero fue la del abrigo verde; luego Teresa Conde, la de los huidos de Franco que salieron del miedo para meterse en el terror, que abandonaron la España fascista para meterse en la Francia ocupada, que lo dejaron

todo atrás para no tener nada por delante. Era decidida, beligerante, casi grosera. Tenía pecas a ambos lados de la nariz, los nudillos rotos de tanto pelearse con los chicos del puerto, la mirada despierta y el verbo ágil.

A mí lo que me jode del Generalísimo es que ha subvertido el orden democrático, nos decía. Y nosotros no entendíamos nada. Solo yo, que mascullaba palabrejas en español, captaba algo e intentaba traducir. Luego le sonreía y ella me devolvía la sonrisa con una palmada en el hombro, como un chicote.

Pregúntale a Teresa a ver por qué ella y su familia se vinieron a Aquitania, Gilles.

No sé preguntar eso, Constantine.

Tú hablas su lengua, por tu madre, que también era de España. Pregúntale por qué se vinieron a Capbreton y no se exiliaron a Argentina, como todos los rojos.

Ella no es roja, Constantine.

¡Cómo que no! Todos los exiliados son rojos. Y las van a pasar moradas si los alemanes se enteran.

Los alemanes, interrumpió Simón, son lo peor.

Pregúntale a ver si quiere besarme, Gilles.

Eres un salvaje, Constantine. ¿Cómo le voy a preguntar eso? Dejadla en paz y dejadme en paz a mí también.

A ratos piratas, a ratos comerciantes; por días mercenarios y por noches, maleantes.

A bordo de nuestras barquichuelas, en algunas conversaciones nos convertíamos en futuros patrones de yates de recreo, como los que las revistas traían desde Niza o Montecarlo y en otras capitanes de petroleros o almirantes en portaaviones.

Entre junio de mil novecientos cuarenta y diciembre del cuarenta y cuatro, Alemania nos ocupó, nos tomó, controló y gobernó, después de que París firmara el armisticio por el que se asumía la derrota en la llamada Batalla de Francia. Parece mentira que por aquel documento, el norte y oeste de Francia fueron ocupadas por la Wehrmacht, mientras las regiones de Alsacia fueron anexionadas al Tercer Reich,

sin posibilidad de negociación, y el resto del país fue dirigido con mano de hierro por un gobierno francés con sede en Vichy. Un descalabro para la patria que nosotros, niños empujados a ser jovencitos, vivíamos con una mezcla de amargura, asunción y folclore.

Veíamos la batería que habían construido los alemanes en la playa, al sur del puerto, con sus enormes moles de cemento y sus cañones y toda aquella parafernalia de señales e intentos de camuflaje, así como los soldados yendo y viniendo por la playa y sus *tobruks* girando en los nidos circulares, y decíamos que ojalá supiéramos qué había dentro de las construcciones.

Algún día me colaré en la batería para espiarles.

Eres un imbécil, Henri.

Y tú, un mariquita.

La batería es inexpugnable. Me lo ha contado mi padre, que fue albañil y les ayudó a construirla. Cuenta que tiene un encofrado capaz de soportar los bombardeos de los ingleses.

Los ingleses no van a bombardearnos.

Pues igual sí, tío listo.

Y dicen también que los soldados son, en realidad, los músicos de la orquesta sinfónica de Viena y que ellos preferirían estar tocando sus instrumentos y no haciendo la guerra en una mierda de playa en el sur de Francia. Dicen que son jovencísimos, casi niños, y que están tan acojonados como nosotros.

Yo no estoy acojonado.

Eso dicen.

Algún día saldremos a navegar con el *Literal*, les decía yo. Lo que pasa es que ahora no podemos cogerlo. Los nazis lo tienen requisado. A mí, entrar en la batería me importa un cojón. A mí lo que me importa es que no puedo usar mi barco.

El barco de tu padre.

Mi padre está muerto.

¡Bastardos!, decía Henri Arrape.

A Henri, como a mí, también le habían matado al padre. A Constantine, dos hermanos.

Sí, bastardos, respondía yo.

Habría que aniquilarlos a todos, gritaba Henri. Mi padre trabajó para ellos y se lo agradecieron así, matándolo.

Fue en una pelea de bar, Henri. No dramatices.

En un bar, pero lo mataron. Habría que matar a todos los alemanes.

¡Eso! ¡A todos!, se incendiaba Teresa, levantando el puño sin miedo a que los nazis la vieran. Y cantaba La Internacional y todos nos reíamos.

Allí estábamos, una cuadrilla de mocosos de entre doce y catorce años, navegando en precarios barquillos a la espera de crecer y cobrarnos nuestra venganza, porque no había en aquella Francia ocupada mayor aliciente que la venganza que alguna vez nos cobraríamos.

Oíamos cosas sobre la Resistencia, aunque apenas las descifrábamos. Se escuchaban historias que tenían que ver con personas que cruzaban la frontera, contrabandistas de armas, saboteadores, hombres misteriosos con gabanes de cuero y cazadoras de piel, señoras que alternaban el cuidado de sus vacas en los pastos con sus labores como informadoras, cerca de Arette, y Aramis, y Ainhoa, y San Juan… A veces llegaban noticias sobre alguna detención o sobre tal o cual puente volado o sobre la inminencia de una operación americana. Jugábamos a guerras, con las rodillas despellejadas y los rostros manchados, emulando a nuestros padres, como si en lugar de haberlos matado estuvieran de gira representando una obra sobre los horrores de la guerra. Éramos ingenuos y pícaros a partes iguales, bravucones e inocentes, ignorantes y audaces.

Insultábamos a los nazis cuando los veíamos pasar en sus Taringa, aquellos coches de guerra con carrocería de chapa y morro de pato.

La liberación de Francia comenzó en junio del cuarenta y cuatro, poco después de que yo alcanzara la docena de años.

¡Gilles, Gilles!, vino a avisarme Teresa. ¡Enciende la radio, Gilles! ¡París es libre!

¡París es libre!

Y me abrazó. Era la primera vez que Teresa me abrazaba.

Para entonces yo ya lucía el gesto que tengo ahora y el remolino en el flequillo. Nos reímos a carcajadas. A las nueve y veintidós minutos de la noche, aquel veinticuatro de agosto, la Novena Compañía, por nombre División Leclerc, formada por comunistas, anarquistas y algunos exiliados republicanos de la España del dictador Franco, apareció por la Porte d'Italie y se dirigió a la plaza del Ayuntamiento parisino, donde un vehículo semioruga abrió fuego contra las ametralladoras alemanas, rendidas sin remisión. Y yo me imaginaba aquella semioruga conducida por Teresa y me veía liberando la ciudad y vengando a mis padres.

Acabó la guerra, recuperamos patria y bandera. De repente, era una persona mayor.

Allí, entonces, doce años era ser mayor. Empecé a recibir algunas monedas a cambio de ayudar en los amarres, o comida, o una chaqueta vieja, o calzado. Fue un tiempo largo, extraño, en el que el silencio invadió las calles y la pena impregnó cada efeméride; quien más y quien menos había perdido a alguien, y, aunque las autoridades nos arengaban a favor de la reconstrucción, la alargada sombra de la esvástica había dejado una huella difícil de borrar en Capbreton, un pueblo de la costa aquitana que había perdido a la mitad de su población.

Con catorce años me contrataron como mozo de recados en la Compañía de Productos Ultramarinos Familia Aube. Iba y venía por el pueblo llevando noticias, paquetes y misivas, rápido como un galgo, con mis fuertes piernas y mis botas desgastadas, sujetando la gorra de paño con una mano para que los vientos que entraban desde el noroeste no me la levantaran. En aquella época aprendí a sumar, restar, multiplicar y, malamente, a dividir; poco más.

4

sucedió que mi vida se volcó en una libreta; una tras otra. Una colección de libretas que irían a acompañarme por años. Tenían en la tienda, al fondo, sobre el mostrador, un expositor de cartón con veinte o treinta de ellas, de diferentes Y colores y distintos gramajes. Las había con páginas blancas y las había pautadas.

Y algunas hasta con dibujos infantiles, para que los niños colorearan con tizas. Yo las veía y las deseaba, no sé muy bien por qué, y con tanta frecuencia me descubrían los Aube delante de ellas que, de cuando en cuando, me regalaban una con el mandato de que la usara para escribir y no para zanganear. Otras veces me las compraba yo mismo con el sueldo del viernes. Y en una ocasión, hasta birlé una que se cayó en el almacén y que nadie reclamó.

Las rellenaba con afición, desordenadamente, escribiendo sin seguir el orden de las páginas. No había plan alguno ni un riguroso cronograma que cumplir: simplemente las abría y componía mis reflexiones, mis frases ridículas, los diálogos que maquinaba, los poemas y párrafos que copiaba de los libros que leía… Saltaba de una libreta a otra, incluso tras años de tenerla abandonada, volviendo a ella para descubrir la letra que yo tenía o la manera de redactar que usaba en tal o cual época de mi vida. Y las numeré.

Libreta-1, libreta-2, libreta-3… Luego nunca encontraba qué había escrito dónde, pero no me importaba pues apenas las releía. El mérito era escribir. Supongo que mal, claro, pero no me importaba.

Pensamientos, anécdotas, proyectos… A veces metía en sus vientres rugosos con olor a tinta papeles que encontraba, recortes de periódico, recetas viejas, cosillas que escribía en otros sitios, cartas… Libreta-4, libreta-5, libreta-6… Las guardaba primero en una caja pequeña de madera, creo que de fruta; luego en una grande. Libreta 10, libreta-14… Por temporadas, en distintos lugares de la casa. Nunca me preocupaba su perpetuidad ni su perdurabilidad, sino ocuparlas con palabras que aprendía, palabras que escuchaba, palabras que inventaba, palabras que imitaba.

Corre a la estafeta, me conminaba mi jefe, Dominique Aube. Que te entreguen el paquete que pedí a Baiona. Y no te entretengas por el camino, ni te acerques al mar a embelesarte, siempre con esa manía tuya por el mar y por los barcos. ¡Y que no te timen por el camino,

que de puro bueno, a veces pareces tonto!

A veces parecía tonto. Puede que por eso, mis libretas nunca tuvieron rango de obra sino de terapia, aunque yo en mi juventud no conocía la palabra terapia ni aspiraba a dejar obra escrita, tal era mi afán por sobrevivir.

5

a guerra es un esfuerzo intelectual por la supervivencia, al igual que lo es la posguerra, cualquier posguerra. Comprender cómo un clarinetista de la Orquesta Sinfónica de Viena acaba en una batería, en una playa al sur de Capbreton, o L cómo un general ordena un repliegue de tropas también es un esfuerzo intelectual. Nunca comprendí la guerra. Ni la mundial, ni ninguna. Una, porque fue el escenario de mi niñez; las demás, porque son un escenario terrorífico en el que los esfuerzos intelectuales no dan sus frutos.

La guerra es una mierda.

Una vez, Teresa me dijo que la guerra era la respuesta lógica de un pueblo ante la opresión. Yo pensé en mi padre y me pregunté qué opresión tenía él, o si acaso él no había sido pueblo nunca jamás. Tampoco mi madre. Aquel día, miré a Teresa y pensé que ser su amigo era un esfuerzo intelectual.

6

amos, Gilles, no seas gallina, me decía Karl Ove.

Karl era noruego, el noruego, que había vivido en Soustons, a poco más de V veinte kilómetros al norte de Capbreton. Nadie sabía muy bien de dónde había salido ni por qué ni cómo había terminado en Francia. Algunos comentaban que había sido un espía. Los viejos del puerto de Capbreton aseguraban que había ejercido de pirata y contrabandista, y que se las había tenido que ver con barcos de todo pabellón. Algunos comentaban que había salvado, pese a su juventud, a más de mil judíos, aunque él era protestante. Contaba el mito que se había venido desde su polo norte natural en canoa, escapando del hambre cuando empezaron a escasear las focas,

aunque yo no acababa de creérmelo. Se oía de él que tenía novias por toda la costa de Bretaña. Y que no era más que un pícaro con ínfulas de empresario. Lo cierto es que nadie lo entendía, como nadie entendía por qué había terminado siendo mi amigo. De hecho, si hago memoria, no recuerdo ni dónde ni cómo nos conocimos, ni cuál fue la razón que hizo que termináramos navegando juntos. Era unos diez años mayor que yo, fuerte, bregado, de rostro ancho y enormes espaldas, aunque refinado en sus modales, nada brusco. Al contrario, no se correspondía la finura de sus movimientos con la leyenda que le envolvía.

Eres un gallina, Gilles, me repetía desde la proa. Haz el favor de encarar esas olas con decisión. ¡El barco no se va a romper!

Al soltar amarras, en el místico instante en el que el *Literal* abandonaba el pantalán y discurría placentero hacia mar abierto, sentía que nada ni nadie era comparable al placer de flotar sobre el infinito gris de mi mar. Y al rasgar la superficie del agua con la proa orgullosa de mi barco, era como si yo mismo embistiera, convencido de que el mar vencerá al humano en cuanto quiera pero que, mientras tanto, jugar a dominarlo es el mayor placer de la vida.

¡El barco no se va a romper, maldito francés cobarde! Golpea las olas. ¡Golpea las olas y vence a este mar del demonio!

No, no era un gallina. Era Gilles Nabarre, hijo de Martin Nabarre. ¿Un gallina?

Nunca.

Algunas tardes, en lugar de salir a navegar en barco, tomábamos dos piraguas y remábamos hasta la *plage de la Savanepor,* delante de las baterías abandonadas de los nazis, coqueteando con las olas. Nos retábamos a ver quién las encaraba de proa o nos deslizábamos sobre ellas dejando que nos alcanzaran de popa. En ocasiones, hacíamos regatas a golpe de riñón, poniéndonos metas como una boya o una referencia en tierra.

Pocas veces volcábamos y, de hacerlo, Karl me enseñaba a subir a bordo, algo tan difícil como imprescindible si no se quiere morir ahogado. Nunca llegué a remar como el noruego, pero sé que era la envidia de mis amigos, no sé si por mi pericia o por el hecho de que él me hubiera elegido a mí para sus aventuras.

Eres valiente, Gilles, me decía. A ver cómo coges la siguiente ola.

Y yo asumía el riesgo del vuelco con la determinación del aprendiz, aunque siempre consciente de que el Atlántico no entiende de nombres, de apellidos, de procedencias ni de edades; que le da igual cobrarse la vida de un marino experto o la de un muchacho

febril; la del tripulante de un acorazado o la de un chaval en piragua. El mar, siempre el mar. Con su magia y su despiadado destino.

No, no era cobarde. Era prudente y sensato. No era un gallina; era alguien conocedor de la irracional fuerza del mar.

Una vez, con dieciséis años, nos vimos envueltos en una situación complicada cuando Simón Bruca, Gravière el pelirrojo y yo decidimos participar en una regata que se celebraba en Arcachon con un barco precioso que nos había cedido el tío de Simón, el *Ghetary*, de color gris-plata, elegante, divertido, fuerte en los envites, valiente con las olas, pero discreto en puerto. Fondeamos frente a la extensa playa, a la espera de la competición. Estábamos nerviosos; era la primera vez que subíamos tan al norte y la excitación se notaba en nuestra risa floja y en el vino que compulsivamente bebíamos.

La víspera de la prueba terminamos los tres borrachos en cubierta, carcajeándonos de las estrellas y prometiéndonos que jamás nos separaríamos. Corría el año mil novecientos cuarenta y ocho.

Al día siguiente llegamos tarde a la salida, tomamos la primera boya los últimos y una hora después apenas habíamos adelantado un puesto, superando a un viejo barco de tres palos, tan elegante como

lento. Pusimos proa a la segunda boya, con más voluntad que acierto, y decidimos cazar el foque hasta casi reventar su tela, convencidos de que con nuestra juventud y coraje sería suficiente.

Y sucedió. La escota entró mal en la cornamusa del cabrestante y pilló los dedos de Simón; acababa de cortarle el índice. Mi amigo gritó, mientras se retorcía de dolor, y Gravière abandonó el timón para socorrerle. Grave error. El barco viró incontrolado, se inclinó, y ambos muchachos se precipitaron como por un tobogán hasta golpearse en la banda y caer al agua. Tal era la escora que llevábamos que temí que también yo me precipitaría, por lo que me agarré como si me fuera la vida en ello, porque en realidad me iba. Viré a estribor y pude estabilizar la nave. Sin embargo, había perdido en el agua a mis dos amigos.

Miré por popa. Gravière intentaba sujetar a Simón. Comprendí que acabarían hundiéndose; ninguno de los dos nadaba bien, no usábamos chalecos salvavidas y las olas los zarandeaban. Forcé el timón y viré ciento ochenta grados. Un barco no se frena como una bici. A veces la distancia en el mar no se mide en metros, millas o leguas sino en segundos sin oxígeno en los pulmones. Era el momento de la cabeza fría. Si enfilaba directo hacia ellos, el viento me haría perder velocidad y llegaría demasiado tarde.

Había que mantenerse frío y desviarme unos grados para, al virar, aproximarme en una única maniobra. De poco me habría servido allí la valentía. La valentía me habría hecho

arrollarlos o quedarme a medio camino. La valentía me habría atolondrado. ¡Cometer errores es tan propio de la valentía! Y luego, sí. Cuando los tenía junto a mi borda, fue el momento de ser valiente. Arrié vela, largué el foque, permití que el barco parase su arrancada, y les lancé cabos para que se asieran. Gravière sujetaba a Simón. Estaban vivos, estaban a salvo.

En ocasiones, no ser un gallina es saber cuándo no hacer valentonadas.

Sin embargo, aquella supuesta heroicidad derivó en una inmerecida fama que me condujo hasta Madame Luivier y, a través de ella, a las personas que marcarían mi recorrido. Tal vez todos nuestros actos determinan el futuro, pero lo que me sucedió dos años después de aquel incidente con el *Ghetary* iba a suponer un punto de inflexión.

Dicen que si una mariposa aletea no sé bien dónde, el aire que

levantan sus alas afecta en el otro lado del planeta; nunca he entendido la metáfora, pero con frecuencia odio a esa mariposa.

Era tal mi fama de intrépido y hábil por lo ocurrido con el *Ghetary*, pese a mis escasos dieciocho años, que un día me citó en su villa Madame Luivier y me hizo tomar asiento en su sala de terciopelos. Se trataba de una estancia oscura, como ella, repleta de divanes de terciopelo, sillas de terciopelo y escabeles de terciopelo; las cortinas eran de terciopelo, los cojines y hasta un nido para Dante, el caniche, lo eran. Dos luminarias de cristal de Bohemia arrojaban una espesa luz amarilla sobre los muebles y en las alfombras, que no eran de terciopelo sino de gruesa lana rizada, se dibujaban las patas de las sillas como los mástiles siniestros de una goleta del siglo pasado.

Entró la señora vestida de terciopelo verde. Era una mujer mayor, de estatura escasa pero tiesa como un cirio; llevaba su cabello cano recogido en un moño enorme y los largos dedos de las manos repletos de sortijas. Portaba algo en sus manos, una carpeta de cartón. Se sentó en un sillón de terciopelo, con un gesto me conminó a sentarme en frente y, con una voz grave que contrastaba con su pequeño tamaño, arrancó a hablar de la vida, de la primera gran guerra, de la segunda… Se compadeció de mi orfandad y me aseguró que, de haber podido, ella misma habría militado en la Resistencia, aunque con una sonrisita irónica. Me aseguró que los alemanes no la tocaron porque para entonces ya era vieja y pelleja y que los nazis eran despiadados pero no tontos. Luego aseguró que mi madre estaría en los cielos como mártir de la causa.

Yo la escuchaba nervioso, sin saber muy bien el motivo de aquella reunión, urgido por volver a puerto porque aquella tarde íbamos a pescar peces de roca, por lo que asentía con la cabeza para intentar acelerar el discurso de la anciana.

Sin embargo ella parecía no querer darse prisa. Divagaba sobre Europa, y sobre los intereses americanos; sobre Japón, por quien se confesó admiradora tras haber leído un reportaje acerca de los kamikazes, y sobre Dinamarca, y algo referido a su Corona.

Luego se centró en Capbreton y me desgranó con pelos y señales los dimes y diretes de esta y de aquella familia; despotricó a cuenta del alcalde y acusó al maestro de ser un reaccionario. Criticó a los curas lazaristas, aunque reconoció su buena labor con los huérfanos, y terminó por meterse hasta con el director de la banda municipal, un tal Casernes, al parecer, un adúltero. Yo veía caer la tarde al otro lado de los terciopelos y en algún momento me di por vencido.

Han llegado a mis oídos, comenzó a explicarme mientras me miraba a los ojos, que eres tan buena persona como experto timonel. Tu fama de navegante te precede, Nabarre.

Gracias, señora.

También me han dicho que te gusta leer…

¿Leer? Sí, señora. Bueno, tampoco leo tanto. Leo algo. Me gusta, sí.

Pero me han dicho que lees más que el resto de los jovencitos de este pueblo nuestro.

Y que incluso sabes español.

Si eso dicen…, respondí. Cuando… cuando mis padres… cuando me quedé solo…

La guerra terminó, yo vagaba de aquí para allá… Terminé contratado por la familia Aube…

Lo sé, lo sé. Capbreton es un pueblo de chismosos. Por eso te he mandado llamar.

Cuando los alemanes terminaron con tus padres, te viste huérfano y sin posibles. Me sé la historia. El párroco me la ha contado. Dice de ti que eres bueno, pero disperso, y que ni siquiera la ocupación te frenaba, que salías a la mar y esquivabas la vigilancia nazi.

También dice que has pasado tu niñez con Olivier Dupont, el borracho de la taberna del puerto. Y con el noruego extravagante, quien, al parecer, te ha enseñado a usar la piragua como si fueras un esquimal auténtico. ¿Te dice algo la palabra Frankton?

Para ser sincero, no, señora.

¿Y la Betasom?

¿La Betasom? No, señora. Lo siento.

¿La Operación Frankton?

Verá, señora. Yo… yo no sé de qué me está hablando.

Empecé a impacientarme. No comprendía nada. Por fin, tendió su carpeta y me hizo abrirla. Al tiempo que yo extraía una carta de navegación me relató que había estado casada con un capitán que

hacía la derrota de Cerdeña, que de sus doce embarazos, cuatro fueron abortos, tres nonatos y el resto, chicos que renegaron de la mar y vivían con sus esposas diseminados por toda Francia, empleados en bufetes, bancos y trabajos de oficina. Me desgranó sus años de soledad y se quejó por la mala fortuna de no haber visto a sus nietos sino en fotografías y una vez que fueron a visitarla.

Mantenía la barbilla alta, pese a que sus ojos traslucían una honda tristeza. Hablaba y hablaba y hablaba, y creo que dejé de escucharla, absorto en la carta de navegación que había desplegado sobre mis piernas. En ella veía la costa hasta Bretaña y tenía señalados algunos puntos que yo no supe interpretar.

Quiero regalarte toda esta documentación, jovencito. Ahí se habla de una de las operaciones más importantes que tuvieron lugar en nuestro país durante la ocupación alemana. Lo único que me molesta es que la operación la protagonizaron los británicos.

Ay, los británicos. Siempre tan flemáticos y tan arrogantes. En fin. Ahí tienes todo lo concerniente a la Frankton.

¿Perdone?

El día treinta de noviembre de mil novecientos cuarenta y dos, me explicó con la vista perdida en el brazo de su sillón, un submarino británico partió de la base escocesa de Holy Loch. Hasta ahí, nada inusual en una guerra. Lo original del asunto es que aquel submarino transportaba seis canoas destinadas a doce héroes de Su Majestad a quienes esperaba, tras siete días de travesía, un destino: la desembocadura del río Garona, entrada natural hasta Burdeos. Así pues, a las siete y cuarto de la noche del frío siete de diciembre, el submarino emergió en las aguas del Golfo de Vizcaya, frente a la desembocadura del Garona, y las seis canoas fueron echadas al mar. Su misión era navegar hasta la Betasom, remontando el curso fluvial. ¿Sabes qué fue la Betasom?

Ni idea, señora, le volví a responder.

Toda aquella retahíla de datos y de detalles comenzaba a abrumarme. Sin embargo, quizá porque se trataba de la guerra y, precisamente por eso, porque me traía a la memoria a mis padres, quise seguir escuchando.

Verás, Gilles, continuó ella, en mayo de mil novecientos treinta y nueve, tú todavía eras un pipiolo, estábamos muy lejos de sospechar que Berlín nos ocuparía; sin embargo, ya entonces Italia y el Reich

firmaban el llamado Pacto de Acero, por el cual las dos naciones se embarcaban juntas en la guerra. La guerra que condicionaría el futuro de Francia.

La misma guerra, pensé yo, en la que una bala atravesó la frente de mi padre; la misma guerra que me robó a mi madre.

Fruto de aquel acuerdo, siguió explicando, la Armada italiana visitó a sus colegas alemanes en la ciudad de Friedrichshaffen, a orillas del lago Constanza, en una reunión en la que los militares italianos se mostraron muy preocupados por los fracasos de los llamados U-Boot, los submarinos alemanes, durante la primera guerra mundial, algo que, al parecer, a Alemania le fastidiaba admitir. Tal vez por eso, cuando los nazis tomaron Francia y dominaron los puertos atlánticos, se puso en marcha un estrambótico plan para no repetir aquel fracaso con los submarinos. A veces pienso si las guerras no son los escaparates de las frustraciones afectivas de quienes las provocan.

¿Y por qué me cuenta todo esto?, le dije. Tengo casi diecinueve años, un barco, un sencillo puesto de trabajo en el astillero y una casa vieja. Vivo muy lejos de todo esto que me cuenta. No comprendo para qué me ha llamado.

Es hora de que entre Monsieur Balzac.

¿Monsieur Balzac?

Sí, como el escritor. Como Honoré de Balzac, el escritor. Aunque me temo, joven Gilles, que este es menos refinado que aquel. Ni es de Tours, como el intelectual, ni ha escrito *La comedia humana*, pero es tan exigente, metódico y trabajador como el primero.

Me complazco en presentártelo.

Entonces se abrió la puerta y entró un hombrecito orondo, casi redondo, de pies pequeños y manos blancas. Lucía un bigote muy a la moda en aquel arranque de los años cincuenta, aunque su chaqueta, que graciosamente era de terciopelo, parecía extraída de un museo romántico. Se dirigió a mí con una sonrisa fingida, me estrechó la mano, y tomó asiento junto a Madame Luivier. Carraspeó. Imagino que había estado oyendo toda la conversación.

Quizá necesitado de un aliado, continuó Balzac con la lección de historia, mesándose el bigote, el alto mando naval alemán solicitó la presencia de Italia en el Atlántico,

concretamente en Burdeos, ciudad de especial importancia estratégica, después de que una delegación militar italiana visitara varios enclaves franceses y se decidiera por aquel puerto interior en el Garona.

Fue entonces que comencé a ahogarme. Si soportar la lección de historia de Madame Luivier me había costado, escuchar la voz aguda de aquel tal Balzac se me antojó algo insufrible. Me levanté y me volví a sentar. Mis anfitriones obviaron el gesto y él continuó con su perorata.

Construirían allí, en Burdeos, una base para submarinos estratégica, dirigida a controlar el Golfo de Vizcaya. Hágase cargo, señor Nabarre. Veo que es usted más joven de lo que me habían dicho. Con todo, si es también tan hábil navegando como aseguran, no habrá problema. Es lo que buscamos.

¿Lo que buscan? Perdone, pero no entiendo nada.

Burdeos, siguió Monsieur Balzac, contaba con buenos diques, muelles accesibles, polvorines y cisternas, así como con telégrafo. Iba a nacer la Betasom, cuyo nombre no era otro que la infantil unión de la Beta, la *bé* de Burdeos, y el som, abreviatura de *sommergibile*. ¡Es todo tan obvio cuando los ejércitos están de por medio!

Te necesitamos, Gilles Nabarre, sentenció Madame Luivier. Os necesitamos a Karl Ove y a ti.

En realidad, solo a ti, puntualizó Monsieur Balzac. Karl Ove no es francés y lo que necesitamos es un francés. Un francés que restriegue a los ingleses su Operación Frankton.

Jovencito, Monsieur Balzac te gratificará si cumples la misión, me dijo ella, levantándose de su sofá de terciopelo.

Por supuesto. El honor de Francia no tiene precio, pero esta gesta suya se verá debidamente recompensada.

Monsieur Balzac es un hombre de palabra, Gilles. Como tú.

Francia es un país de hombres de palabra. Hombres valientes como un servidor y como tú mismo, joven Nabarre. Yo serví en la guerra a la altura de lo que pude. Estuve en el Estado Mayor como responsable de intendencia para la zona de Aquitania. No todo es luchar en el frente, aunque sé que tu padre lo hizo y murió valientemente.

Cumplir esta misión que te encomendamos no es solo demostrar a los

ingleses que

también un francés puede remontar el Garona en canoa; es, sobre todo, rendir homenaje a cuantos han caído por nuestra nación. Así que siéntete agradecido y comprometido.

Tu juventud será tu aval; tu condición de experto marino, tu mejor garantía; tu sangre y la sangre de tu padre, tu mejor aliciente; y tu condición de francés, tu principal ánimo.

Es por eso que Karl, tu amigo Karl Ove, no puede acompañarte. Es noruego. Se trata de demostrar que un joven francés puede realizar la misma proeza que llevaron a cabo los soldaditos del submarino británico, Gilles. Noruega fue tomada en los primeros envites de la guerra y ni siquiera generaron una resistencia digna de llamarse así.

Dejaremos al noruego de lado. Nos interesas tú, francés e hijo de un héroe. Monsieur Balzac lo tiene todo arreglado. Digamos que Monsieur Balzac es un jugador nato. Y

digamos que se ha apostado con sir Henry Amberley, otro frívolo jugador nato, que un solo hombre francés puede repetir la hazaña de aquellos piragüistas de Su Majestad que remontaron el Garona en canoa.

¿Me quieren decir, pregunté, que me están invitando a jugarme la vida por una apuesta absurda entre dos ricachones caprichosos? Y, perdonen, pero mi padre no fue ningún héroe. Mi padre fue uno más de los jóvenes enviados al matadero de la Línea Maginot.

Oh, no, jovencito. No es solo una apuesta. Es más que eso. No voy a obviar que, en efecto, hay una suculenta y divertida apuesta de por medio entre mi colega sir Henry Amberley y yo, pero nos jugamos mucho más que dinero. En Burdeos le estaremos esperando ambos. Digamos que, además de una apuesta entre, como dices, ricachones caprichosos, es una representación del valor de Francia. Necesitamos más gestos como este. No podemos pasar a la Historia como la nación que fue sometida por Hitler.

Tenemos que levantar la cara y tú, mi querido y valiente amigo, tienes la oportunidad de poner en evidencia a la Gran Bretaña recorriendo el Garona en solitario. ¡Por Francia, joven!

Y por los doce mil francos que se te abonarán, concluyó Madame Luivier.

7

La valentía es un cuento chino. Desde siempre nos han inculcado que la valentía es un valor positivo, que ser valiente es algo bueno, loable. Supongo que quienes así piensan son quienes se aprovechan de la gente valiente. Sin valientes, sin lo que los poderosos consideran valientes, el mundo no habría evolucionado.

(…)

Valientes son quienes han arriesgado, nos cuentan los libros de Historia. Y quienes han ganado batallas y han conquistado mundos remotos. Los valientes han apostado y han ganado. (…) Los valientes lo han dejado todo por un sueño y han doblegado a la adversidad con la fe en sus propias decisiones.

¡Ja!

Como si los actos supieran de valentía. ¿Es que nadie se da cuenta de que la valentía es solo fruto de la circunstancia? El soldado que toma una colina y planta una bandera no lo haría si el contexto fuera otro; es la guerra la que lo convierte en valiente, o las órdenes recibidas, o el miedo, el puro miedo. Y no ninguna mierda de fe en sus propias decisiones ni zarandajas semejantes. El que se echa a la mar aún a riesgo de perderse o de ser engullido por monstruos marinos… ¿es valiente? ¿O es el más cobarde de los humanos porque solo le mueve el temor a no cumplir lo que los demás esperan de él?

La valentía no existe, existe la oportunidad. En la valentía de los pusilánimes se apoyan los gobernantes, los publicistas, los creadores de mártires, los vendedores de esperanza.

Yo no soy valiente. Nunca he querido serlo. Mis hazañas no nacen de la valentía innata de los héroes de mi tierra sino de la más absoluta cobardía, del terror escénico a no actuar como mi destino me ha marcado y, en todo caso, de la circunstancia, del momento y del lugar concreto.

(…)

¿Valiente por remontar el Garona? O cobarde por no atreverme a decir que no. ¿Por sobrevivir a sus aguas y remar con ahínco? O un pánico demoledor a morir.

La valentía no existe. La valentía es un cuento chino para imbéciles.

Extracto de la LIBRETA-3.

8

enía ya diecinueve años cuando me enredé en aquella aventura de las canoas.

Todavía no sé por qué acepté. O sí. Doce mil francos eran toda una fortuna. Creo que me quedé en blanco, como cuando uno recibe un susto. Yo era un muchacho T fuerte, curtido en las calles del puerto y en los desafíos del mar de cabotaje, despierto y honrado, poco pendenciero en comparación con mis amigos, forjado en la supervivencia más descarnada de la posguerra, pero un zoquete social, sin más estudios que los que me había dado el cura. Quizá un tonto.

La base de submarinos de Burdeos fue puesta en marcha en agosto de mil novecientos cuarenta; cuatro años después terminó la guerra y se cubrió con una sábana de olvido todo cuanto había sucedido allí. Su jefe supremo, un almirante llamado Angelo Perona, tomó el mando con los parabienes de Aldo Cocchia, jefe del Estado Mayor italiano, delegando la parte práctica de la gestión en el comandante Teodorico Capone. Pienso en esos nombres y los imagino con las mismas miserias, dudas y emociones que el resto de los humanos, aunque vistieran uniformes fascistas y se cubrieran el pecho con medallas. Fueron humanos, padecían de frío igual que yo, meaban de pie igual que yo, amaban a sus esposas, temían a la muerte como yo la temo… Nadie, por notable que sea, por muchos grandes episodios que haya protagonizado, puede zafarse de tener nombre. Los nombres son la seña de identidad con la que nos coronan nada más nacer, mucho antes de que nos describa un apodo, una característica, una profesión, un relato.

Bruno Moratti, jefe del Servicio de Comunicaciones, Ugo Giudice, jefe de Operaciones… Nombres. Hombres. Seres humanos tan frágiles como yo, tan vulnerables, tan enfermizos, tan efímeros como lo somos todos. Solo los nombres perduran cuando carne y huesos han desaparecido.

Incluso pienso si cuando acepté el encargo de Madame Luivier, no buscaba yo cierta dosis de eternidad, un billete de ida y vuelta a la lista de hombres que han hecho algo memorable en la Historia.

Es secreto, Teresa. No puedo decirte de qué se trata, le explicaba en mi despedida, el día anterior a partir hacia la desembocadura del Garona. Estábamos los dos sentados en el puerto, con los pies

colgando hacia el agua. Ella había perdido sus coletas de niñez, se había cortado el pelo a lo *garçon* y, aunque seguía teniendo sus características pecas a ambos lados de la nariz, se las ocultaban unas gafas redondas con montura metálica.

¿Es algo ilegal?

Digamos que es algo inusual.

No creo en la ilegalidad. El poder lo corrompe todo estableciendo leyes. El hombre ha de ser libre como condición indispensable para su desarrollo.

Me haces gracia, Teresa. A veces pienso que eres un bicho raro en este pueblo de perdedores. Deberías estar en París o en Madrid.

En Madrid, con Franco. O, mejor, contra Franco. Algún día me marcharé a combatir el fascismo. Hace ya doce años que terminó la guerra en España. No creo que le quede mucho al dictador; tarde o temprano, lo derrocarán. Si no, yo misma cruzaré la frontera para luchar codo con codo con mis camaradas. Capbreton se me queda pequeño, Gilles.

El mundo necesita proletarios que se unan y lo cambien, activistas, revolucionarios…

Eres fascinante, Teresa.

No, soy luchadora. No me queda otra opción.

Voy a ir hasta la desembocadura del río Garona, y lo voy a remontar en canoa, repitiendo la gesta de unos soldados británicos. Es una apuesta entre dos ricachones.

Burgueses.

Sí, entre dos burgueses ricachones. Se han apostado a ver si un francés es capaz de repetir la hazaña que en su día hizo un puñado de soldados británicos.

¿Lo haces por dinero, Gilles?

Lo hago por dinero, sí. Y creo que también lo hago por mi padre.

Eso último es noble.

Y me abrazó. Era el segundo abrazo que me daba.

Salimos de madrugada, con el fin de que el *Literal* divisara la desembocadura del río cuando cayera la tarde. La idea era remontar el Garona por la noche, como los ingleses en la guerra. Karl Ove me acompañaba. Navegué tranquilo, aunque el barco, con la canoa remolcada a popa, se escoraba más de lo habitual, por lo que tuve que corregir el rumbo continuamente, descolgándome por la borda para aprovechar mi cuerpo como contrapeso. Habría sido más lógico llevarla a bordo, sobre la cubierta, pero la insolencia juvenil me había hecho pensar que sería capaz de gobernar mi barco incluso con aquel lastre.

Cuando por fin tocamos la isla del Faro de Cordouan, atracamos y lo dispuse todo con mi amigo. Era la primera vez que habíamos navegado juntos tan al norte; de hecho, era de las pocas veces que había salido de Capbreton. Lo había hecho con anterioridad en dos ocasiones, pero en las dos por menos días. La primera, cuando acompañé a Gravière, mi amigo el pelirrojo, y a su padre, a Hendaye. Viajamos los tres en un autobús destartalado que hacía la línea de Baiona, y bajamos a la frontera porque unos parientes suyos escapaban de Bilbao después de sufrir la guerra española, nacionalistas de carné que cruzaban a Francia, temerosos por el ambiente de represalia que se había instalado en aquel año treinta y nueve. Decían que Franco había ganado y que las cosas se pondrían peores. Yo no entendía nada, claro, y dejaba que hablaran los mayores.

Avispados pero sin mundo, les hicimos de cicerones durante tres días, mis primeros tres días fuera de Capbreton, y les acompañamos a la estación de tren para despedirlos en el andén cuando tomaron el convoy que acabaría llevándolos a Lyon. Yo pregunté a Gravière qué era lo que se suponía que habíamos hecho, y él me contestó que, según su padre, conseguir que alguien que abandonaba su patria se sintiera menos extranjero.

Éramos dos mocosos sin conocimiento ni reflexión que repetíamos lo que oíamos a los mayores. Todavía hoy sigo sin entender por qué nos llevaron a aquel encuentro de huidos del franquismo, pero recuerdo bien que le dije que en Francia nunca podría haber una guerra como la de Franco, y él me contestó que no, que era imposible, que Francia era una gran nación. No sospechábamos por entonces que en unos meses mandarían a mi padre a la Línea Maginot.

La segunda vez que abandoné mi pueblo fue cuando me llamaron a filas. Tuve que acudir a Arcachon, donde se hallaba la Oficina de Reclutamiento, en un coche puesto por la Commune para los quintos.

Conducía un tipo hosco y agrio, un funcionario.

Junto a él, dos mozos de Hossegor a quienes veía el mismo corte de pelo y el mismo cuello curtido: eran campesinos, sin duda. Atrás íbamos Lorenzo Harria, de Labenne, Michel Bagnon, de Angresse, y yo, que observaba los campos al otro lado de la ventanilla. Pasamos primero una revisión médica y un examen larguísimo con cientos de preguntas de todo tipo. Preguntas sobre la Historia de Francia, geografía, países, idiomas, inventos y personajes que no supe situar; también, ejercicios de aritmética y algunos problemas sobre los granos de cereal que tiene un campesino o sobre cuántos días necesitará un albañil para levantar una pared si coloca no sé cuántos ladrillos a la hora y estos son de no sé cuántos centímetros. Luego nos tallaron, nos arengaron y nos entrevistaron sobre cuestiones tales como la nación, la guerra, la paz y los enemigos de la paz. Yo asentía sin poder dejar de mirar el poblado bigote del militar que nos hablaba. Finalizada la charla, nos enviaron a recoger nuestros uniformes y a ocupar un barracón al fondo del patio. No recuerdo el número, pero sí que había varios, todos idénticos, con idénticas ventanas e idéntica bandera sobre la idéntica puerta. Pasé allí una semana, mi primera semana entera fuera de Capbreton. Por fin me mandaron

llamar, me ordenaron acudir al despacho de un sargento y, sin demasiados miramientos, me dijo que volviera a casa con una sentencia que me ha acompañado toda la vida: vuelve a casa, hijo; el ejército no necesita tontos.

Este faro lleva aquí desde el siglo dieciséis, Gilles, me dijo Karl. Lo he leído en alguna revista. Primero hubo una torre con una antorcha encima. Luego hicieron el faro.

Es importante. Desde aquí se controlan el Garona y el Dordoña, aunque a ti esta noche solo te interesa el Garona. Pronto anochecerá. La canoa está preparada. Llevas toda la vida remando conmigo, así que no tengas miedo. Recuerda lo que has aprendido a mi lado: espalda recta, paladas cortas… Si te balanceas demasiado, te desestabilizarás, caerás al agua y ya no podrás subirte de nuevo. Barbilla al frente. Olvídate de tus velas y de tus timones; ahora es tu cuerpo el que guía la embarcación. Barbilla al frente y mirada atenta. Remarás contra corriente. Eso lo hace más fatigoso pero más seguro. No podrás ver mucho. Nada de linternas, mecheros, ni fuentes de luz. Ya no hay fascistas acechando en las orillas, pero sí guardias y, según dice Monsieur Balzac, no permiten la navegación fluvial, así que si te sorprenden, échate al río, pierde la apuesta y permite que te traiga de vuelta al mar para salvar la vida.

Yo apenas le escuchaba. Me sabía de memoria las instrucciones; yo mismo se las había repetido una y otra vez al noruego. Además, me consideraba un buen remero.

Acomodé mi cuerpo en la estrecha bañera de la canoa y Karl la arrastró, conmigo dentro, hasta el agua.

Karl… ¿tú crees que soy tonto?

¡Ja, ja, ja! La carcajada de mi amigo retumbó en la noche como un relámpago.

¿Tonto? ¿Tonto, tú?

En el Ejército me enviaron a casa por tonto.

¡Pues mucho mejor, Gilles!

¿Pero tú crees que soy tonto?

Creo que eres de una inteligencia divertida. ¡Ja, ja, ja! ¿Qué clase de pregunta es esa?

Lo que pasa es que eres un tío tan bueno que a veces pareces tonto.

Pero no lo soy, ¿verdad?

Tonto, no. Tonto del culo. ¡Ja, ja, ja! Estás en un kayak a punto de intentar remontar la corriente del Garona de noche. ¡Ja, ja, ja! Probablemente, fracases. Eso, si no te mueres. ¡Tú decides, amigo mío! ¡Ja, ja, ja!

Recuerdo el miedo que me dio volcar con las dos primeras paladas, toda vez que la fina proa rasgaba la negrura del mar, ya de noche. Pero me repuse y me hinché de determinación. Lo que iba a hacer se me antojaba sencillo; no exento de cierto peligro, pero asumible. Al fin y al cabo, solo eran corrientes y no había ametralladoras *Breda-37*

acechando desde las orillas. A los soldados británicos, una de las seis canoas se les rompió cuando las desembarcaban desde el submarino; habían dispuesto un rudimentario mecanismo para flotarlas a través de los conductos de los lanzatorpedos pero una se atoró y quedó inutilizada, por lo que, finalmente, fueron cinco las piraguas, con dos hombres en cada una de ellas. En mi caso, estaba yo solo y yo solo tendría que remontar el río hasta Burdeos. Por suerte para mí, allí terminaría mi hazaña; después no tendría que huir por tierra,

siguiendo la vía de escape que utilizaron los saboteadores ingleses. Ellos tuvieron que tomar la que se conoció como ruta *Marie Claire*, aquella clandestina vía de escape para huir de Francia que urdió Mary Lindell, condesa de Milleville, una mujer muy activa durante la guerra. Yo, no. Por suerte, yo no iba a jugarme la vida en la *Marie Claire* como hicieron ellos, que atravesaron media Francia, desde Burdeos hasta Lyon, y desde allí, de casa en casa y de escondite en escondite, bajaron hasta Marsella, para alcanzar Perpiñán y cruzar clandestinamente los Pirineos con objeto de entrar en España y, vía Barcelona, viajar por Madrid hasta Gibraltar. No, nada de eso. Nada de días y días caminando con identidades falsas, oculto en graneros, almacenes y casuchas aisladas, como habían hecho los de la Operación Frankton. A mí no me ayudaría la Resistencia ni me vería empujado a una fuga suicida. A mí me esperaban Monsieur Balzac y sir Henry Amberley en Burdeos para recordarme que acababa de hacer historia, y, de paso, llevarme un buen premio.

Vas a hacer historia, muchacho, me dijo con su vozarrón Karl al despedirse. Tengo que confesarte que me das envidia, francesito.

Sí, iba a hacer historia. Iba a repetir una misión valerosa de unos hombres valerosos en una época en la que solo lo valeroso era recordado. Eso creía.

9

mpecé por dejar el cabo de *Le Pastin* a estribor, alejándome de la orilla contraria de la desembocadura, porque sabía que en Royan y en Saint Georges de Didonne había sendos puestos de Gendarmería, además de un pequeño faro que podía E delatarme, por mucho que la piragua fuera negra y yo remara vestido de oscuro.

Al respecto, tengo que admitir que Madame Luivier no daba puntada sin hilo, hubiera pertenecido o no a la Resistencia, aunque, para entonces, yo creía que sí, porque lo tenía previsto todo. Siguiendo sus recomendaciones y la documentación de la carpeta, supe que era mejor navegar cerca de la margen izquierda hasta el faro de Richard, en la costa de Valeyrac. En ese punto debía procurar llegar al centro del río y remar con fuerza hasta la Isla de Patiras. Remonté por la orilla derecha, cerca de Margaux, y sufrí de lo lindo a la altura de Labarde, donde el cauce se estrecha tanto que uno parece estar en una catarata horizontal. No me extraña que en la misión perecieran ocho de los diez soldados británicos, hundidos, apresados por los nazis (y posteriormente fusilados) o simplemente engullidos por las negras aguas del Garona.

Llevaba remando tres horas desde que abandoné la isla. La marea, vaciante, llegaba a los tres nudos, por lo que el esfuerzo resultaba notable; estaba cansado y me notaba falto de reflejos. No entendía a qué mente se le había ocurrido aquella operación de guerra. Visto mi mal estado, comencé a pensar que resultaría imposible concluirla con éxito. Mi canoa iba provista con, según Monsieur Balzac, más o menos lo mismo que transportaron los soldados, salvo armas y explosivos, aunque la mía era noruega, confeccionada por Karl, hecha con tela embreada y estructura de madera, y las de los británicos eran de metal.

En cualquier caso, avanzaba fatigosamente tirando de remo, que es lo mismo que decir tirando de riñón, hasta que en un descuido o, quizá motivado por el cansancio, ocurrió lo que más temía: volqué. Caí del kayak al llegar a la punta de la isla de Cazeau, donde me sorprendió el remolino que forma la confluencia de los cursos del Garona y el Dordoña, ya que esa isla actúa como tajamar y, por alguna endiablada ley de la hidrodinámica, el río gira sobre sí mismo y te atrapa como lo hacen las ventosas de un pulpo.

De repente, todo se volvió agua. Agua en mi cuerpo, en mi entorno, en

mi cielo, en mis pulmones. Era de noche y, pese a la luna, la negrura no admitía réplica. Negrura absoluta y agua. Agua también absoluta.

El primer momento fue de desconcierto, convencido de que jamás lograría escapar del remolino. Solo se oían la furia del río y el sonido sordo de la canoa arremetiendo contra mi cuerpo girando junto a mí, sobre mí, contra mí, golpeándome varias veces la cabeza y el costado con una violencia casi humana. Mi cuerpo era ropa vacía a merced

de la corriente, zarandeado por mi propia embarcación y por la fuerza centrífuga de la espuma. No pensé que moriría pero sí que habría de suceder algo milagroso para que yo saliera del atolladero, luchando como estaba por mantener la cabeza a flote.

Y sucedió. A veces pasa.

El milagro de la naturaleza, o no sé muy bien qué, me escupió fuera del curso, a un ilusorio remanso de la orilla izquierda. Me dolía cada hueso. Jadeaba. Mi pecho se había estrellado contra una roca que, al tacto, descubrí musgosa y poco estable. Recobré algo de aliento. El sonido atronador de la corriente continuaba a mis espaldas, pero el kayak siguió mis pasos y pude recuperarlo torpemente cuando quedó varado a unos diez metros de mí. Para ello, tuve que arrastrarme por la orilla, a gatas, a tropiezos, sin demasiado tino, empapado hasta la médula y apenas sin fuerzas.

Difícil situación la mía: me encontraba a medio camino entre el mar y Burdeos, perdido en la macabra nada.

Me quité los guantes y traté de recuperar el tacto en las manos. Insuflé aliento a las puntas de los dedos. Una y otra vez. Los froté con histeria contra la ropa, inundada, en un intento vano por secarlos. Descubrí heridas en ambas palmas y varias uñas ennegrecidas. Tiritaba. Un hilillo de saliva quedó prendido entre mis labios y las yemas arrugadas. Sonreí en un llanto. Me quedaba más trecho que el ya realizado. Iba a resultar imposible culminar la hazaña con éxito. Sin embargo, en lo más profundo sentía, poderosa, la determinación de vencer, de vencerme, de demostrar que aquella palabra, la palabra imposible, no iba conmigo.

Dispuesto a continuar, localicé el remo flotando desafiante junto a mí, lo así, lo miré, escupí y me senté en el interior del kayak tras comprobar que no estaba dañado ni sufría vías de agua. Tenía una misión que terminar. Y lo haría, vaya que si lo haría. No pude sino acordarme del cabo Shear y el marine Moffat, los dos tripulantes de la

Conger, la penúltima de las piraguas británicas. También ellos zozobraron en aquel mismo punto, pero, ante la imposibilidad de reflotarlos o de llevarlos en su propia embarcación, el Mayor Hasler, jefe de la operación, decidió abandonarlos a su suerte, pues, si no, la corriente terminaría por arrastrarles a todos hasta Le Verdon, punto en el que los alemanes tenían tres destructores. "Lo siento, pero a partir de aquí tendrán que nadar hasta alcanzar la orilla", les dijo. Murieron ambos. Y yo, que no pensaba morir, remé como un titán hasta superar la barrera de agua.

Según iba remontando el río y conociendo sus secretos, empecé a valorar con justicia la gesta realizada por los ingleses y a pensar que, tal vez, Monsieur Balzac perdería su

apuesta y yo, mi prestigio. En Capbreton se hablaba con admiración de las misiones que realizaban los paracaidistas belgas en suelo francés para sabotear posiciones nazis, pero aquella larga noche de remo, frío y miedo entendí que los británicos no se habían quedado atrás. ¡Qué ilusamente había vivido yo la guerra! ¡Qué inocencia infantil la mía! Como si mi padre muerto y mi madre asesinada fueran los únicos héroes en una contienda trufada de héroes anónimos a quienes solo los suyos reconocerían el valor.

Los belgas eran excelentes paracaidistas, comentaban en el pueblo, pero los ingleses eran especialistas en organizar operaciones estrambóticas. A los belgas los lanzaban de noche desde el aire con el fin de colocar bombas en un puente, un polvorín o un destacamento nazi y, una vez realizada su misión, huían a pie, rumbo al sur. Por lo general, utilizaban cargas con temporizadores, lo que les daba unas horas de margen para estar lejos del lugar de la deflagración. No era ningún secreto que la Resistencia les ayudaba, quién sabe si la misma Madame Luivier, prestándoles bicicletas, cobijo o ropa.

Debieron de ser momentos excitantes, difíciles y peligrosos. Una vez en la frontera, los soldados aliados usaban los pasos fronterizos vascos, sobre todo, el bosque de Irati, menos vigilado por los alemanes y por los carabineros de Franco, de manera que, después de saltar sobre la Francia ocupada, atentar contra las instalaciones alemanas, recorrer a pie la distancia hasta Pirineos y atravesarlo en condiciones penosas, llegaban hasta la costa cantábrica, donde lograban ser rescatados por los británicos para, desde Inglaterra, volver a Bélgica.

La historia parece inverosímil, pero así fue. No es de extrañar que murieran tantos soldados. Algunas de las operaciones militares eran detectadas por el enemigo, que daba la voz de alerta y los ejecutaban

todavía en el aire, como guiñapos de feria a merced de las balas, colgados de sus paracaídas. Otras veces los sorprendían donde supuestamente iban a perpetrar el sabotaje, y los fusilaban sumarísimamente en cunetas y paredes. O no lograban llegar hasta los Pirineos, vencidos por la fatiga, las alturas, las inclemencias del tiempo o los lugareños, que los confundían con maquis o ladrones de ganado. Incluso podían ser apresados por los franquistas, quienes, si bien hacían oídos sordos a los contrabandistas, no dudaban en apresar saboteadores, piezas selectas con las que complacer a sus amigos del Tercer Reich.

Los ingleses, sin embargo, eran mucho más flemáticos; y sus misiones, más audaces y sofisticadas. Tanto que en ocasiones fracasaban por exceso de refinamiento. Eran amigos de espiar empleando pelucas, disfraces extravagantes, inventos mecánicos y ataques sutiles de dudosa efectividad.

La misión que yo debía emular era una mezcla del quehacer belga y la ocurrencia inglesa. Para atentar contra la base de submarinos asentada en Burdeos, el ejército de Su Majestad maquinó una idea que contaba con el riesgo habitual de las expediciones de

los paracaidistas de Bélgica y la complejidad de los estrategas ingleses: eso es, piraguas, sería la primera vez que se utilizaban piraguas en un comando. Ascenderían contracorriente hasta Burdeos, colocarían sus cargas explosivas y huirían siguiendo la ruta *Marie Claire*.

Remé durante horas. Una mezcla de cansancio y urgencia me atenazaba los músculos, especialmente los del rostro, tensos como obenques, y los de los brazos, vencidos por la acidosis. Me alivié encima: no tenía energía para abandonar el kayak y ponerme en pie, pero la vejiga dijo que no aguantaba más y lo hice. Sentí el calor de mis orines entre las piernas y deduje que tendría las ingles en carne viva, fruto del roce, tal fue el escozor que sentí. Todo aquello era una locura.

Cuando por fin alcancé las instalaciones abandonadas de la Betasom, en el corazón de un Burdeos ajeno a mí, me dolían la espalda a la altura de los riñones y las rodillas, por la posición. Sufría severas rozaduras en axilas y manos, producidas por la ropa mojada. La cabeza era un atolladero de fantasmas y miedos, originados por la fatiga y el sueño, como si alguien se empeñara en secarme el cerebro pese a que tenía el pelo empapado. No me había imaginado que aquello pudiera ser tan duro. No me quedaba resuello. Remar tras haber volcado en el remolino me había dejado aterido; estaba

tiritando y sabía de sobra que un acceso de fiebre me estaba hinchando los labios. Mi pecho era una esponja; comencé a toser.

La luna me permitió adivinar los enormes generadores eléctricos llevados desde Italia y abandonados en la explanada de la base como dinosaurios de metal sorprendidos por la tragedia. Apenas quedaba nada de la otrora imponente infraestructura. Era evidente que habían desmantelado gran parte de la base militar, pero continuaba en pie lo suficiente como para hacerme una idea de lo poderosa que había sido. Quise ver submarinos amarrados cuando puse proa al dique número cuatro, lugar de encuentro establecido con Monsieur Balzac y sir Henry Amberley, pero solo eran mis fantasías, porque no quedaba buque alguno. No hay nada más triste en el mundo que un puerto sin barcos.

Atraqué el kayak; estaba desfallecido pero muy emocionado. Me resultaba fascinante pensar que aquellos valientes ingleses habían realizado la misma ruta que había completado yo, habían alcanzado la Betasom en una sencilla piragua y habían logrado colocar sus cargas explosivas. Estoy seguro de que si llego a leer su gesta en una de las novelas que por entonces leía, habría pensado que era una exageración propia de un autor poco calibrado. En ocasiones, los hechos reales son más inverosímiles que los de la ficción.

Estaba exhausto, me dolía todo el cuerpo, me sentía desfallecer por el hambre y comenzaron a accederme náuseas, seguramente debido a los ácidos del estómago.

Amanecía. Pensé en Karl, quien estaría de regreso hacia Capbreton en mi *Literal*. Y en Madame Luivier...

Entonces, se me apareció mi padre. Vi su cuerpo caminando lentamente hacia mí, surgiendo de la niebla que ascendía lenta desde el lecho del río. Descubrí sus botas de militar, negras como si acabara de embetunarlas, y el brillo de la hebilla de su cinturón sujetándole la guerrera. Se quitó el casco y me saludó. Su sonrisa lo iluminó todo y, de repente, se me disiparon todos los temores, fiebres y dolores. Alzó la mano y pronunció mi nombre.

Gilles. Lo has conseguido, me dijo.

Luego me desmayé y debí golpearme contra el suelo como un saco de grano.

10

Varón francés, en torno a 20 años, complexión fuerte aunque no sobresaliente, estatura media (aprox. 1,70 centímetros).

Dentadura: ausencia de un molar (sup. izq.), resto molares desgastados por presión mandibular, presenta caries en 5,6,9.

Nombre: Gilles

Apellido: Nabarre

Filiación: (…)

Es atendido en esta consulta por encargo de Monsieur Balzac, quien abona los gastos derivados, que ascienden a 85 francos.

El paciente presenta los siguientes síntomas:

leve hipotermia

laceraciones en manos, pies, rostro (mejilla izq.)

contusión con hematoma en pecho

contusión con hematoma en costado

desfallecimiento fruto del agotamiento

Atención: es curado de heridas y laceraciones; se coloca vendaje en zona costal, aunque no se aprecian fracturas.

Indicaciones: se aconseja reposo, comida-bebida caliente, control de laceraciones.

Retirar vendaje en 24 h. Si persiste el dolor agudo, se aconseja revisión hospitalaria.

Firmado:

Dr. Barouch

Parte médico anexo a LIBRETA-4.

11

uchacho…

Una voz varonil y grave se colaba por mis oídos. No la reconocía. Luego M desapareció.

Muchacho, volví a escuchar al rato. Despierta, muchacho. Estás agotado.

Soy el doctor Barouch. Monsieur Balzac te ha traído a mi dispensario. ¿Me oyes, muchacho? Descansa…

No era mi padre el de la niebla. No era él quien surgió de la bruma para quitarse el casco y saludarme levantando la mano, sino Balzac, Monsieur Balzac. No hubo padre ni hubo abrazo. No hubo reencuentro porque uno solo se reencuentra con los muertos cuando atraviesa la puerta de la conciencia.

Monsieur Balzac y sir Henry Amberley están conmigo, me explicó la voz del doctor Barouch. Y un notario de Burdeos. Esperan fuera. Les he dicho que necesitas descansar, muchacho. ¿Cómo te sientes?

Balbuceé algo. Comprendí lo sucedido y sonreí. Lo había conseguido. Había llegado hasta las ruinas de la Betasom, había remontado el Garona en aquellos infernales kilómetros desde el mar hasta Burdeos. Un brote de orgullo por la proeza conseguida hizo que me incorporara y me frotara los ojos.

Se trataba de una consulta al uso, con un biombo de tela, una banqueta metálica a los pies de la camilla en la que me sentaba y una mesa de madera junto a una vitrina con medicamentos, rollos de vendas y cajas con jeringuillas de cristal. El doctor rellenaba papeles. Cuando se percató de mi movimiento, los dejó y se dirigió a mí esgrimiendo su fonendoscopio.

Has pasado una aciaga noche, muchacho. Es normal que te encuentres fatigado.

Permite que te ausculte nuevamente antes de darte el alta. Yo creo que con un poco de descanso y comiendo bien, te sentirás de maravilla en unas horas. Eso sí, hay que vigilar el golpe en el hombro.

Sentí la frialdad de su estetoscopio al apoyarlo en mi espalda, pese a

que lo había intentado calentar previamente con su aliento. Me mandó toser varias veces. Después, con la misma voz grave pero algo suavizada, me palmeó en la nuca y me mandó vestir.

Te han traído ropa seca. Monsieur Balzac lo tenía previsto. Ten, póntela. Y calzado.

Tus botas están inundadas. Eres un héroe de Francia.

Monsieur Balzac y sir Henry Amberley me recogieron en la sala de espera del dispensario del doctor Barouch, me montaron en un Renault Juvaquatre negro y me llevaron al Hotel Charme, donde, tras dejarme alojado en una habitación estupenda, me dijeron que me esperaban en el restaurante para comer. Me duché, me tiré en la cama, me volví a duchar y apilé los jaboncillos que el establecimiento ofrecía a sus clientes, todos ellos perfumados y envueltos en estuches de papel con reproducciones de acuarelas de Burdeos. Abrí las cortinas y contemplé el río a mis pies. Abrí el armario y contabilicé al menos veinte perchas con una H y una Ch en dorado. Abrí las mesillas; encontré una biblia, algo que me sorprendió; y una lista de teléfonos que empezaban por 00 y continuaban hasta el 09. Entendí que se trataba de servicios que podían solicitarse a través del teléfono que presidía la cómoda junto a la ventana: desde un desayuno con café y bollos hasta un barbero. No me creía lo que me estaba sucediendo.

La vida era quien me abría a mí los ojos.

Después a la mesa, mi estupor continuó creciendo, en especial, cuando comenzaron a desfilar por el mantel más platos que los que había visto yo en mi vida. Monsieur Balzac se sentía ufano, casi tanto como el inglés, quien no parecía verse muy afectado por haber perdido la apuesta.

Esta tarde podrás descansar en la habitación y mañana, de madrugada, te llevaremos a Capbreton. Antes, querido Gilles, te mereces este homenaje. Lo paga nuestro común amigo sir Henry. ¿No es así?

En efecto, contestó el aludido con un gracioso acento. No cabe duda de que nuestro joven héroe se merece reponer fuerzas después de una noche tan dura. He de confesar que me sentí un tanto turbado cuando vi aparecer la canoa, pero un ex oficial del Ejército Británico sabe lo que es el valor, la lealtad y el respeto por su adversario.

Sir Henry, explicó sonriente Monsieur Balzac, fue oficial de los *gurjas* nepalíes que combatían para Su Majestad. Estuvo en la India. Dicen

que era tan feroz en el campo de batalla como con las mujeres que pasaban por su lecho.

Estimado amigo mío, replicó el inglés con flema pero claramente halagado, como caballero que soy, haré como que no le he oído semejante impertinencia sobre mis asuntos privados, pero lo que sí le aseguro es que no existe soldado más fiero ni más preparado ni más abnegado ni más perspicaz que el *gurja*, descendiente del guerrero hindú Guru Gorkhanath, cuyos seguidores fundaron la dinastía de Gorkha y han llegado hasta nuestro días como fieles servidores de armas de Su Majestad. He tenido el honor de participar en las dos grandes guerras, luchando codo con codo con estos hombres del Nepal más ignoto y fiero, y le prometo a usted, Monsieur Balzac, que jamás he visto comportamiento más cabal y determinante que el suyo. Dicho lo cual, he de reconocer que nuestros amigos de la misión Frankton tendrían mucho que aprender de ellos… y de nuestro joven Gilles Nabarre, ante quien me descubro, pese a haberme hecho perder una sustanciosa cantidad de dinero en esta apuesta con usted.

Ambos rieron. Obligándome a hacer lo mismo, levantaron sus copas y brindaron. El restaurante del hotel era tan lujoso como la habitación que me habían asignado, al igual que el vestíbulo, las escaleras y el ascensor, forrado de planchas doradas a modo de espejos. Bebimos. Sirvieron postres. Yo me encontraba ahíto, solo deseaba dormir, como si toda la fuerza de gravedad del planeta recayera sobre mis hombros. Sin embargo, pregunté de qué se conocían, y nuevamente se carcajearon.

La guerra, querido amigo Gilles, mata a algunos hombres y hermana a otros.

Terminamos de comer y me retiré a mi habitación, donde dormí hasta la mañana siguiente.

Nadie nace sabiéndose héroe. Tampoco creo que lo heroico responda a estrategias.

Más bien creo que uno alcanza la heroicidad empujado por las decisiones y no por la determinación. Algo así debió de pasarme, pues, en aquella cama, dormido, me transfiguré. La guerra mata a algunos hombres y hermana a otros. Y las decisiones convierten en héroes a unos pocos.

Amanecí renovado.

12

e vuelta a Capbreton, nadie salió a recibirme, salvo Karl Ove, quien me aseguró que en los corrillos del puerto se hablaba algo de la hazaña, pero que la mayoría de la gente no decía nada, probablemente por no dar pábulo o por no creérselo.

D Me confesó que estuvo a punto de partir la crisma a alguno que me tachó de fanfarrón o de suicida, y que hubo incluso quien juraba y perjuraba que, para hacer aquella gesta, yo había tenido que recurrir a alguna trampa, corriendo por la orilla para salvar las corrientes del remolino o usando motor en la barca para superar la corriente adversa.

Lo realmente complicado fue lo que vino después, cuando cobré la enorme cantidad que me prometió Monsieur Balzac: el acostumbrarme a una nueva realidad, a la nueva vida que se abrió como una explosión de flores en primavera. Y es que yo era un bobalicón, un joven astuto pero poco instruido, nada viajado, ni experimentado excepto en las cosas de navegar. ¡Qué difícil fue sentirme un Gilles diferente! Entender que en la vida hay oportunidades que se nos presentan y hemos de saber aprovechar. Confiar en mí mismo y en el resto de las personas. Eso fue lo difícil. Ese fue el reto. Y como siempre que me he enfrentado a retos, lo encaré con determinación y vencí.

Me ingresaron en una cuenta del Banco Nacional de Francia los doce mil francos, pero tardé tiempo en decidir qué hacer con aquella cantidad de dinero. Karl me animaba a viajar, a irme lejos, a empezar una vida en la otra punta del planeta. Me hablaba de Australia y me decía que allí había muchas oportunidades. Después saltaba a España, donde, a pesar de la dictadura y de su política de autarquía, los listos medraban con el estraperlo y el comercio clandestino. Me insistía que, estableciéndome en Madrid, podría hacerme con un local en el que abrir un colmado y, aprovechándolo como tapadera, establecer mi propia red de productos, llevados mediante el contrabando. Yo no le hacía mucho caso, claro. Ni me imaginaba viviendo en una capital, tan lejos del mar, ni me veía de comerciante ni sabía, a ciencia cierta, de dónde sacaba el noruego aquellas afirmaciones tan rotundas que daba por buenas. Hablaba sobre la ONU y de cómo había levantado el aislamiento diplomático de España debido a las presiones de los Estados Unidos. Además, decía que tenía noticias de que los yanquis colocarían bases militares en el sur de la Península, y que los más espabilados sabrían sacar provecho de la nueva situación; pero yo, que

ni me consideraba espabilado ni entendía demasiado de asuntos de política internacional, no alcanzaba a entender de qué manera la mariposa española afectaría a mi simple vida con su aleteo.

Pasaron las semanas y luego los meses. Continué con mi vida habitual, casi hasta el punto de olvidarme de la existencia de los doce mil francos. Seguía saliendo a navegar con mis amigos, trabajando, leyendo los libros que caían en mis manos y hasta preguntándome si en efecto era tan valiente como un *gurja* nepalí.

Mis dudas encontraron respuesta, al menos parcial, al año de mi gesta. Llegó a Capbreton a bordo de un ruidoso Peugeot 202 un tipo refinado, de traje con raya diplomática aunque zapatos muy trotados, bigote rectilíneo pese a su juventud, sombrero de fieltro y corbata granate. Era periodista. Preguntó por mí y dio conmigo en el mismo puerto, mientras amarraba el *Literal* después de una travesía de tres horas con mi amigo Gravière. Habíamos salido a probar la nueva trapa y, satisfechos, nos disponíamos a tomar unos tragos en la taberna. Se presentó. Dijo llamarse Lucien Alain.

Nos estrechamos las manos y explicó que era reportero de la revista *Paris-Match*. Al parecer, había llegado hasta París la noticia de mi aventura en el Garona y quería hacerme una entrevista para un reportaje. No dudé que Monsieur Balzac andaría detrás de aquello.

Nos emplazamos al día siguiente en mi casa. Acudió puntual, hizo algunas fotos, nos sentamos a la mesa, dialogamos durante cerca de una hora. Lo cierto es que él ya sabía prácticamente todo lo concerniente al contexto, pero estaba interesado en mi experiencia, en los momentos en los que estuve a punto de perecer engullido por el remolino y, sobre todo, en la idea, casi el eslogan, de que un francés en solitario había podido cumplir la misión de un puñado de ingleses.

Bebimos café mientras tecleaba en su máquina de escribir portátil, una Rooy preciosa de color beige y azul, un artilugio pequeño aunque pesado que extrajo de una funda que se colgaba a modo de mochila. Me fascinó la velocidad con la que pulsaba y la seguridad con la que introducía los papeles por el carro. Cada vez que sonaba la campanita, Lucien arremetía contra la palanca y hacía avanzar la página, como si las palabras, en lugar de nacer en su cerebro, surgieran del ingenio mecánico y lo único que él hiciera fuera atraparlas. Cuando dio por terminado su trabajo, leyó a vuelapluma algunos párrafos, no tanto por pedir mi consentimiento o saber si me gustaban, como por recrearse en una lírica alambicada y culta. Yo no conocía la revista, pero intuía que *Paris-Match* era una publicación importante si

trasladaban desde la capital hasta Capbreton a un tipo en coche solo por entrevistarme.

Lo cierto es que el reportaje nunca vio la luz. Por lo que más tarde supimos, su Peugeot 202 se salió de la carretera a la altura de Montbazon, cerca de Tours, y Lucien Alain falleció al momento, dándose por perdidos sus folios. Al menos eso es lo que me dijeron por carta a los dos o tres meses de aquella entrevista. Me narraban sin

demasiado detalle que, debido al deceso del periodista, su reportaje había desaparecido, pero que el tema les seguía interesando por lo que, si me parecía bien, en lugar de enviar un nuevo plumilla a Capbreton, podía escribir yo mismo mi recuerdo de la gesta.

A cambio me abonarían la tarifa fijada para una encomienda de esas características: a saber, cien francos por página.

Cuando lo conté en la taberna, mis amigos se rieron de mí. Con los vasos de vino en alto, ya borrachos, brindaban por mi gafe, asegurando que el periodista parisino se había estampado en una curva porque yo le había echado el mal de ojo, y nos carcajeábamos sórdidamente de su mala suerte, sin más tamiz que el de nuestras voces balbuceantes por el alcohol.

Volví a casa y lloré. No sé por qué. No porque pensara que en efecto yo era gafe; ni porque se perdiera el reportaje; ni por el vértigo absoluto que me producía haber aceptado escribirlo de nuevo yo mismo, pobre ignorante. Creo que lo hice por soledad, por los fantasmas que asolaban las esquinas de mi habitación, el armario que un día fue de mis padres, la cocina donde calentaban el puchero, el lavabo donde, en camiseta, él se aseaba cada mañana.

13

arceline D’Ousseau era la maestra del pueblo. Decidí hablar con ella. Tenía una casa apacible y ordenada en la parte interior de Capbreton, casi en el camino de Gaillou. La flanqueaban dos palmeras con aire indiano, una retahíla M de hortensias y varios setos bajos que conformaban las vallas naturales de un jardín de ensueño; había un estanque, dos enormes parterres de tulipanes, varios regueros de piedritas blancas dibujando caminos en espiral y una escalera blanca al fondo por la que se accedía a la vivienda.

Para la visita vestí mi mejor pantalón, uno ancho y marrón con cinturón de enorme hebilla, una camisa de cuadros pequeños, también marrones, y una cazadora de piel, que lo mismo me servía para ir a las tabernas que para acudir a arreglar papeles del barco a la Gendarmería. Calzaba zapatos limpios, aunque viejos, y hasta me puse un reloj de pulsera que apenas solía usar. Me repeiné con agua de colonia y me afeité, por supuesto. Creo que tenía un buen aspecto.

Me atendió con cierto recelo. Ella impartía clases por la mañana en la escuela y por las tardes enseñaba piano a dos hijas de los dueños del astillero. Lo último que entraba en sus planes era desbrozar a un joven como yo, pero aceptó. Y dudo que fuera por el

dinero que yo le pagaría cada viernes religiosamente; creo que vio en mí una oportunidad para superarse. Según me comentó, había oído en el pueblo que yo era un bruto, ignorante pero noble, buena persona, alguien de quien se podía fiar. Además, estaba enterada de mi bravuconada en el Garona.

Haremos lo que podamos, sentenció en nuestra primera entrevista. Luego colocó un libro enorme sobre la mesa camilla en la que hablábamos y me pidió que prestara atención porque íbamos a comenzar a dar nuestra primera clase.

No pienses que escribir es solo unir palabras, me dijo. Si así fuera, no me necesitarías. Escribir es mucho más que eso. Tenemos un largo camino por delante. Te propongo que establezcamos un ambicioso plan; al fin y al cabo, si has sido capaz de culminar esa fanfarronada de la piragua, has de ser capaz de enfrentarte a lo que te vaya ordenando esta maestra de pueblo. Eso sí, sin malas caras. No eres un chiquillo al que haya de prestar mi paciencia. Al mínimo desaliento o al primer desaire, puerta.

¿Has entendido, Nabarre?

Asentí con la cabeza. No tenía más remedio. Había dicho a todos que iba a contratarla para que me enseñara a redactar correctamente el reportaje para el *Paris-Match*, así que no podía echarme atrás. Si Simón, Gravière, Henri Arrape y Constantine se enteraban de que me rendía ante unas lecciones de escritura, mi reputación de valiente quedaría muy tocada. Además, qué demonios, me apetecía aprender a escribir bien, siempre me había gustado garabatear, pergeñar mis pequeñas historias, y componer ese reportaje y dar cuenta de mi aventura en una revista tan importante era algo grande. Teresa estaría orgullosa de mí.

Entendido, Marceline. Por mí no habrá problema, respondí.

Mi trabajo con ella fue intenso durante aquellas primeras semanas. De alguna manera, actuaba como el jardinero paciente que limpia las malas hierbas una a una.

Corregía, valoraba, proponía… Era inflexible pero cercana, amable pero rigurosa, exigente pero motivadora. Nunca he tenido una maestra de las de aula y pizarra, pero imagino que el buen magisterio tiene que ver con esas cualidades.

14

(…) como un disco de plata en el cielo. Y el mar es un negro charol. Y la espuma blanca como la nieve es un caballo con su pelo blanco movido por el viento. El mar es un dios azul de día y negro de noche (…).

Me gusta salir al mar porque me gusta el mar. Y me gusta salir en barco porque los barcos me gustan mucho porque son mi vida y sobre todo el barco de mi padre que ahora es mi barco y se llama Literal.

(…) con mis amigos pero sobre todo solo porque solo me gusta más.

Extracto de la primera redacción realizada en casa de

Marceline D'Ousseau, sin corregir. Es malísima y muy naif.

Anexa a la LIBRETA-2.

15

aía la tarde. Meandros de gasóleo violeta dibujaban tornasoles en la superficie oscura del agua. Varias nubes cubrían el cielo. Las gaviotas se alineaban sobre farolas, barandillas y tejados, observando la inminencia de la tormenta.

C ¿Te gusta la maestra, Gilles?

Yo nunca me casaré, Teresa.

No te he preguntado eso. Se le da demasiada importancia a casarse y, en definitiva, lo del matrimonio no deja de ser otra forma de someter la mujer al hombre Yo lo que te he preguntado es si te gusta. Es bastante atractiva.

No lo sé.

¿No sabes si es atractiva? ¿O no sabes si te gusta?

¿Y a ti, Teresa? ¿A ti te gusta alguien?

El amor es un sentimiento limitante. Yo prefiero desear.

A veces no te sigo, Teresa.

Te deseo a ti, por ejemplo.

¡A mí!, salté. Estábamos a bordo del *Literal*, atracados en puerto. Ella me miró y se carcajeó.

Tranquilo, Gilles. Te quiero demasiado como para condenarte a una relación conmigo. Te deseo en un plano estrictamente físico, pero no voy a estropear nuestra amistad por un simple momento de locura. Tú lo que tienes que hacer es beneficiarte a la maestra, si tanto te gusta.

No he dicho que me guste, respondí, rojo de pudor. Y no comprendo lo que me dices. No comprendo que digas que me quieres justo después de decirme que el amor es una mierda.

¡Despierta, Gilles! La vida son dos días. Deberías leer a Albert Camus.

Es hora de que escribas el reportaje comprometido con el *Paris-Match*, Gilles, sentenció una tarde Marceline, después de meses de concienzudo trabajo. Yo no la veía igual desde aquella conversación

con Teresa. Intentaba descifrar si me gustaba o no.

Intentaba también encontrar algún libro del tal Albert Camus. E intentaba, sobre todo, descubrir quién era Gilles Nabarre.

También es cierto que tenía prácticamente aparcado el asunto del reportaje. Lo iba posponiendo, tal vez, porque si lo escribía y lo entregaba, se me acabaría el pretexto para acudir a las clases de escritura de Marceline. O porque la vida nos lleva así, de lo urgente a lo importante y de lo importante a lo cotidiano, con la celeridad de lo que acontece, tan imprevisible, tan efímero todo, tan real. O porque el paso del tiempo hizo que se fuera disolviendo la fiebre de mi gesta y, cuando en el bar dejaron de llamarme héroe o farsante, yo mismo me desnudé de heroicidad y de ínfulas.

Pese a todo ello, finalmente, lo escribí, y lo publiqué, y fue todo un éxito en Capbreton. Los vecinos me paraban en la calle para decirme que lo habían leído y qué valiente había sido. Algunas señoras, que seguramente no lo habían leído pero habían oído hablar de él, mentaban a mi madre y aseguraban que habría estado muy orgullosa de mí, la pobre, y que qué lástima que la guerra se la hubiera llevado por delante. Yo las escuchaba paciente, compadeciendo su afán por el chismorreo, comprendiendo que echar la culpa a la guerra era no echársela a los alemanes, porque la guerra es siempre anónima y los alemanes tienen nombres, apellidos y rostros. Algunos hombres que sí conocían el reportaje, me comparaban con mi padre y no dudaban en equiparar mi coraje con el suyo. El más valiente de los buzos del puerto, comentaban, palmeándome la espalda; no es de extrañar, muchacho, que tú hayas salido así. ¡Y que les den por el culo a los ingleses!

Karl no dijo nada, pero me sonrió y me prometió que si caía un ejemplar de *Paris-Match* en sus manos, se limpiaría el culo con las páginas de mi aventura. Luego me abrazó.

Fue un honor acompañarte hasta la desembocadura del Garona, pequeño héroe, me dijo.

Sucedió entonces algo que iría a cambiarme nuevamente la vida, si es que la vida no es eso, cambiar continuamente con cada decisión nuestra o cada acción de los demás.

Me llamó el párroco, un hombre enjuto, afeminado y de color cetrino de nombre Jean, padre Jean. Nos vimos en las oficinas de la iglesia, llenas de recuerdos, donde el antiguo cura de mi niñez, su antecesor,

daba clases a los huérfanos como yo. Me sorprendió la remodelación del local, los marcos pintados de marrón, las alfombras, los archivadores, las lámparas, todo tan nuevo, con un marcado aire a despacho de correduría de seguros; eso sí, un cristo enorme presidía la sala, observando al visitante con sus ojos de vidrio a escasos centímetros de las gotas de sangre pintadas en una frente tan cetrina y afeminada como la del párroco.

Tomé asiento. Usted dirá, pregunté.

Le he convocado, Gilles, a raíz de su reportaje en el *Paris-Match*. Obviaremos el hecho de que esa revista no es, precisamente, un ejemplo de moralidad, pero dejaremos ese tema de lado. Lo he leído y tengo que reconocer que me ha gustado. No tanto la redacción, que en algunos puntos me ha parecido demasiado simple, pero sí el tono general. Escribe bien. Es una suerte para Capbreton contar con una pluma como la suya.

El mérito es de Marceline D'Ousseau, repliqué sinceramente.

Marceline es una maestra estupenda, me consta, dijo sin demasiado entusiasmo, pero usted ha demostrado valentía y capacidad para contar su hazaña. Dudo que Marceline, la señorita Marceline, haya hecho otra cosa sino despertar el talento que lleva dentro. De todas formas, Marceline D'Ousseau no pisa la iglesia…

Estamos en un estado laico, padre, me atreví a decir.

En efecto, Gilles. Pero no por ello hemos de desdeñar el poder de la reconciliación, de la comunión y de estar a buenas con Dios. Tampoco usted la pisa.

Dudo que lo vaya a hacer, padre.

Lo sé, pero vayamos al grano. Quiero publicar un periódico en Capbreton. Y cuando digo quiero, digo queremos. El alcalde está dispuesto a apoyarlo; ofrece ayuda económica para la impresión. También la cofradía de pescadores, a cambio de que incluyamos esquelas y cumpleaños. El periódico contendrá entrevistas, noticias locales y noticias traídas de otros lugares, noticias de interés para nuestros ciudadanos. Yo mismo participaré con la redacción de varias secciones utilizando pseudónimos diversos, escucho mucho la radio y no me costará nutrirme con ecos de actualidad y crónicas políticas de Radio-Burdeos: las escucho desde aquí, con la antena que colocamos en el campanario. Habrá hoja parroquial, consejos de cocina y de mar… Y he pensado, hemos pensado, que usted podría ocuparse de

una sección. ¿Qué le parece si escribe sobre todo lo que tenga que ver con las viejas historias del mar de Capbreton?

Su padre y su abuelo fueron buzos, y usted conoce a muchas personas, ha vivido siempre entre barcos, tiene un balandro precioso… ¿cómo dicen que se llama? ¿ *Litoral*?

Literal, padre. Se llama *Literal*, le corregí.

¿Qué le parece la idea?

El número uno salió en enero de mil novecientos cincuenta y tres. Nos costó mucho tiempo maquetarlo e imprimirlo. Para el siguiente número, decidimos optimizar esfuerzos y apremiar a los de Gráficas Paff, artífices del producto final. En la portada se me veía de pie junto a una piragua, en una fotografía en blanco y negro que emulaba a las de *Paris-Match*, *Cinémonde* y *Le Petit Echo de la Mode*, las únicas revistas que llegaban a Capbreton y en las que podíamos inspirarnos. En las páginas de interior, más de la mitad del ejemplar era un resumen de mi reportaje para el *Paris-Match*, al que el padre Jean había dado un aire más místico, con frases como *solo Dios sabe de la soledad del combatiente* y expresiones del estilo *cuando se unen Providencia y coraje, no hay corriente adversa que pueda torcer el destino*. Por mi parte, me estrené con un artículo extenso sobre los buzos del puerto, al que añadí una entrevista a François Sounier, jefe de mantenimiento, y una vieja fotografía en la que se veía a un grupo de trabajadores posando en el dique.

La publicación fue todo un éxito.

Me cago en tu vida, Gilles, me gritó alguien a mi espalda. Yo llevaba bajo el brazo varios ejemplares de aquel primer número para colocarlos en el estanco, nuestro principal punto de venta. Me cago en tu vida una y mil veces, repitió. Cuando me volví, apenas pude ver nada. Un puñetazo me rompió la nariz antes de caer al suelo, donde recibí varias patadas.

Era mi amigo Constantine. Una vez que me golpeó dos o tres veces en el estómago, se detuvo y me escupió. Yo no entendía nada, claro. Solo me preocupaban las revistas, que habían salido volando y se esparcían por la calle. Las recogí apenas sin poder enderezarme. No fue hasta que las aprehendí que no me percaté del ardor en la tripa, como si un hierro incandescente me hubiera atravesado el hígado o el intestino o lo que fuera que me dolía. Sangraba de la nariz. Me la toqué y comprobé que estaba torcida.

Ya en casa, dejé las revistas sobre el mueblecito de la entrada y me metí en el baño.

Vi mi rostro desfigurado en el espejito sobre el lavabo. Sabía de sobra lo que tenía que hacer: debía enderezarme aquel tabique nasal desviado; debía recolocarlo, volverlo a su sitio original antes de que empezara a soldar en falso. No lo había hecho nunca, pero se lo había oído contar a los hombres viejos del puerto, igual que me habían explicado cómo meter un hombro, cómo entablillar un brazo roto o cómo cortar una hemorragia con el cinturón. Los pescadores, cuando están a cien millas del puerto, no pueden andarse con remilgos.

Tomé la nariz con mi mano, la escruté. No dudé qué hacer. Busqué en el cajón de la mesa de la cocina una espátula y del altillo del armario un martillo. Regresé al espejo, coloqué la espátula sobre el lado de la nariz hacia el que se me había desviado, cogí aire, cerré los ojos y golpeé con el martillo sobre ella para que devolviera el tabique a su posición natural. El aullido que exhalé debió de oírse en toda la calle.

Hombre de Dios, exclamó Marceline. ¿Qué te ha pasado?

Mi aspecto debía de ser deplorable. Un hematoma se extendía desde mi entrecejo hasta la boca como el delta de un río, irrigando de azules y morados la nariz, los ojos y parte de las mejillas.

Tenemos clase, respondí.

¿Y eso?

Cosas que suceden.

¿Constantine? Algo he oído.

¿Y qué has oído?

No le gustó tu artículo sobre los buzos. Dicen que te olvidaste de su abuelo. Que lo omitiste adrede por ser austríaco. Ese amigo tuyo es un violento; deberías tener cuidado con él.

¿El abuelo de Constantine era austríaco? Primera noticia que tengo, le respondí a la vez que desplegaba sobre la mesa camilla un paquete de páginas con mi trabajo de la última semana.

Trabajamos con ahínco. Por entonces, y después de haber leído un buen puñado de libros, Marceline intentaba afinar mi redacción obligándome a componer frases usando cuantos más sinónimos mejor.

Para ello, me había prestado un diccionario tan grueso y pesado como un noray. Corregimos, dialogamos, aprendí de dónde venían algunas palabras, escuché ciertas normas de sintaxis desconocidas para mí, asumí mi reto para la siguiente cita: escribir trescientas palabras sobre Capbreton sin utilizar los verbos ser, estar, haber y hacer. Era gracioso que el periodista en ciernes necesitara de Marceline como de respirar.

¿Qué nos lleva permitir que algunas personas nos habiten la existencia? ¿Qué fuerza es ésa que nos une a alguien como si de magnetismo se tratara? ¿Dónde reside el vínculo invisible que ata los destinos de dos seres humanos? ¿Por qué Marceline, sin planificarlo, sin sospecharlo, sin preverlo ni evitarlo, entró en mi devenir diario y se quedó para llenarlo? ¿Quién dicta los renglones del destino?

Habla con él, Gilles, me dijo al despedirnos tendiendo su mano y tomando la mía.

Fue un instante, pero aquel tacto bendito me reconcilió con el ser humano, por no decir que me atontó como a un adolescente en plena ebullición.

Había anochecido. No me costó dar con Constantine. Estaba en la puerta de la taberna, sentado en un poyo de madera que hacía las veces de banco; tenía un vaso entre ambas manos, los codos sobre las rodillas, la espalda encorvada hacia delante, la vista perdida más allá del vidrio, sobre los brillos en la negrura del agua remansada del puerto. Me sintió llegar pero no se movió.

Tengo la nariz rota, hecha trizas, le dije.

Te lo mereces.

Ambos callamos. Un aire frío y húmedo se colaba desde la bocana y envolvía la escena como si de una escenografía gris perla se tratara. Los barcos crujían en su leve balanceo, al otro lado del vértice del dique. Constantine tosió levemente y apuró su vino. Yo entré a la taberna, pedí dos más y salí a sentarme junto a él; le ofrecí el suyo, lo asió sin volver la cabeza y, tras darle un trago corto, adoptó la postura en la que lo había encontrado. Por fin, hablé.

Recuerdo, le susurré, cuando de críos nos embarcamos por primera vez en el bote del padre de Henri. No podíamos con los remos, pero era tal nuestra determinación que no hubo nada que nos detuviera hasta que salimos de puerto. Tú eras el más fuerte de todos; siempre lo has sido, Constantine. Por eso, desesperado, acabaste por echarnos a puntapiés de la bancada y agarrarse tú los dos remos. Andaríamos por

los once años.

Doce, tal vez. Y nos demostraste que tus brazos eran adultos, como tu voz. ¡Qué vozarrón tenías, amigo! Por eso siempre hemos estado seguros contigo. Nada temíamos si venías con nosotros. Y cuando los del barrio del pasto vinieron a pegarnos porque en la verbena alguien había insultado a una chica del puerto, no temíamos a nada ni a nadie porque tú estabas con nosotros. ¡Vaya que si estabas! ¿Te acuerdas tú las narices que partiste, Constantine? Habíamos hecho ya los catorce, pero tú parecía que tenías veinte, con tu bigote incipiente y el vello en tus antebrazos. No sabía que tu abuelo fuera austriaco. No tengo nada contra Austria. Ni contra Alemania. Solo lo tengo contra los alemanes que mataron a mis padres. A mí los países me la traen al pairo.

No dijo nada. Siguió mirando en dirección al dique. La noche se rompía apenas en las veladuras amarillas de las farolas, de esquina en esquina; el resto era oscuridad.

Dentro, el tabernero escuchaba la radio.

No te la traerán tan al pairo cuando hiciste lo de la Betasom para humillar a Inglaterra en nombre de Francia.

¡Qué idiota eres, Constantine! Eres el más cretino de todos mis amigos. Y el más torpe sobre cubierta.

Gilles, me espetó, te olvidaste de mi abuelo a propósito. En la mierda de tu reportaje, omitiste a mi abuelo a propósito, porque odias a los austriacos. Mi abuelo no tuvo culpa de que Hitler fuera austriaco. Mi vida es una locura: tuve un abuelo austriaco, un padre aquitano y una madre vasca. Mi vida es un auténtico caos porque hablo francés, cuando debería hablar alemán, como el abuelo, o vascuence, como mi madre y la madre de mi madre. Mi vida es un galimatías de identidades y, al final, me he quedado sin saber en qué bando estoy. Pero no me parece de recibo que olvidaras a mi abuelo a propósito.

Me olvidé de tu abuelo porque soy un mal periodista, Constantine, le dije. Porque ni siquiera soy periodista. Te pido que me perdones por el olvido; en el número dos hablaré de él. Y yo, a cambio, te perdono que me hayas partido la nariz. ¿Así me voy a echar novia?

Constantine levantó el vaso y brindó por el mar y por todas las vidas que se había llevado a sus profundidades, como la de su abuelo, buzo del puerto, aplastado por una

viga mal estibada en las obras del pantalán. Luego se bebió de un

trago el vino y me empujó con el hombro.

A que no tienes lo que hay que tener para salir conmigo esta noche en el *Literal*.

A que no lo tienes tú.

Navegar a ciegas es peligroso.

Y tu amistad, Constantine, y tu amistad, le sonreí.

Y por fin giró la cabeza y me devolvió la sonrisa con su enorme boca desdentada.

16

Esta noche he navegado con Constantine, solos los dos, a bordo del Literal. El barco responde bien; siempre lo hace. También mi amigo, aunque, se ponga como se ponga, sigue siendo un torpe cuando hay que largar la escota en una virada. Tarda demasiado.

Creo que eso le convierte en un ser tan humano que me hermana por siempre con él. La perfección no existe, como no existen los países.

Sí, existen los países, pero son artificiales. A mí me da igual que su abuelo sea austriaco, o su madre vasca, o que Karl sea noruego. A mí lo que me importa es la humanidad de cada persona. Igual es que soy un tonto, como me han dicho en el Ejército, pero es que ni siquiera guardo rencor a Alemania por haberme arrebatado a mis padres; a quien guardo rencor es a los alemanes que acabaron con sus vidas.

La noche nos ha envuelto nada más salir de Capbreton. Quien no ha navegado en la oscuridad no comprende qué significa. Mar y cielo se vuelven un todo negro y solo la proa existe, como si todo lo tangible del universo se hubiera volatilizado. Me fascina navegar así, a ciegas, es excitante, absurdo y adictivo.

¿Absurdo? Puede que sí. Todo es absurdo. Como navegar de noche. Como navegar con Constantine.

Texto íntegro, escrito en la LIBRETA-5. Junto a él hay un dibujo, también de Gilles, hecho a bolígrafo, en el que se ve una luna sobre el mar, con claros fallos de perspectiva.

17

asaron semanas y pasaron meses. Y de mis torpes trabajos iniciales llegamos a mis largas redacciones; de mis inculturas, a mis cultivadas páginas; de mi ignorancia a mi ilustración; de mi verborrea a mi discurso… Alcanzamos el número nueve de P la revista; la gente en Capbreton me llamaba *periodista*. Mis libretas aumentaron.

Por el camino, aprendí a querer a Marceline, con quien, además de compartir páginas, compartía las tardes de los viernes en su casa, de tal forma que cuando depositaba los francos en un tarro que ella tenía para ese efecto en una cómoda del vestíbulo, empecé a sentirme sucio, como si pagarla fuera prostituir el afecto que la tenía.

Un día le dije que quizá sería mejor que abonara mis clases a final de mes, o por trimestres, y ella esbozó un fastidio y me contestó que la norma era la norma y que en aquella casa se cobraba los viernes, se fuera una niña que tocaba el piano o un jovenzuelo como yo que lo que tenía que hacer era ir pensando en echarse novia.

También me dijo que yo era muy buena persona. Después del "tonto" que me espetó el militar cuando mi fallida incorporación a filas, aquel "buena persona" fue el adjetivo más perturbador que me habían dicho.

Por la noche, desasosegado, le di vueltas al asunto, calculando, de entre todas las chicas de Capbreton, quién podía ser mi novia, y la única que veía con posibilidades era ella, Marceline. Tal vez su "buena persona" era abrirme una puerta a los afectos. O tal vez fuera, simplemente, que en realidad me veía así.

No era especialmente guapa ni esbelta ni tenía el cutis brillante ni se cuidaba demasiado en cuanto a ropa, porque siempre vestía el mismo tipo de combinación: falda ancha, camisa blanca y *tweed*. En invierno, para salir a la calle, se echaba por encima un grueso abrigo gris y una toquilla de ganchillo para andar por casa. Tenía las manos ágiles, eso sí. Era mayor que yo, pero me preguntaba cuántos años cumpliría y en qué mes y en qué fecha.

¿Cómo habría sido mi existencia con Marceline? ¿Qué habría sucedido si le llego a pedir que fuera mi novia? ¿Me habría rechazado o sería ahora el marido de la maestra?

¿Tendríamos hijos y yo trabajaría en una oficina o vendiendo lápices en una papelería?

En la vida suceden milagros. No tienen mucho que ver con altares y largos procesos de canonización, sino con instantes lúcidos en los que la casualidad hace que tomemos

una u otra decisión. Cobrar el dinero de Monsieur Balzac y sentir una punzada en el pecho fue todo uno. Podía habérme gastado los cuartos en vino, incluso en comprar mis propias cepas, como hacían algunos unos cuántos kilómetros al noreste, en la carretera de Burdeos. O podía haber adquirido otra casa en Capbreton, olvidando para siempre la de mi niñez, atestada de pesadumbres. O podía haber viajado por Europa para conocer de primera mano las miserias y glorias que leíamos en los periódicos. O

haberme ido a Australia, siguiendo los consejos de Karl. Y, sin

embargo, allí seguía, con el dinero casi intacto, mi trabajo, mis quehaceres, navegando en el barco heredado de mi padre, viviendo en la misma cochambrosa morada de siempre, sin otros gastos que los diarios. ¿Y si le pido que sea mi novia, pensaba dando vueltas en la cama, y que se case conmigo? ¿Y si me dice que sí? ¿Y si recibo su negativa? ¿Soportaría su negativa?

¿Hasta dónde puedo superar un no? ¿Y hasta dónde me llevaría un sí?

Una idea me asaltó la cabeza: tengo que irme de Capbreton. Irme por una temporada. Demostrarme qué hay de verdad en Gilles Nabarre. Saber si Marceline me añora o si todo esto es solo la comodidad de lo habitual. En cuanto reciba una señal, haré petate y me largaré, a ver si detrás de mi nombre hay un *gurja* o un tonto. Vaya que si me largaré, me prometí mientras saltaba a tierra.

Buenos días, Gilles.

Teresa, buenos días.

Si hubieras sido filósofo o político, habrías levantado masas.

¿Y eso?

Tienes don, Gilles Nabarre.

Y tú tienes cara de no haber desayunado, Teresa. ¿Me acompañas? Voy a la taberna.

A la taberna, sí. A cualquier otro bar, no. Capbreton se está convirtiendo en un nicho de burgueses adocenados. Ya nadie se mueve. Nadie lucha. La posguerra os ha adormecido.

¿Desayunas o no?

Ojalá estudiaras filosofía, Gilles.

Ojalá te comprendiera, Teresa.

Me comprendes muy bien, dijo ella tomándome del brazo y poniendo rumbo a la taberna.

No me refiero a entenderte el español.

Hablas ya muy bien mi idioma. Y eso que los franceses sois muy cerrados de mollera para esto de reconocer que el resto de las naciones del mundo son solo artificios, fronteras forzadas. La

verdadera patria es la humanidad.

Lo que te decía: a veces no te comprendo.

18

a señal para hacer el petate me llegó a los meses, cuando el verano acariciaba su fin. Los plátanos de la plaza comenzaban a amarillear, las nubes cada vez se instalaban con más frecuencia en el paisaje y las temperaturas coqueteaban con L los catorce grados una mañana sí y otra también. Yo mantenía mi rutina, mi trabajo, mis salidas en el *Literal* y mis colaboraciones en la revista del padre Jean; jugaba al dominó algunas tardes con Constantine, que se iba convirtiendo en mi mejor amigo, leía novelas si llovía y acudía a casa de Marceline los viernes.

Uno de aquellos viernes, con septiembre empeñado en dar paso a la estación gris, volvía yo hacia mi barrio cuando un chiquillo vino a cortarme el paso. Me dijo que Madame Luivier me aguardaba para contarme algo, y que fuera rápido, que había intentado telefonearme, pero que como yo era de los pocos en Capbreton que aún no tenían teléfono, se las había ingeniado para usarle a él, el hijo de una sirvienta, con el fin de dar conmigo. Le pregunté a ver cómo me había reconocido, y no pude sino dibujar una sonrisa cuando me contestó que todo el pueblo conocía al *gurja* del Garona. Exhalé una carcajada. Después del artículo sobre el abuelo de Constantine, escribí uno sobre la historieta que me había contado sir Henry Amberley en el hotel de Burdeos, acerca de los fieros guerreros nepalíes, y hasta pedí a Marceline una enciclopedia para ilustrar el reportaje con un mapa del Tibet copiado a mano alzada. Y como hubo quien hizo mofa de aquello, algunos de mis convecinos empezaron a llamarme *gurja*, el *gurja* del Garona, *gurja* de Aquitania.

Madame Luivier me recibió en el saloncito donde años antes me había presentado a Monsieur Balzac, solo que ya no quedaban terciopelos. Había mudado los muebles, las cortinas y los cojines, había cambiado la alfombra y yo creo que hasta ella había sufrido alguna suerte de metamorfosis porque, siendo como era anciana, lucía un brillo en los ojos muy distinto al de la antigua mujer de la posguerra. Era como si acabara de venir de un balneario.

Tomé asiento en una silla tapizada en verde, frente a ella, acomodada en un sofá orejero de cuero color coñac, muy a la moda. Me ofreció un té, que decliné, y me acercó una bombonera de cristal con dulces, que acepté gustoso porque el hambre me recorría el estómago con rugidos insolentes. Luego me habló del pueblo, de las obras en la carretera de

acceso, del alcalde, a quien consideraba un vendido a París, y desgranó el panorama político de Francia tildándolo de caótico, esperpéntico y sin futuro. Aseguró que hasta que no hubiera más amor por lo nuestro, la patria andaría dando tumbos. La Cuarta República, sentenció, no ha traído sino diputados cretinos que quieren vivir del Estado, empezando por el Primer Ministro, un hombre al que la ideología se le ha quedado olvidada en el fondo del bolsillo. Y encima, concluyó, Indochina se nos escapa de las manos y, en dos días, Argelia; ya verás, ya, joven Nabarre. ¡Contentos si no nos toca otra guerra, esta vez contra los independentistas africanos o los comunistas asiáticos! La Historia se escribe a borbotones de sangre. Te lo digo yo. La Historia es densa. Nadie se puede librar de la Historia. ¿Te das cuenta de ello? Nadie puede librarse de la Historia.

Yo la miraba absorto, preguntándome para qué me había mandado llamar. Por fin, fue al grano y me entregó un sobre que abrí de inmediato. Lee, me ordenó; es una convocatoria a una reunión en Biarritz. Como sir Henry Amberley no conocía tu dirección, me la ha hecho llegar a mí para que te la traslade. Puedes imaginar que la he leído. Opino sinceramente que deberías aceptar.

Extraje un tarjetón de aquel sobre y lo exploré antes de leer. Tenía un sello en relieve en el centro superior, aunque no pude descifrar a qué o quién pertenecía. Busqué la firma y vi que, junto a un garabato que ocupaba media cuartilla, aparecía mecanografiado el nombre de sir Henry Amberley Smith Yonh-Welby. Me invitaban, casi obligaban, a una reunión en un lujoso hotel de Biarritz para proponerme una aventura a la que no me atrevería a decir que no.

Pasé la semana nervioso, convencido de acudir a la cita pero sin saber muy bien qué me encontraría. Como si de un resorte psicológico se tratara, en lugar de salir a navegar me dediqué a ordenar la casa, algo que no hacía desde hacía mucho tiempo. Contraté para ello a Sophie, una mujer de más o menos mi edad pero con cara de niña, conocida en Capbreton por su remango para los asuntos domésticos, quien trabajaba por horas en varios domicilios. Juntos vaciamos, limpiamos y ordenamos los armarios de la cocina, lavamos cortinas y cojines, adecentamos mi ropero, vareamos el colchón,

tiramos cachivaches inservibles y recuerdos que ya no significaban nada para mí, y hasta enjabonamos los suelos, algo que creo que no había hecho nunca.

En el envite, aproveché para reencontrarme con algunos objetos de mis padres, lo cual me llevó, he de reconocerlo, a cierta nostalgia,

pero no estaba dispuesto a caer en la melancolía, así que determiné por deshacerme de ellos. La melancolía, como el miedo al error, nos atenaza, nos paraliza, y no podía permitirme el lujo de continuar cayendo en la tristeza cada vez que algo me traía a la memoria la niñez que me arrebató la guerra.

Me deshice de las pocas prendas de mi padre que aún quedaban en casa, de un costurero de mi madre que regalé a Sophie, de una colección de objetos para el pelo, como horquillas, bigudíes y un cepillo, y una caja con sellos antiguos que al parecer guardaba mi padre y a la que yo no di ningún valor. Conservé, eso sí, su reloj, sus botas de buzo, que, por alguna extraña razón, permanecían en un altillo, pesadas, robustas y desafiantes, como esperando al mar, y un camafeo de mi madre, exento de lujo, humilde pero hermoso.

Aquella calurosa mañana, Constantine me llevó en su coche hasta el cruce. Ambos sudábamos profusamente, a pesar de que estábamos en otoño. Detestaba los ronchones en mis axilas, casi tanto como los chorretones de agua que se escurrían por la pechera abierta de mi amigo. El aire era ocre al otro lado de las ventanillas, deshaciendo los vastos campos amarillos.

En el trayecto me aconsejó que tuviera cuidado con los ingleses, pues todo lo lían, y que disfrutara y que, si podía, echara un buen polvo con alguna paisana, pero que me asegurara antes de que no era prostituta porque en Biarritz las prostitutas debían de cobrar tarifas desorbitadas. Yo me carcajeé y le prometí que sería cuidadoso, que no pagaría por servicios sexuales y que, de hacerlo, lo haría con gusto, no como él, acostumbrado a irse a un prostíbulo de mala muerte en la carretera de Soustons.

Más te vale que estés atento, Gilles.

Lo estaré, respondí.

Lo digo porque a veces eres más tonto que hecho de encargo, espetó sin mirarme a los ojos. Reconozco que me dolió, y que, inmediatamente, el “más tonto que hecho de encargo” se unió al “tonto” del Ejército y al “buena persona” de Marceline, componiendo un trío demoledor en algún lugar de mi cerebro.

Vaya, procuraré no serlo.

No lo procures, Gilles. Simplemente no la cagues.

Hombre, Constantine. Procuro no cagarla.

Esa reunión puede ser una encerrona. Los ingleses no son de fiar.

No lo creo. Cuando lo del kayak, se portó muy bien conmigo.

Cuando lo del kayak, era otro momento.

Al despedirnos, me abrazó. Nunca lo hacía, pero lo hizo. Luego me reprendió, gritándome desde su Citroën que a ver cuándo me sacaba la licencia para conducir, que a ver para qué guardaba yo el dinero de la hazaña en el Garona, y que a ver si empezaba a ser generoso con los amigos. Le contesté levantando la mano y diciéndole que los amigos no rompen narices y que se fuera a tomar por el culo. Ambos reímos. Se marchó antes de que llegara el autobús.

19

Siempre he creído que no hay gente tonta sino gente con otro tipo de inteligencia. A ver si me explico. Comparar dos personas para ver cuál de las dos es más tonta sería, creo, como comparar dos barcos. Y no. (…) No hay dos barcos iguales. Por eso decir cuál es más lento o cuál responde mejor ante, por ejemplo, el mar de fondo es tan ridículo como preguntarse entre dos hombres quién es más tonto. Cada barco posee sus limitaciones y sus posibilidades; como entre dos seres humanos. Así que lo de distintos tipos de inteligencia es mi manera de decir que, quizá al que se le llama tonto es porque tiene limitaciones, como todo el mundo, pero también posibilidades que le hacen único.

(…)

Aunque bien pensado, puede que todo este rollo pseudofilosófico se deba solo a dos motivos: uno, a que quiero impresionar a Marceline; otro, a que me duele que Constantine, que sí que me conoce, me diga que a veces soy más tonto que hecho de encargo. Como conclusión, mejor si hoy dejo en paz la libreta.

Extracto de la LIBRETA-4,

escrito en diagonal en la última página.

20

quitania entera tiene un color hermoso que inunda las casas, los campos, las laderas hacia el mar y los tejados de las aldeas. Quizá por estar en la cara Norte de Pirineos o porque el océano actúa como espejo o porque las fachadas son A blancas con traviesas rojas, verdes, azules o marrones, o porque la vegetación rezuma siempre feracidad. Sea como sea, el color aquitano es espléndido; su atmósfera, alegre, abierta, nada melancólica. Los pueblos, apacibles, ordenados y transparentes, rebosan mimo, convertidos en postales apacibles que han superado la guerra. Incluso cuando llueve, la estampa no es gris y apagada, al estilo del norte español, sino descarada y alegre, como una muchacha joven con los labios pintados. Y

Biarritz, más. El lujo, el esplendor y el buen gusto se respiraban por cualquier esquina, a pesar de que aún eran evidentes las huellas de la guerra en las fachadas. Palacios y palacetes, bulevares fantasiosos, paseos con vegetación exuberante, tejados de brillos imposibles y

hasta fuentes competían con escaparates, marquesinas y vallas publicitarias. Comprendí de inmediato que Capbreton se había quedado en la atmósfera de los cuarenta y Biarritz transitaba ya con paso decidido el poderío de los cincuenta.

Los vehículos iban y venían, algunos incluso sin capota, pese a que el otoño era evidente. Hasta en eso era moderno Biarritz, con aquella mezcla de abundancia napoleónica y modernidad mediterránea, por mucho que fuera el Atlántico el que bañara su playa, el mismo Atlántico de mi Capbreton aldeano.

Con mi maleta y una chaqueta en el brazo, crucé desde el mercado de abastos, junto a la estación de autobuses, rumbo al hotel. Por el camino vi mujeres vendiendo pescado en sus carromatos, un barquillero, varias tiendas de juguetes (¡de juguetes!), una chocolatería, dos comercios con productos de ultramar, un establecimiento solo de cortinas, dos guardias urbanos ataviados con casco y manguitos blancos, una procesión de niñas custodiadas por monjas de tocas de anchos vuelos y hasta un músico callejero que interpretaba una pieza al violín.

Entré por la puerta giratoria, acristalada, con marcos de madera y pomos de reluciente bronce. El vestíbulo me sobrecogió, no tanto por su altura o por la araña inmensa que colgaba del techo, ni por el mostrador de recepción, que parecía el del Banco Nacional, sino por la moqueta infinita cubriéndolo todo, desde el acceso hasta la zona de ascensores y el tramo de escaleras que quedaba a la vista. La pisé como quien mancilla unos labios, con cuidado, preguntándome si mi calzado estaría sucio y dejaría impertinentes huellas sobre aquella superficie color crema jalonada por miles de

escudos del hotel. Pero nadie notó mi timidez. Era Gilles Nabarre, el *gurja* del Garona, un hombre nuevo, atrevido, audaz y culto (gracias a Marceline) al que ningún desierto de lana iba a amedrentar. Me registré en la habitación que sir Henry había previsto a mi nombre y aguardé a que aconteciera algo.

Sonó el interfono sobre la mesilla; una voz me indicó que me aguardaban en el Salón Árabe en diez minutos, que llevara chaqueta y corbata, requisitos indispensables para acceder a él. Como Madame Luivier me había prevenido, no me costó enfundarme en mi levita y colocarme la corbata, ya con el nudo hecho desde Capbreton, pasándomela por la cabeza como la soga de un ahorcado. Sonreí ante el espejo y bajé.

Me esperaba mi anfitrión en compañía de otros dos hombres y una mujer.

Rápidamente comprendí que aquella era la asistente o secretaria de uno de ellos, el de mayor edad. Tenía el pelo a lo *garçon*, como Teresa, con una melenita que apenas le llegaba hasta el lóbulo de la oreja, ligeramente inclinada hacia el lado izquierdo de una frente absolutamente limpia de arrugas e imperfecciones. Llevaba maquillaje en el rostro, fino y sutil, con unas líneas alargadas en el rabillo del ojo y los labios pintados con carmín del caro, sin grumos ni estrías. Vestía un escote imponente alrededor de una blusa exquisita, y una falda de tubo como nunca había visto antes. Me la presentaron sin apellido, refiriéndose a ella simplemente con el nombre de Charlotte. Me pareció elegante, demasiado para ser una simple secretaria, y descarada en sus voluptuosas formas, demasiado para ser la esposa de nadie.

Los otros dos eran un tal George Costa, patrocinador de la empresa y socio de sir Henry en múltiples aventuras, y Michel Dennis, de quien dijeron era el responsable de *National Geographic* en Francia. A mí me sonaba la revista porque el padre Jean, en su día, me dijo que no pretendíamos hacer un *National Geographic*, pero que teníamos que ser tan rigurosos y atractivos como él, pese a nuestros limitados medios.

Tomamos champán, lo cual me pareció una excentricidad. Un pianista vestido de moro inundaba el Salón Árabe con piezas de *jazz*, algo que también consideré excéntrico o, cuanto menos, extraño. Nos trajeron pan y mantequilla, queso *brie* exquisito y fresas.

Pensé que los ricos son caóticos mezclando alimentos.

Charlotte, ante un gesto del tal George Costa, me extendió una carpeta con mapas, un contrato y varias páginas mecanografiadas. Pude observar entonces sus manos, finas, blancas y con largos dedos, aunque jalonadas de venas azules, gruesas como ríos caudalosos. Dos sortijas custodiaban sendos anulares. Sir Henry sonrió complacido, no sé si porque yo tomé la carpeta o porque me quedé un segundo hipnotizado por aquellas manos.

Se trata de lo siguiente, querido amigo Nabarre. La revista que representa Michel Dennis, la afamada *National Geographic*, quiere recoger en uno de sus números una aventura nunca realizada con anterioridad: recorrer la costa francesa navegando a vela y en solitario, con el mínimo número de escalas… O sin escalas. La cosa es poner un barco en el agua y hacer la ruta entre Hendaia y

Dunquerque. Todo ello debidamente fotografiado y recogido en un reportaje. Creemos que la persona indicada para realizar esta gesta es usted. Ya hizo lo del Garona en piragua, emulando la épica hazaña de la Operación Frankton. ¿Por qué no superar esa hazaña con una hazaña superior?

Yo correré con los gastos, intervino George Costa, haciendo una seña a Charlotte para que me entregara un cheque, y este dinero puede ser suyo si completa la encomienda como convengamos.

No hay trampa ni cartón, comentó sir Henry mientras ordenaba al camarero que rellenara las copas. Gilles Nabarre aparecerá en la revista de Michel Dennis como marino, aventurero y reportero. Será su rúbrica como argonauta… y su trampolín a la fama. Francia está repleta de nombres que ocupan las revistas de cotilleos sin el menor mérito: industriales, artistas, cantantes y cineastas; hasta futbolistas y modistos. Usted lo hará por derecho propio. Diseñadores como Jacques Heim o el guipuzcoano Cristóbal Balenciaga o el señor Dior copan las tertulias parisinas y disputan el cetro con genios emergentes como Givenchy y Cardin, quienes se pegan en las portadas con el cantante Yves Montand o el delantero Fontaine, que donde pone el ojo pone el balón y el gol.

Necesitaremos un marino, un navegante, alguien que haga resurgir este deporte noble de la vela, que pilote con inteligencia, que escriba todo cuanto le sucede y que confeccione una crónica atractiva. Y que haga fotografías para que sean impresas a todo color.

Charlotte, como si estuviera amaestrada, extrajo una cámara compacta y me la tendió. Se trataba de una Paxette con funda de cuero color coñac y objetivo metálico, casi como de orfebre.

Última generación, amigo Nabarre, dijo sir Henry. Gentileza de *National Geographic*.

Un portento alemán. No encontrará otro artefacto más fiable que este. No habría estado mal una de marca francesa, pero reconozcamos que en esto nuestros vecinos germanos son impecables. Lleva carretes revelables; le proporcionaremos tres, de a treinta fotografías.

Yo mismo le enseñaré a usarla, me comentó Michel Dennis.

Hubo un silencio. Creo que hasta el falso moro del piano se detuvo. No sabía qué contestarles. Es cierto que me veía más seguro que antes de empezar a recibir clases con Marceline; es cierto que la batida realizada en mi casa en compañía de Sophie me había desprendido de

algunos fantasmas y que me sentía más consciente de mi propia vida; es cierto que el desafío me gustaba y que la posibilidad de una singladura sufragada era algo que todo marino sueña. ¡Y encima hasta Dunquerque, donde podría rendir mi particular homenaje a las víctimas del bombardeo nazi! Pero, ¿qué decir? ¿Realmente necesitaba más datos? ¿O simplemente había de embarcarme, nunca mejor dicho, y dejar que los vientos me guiaran?

Sir Henry salió en mi auxilio, rompiendo el incómodo mutismo de todos los asistentes a la reunión.

Amigo Gilles, pronunció con su característico acento sajón, es lógico que necesite un tiempo para pensárselo. Le propongo una cosa. Demos un paseo usted y yo hasta la hora de cenar; aún queda un buen rato de luz pese a que este maldito otoño acorta las jornadas hasta la desesperación. Ande, suba a cambiarse. Póngase algo más cómodo y veámonos en quince minutos en el vestíbulo. Le voy a enseñar algo realmente impresionante.

Al cuarto de hora salíamos los dos por la puerta giratoria y montábamos en un automóvil inglés, un Aston Martin de dos plazas con volante de madera. A los mandos, mi anfitrión; junto a él, yo, perdido, aturdido, dudando entre mi tranquila existencia de *gurja* doméstico y mis ínfulas de navegación y notoriedad. Pensaba en Marceline, en sus clases, en su mesa camilla y en qué me aconsejaría. Me moría de ganas de contárselo y escrutar su reacción.

Conducía sir Henry de forma suave y comedida, no como Constantine, tan amigo de trompicones, adelantamientos apurados y curvas cerradas. Mi anfitrión, muy al contrario, hacía desfilar con sutileza el Aston Martin, tomando cada giro como quien baila un vals, con la precisión de un reloj suizo. Bajamos por Bassilour, dejamos a la derecha Bidart, enfilamos la larga recta junto a Géthary y, tras el serpenteante trazado de Sansu, entramos en San Juan de Luz cruzando el Boulevard Thiers.

Observé señoras con sus sombrillas, seguidas de institutrices jovencísimas atendiendo niños o tirando de cochecitos blancos con enormes ruedas plateadas, del estilo de lo que ya había visto en Biarritz. Un militar iba del brazo de una muchacha con apariencia de doncella cuando comenzamos la Rue Saint Jacques. Giró sir Henry hasta la playa y aparcó. Caminaremos por el paseo, me dijo; vamos hasta el puerto.

Dos guardias deambulaban desatendiendo lo que sucedía en la arena,

que no era sino un partido de fútbol de chavales imberbes, algunos en pantaloneta corta y otros con pantalón largo, pero todos en camiseta interior; un portero se cubría la cabeza con un pañuelo con cuatro nudos y el otro con una gorra de fieltro, al modo de los conductores de coches de carreras, con la visera hacia atrás. Pateaban un balón de cuero grande y de apariencia dura, intentando meter goles en dos porterías improvisadas con ropa y piedras.

George Costa, me explicó sir Henry, es medio francés medio español, tiene empresas en Inglaterra y un importante emporio en Indochina. Su familia hizo mucho dinero durante la Guerra Civil española; al parecer, favoreció a los del alzamiento sin dejar de mercadear en el Madrid republicano. Supongo que son historias que te pillan muy lejos, Gilles. ¿Puedo tutearte ya? Será mejor que nos tuteemos. Los Costa hicieron toda una fortuna gracias a las telas; son catalanes y, por lo visto, suministraron material textil tanto para los uniformes del gobierno legal como para los levantiscos. Después, aprovechando el supuesto anonimato que les daba operar desde Menorca, supieron sacar beneficio de la guerra mundial, igual que hizo la familia March, negociando con submarinos, armas, informaciones y personas, ahora a favor de Alemania, ahora a favor de los americanos. George recibió una herencia impresionante, compuesta por fábricas de ropa, de hilaturas, barcos cargueros en una naviera con capital británico, así como bonos y pagarés de media Europa. Dicen que tiene en Suiza un imperio a buen recaudo.

Sabes de lo que te hablo, Gilles.

Alcanzamos el puerto por Quai de L'Infante, con sus minúsculas casas de pescadores pintadas de blanco en las que los marcos eran rojos, azules, verdes, marrones… Una bandera de Francia ondeaba en un mástil de proporciones inmensas.

Varias mujeres remendaban redes; dos viejos embreaban los bajos de una barquichuela colocada en el dique sobre andamios de madera. Olía a sardina y podredumbre.

Íbamos hablando de todo y de nada. Sir Henry Amberley era un tipo apuesto, aunque estrambótico en su vestimenta, combinada con un gusto extraño, como si le gustara buscar lo llamativo: camisa de rayas amarillas, jersey blanco con rombos en el pecho, al estilo de los tenistas, pantalones marrones, tan anchos como los de un buzo, y zapatos en dos tonos, que, según me dijo, estaban inspirados en los de los golfistas, pero sin pinchos en la suela y tan extravagantes que más de una mirada se quedó prendida de sus punteras repujadas. Se tocaba

con un sombrero panamá con cinta verde. Me sentía el más patán de los mortales junto a aquel personaje folletinesco; o, tal vez, el más cabal.

Me contó que George Costa tenía un capricho: la aventura. Pero que, como no podía ejercerla en persona, sufragaba expediciones de todo tipo, como la que me habían propuesto. Un fallido viaje en globo hasta la cima del Kilimanjaro; un recorrido en motocicleta desde Santiago de Chile hasta Canadá; una escalada al Cervino, en los Alpes; una prueba de coches de carreras que nunca se llegó a completar... Proezas extremas para el deleite de la vanidad de un millonario caprichoso.

Te contaré algo, Gilles Nabarre. No tiene que ver con George Costa sino conmigo. Y

contigo. Escucha. En el siglo octavo, el príncipe indio Bappa Rawal se topó con el Guru Gorjanath, un maestro de la meditación que estaba en auténtico trance; el príncipe decidió quedarse a su lado para protegerlo y, cuando el maestro volvió de su paseo por las nubes, le regaló un *kukri*, que, por si no lo sabes, es un puñal votivo, una especie de daga sagrada, en agradecimiento por la vigilia mientras duraba su meditación. También le dijo, y era palabra de maestro yogui, que el príncipe y todos sus guerreros serían reconocidos con el nombre de *gurjas*, es decir, seguidores, acólitos, devotos de Gorjanath, dándole la misión de detener a los musulmanes que asomaban el hocico en el reino de Qandahār. Si se te denomina el *gurja* deberías conocer bien la razón. Unos siete siglos después, parte de aquella estirpe de guerreros valerosos y aguerridos, medio soldados, medio monjes, se establecieron en el Nepal, bautizando su nuevo territorio como Gorja, en honor a Gorjanath. Durante los dos siglos siguientes se fueron haciendo con el resto del país. Y ahí entramos nosotros, los británicos. No es muy distinto a lo que habéis hecho los franceses en vuestros protectorados. La guerra que enfrentó a Su Majestad con los *gurjas* entre mil ochocientos catorce y mil ochocientos dieciséis supuso la derrota de los nativos, obligándoles a firmar el Tratado de Sugauli. Pero nuestro ejército quedó tan impresionado por la ferocidad de su adversario que decidió alistarlos, usándolos como mercenarios para el resto de las tropelías que nuestro amado imperio hizo por la región. Lucharon bajo bandera británica en la primera y en la segunda guerra, así como en Chipre, Malasia, Persia, Salónica, en la rebelión de los Boxers … y hasta en la batalla de Gallipolli. ¿Te aburro, Gilles? Prosigo. ¿Te suena Lawrence de Arabia? Tuvo a su cargo un destacamento de *gurjas*. Y ahora viene lo bueno: yo mismo comandé en el frente africano un regimiento, el Cuarto Regimiento, tan valeroso

como el que más. Tú bien sabes que lo valeroso, querido amigo mío, a veces es solo cuestión de oportunidad. Sonaban las balas a nuestro alrededor como mosquitos en tarde de verano. Pensaba que no saldríamos vivos de aquel infierno de trincheras y empalizadas. Todo apuntaba a nuestra derrota. Apenas me quedaban treinta hombres, una ametralladora Bren y media docena de subfusiles Sten. La munición comenzaba a escasear y el calor era insoportable. Recuerdo las camisas pegadas a la espalda y los cinturones reglamentarios abrasando, con el cuero a punto de fundirse. Mis hombres, sin embargo, no desfallecían, y en un último alarde de heroísmo, salieron al toque de mi silbato y consiguieron tomar la posición enemiga.

Tenías que ver cómo huían los alemanes, espantados por los gritos atroces de aquellos nepalíes luchando por una reina ajena en un continente ajeno. Gilles, la Historia es eso: momentos. Instantes que hay que aprovechar. No hay predestinación para la valentía sino oportunidad. Y tú tienes la oportunidad de entrar en la historia de la mano de *National Geographic* y de tu valentía. Demuestra que el mundo no se equivoca cuando te llama el *gurja*. Mira.

Sin darnos cuenta, llegamos al extremo del puerto. La mitad de los datos que me había narrado ya los conocía de mi reportaje para la revista de Capbreton, pero me fascinó pensar que él mismo había comandado un regimiento de *gurjas*. Escuché su monólogo intentando ver a dónde me conducían las palabras, pero sin que yo encontrara ninguna conexión entre el relato de aquellos nepalíes y mi capacidad para navegar por la costa francesa. Sin embargo, cuando alcanzamos el final del dique y miré hacia donde apuntaba el dedo de sir Henry, lo comprendí todo.

21

l *Gurja* era un barco precioso, seductor, ágil, rematado con todo tipo de delicadezas y dotado con la última tecnología náutica. Su palo, forrado en el tercio inferior, demostraba solidez, como la botavara, más corta de lo habitual E pero de aspecto fiable. El nombre aparecía tanto en proa, tallado en sendas placas a babor y a estribor, como en una enorme cartela a popa, además de sobre la bajada a la camareta, donde lo habían grabado en bronce. Hasta la campana junto al timón lucía un *gurja* en tipografía británica.

Subimos a bordo. Nunca había visto un balandro tan perfecto. Intuí unas velas estupendas con las que llevar aquella nave hasta Dunquerque o hasta donde hiciera falta. Acababa de decidir que sí, que me embarcaría en la aventura, que aprendería a fotografiar y redactaría un reportaje con el que pasar a la historia, como aquellos *gurjas* del demonio, porque, en efecto, la valentía es aprovechar las oportunidades.

Cuente conmigo, sir Henry. Y él me palmeó la espalda y se carcajeó satisfecho.

Aquella noche cenamos todos en el hotel de Biarritz. Celebramos mi determinación y bebimos copa tras copas hasta muy entrada la noche. Me explicaron ciertos pormenores de la aventura que me esperaba y me aseguraron que la revista daría cobertura de los hechos en su número de verano, toda vez que terminara la odisea. Me prometieron treinta mil francos por la gesta, que en mi cabeza rápidamente sumé a los que quedaban en mi cuenta, así como la fama y el reconocimiento. Brindamos.

Charlotte, que lucía un vestido negro por encima de la rodilla y un escote sorprendente para una secretaria, agarraba del brazo a George Costa, el millonario patrocinador de la aventura, más cariñosa que por la tarde en el Salón Árabe, por lo que deduje que, además de asistirle en asuntos administrativos, le debía de asistir en otros igual de prosaicos pero más placenteros, aunque me perturbó el momento en el que Costa levantó su copa y proclamó:

Por la aventura. Por Francia y Gran Bretaña, dos naciones unidas en lo valeroso. Por *National Geographic* y su iniciativa. Por nuestro aventurero, el señor Nabarre, y por nuestras mujeres, para que nos perdonen que creamos en la trascendencia de nuestros actos.

Ya en la cama, la habitación me daba vueltas. Sin duda, había bebido demasiado. No comprendía cómo aquellos ricachones, fanfarrones y presuntuosos podían ingerir tanta cantidad de alcohol y permanecer indemnes, y yo, que recién había cumplido los veintiuno, estaba absolutamente borracho. Intentaba escribir, aunque malogradamente, saliéndome de las pautas y riéndome de mí mismo, en una libreta que, como siempre, llevaba en mi equipaje; creo recordar que reflexionaba sobre las lealtades, las fidelidades, tal vez sintiéndome en un triángulo de afectos entre Marceline y Teresa, la cual, sin duda, criticaría a mis patrocinadores y les llamaría cerdos aburguesados.

Picaron en la puerta. Supuse que sería sir Henry, con quien había establecido una extraña camaradería, por lo que me levanté en paños menores, apenas cubierto por mi camisa desabotonada, todavía con la libreta en mano. Antes de abrir, miré la estancia: los zapatos por allí, la corbata por allá, los calcetines sobre la mesilla, el pantalón hecho un hatillo en mitad de la alfombra, la chaqueta colgada de la puerta del excusado…

Sonreí. Hice ademán de volverme para recoger, pero me arrepentí y, tomando el pomo, abrí de golpe. No era sir Henry; era Charlotte.

Sus ojos me taladraron. No tuve opción de decir nada. Colocó un dedo sobre mis labios y entró. Se me cayó la libreta al suelo. No sé cómo hizo para que el vestido discurriera por su cuerpo hasta los tobillos ni de qué manera terminé en la cama, ya sin camisa, permitiendo que me quitara la ropa interior.

Nunca me habían besado el pecho ni el cuello ni las palmas de las manos ni el vientre. Yo nunca había frecuentado mujeres. Pese a mi insolente despertar a la adultez, a bofetadas y de repente, el tema de las novias había sido mi colección de desastres.

Solo había sentido enamoramiento con Paule Vignon, la hija de Vignon, el de los arenques secos; teníamos seis años. Después llegó la guerra, la tristeza y la supervivencia; me gustaban las niñas del colegio de las monjas, todas en general pero ninguna en particular, quizá por sus medias blancas hasta las rodillas o por sus trenzas

a ambos lados de la cara. Mis amigos y yo las veíamos desde el puerto cuando bajaban en procesión hasta la parroquia, pero como Gravière y Henri Arrape les gritaban que vinieran a darnos besos en la boca, la superiora ordenó a los guardias que nos mantuvieran lejos de sus alumnas. Después tuve conquistas fugaces, frugales y compartidas, como Louise, que, por no tener, no tenía ni apellido. Fea pero

divertida, dejaba que los chicos le tocaran un pecho a cambio de pescado o trozos de chocolate; era la época del hambre, de la posguerra, de la miseria moral, del desconcierto. Una vez me dijo que cuando yo fuera capitán de barco me dejaría tocarle los dos pechos gratis, pero terminó por marcharse con un señor de Baiona en cuanto cumplió los quince. Otra de mis conquistas fue Bernadette Magritte, quien aseguraba que su tío-abuelo era un tal Magritte, pintor muy afamado. A mí solo me interesaba su boca, carnosa como el lomo de una lubina, pero escuchaba las aventuras de su tío-abuelo por ver si finalmente le robaba un beso. Tenía catorce años y aún no había besado en condiciones a una mujer.

Por fin, el día de la conmemoración de la liberación de París, quedamos para besarnos tras el murete de la lonja de pescadores; me prometió que me besaría hasta dejarme sin aliento, porque un primo suyo soldado de reemplazo le había enseñado a hacerlo, y que, si me dejaba bigote, me besaría todavía más y me metería la lengua en la boca, como a su primo. Yo me miraba cada mañana la leve pelusilla bajo mi nariz, engañándome ante el espejo por querer verla crecer. Finalmente no hubo beso: aquella noche tuvimos galerna y hubo muertos en la cofradía al hundirse el *Mirón*, un pesquero.

Charlotte sabía lo que hacía, no cabía duda, así que me dejé llevar, pese a que el alcohol me obligaba a cerrar los ojos porque la cama era un tiovivo.

Tras entregarse hasta el delirio, se marchó, poniéndose el vestido con la misma celeridad con la que se lo había quitado, pero con el sujetador hábilmente doblado en el bolso. Se despidió con un beso leve y dulce, creo que lo único sincero que sucedió sobre aquella cama, y con una frase.

Vas a hacer historia, Gilles. No te dejes embelesar por la fama.

A la mañana siguiente en el desayuno ella no estaba. La excusaron diciendo que estaba preparándolo todo para la botadura oficial, con asuntos propios de su quehacer, como seguros, notas de prensa y otras cuestiones que me costaba entender porque no había pegado ojo en toda la noche.

Apenas probé bocado. El del *National Geographic* me explicaba el funcionamiento de la cámara mientras yo untaba sin entusiasmo mantequilla en los cruasanes, escuchando, a la vez, los detalles de la construcción del *Gurja*, al parecer diseñado y fletado en Arcachon. Mientras George Costa engullía panecillos calientes con confitura de

arándanos, yo pensaba en Charlotte y me la imaginaba con él, a la vez que me preguntaba qué pensaría Teresa de todo aquello.

¿Y Marceline? ¿Qué diría Marceline si supiera que había sucumbido a la seducción de una secretaria de lujo? ¿Le dolería? Ojalá. ¿Me perdonaría? Ojalá. ¿O se reiría de mí?

Sí, se reiría de mí. Jamás había demostrado afecto, afección, atracción. ¿Por qué iba yo a pensar lo contrario?

Aquel día, en aquel desayuno, frente a aquellos panecillos recién horneados, decidí dos cosas: una, que me embarcaría en la aventura sin echar la vista atrás; otra, que Marceline no se merecía a alguien como yo. Paradojas de la existencia, supongo.

Pasamos tres días más en Biarritz. La idea era que yo iniciara mi singladura en el plazo de un mes aproximadamente, porque así el invierno elevaría la navegación a la categoría de gesta. Hicimos recuento de todo cuanto necesitaría para mi aventura, revisamos el barco varias veces, consultamos las cartas de navegación, me familiaricé con la máquina de fotografiar… Todo iba sobre ruedas, en especial nuestro entusiasmo, aunque he de confesar que, por las noches, eché de menos la silente visita de mi misteriosa amante Charlotte.

Sugerí que debíamos probar el *Gurja* antes de bajarlo a Hendaia para el pistoletazo de salida. Era una imprudencia no hacerlo, así que planificamos una navegación corta para la mañana del miércoles. Serviría para ver cómo evolucionaba el balandro, qué ajustes había que hacerle y qué dificultades se presentaban. Y aunque la aventura la iba a llevar a cabo yo solo, optamos por embarcar los cuatro, pese a que Michel Dennis, por muy de *National Geographic* que fuera, dijera que él se mareaba.

Apenas tuvo tiempo para ello. En cuanto el barco salió del puerto de San Juan de Luz y recibió el primer envite de mar, algo empezó a fallar. Un chasquido presagió la tragedia y una vía de agua se abrió en el centro mismo de la bodega, inundándolo todo tan deprisa que apenas nos dio tiempo para salvar los trastos. Comenzamos a gritar, cada uno por un motivo distinto. Michel de puro pánico, pensando que se ahogaría allí mismo, a menos de una milla de la costa, algo a todas luces imposible porque se había colocado un chaleco salvavidas antes incluso de salir del hotel. George porque aquel barco le había costado una fortuna y no comprendía qué había fallado, asegurando que demandaría a los arquitectos navales que lo habían diseñado.

Seguía enfurecido incluso cuando el agua nos alcanzaba por la cintura. Yo le lancé un chaleco y le ordené que saltara al mar, pues íbamos a sucumbir en unos minutos y era mejor no estar a bordo cuando la nave se sumergiera del todo. Mientras, sir Henry sufría un infarto. Se había echado la mano al pecho y no era capaz sino de gritar que se moría. Al final, solo

resultó ser un ataque de ansiedad, y de no ser porque lo arrojé al mar, a las olas, y lo mantuve yo mismo a flote, estaría ahora mismo en el fondo de la bahía de San Juan de Luz, junto al *Gurja*. Nos rescató una lancha a motor, testigo casual del patético naufragio, que nos condujo a tierra para que nos trasladaran al hospital a remediar las heridas en nuestro orgullo, las únicas que tuvimos.

Por la noche disfrutamos de la visita de Charlotte, a quien, por lo visto, habían avisado incluso antes de que nos dieran el alta. Abrazó afligida y preocupada a George y le anunció que su esposa estaba de camino, lo cual fastidió al millonario sobremanera.

Apenas cenamos; los ánimos estaban más hundidos que el *Gurja*. Sobre mi cama permanecía la máquina de fotografías; pensaba devolvérsela a Michel Dennis, quien, según calculé, aún no habría superado el susto. Entonces sonó la puerta. Pensé que sería ella, Charlotte, pero me equivoqué.

Parece que nuestra aventura ha terminado antes de tiempo, joven Nabarre, me dijo sir Henry afligido, sin cruzar el quicio. Siento mucho el tiempo perdido. La vida es en ocasiones así de retorcida. Me hacía ilusión esta hazaña; creo que te lo merecías. Eres un buen hombre. Todavía no entendemos qué ha fallado.

Yo sí lo sé.

¿Perdón?

Yo sí sé qué ha fallado. El mástil puede apoyarse en cubierta, o atravesarla y apoyarse sobre la quilla. Mi barco, por ejemplo, es así. El *Gurja*, sin embargo, lo tenía desde cubierta. Seguramente, en su viaje desde Arcachon no sufrió olas tan fuertes, quizá por cómo estaba el mar, o simplemente por el azar. Sin embargo a nosotros nos sacudió un golpe en la quilla, hizo que nos tambaleáramos y el mástil con la vela desplegada sufrió tal tensión que hundió la cubierta, golpeando sobre las tablas del pantoque y produciendo una vía de agua. No es lo normal, mucho menos en veleros construidos en Arcachon, pero a veces sucede. Ya no se fabrican naves como antes.

Me salvaste la vida, muchacho.

No, nunca salvamos la vida de nadie. La vida se va cuando lo desea la muerte.

Nosotros solo podemos fingir que la retenemos más. Simplemente no era su hora, sir Henry.

Cuando mi amigo Monsieur Balzac, dijo girándose y saliendo al pasillo, me comentó que había un muchachito de Capbreton de menos de veinte años capaz de recorrer en

piragua el Garona emulando a mis compatriotas de la Frankton, me mofé de él y le aposté veinte mil francos a que no lo conseguirías. No sabes la alegría que me da que me hicieras perder aquella apuesta.

Entonces, se cuadró al modo militar, chocó los talones, se echó la mano a la frente en visera, como cuando se saluda a un oficial, y se despidió.

Para ser francés, eres muy *gurja*, aquitano.

Lo vi marcharse corredor adelante, hasta que desapareció, cerré la puerta y me desnudé. Estaba agotado. Era la primera vez que naufragaba en serio, aparte de aquellas leves aventurillas en los faluchos de mi adolescencia. No había pasado miedo, pero sí tensión, y sentía cada músculo de mi cuerpo atenazado como un bloque de mármol. Por eso, cuando volvieron a llamar a la puerta y descubrí que era Charlotte, no supe si alegrarme por el desahogo que iba a proporcionarme o si preocuparme por si, en aquella ocasión, era yo quien tenía que llevar la iniciativa.

Interpretamos toda una sinfonía de posturas, olvidándome de mis dolores musculares y desatando sobre su blanco cuerpo de cera toda la clarividencia que me restaba. En un momento del lance se giró hacia mí, colocó su nariz rozando la mía y, en un susurro, me dijo que quería hacer conmigo algo. La forma de sugerirlo, el tono velado de sus palabras y el erotismo en su mirada hicieron que mi cuerpo reaccionara de inmediato. Pero no, ordenó separándose de mí. No quiero eso, dijo. Su sentencia, tan firme como la de un jurado, y el hecho de que fuera tan explícita, me confundieron, a la vez que me provocaron. No sabía si desoírla o si dejarla hacer, a ver qué nueva contorsión propiciaba.

Quiero que me beses en silencio, Gilles.

Lo hice. Probablemente con torpeza, pero poniendo toda mi ternura en el acto.

Es la última vez que estaremos juntos, Gilles, me espetó mientras se vestía, tras lavarse en el bidé. George no puede enterarse de esto. Me despediría. Cada vez que te besen de verdad, acuérdate de mí. Recuerda que llevo el sabor de tu pecado en mi boca.

George y tú…

George y yo, nada. Lleva dos años diciéndome que va a abandonar a su mujer, pero nunca lo hará. Y mejor para mí, claro. Me encanta esta vida. Me pone piso, coche, viajes, ropa, joyas. Me concede todo a cambio de que le desatasque de tarde en tarde. O a cambio de que no vaya con el cuento a su esposa, creo. Ja, ja, ja. Lo mismo me da. Son

unos cretinos millonarios. Ella pertenece a una familia escocesa con más tierras que la misma reina de Inglaterra y él posee tantas empresas que necesita una mujer como yo que le diga qué tiene que firmar y qué tiene que guardar. Es un inútil; sin mí, no sería capaz de gestionar el grosero patrimonio que acumulan. Son unos desgraciados. Eso sí, folla como nadie. Tú no lo haces mal, pero él tiene una herramienta que no hace juego con su escasa inteligencia para los negocios. Lo que pasa es que es sota, caballo y rey. Ya sabes a qué me refiero: es como que me cayera un armario encima con la llave de la puerta puesta. Se me mete hasta el esternón, y al principio me gustaba, pero ahora me hastía tener que indicarle qué hacer. Luego, cuando se pone a tono, es una máquina de dar placer porque es inagotable. He follado con él de las maneras más circenses que puedas imaginarte, y siempre responde el muy cretino. Pero ya ves, cielo, una necesita nueva savia, nuevas experiencias, sensaciones excitantes, y me permito estos desahogos en hoteles caros con personas interesantes. Y te aseguro, Gilles, que tú has sido de las muy interesantes.

¿Yo?

No me hagas hablar.

¿No volveré a verte?

Mañana vuelvo a París, a atender algunos asuntos de empresa. Luego, a Londres.

No, no volveremos a vernos. Ni tú ni yo nos merecemos. Yo regresaré a mi hueca vida frívola y ostentosa, y tú a tu pueblo y a lo que quiera

que hagas en él. Sin aventura no habrá reencuentro. Nuestros destinos se separan.

Me habría gustado haber cumplido esta aventura. Me gustaba la idea. Con esto que me dices, más. Me encantará volver a verte.

Lo dudo. Dudo que nos veamos. Dudo que esta aventura pueda llevarse a cabo tras su estrepitoso fracaso. La esposa de George ha puesto el grito en el cielo. Dudo que él quiera meterse en nuevos líos durante una temporadita. Ahora no tiene barco, y un barco cuesta lo suyo.

Tenemos barco, Charlotte. Tenemos barco para esta historia. Se llama *Literal*.

22

n ocasiones, tomar una decisión equivale a diseñar una vida. Tal vez por eso, las mejores decisiones no se toman con la mente sino con el corazón. Unos lo llaman Providencia y otros simplemente destino. En mi caso, se llamaba impulso.

E

La vida sin impulsos es una colección absurda de versos sin rima, una lista de acciones previsibles. Decidir es vivir; vivir es tomar decisiones o no es vivir.

23

espués del naufragio del *Gurja*, y a pesar de que sir Henry se mostraba un tanto escéptico, decidimos hacer la hazaña en mi *Literal.* Para Michel Dennis, el barco elegido para realizar la proeza era lo de menos, siempre que cumpliera con el D reportaje apalabrado para *National Geographic* y recopilara material fotográfico para la edición. George Costa, por su parte, comentó que no sería lo mismo porque el mío era un balandro antiguo, con muchos años a sus espaldas, y no daría a la gesta el aire de contemporaneidad que él quería imprimirle; no obstante, puesto que no había presupuesto para nuevas naves, accedió a colaborar si yo me sentía seguro.

Optamos por olvidarnos de descender hasta Hendaia para iniciar desde allí la navegación y decidimos salir desde el mismo Capbreton. Al fin y a la postre, distaban pocas millas de un puerto a otro y la gesta sería igual de gloriosa, en el caso de rematarla, partiera de donde partiera. Además, Michel Dennis opinó que si iniciaba la aventura en mi casa, el reportaje adquiriría un aire más doméstico, más a modo de diario real de un marino intrépido, y he de confesar que las palabras marino e intrépido terminaron por impulsarme.

Me dispuse a recorrer la costa del país de un tirón, al menos hasta Brest, en el norte de Bretaña. Había leído en uno de los libros que por entonces devoraba, un tal *Les tresors de Brest*, que allí había excelente cerveza, excelentes pescados y, sobre todo, excelentes carpinteros de ribera, mejores aún que los de Arcachon, capaces de remozar mi barco después de veinte años de continuos envites. Allí descansaría, revisaría el *Literal* y continuaría en otra larga etapa de varios días hasta Dunquerque, donde me esperarían sir Henry, Michel Dennis, George Costa y, ojalá, Charlotte.

Charlotte me tenía confuso. Por dos ocasiones había venido ella a mi habitación, por las dos me había elevado al quinto cielo y también en ambos lances me había abandonado sin la más mínima concesión emocional. Yo no estaba acostumbrado a

aquellos encuentros, por supuesto, y pese a que me excitaba recordando nuestras fogosas maniobras, he de confesar que no sabía si quería volver a verla o no.

Sí, sí quería. Qué bobadas. Me apetecía mucho llegar a Dunquerque como un héroe, que me fotografiaran al atracar, que la gente me

reconociera diciendo ahí va un marino intrépido, que me llevaran a cenar a un hotel de esos que tanto gustaban a los georges y sirhenryes del mundo y que, por la noche, Charlotte me volviera a recorrer con dedos, lengua y pechos.

Tomé suficientes provisiones como para no tener que tocar tierra hasta Brest, así como ropa, alguna pieza de lona por si debía remendar velamen, una segunda ancla para fondeaderos complicados, cartas de navegación de la zona, varios cuadernos y un puñado de libros y, tras despedirme de los míos y muy especialmente de Marceline, salí por la boya una mañana. La aventura se prometía excitante.

Dime qué se te ha perdido en el mar, me dijo.

Eres maestra, le respondí, deberías saberlo. No me entiendo sin el mar.

Me miraba con gesto distante. Estábamos en su casa, con la eterna mesa camilla entre ambos. No sé si aquella mesa nos unía o nos distanciaba. Me acordé de Charlotte y tuve un acceso de concupiscencia imaginando mi desnudez con la desnudez de Marceline. Tendí mi mano y sujeté la suya. La sentí fría, suave, delicada, aunque tensa.

Llevábamos tanto tiempo viéndonos prácticamente cada semana, que su olor, su voz, sus gestos, su manera de mirarme eran parte de mi universo, por lo que pensar en abandonar mis clases era lo único que me costaba dejar atrás.

No, no estaba enamorado de ella, me repetía. No, no la quería. No, no la echaría de menos en cuanto el mar fuera mi única compañía. Y no, no iba a despedirme como quien se despide de una novia. Al contrario, mantenerme frío y desinteresado era mi mejor coraza, mi más sólida salvaguarda.

Será mejor que no se te olvide nada de lo que te he enseñado. Eres un bruto insensato, Gilles.

Me puse en pie. Al día siguiente partiría. Ir a contárselo y anunciarle que me ausentaría durante tres o cuatro semanas era una deferencia, una muestra de cortesía, nunca un gesto de cariño. Siempre he llevado fatal mentirme a mí mismo.

Volveré pronto, sentencié, soltando sus dedos y levantándome para marchar.

Más te vale. ¡Y cuídate!

Antes de salir de Capbreton, Karl Ove vino a verme, justo la noche anterior. Me confesó que se sentía orgulloso de mí, al igual que lo estuvo en aquel arranque de mi gesta, cuando me acompañó hasta la desembocadura del Garona para la primera de mis heroicidades. Entonces, me dijo, eras un crío de diecinueve años sin apenas pelos en los huevos; hoy eres ya todo un hombretón de veintiuno, casi veintidós, con una reputación que mantener. La gente te adora, Gilles Nabarre. Es para mí un honor saberme tu amigo. Eso sí, ten cuidado, maldito marinerito; el mar al que te vas a enfrentar una vez que dobles Brest es un mar mucho más poderoso y temible que el nuestro, y eso que este es bravo cuando le da por ponerse bronco. Ten siempre la proa a vista, no hagas estupideces y, en caso de duda, que le den a la empresa. No me apetece nada sumarte a la lista de amigos tragados por el océano. Llévate una de mis canoas, ponla en cubierta.

Te servirá para alcanzar la costa sin tener que fondear demasiado cerca de tierra en un litoral del que no conoces los bajíos.

No me hará falta, le contesté.

Hazme caso.

Todo el mundo sabe que el balandro se vuelve más difícil de manejar si lleva sobrecarga. Te lo agradezco, pero no.

Lo que no imaginaba era que la aventura se torcería, que me llevaría largos meses, que en Capbreton me darían por muerto y que, en lugar de morir, nacería de nuevo al descubrir a la mujer más maravillosa del mundo, Marie. Y no porque Marceline no fuera maravillosa, sino porque Marie entró en ese espacio indescifrable que hay entre el pecho y la cabeza.

24

He zarpado sin incidentes. De todas las despedidas, la única que me ha costado es la de Marceline. Con Teresa, por ejemplo, ha sido sencillo. Ella es desapegada, superficial para las emociones, aunque luego se caliente cuando se trata de cambiar el mundo o de criticar a dictadores y aburguesados. Sin embargo, en Marceline he descubierto un soplo de ternura, pese a sus bruscas palabras. Si mi coraza ha sido la frialdad, la suya ha sido la tosquedad.

La mañana ha estado clara, bonita para navegar. Un poco de mar rizada al principio pero, en cuanto ha rolado el viento, mar de fondo por el que discurrir sin demasiada fatiga, a todo trapo, con la excitación propia de quien comienza algo que intuye glorioso. No es que me vea ya en Dunquerque, pero me hace ilusión completar la aventura y rematar mi leyenda. ¡Quién me iba a decir a mí! ¡Y quién se lo iba a decir al sargento que me llamó tonto!

A las dos horas he tenido el primer contratiempo, que he solventado sin mayores pegas: la driza de la mayor se me ha escurrido de la mano, y el extremo, que tengo rematado con un anillo metálico, me ha golpeado en la mejilla. Poca cosa. Para no repetir la torpeza, me he prometido a mí mismo realizar cada maniobra, por mínima que sea, con el máximo de atención. No estamos para tonterías.

Ahora es de noche. He decidido continuar avanzando y fondear por la mañana unas horas para descansar, si hace falta. Me fascina sentir que estoy envuelto por oscuridad y que en el mundo solo existimos un mar negro, un cielo negro, mi barco y yo.

Hay quien teme a la oscuridad, sin saber que a lo que hay que temer realmente es a lo que acontece cuando esta se disipa.

Me ilumino con una linternilla. Cuesta escribir y me tuerzo: son los renglones de la deriva. Si los viera Marceline, me reñiría y me obligaría a enderezar mis líneas. Cuando regrese, tal vez le enseñe las libretas. Se lo merece.

Extracto de la LIBRETA-4,

prácticamente indescifrable debido a la mala letra.

Amanece. No hace ni 24 horas que he abandonado Capbreton y ya me siento un marino legendario, como si estuviera a punto de doblar el

Cabo de Hornos, como Francisco de Hoces en 1525, quien se adelantaba medio siglo al mismísimo pirata Drake.

¿Y si me hago pirata? Ahora los piratas no llevan pata de palo, sino barcos a motor con los que abordan embarcaciones de recreo y balandros como el mío. ¿Y si vivo fuera de la ley?

Sería maravilloso. Olvidarme de todo y vivir como forajido. Recalar de puerto en puerto, huyendo de mi leyenda. Me haré llamar el pirata gurja Nabarre, aunque a los más allegados les permitiré que me digan Gilles.

Creo que es hora de echar un sueñecito.

Extracto de la LIBRETA-4.

Marceline o Teresa. O ninguna de las dos. Teresa es enérgica, decidida, autónoma, pero en ocasiones no la entiendo. Ha leído demasiada literatura, mucha filosofía. Además, no es mi tipo.

Tampoco Marceline lo es. ¡Tan culta! Puede que sea eso lo que me atraiga de ella. Y sus manos finas y su manera de mirarme y la paciencia que tiene. ¡Cuánta paciencia tiene conmigo!

Teresa o Marceline, Marceline o Teresa.

Charlotte me excita. ¿Algún día tendré una mujer como Charlotte con la que hacer el amor a todas horas?

Extracto de la LIBRETA-4, con el último párrafo tachado.

25

e tomé la navegación con mucha calma, disfrutando de cada hora, sin apurar el barco ni exagerar la escora. No tenía necesidad de ir de ceñida, aunque a ratos lo hacía. Sabía que podía avanzar más deprisa, subir hasta los cinco M nudos si cazaba el génova o si quitaba el rizo a la vela mayor, pero quería disfrutar sin la tensión de las escotas ni el temor a que, en cualquier mala virada, el casco se quejara. Llevaba bastante más peso a bordo del que habitualmente solía, y no era cuestión de someter al *Literal* a un desgaste mayor que el que ya de por sí suponía ascender contra el viento del noroeste.

Durante los dos primeros días no fotografié nada, esperando a descubrir paisajes diferentes. Después me di cuenta que no tenía ninguna imagen de mi partida, y que el reportaje quedaría flojo en ese punto. Desde la tercera jornada, me impuse la disciplina de escribir a diario y de obtener al menos dos instantáneas diarias.

Vi la punta de la Île de Sein, un lugar épico, con un faro soberbio en cuyo costado estallaban las olas con tal furia que no comprendí cómo aquella construcción no sucumbía. Avancé por el estrecho frente a la costa rosácea de mármol de Plugonvelin y arribé en Brest a los once días de haber salido de casa. Apalabré con un marino el amarre y le pregunté dónde aprovisionarme, y, aunque mi intención era la de dormir a bordo, pensé que no me vendría mal una ducha y algo de comida decente, así que

busqué una pensión en la que descansar aquella noche. Estaba cansado, sucio, el salitre impregnaba cada poro de mi piel y encrespaba mi pelo, mientras comenzaba a aflorar mi barba, después de tantas mañanas sin rasurarme.

Di con *La Luciérnaga*, una casa de inquilinos en la que me ofrecieron habitación con cama y lavabo, un baño con ducha al fondo del pasillo, un rancho de patatas y pastel de carne, la posibilidad de lavarme la ropa si lo deseaba y hasta un servicio de limpiabotas como en los hoteles de la capital. Se me dibuja una mueca de complacencia al acordarme de la dueña, una mujer oronda y de sonrosadas mejillas, que me comentó que, si lo deseaba, había un prostíbulo al cabo de la calle; también una iglesia, por si prefería confesarme; y un practicante que era barbero y que no cerraba ni de noche ni de día, por si necesitaba un afeitado o arreglar una caries. Estaba en las antípodas del hotel de Biarritz.

Ocupaban *La Luciérnaga* una pléyade de tipos pintorescos, de entre los que yo no era el menos peculiar. Había una pareja de curas parlanchines, seguidores de San Vicente de Paúl. Decían estar de misión y, aunque eran muy educados y sonrientes, llevaban unos curiosos zapatos de suela de goma. Había asimismo un matrimonio mayor, viajante él; me comentaron que estaban de viaje de negocios por Bretaña, pero en realidad yo creo que él buscaba trabajo; de ella recuerdo el color morado, casi transparente, de su cabello rizado. También destacaban tres hombres del servicio telefónico, destinados a aquella punta olvidada de Dios para instalar línea en las viviendas de los habitantes de la región; se levantaban antes que nadie y regresaban exhaustos por la noche, lo cual no privaba a uno de ellos de irse al prostíbulo, según contaba al llegar. Al fondo del pasillo estaba alojada una señora mayor, elegante aunque arrugada como una pasa, que me contó que había sido estrella de cine en París antes de la ocupación, y que después le vinieron mal dadas, por lo que vivía en aquel tugurio esperando que su agente le resolviera unos asuntos legales; cuando se resolvieran, volvería a ocupar villas en Niza y mansiones en la Provenza. Yo no la creía, claro, y tampoco ella me creyó a mí cuando le conté que navegaba para el *National Geographic* intentando cubrir la costa francesa de cabo a rabo.

Pasé allí seis días, que es lo que necesitaron en el Astillero Brimagnon para revisar el *Literal*.

Cuando me despedía de la gente de *La Luciérnaga*, recordaba las palabras de Karl mientras los inquilinos de la pensión me obsequiaban con una retahíla de besos, abrazos y parabienes, no sé si convencidos de que era un héroe de *National Geographic*, casi un Willy Fog en su vuelta al mundo, o seguros de que iría a naufragar en cuanto dejara el puerto. La vieja actriz me atusó el pelo y me dijo que la barba me sentaba bien, que

parecía Gregory Peck cuando le dirigió Jacques Tourneur en *Días de Gloria*, pero con aspecto fiero por el vello en mi rostro. Los lazaristas me regalaron una biblia, tras darme afectuosamente la mano y prometerme que rezarían por mí. Y la dueña, sin siquiera quitarse el mandil, me estampó un beso en la boca, húmedo y sonoro, con sabor a pescado, mientras me clavaba su bigote y se secaba las manos con un trapo. Algún día presumiré de que un marinero intrépido hizo noche en mi casa, me dijo.

Reanudé mi marcha. La mañana estaba clara, sin nubes en el horizonte, aunque con esa temperatura excesivamente cálida para el otoño que augura tormenta por la tarde.

Gaviotas, charranes y albatros revoloteaban caóticamente desde mi barco hasta la costa, huyendo del agua que, sin duda, acabaría por avenirse. Brest se perdió por popa, doblé hacia la isla de Quessant y ante mí se abrió el enorme mar del Canal de La Mancha.

Roscoff, Perros-Guirec, Paimpol a estribor. Y la Île de Brehart, uno de los lugares más mágicos que había visto yo nunca hasta aquel día. Sus costas, verdes como prados en acuarela, llegaban hasta el mar, pero cien metros por encima de él, como si alguien hubiera pensado que la isla era un pedazo de mantequilla y lo hubiera cercenado con un cuchillo caliente. Un faro remataba la visión sobre la colina, en línea recta con el modesto pueblecito instalado en la única ensenada del peñasco. Me pregunté cómo sería la vida allí y qué estupendas historias contaría la gente a la luz de los leños calientes en la chimenea, en las largas y húmedas noches de invierno. ¿Habrían vivido la guerra como la vivimos en Capbreton? ¿Habrían sido conscientes de la ocupación?

¿Habría jóvenes que un día fueron niños, a los que les arrebataron el padre en la Línea Maginot?

La Línea Maginot, me explicó un día Marceline, fue un entramado de trincheras, túneles, muros y fortificaciones construido a lo largo de la frontera entre Alemania e Italia. Aunque se terminó en el treinta y seis, se rearmó cuando empezamos a sentir a Hitler como una amenaza. El gobierno empleó para su puesta en marcha más de cuatro mil millones de francos, pero resultaron ineficaces porque en el cuarenta no se pudo evitar que las divisiones alemanas la pulverizaran en la región de Sedán, masacrando a cuantos la defendían. Tu padre, Gilles, fue uno de ellos. Murió conteniendo el avance alemán. Gracias a él, y a todos los que murieron a su lado, aquí pudimos huir o prepararnos para la ocupación.

Opté por hacer una navegación costera, siempre a la vista de Saint-Brieuc, Saint-Malo, Granvilles y Gouville-sur-Mer, en lugar de cortar en diagonal hasta Jersey.

Aquello me demoró dos jornadas, pero no quise aventurarme demasiado, toda vez que enormes nubes negras se habían instalado en el cielo y no había dejado de llover ni un minuto desde que abandoné Brehart.

El firmamento y el mar eran uno, con agua en todas las direcciones posibles. Caía desde el infinito, sobre mi cabeza, a veces en rachas y a veces en forma de una fina película. Ascendía desde las olas, bien al

salpicar contra la proa, lo que ocasionaba un torrente que venía por la cubierta y encharcaba mis pies, bien cuando alguna ola se estrellaba contra el costado y elevaba surtidores blancos que se mezclaban con el aguacero. Viento, océano y cielo se convirtieron en una cúpula de plomo líquido en el que el *Literal* solo tenía la opción de resistir.

Cambié de rumbo varias veces, buscando un respiro que no encontré. Aseguré el timón y recorrí el barco cazando cabos y revisándolo todo, convencido a partes iguales de que superaríamos el temporal y de que mi fin se acercaba. Me apremiaban cuestiones absurdas; estaba seguro de que el casco no se partiría, ni el mástil sucumbiría ni el velamen se rasgaría. Lo que me agobiaba era mucho más nimio, como lo difícil que me resultaba hacer de vientre cuando todo, absolutamente todo, estaba empapado, incluso mis manos, incapaces de hacer algo tan simple como desabrocharme los pantalones impermeables. O lo desagradable que era dormir en una camareta en la que la humedad podía escurrirse de los objetos igual que de una esponja. O la imposibilidad de calentarme nada en el hornillo y, como consecuencia, de comer o beber caliente.

Suspiraba por un café hirviendo, directamente servido desde mi puchero, en mi jarra preferida, la de latón.

Y cuando todo indicaba que estaba condenado a hacerme agua con el agua, se abrió el cielo y un rayo de sol me dio en la cara. A la hora, las nubes se habían ido, quién sabe si humilladas por mi terquedad, y el cielo, que no era azul del todo, se veía al menos despejado y benigno. Sonreí. En aquel instante llegó flotando por cubierta la biblia de los lazaristas, que no sabía dónde la había dejado y por qué extraño milagro no se había caído por la borda, y me golpeó la bota de goma. La tomé, la abrí al azar y leí. *Así fue destruido todo ser que vivía sobre la faz de la tierra, desde el hombre hasta la bestia, los reptiles, y las aves del cielo; y fueron raídos de la tierra, y quedó solamente Noé, y los que con él estaban en el arca. Y prevalecieron las aguas sobre la tierra ciento cincuenta días.*

No fueron más de cien días, sino tres. Para cuando cesó la lluvia, estaba a la altura de la isla de Braye, frente a Omonville-la-Petite. Decidí fondear a la vista de los acantilados, aprovechando el escaso calor del sol del mediodía. Instalé tendales en el barco, entre los obenques, y puse todo a secar; también la colchoneta sobre la que dormía, la ropa y los cacharros de cocina. El *Literal* parecía un carromato zíngaro.

Pasé por la bahía de Cherburgo, cambié rumbo y sorteé el faro de

Gateville con facilidad, y, mediante una consecución de espectaculares ceñidas, hice que la proa de mi barco apuntara a Cabourg, donde me detuve durante unas diez horas por un problema

que tuve con la driza del génova, empeñada en atorarse cada vez que maniobraba con ella, de manera que opté por sustituirla, colocando la vieja y reemplazando la que me habían instalado en Brest. Para ello tuve que trepar por el mástil, en un ejercicio a medio camino entre la peripecia circense y la imprudencia. De haberme caído, no lo habría contado. Sin embargo, en el instante en el que estuve en la cúspide del mástil y presencié la vista que se me abría desde allí, tuve un punto de emoción, casi una revelación. A babor, un océano infinito del que no se veía fin, con unas olas que degradaban su ahínco hasta parecer, a lo lejos, la superficie vidriosa de una bandeja; a estribor, a no más de cuatro millas, la costa francesa, con su rotundidad, con su serenidad, con la seguridad que da la tierra firme. Divisé algunas casas sueltas y, casi perdido en la bruma, un núcleo de población que resultó ser El Havre y el enorme estuario del río Sena.

Mi padre estaba conmigo allá arriba en la cúspide del mástil, agarrado a él como yo.

Muy bien, hijo. Eres un gran marino. Me habría encantado enseñarte yo todo lo que has aprendido por tu cuenta. Es un honor que pilotes el *Literal*.

Ascendí hasta Fécamp y bordeé Dieppe con un día de retraso según mis planes, pero ni los vientos ni las temperaturas me permitían forzar más la marcha. Obtenía instantáneas que intuía hermosas después del revelado, aunque en ocasiones mis dedos no atinaban a manejar los indicadores del objetivo, donde me habitué a colocar distancia “infinito” y luz “f11”. El resultado después sería catastrófico, pero en aquel momento no alcanzaban a más mis conocimientos sobre las máquinas de fotografiar.

También escribía, anotando en mis libretas tanto los asuntos de la derrota, con coordenadas, avisos y cuestiones técnicas, como el tema de la crónica, que a veces adquiría un exagerado tono novelesco y otras un pesimista estilo melancólico. Empecé a echar de menos hablar con alguien.

Me imaginaba qué estarían haciendo mis amigos de Capbreton, y los visualizaba en la taberna, preguntándose por mí, quién sabe si adivinando en una carta dónde estaría el *Literal*. Madame Luivier tomaría un café con leche en compañía de Monsieur Balzac, tal vez, y

comentarían que qué demonio Nabarre, tan valiente con la piragua en el Garona y después con el barco. Charlotte, pese a que seguiría soportando a George, me echaría de menos y suspiraría por mi llegada a puerto y por volver a asaltarme en la habitación de un hotel. O Marceline. Marceline… Tal vez Marceline fuera quien me esperaba ansiosa, para decirme que, por favor, me dejara de subterfugios y le dijera definitivamente lo que sentía por ella.

Comenzó a llover de nuevo. La intensidad de la borrasca me obligó a plegar velas y a aguardar al resguardo de Saint-Valery-sur-Somme, sin tocar tierra pero fondeado frente a sus arenales, viendo los pastizales más allá de la línea de playa, perdiéndose en el paisaje con una gama de verdes como nunca había visto. Aproveché para revisar mis provisiones, que escaseaban, para recuperar sueño, aunque no era capaz de dormir más de tres horas seguidas, y para releer todo lo redactado hasta entonces, que me pareció insufrible. Comenzaba a asaltarme la melancolía.

Y escribí una carta a Marceline. En ella le pedía perdón por haber sido tan timorato, después de agradecerle lo mucho que durante tanto tiempo había hecho conmigo, sacándome de la ignorancia y llevándome a la sabiduría. Taché sabiduría. Puse ilustración. Taché ilustración. Escribí conocimiento. Lo dejé, pero no muy convencido.

Luego repasé nuestras lecturas, sus consejos, los temas que habíamos abordado en nuestras tertulias, sus sugerencias para que escribiera sobre esto o aquello… Taché el párrafo: era cursi. Le comentaba lo a gusto que estaba a su lado y cómo, cuando sus ojos se clavaban en los míos, me sentía reconfortado, feliz, en paz. Taché clavaban y lo sustituí por posaban. Taché lo de en paz. No me atreví a nada más. Me quedé durante minutos y minutos mirando el borrador, hasta que lo arranqué de la libreta, lo arrugué y lo arrojé por la borda, lo cual me sirvió para comprobar que el aguacero había amainado y era hora de reemprender la navegación.

Estaba a una jornada de Dunquerque y llevaba un día de retraso; calculé que si tenía suerte y navegaba con diligencia, arriesgando al máximo en la ruta y aprovechando el viento sin miedo, tocaría mi meta en menos de diez horas, lo cual me situaría en los últimos instantes de luz. De lo contrario, me vería obligado a pilotar de noche y a mantener ese día de retraso. Me encontraba cansado, agarrotado, tenía llagas en las manos y una imperiosa necesidad de asearme; sentía los pies entumecidos por la humedad y había perdido algunos kilos, pero la determinación de llegar, de ser recibido como un héroe, de recibir los parabienes y de convertirme en un marino intrépido

lograron que, como un resorte perfectamente engrasado, cada músculo de mi cuerpo actuara en perfecta sintonía con el resto para hacerme llevar el *Literal* hasta destino.

Nadie me esperaba. Ni George ni Charlotte ni Dennis ni sir Henry… Nadie. Tardé en comprender. Pensé que debía de tratarse de un error. Según lo acordado, yo tenía que llegar entre el veinte y el veinticinco de noviembre. Era el veinticinco por la noche.

Entré en el puerto de Dunquerque con los últimos estertores del día, iluminado por el faro de Gaston Berthe y por las luces de la zona de mercantes; entré, casi a tientas, buscando una zona donde un pequeño balandro pudiera tocar tierra entre tanta nave de mercancías. Se me antojó una entrada horrible, quizá debido a mi desolación o, quizá porque la soledad del marino solitario es menor que la del marino a quien nadie sale a recibir.

Nadie. Ninguno de mis compromisarios. Solo un viejo lobo de mar acartonado que me ayudó a amarrar y que me preguntó si venía de Folkestone o de Dover, en el Reino Unido. Le dije que no, que llegaba desde Capbreton, y escupiendo en el suelo y maldiciendo a todos los santos, se quitó la gorra de lana, se rascó la cabeza y espetó que menudo bravucones son los aquitanos.

Miré en todos los diques, por si la comitiva de recibimiento no estaba allí y me aguardaba en otro lugar, pero no obtuve resultado satisfactorio. No había ni rastro de ninguno de ellos. Me quedé a dormir en el *Literal*, convencido de que ya no me esperaban a aquellas horas y que, por la mañana, alguien se asomaría por el puerto y me descubriría.

No sucedió. Tampoco al día siguiente ni al siguiente del siguiente. No comprendía.

Sin saber por qué, me acordé de Karl Ove y lloré. Imagino que fue el cansancio, pero lloré durante un buen rato. Me sentía el ser más solo en el universo.

26

No entiendo nada. No ha aparecido nadie en el puerto. Nadie me esperaba. Después de dejarme vencer por la fatiga y lamentarme durante un rato por mi maldita suerte, he intentado ordenar las ideas. He cumplido el calendario, he llegado al punto en el que nos habíamos emplazado. Es Dunquerque, sin duda. Nadie confundiría este puerto con otro. Entonces, ¿qué ha ocurrido? ¿dónde se han metido?

Reconozco que estoy nervioso. Tanto, que me he bebido una botella de vino casi sin respirar. Ahora estoy algo borracho, estado que negaré ante cualquiera. ¿Y si ha sucedido algo en tierra mientras yo navegaba? ¿Y si una nueva guerra ha asolado mi país? ¿Y si los rusos han invadido Europa? Si los rusos han invadido Europa, Teresa estará feliz con su comunismo proletario, imagino. Pero será la única feliz. A mí me daría mucha rabia que los rusos nos invadieran, sobre todo si hay que volver a montar una resistencia contra una ocupación.

O igual es que he fallado en mis cálculos.

O que me han estafado. ¿Sir Henry? ¿Me ha engañado sir Henry? ¿Y si solo me han utilizado? ¿Y si he sido un anzuelo? ¿Y si han usado mi barco para trasladar mercancía clandestinamente desde el sur hasta el norte?

(…)

He revisado el barco. Del susto, se me ha pasado la curda. De repente he pensado que podía haberme convertido, de manera involuntaria, en un correo. Pero no. No he encontrado nada sospechoso en el Literal. Es verdad que ni Costa ni Dennis me han dado pruebas de ser lo que dicen ser. Y hasta lo de Charlotte es una locura. ¿Una secretaria salvaje?

Ni idea de qué ha podido ocurrir. Creo que saltaré a tierra, a ver si me entero de algo, aunque mucho me temo que, como siempre, las preguntas solo tendrán las respuestas que yo maquine.

Al menos estoy en Dunquerque. Al menos yo sí sé que lo he conseguido. Soy Gilles Nabarre, el gurja de Aquitania.

Extracto de la LIBRETA-4.

27

í una voz fuera que pedía permiso para subir a bordo. Era el viejo lobo de mar.

Traía una botella de vino y un trozo de queso. Me gustó que respetara la ancestral norma de cortesía por la cual se solicita autorización al patrón antes de O poner un pie en cubierta. Bebimos y brindamos por los aquitanos. Me dijo que él, de joven, tuvo una novia aquitana, de algún pueblo que no recordaba.

Reímos. Yo le conté mi aventura, que creo que no se creyó del todo, y me juró no haber visto por el puerto a nadie ni con el aspecto del tal George ni con las pintas extravagantes de sir Henry. Me habría dado cuenta, no te quepa duda, aseguró.

Tampoco le sonaba una mujer del estilo de Charlotte. No, hembras de esas por aquí ya te digo yo que no ha habido desde el cuarenta. En el cuarenta vino una que tenía las tetas tiesas y un culo como la popa de una goleta, duro y redondeadito. Venía a reclutarnos para la Línea Maginot. Era militar, y no sabes lo cachondo que nos poníamos cuando decíamos que, al regreso del frente, convertidos en héroes, todos tendríamos novias. Ja. Pero no fue así, aquitano. Muchos no volvieron. En la Línea Maginot solo hubo muerte, tiros y frío.

Mi padre murió en la Línea Maginot, susurré melancólico. De repente, los efluvios del alcohol dieron paso a la tristeza, que se unió al desconcierto por mi situación de abandono respecto a los del *National Geographic*.

Lo siento, aquitano. Entonces tu padre fue un valiente. Allí solo estábamos los valientes.

Es un consuelo, le dije.

Volvió por la tarde con más vino pero sin queso. Tomamos unos tragos y me sugirió que telefoneara a alguien. ¿Es que no tienes ningún teléfono de contacto? Pues no, no lo tenía. Solo se me ocurrió una cosa: acudí al locutorio de la Commune y solicité conferencia con Capbreton, con Madame Luivier. No sabía el número pero entendí que a la telefonista no le costaría conseguirlo porque, con aquel nombre, solo había una persona en mi pueblo. Sin embargo, no fue posible. Solicité entonces conexión con Marceline, pero tampoco pudieron

ayudarme. Por fin decidí que, a la mañana siguiente, intentaría contactar con el Ayuntamiento de Capbreton.

Sin embargo, no hizo falta. Casi al alba alguien gritó desde el pantalán a ver si estaba yo a bordo. Asomé la cabeza y me encontré con una especie de conserje, de botones si hubiéramos estado en un hotel de Burdeos o de Biarritz. Apenas alcanzaba los doce años; de alguna manera, me recordó a mí mismo a su edad, por el flequillo espantado y las heridas en las rodillas. Vestía chaquetilla y camisa blanca, pero pantalones cortos y sandalias escolares.

Un telegrama para usted.

Desde cubierta lo tomé. El chaval esperaba algo, supuse que una propina, pero, al ir a darle una moneda, me dijo que no, que no la quería, que lo que quería era saber si tenía que decirle algo al comodoro.

¿Al comodoro?

Sí, el telegrama llegó hace días a nombre del comodoro. Me dice que si usted le quiere decir algo.

¿Al comodoro?

Al comodoro, sí.

Pues… no lo sé. ¿Quién envía el telegrama?, pregunté, respondiéndome de inmediato al leerlo yo mismo. Era de sir Henry Amberley.

No lo sé, señor.

Creo que no, gracias. Y da las gracias también al comodoro.

George Costa fallecido accidente avión STOP Imposible contactar contigo STOP

Exequias en Barcelona STOP Disculpa mi ausencia STOP Tienes transferencia dinero Banco National STOP

Me derrumbé en cubierta y sentí cómo el peso del mar entero me aplastaba los hombros. No sabía cómo actuar. Me encontraba en Dunquerque, a más jornadas de mi casa de las que jamás había navegado, solo, perdido, notando cómo la hazaña se diluía en una curva del destino mientras este se mofaba de mí. Maldije mi suerte.

No la de George ni la de su viuda ni la de Charlotte, sino la mía. Exclusivamente la mía. Pensé en Karl e intenté imaginarme cómo reaccionaría él. Y en Marceline. Volqué toda mi energía en Marceline. Karl no me solucionaba nada, era un hombre de acción, un tipo resolutivo al que parecía que nada lo detenía. ¿Y Marceline? Marceline era sensata, práctica, concienzuda. ¿Qué me diría? ¿Qué me sugeriría en aquel trance tan torcido?

Pasé la tarde releyendo el telegrama hasta aprendérmelo de memoria. Bebí cuanto encontré por el *Literal* y, cuando se terminó, salté a tierra y ocupé una bancada ruinosa en un ruinoso bar de la más ruinosa calle de la ciudad. Una turba de hoscos parroquianos saludaron mi presencia con muecas de desaprobación y gestos de menosprecio, como si supieran que yo, Gilles Nabarre, héroe del kayak en el Garona, el *gurja* de Capbreton, estaba siendo humillado por la fortuna. El local apestaba. Una bandera de la Union Jack clavada en la pared evidenciaba que aquel era un cuchitril de ingleses, seguramente venidos a Francia cuando la guerra. El suelo, con baldosas en damero, tenía una película de serrín y porquería que se pegaba a las suelas. Un espejo en el extremo opuesto a la barra reflejaba la atmósfera de humo y decadencia.

Maldije mi mala suerte en voz alta a partir del tercer vino, que se sumaba a los cinco o seis que me había metido a bordo entre pecho y espalda. Con el siguiente, comencé a tartamudear, maldiciendo a sir Henry y al difunto George Costa, ahí se pudran en el infierno todos los bastardos ingleses.

¡Hijos de puta ingleses!, balbuceé borracho. ¡Me cago hasta en la reina de Inglaterra!

Recibí un golpe en las costillas, propinado por un palo de billar. Ni siquiera me había fijado que hubiera mesa de billar en el local. Había visto una máquina de discos, la pestilente barra plagada de vasos sucios y jarras de cerveza a medio llenar, el hosco camarero de las anchas patillas y la mujer de la mesa junto al baño, probablemente una prostituta. Pero no el billar, ni el inglés de brazos tatuados que me deslomó hasta hacerme caer de rodillas y luego me golpeó la testa hasta hacerme derribar.

Me levanté. Esgrimí los brazos como un púgil, pero alguien me tomó por la cintura y me sacó del bar por una puerta trasera, a un callejón siniestro y sucio. Pensé que lo hacía para matarme a palos fuera, pero no fue así.

Será mejor que te vayas, chaval. Aquí los británicos no tienen precisamente la educación del príncipe de Gales. Has tenido suerte.

Desde el suelo, adonde había ido a caer de bruces, sobre un charco de agua putrefacta, me carcajeé.

¿Que he tenido suerte? dije, cayéndoseme la baba y levantándome con varios tumbos, ebrio y magullado. La mía es la peor de las suertes del mundo. Ahí se pudra todo lo que hable inglés, ya sea de América como el *National Geographic* de las pelotas o el último de los ingleses de Inglaterra, y me cago en los sires ingleses y en todo lo inglés y todo lo británico y todo lo que tenga que ver con el Reino Unido y hasta el maldito príncipe de Gales.

El que me había sacado del bar, un hombre de aspecto noble y mirada bondadosa, parecido a un senador romano, me agarró con brusquedad del brazo, me arrastró hasta el final del callejón, a la intersección con la Rue de Bourgogne, y me giró hasta que su rostro quedó frente al mío.

Has ido a elegir la taberna a la que vienen a conspirar todos los ingleses de baja estofa de Dunquerque, los que se dedican al contrabando, al chantaje, militares de reemplazo en día de permiso y oficiales como yo, a la caza de malnacidos que se meten en problemas. Has tenido suerte, sí. Has tenido suerte de que no te hayan partido el espinazo y la crisma. Por menos de eso he visto maleantes de estos que meten una cuchillada o tuercen el cuello a un incauto como tú como si fuera un pato. Así que sí, has tenido suerte. Ahora, lárgate de aquí a dormir la mona. Tienes pinta de marino.

Vuelve a tu barco sin que te sorprenda tu capitán y pasa la borrachera lejos de estos ingleses torticeros. Te lo dice un amigo.

¿Un amigo?, respondí balbuceando. ¡Mis amigos están en Capbreton! ¡En Capbreton! ¡En Capbreton, en la Aquitania!, farfullé; seguía borracho. ¡Por algo soy el *gurja* de Capbreton, ignorante! ¡El gran *gurja* de Aquitania! ¡Y ahora van a ver esos cretinos de la Gran Bretaña cómo se las gastan los aquitanos!

El fiero hombre mudó el gesto, se separó un paso de mí y volvió a acercarse. Me examinó el rostro. Me palpó las mejillas y el pecho. Sonrió.

Por todos los diablos. ¡Gilles Nabarre, el *gurja*!

28

l Mayor Hasler, Herbert George Hasler, apodado *Blondie*, era el jefe de la Operación Frankton. El mismísimo Mayor Hasler. Y allí estaba, en Dunquerque, frente a mí. Lucía una incipiente y rotunda calva, pese a que no tenía ni cuarenta E años. Los mechones que circundaban la cabeza, empero, eran rubios como trigales incendiados, aunque se veían salpicados de canas, como las cejas, casi blancas. Su bigote, más gris que rubio, moría en las arrugas que se le hacían, como arbotantes profundos, desde la nariz hasta la comisura de los labios, enmarcando una boca que reía de medio lado, hablaba con autoridad y mascullaba cuando algo no le agradaba.

Habíamos quedado por la mañana, para que me acompañara al Banco National a cobrar el giro que me anunciaba el telegrama, algo que yo le comenté cuando, tras declararme el *gurja* de Capbreton, me había reconocido. Dijo que había leído en el *Paris-Match* el reportaje sobre mi hazaña en el Garona y que, aunque a muchos compatriotas suyos y compañeros de armas les molestó la bravuconada de un francesito como yo, a él le había enorgullecido que se rindiera honor a su Operación Frankton.

El inglés, por naturaleza, es orgulloso. No chovinista, como vosotros, los franceses, pero sí orgulloso. Hubo británicos que no vieron con buen talante que un mocoso de menos de veinte años copiara nuestra hazaña.

Desayunamos en un café próximo al banco, con manteles de hilo y servilletas de tela, todo muy *british* . Me explicó que la línea de barco regular entre Calais y Dunquerque siempre había mirado más a Londres que a París y que no era de extrañar, precisamente por eso, que fuera más sencillo encontrar allí un buen té que un café *au-lait*. Me habló del tugurio de la noche anterior y de cómo él lo frecuentaba, más por saber qué se cocía entre la marinería que por gusto, ya que bastaba verle manejar el cuchillo en la mantequilla para deducir que era un hombre refinado y elegante.

Repasamos la Frankton y me contó cosas que yo desconocía. Como superior al mando, tuvo que tomar decisiones dolorosas; no parecía demasiado satisfecho con el reconocimiento que le dieron después de su sabotaje de la Betasom, quizá debido a que solo sobrevivieron dos hombres de todo el escuadrón. Se sentía realmente afectado por las muertes de sus subalternos, tal era la forma que tenía de echarse la

servilleta a la boca.

No fue sencillo comandar aquella misión, Gilles. A veces un oficial ha de tomar decisiones sin contar con todos los datos. Sentí profundamente perder a mis hombres…

En el trayecto hasta el Banco National seguimos hablando de aquella noche. Él me preguntaba tanto como yo a él, y, aunque resultaba patente que su operación y la mía solo tenían en común al río Garona, nos complació hermanarnos por medio de una gesta en kayak. Reímos cuando le conté de dónde venía lo del *gurja*, y eso me llevó a narrarle mi peripecia con sir Henry, la propuesta del *National Geographic* y el desastre de la empresa debido a la muerte de su tocayo George Costa.

Nunca quise ofender a nadie con mi gesta. Yo era joven, ignorante y pobre. Solo buscaba algo de notoriedad y una recompensa.

Se ofende quien está inseguro. Yo me sentí halagado porque alguien hubiera patrocinado una aventura emulándonos a nosotros.

Parece usted un hombre íntegro, Mayor.

Te aseguro que, si no lo fuera, no sería Mayor en el ejército de Su Majestad.

Ya con el dinero en el bolsillo, me empeñé en invitarle a almorzar, después de tomar un aperitivo en el Hotel Lyon, frente al Bistrot France. Hablamos de la guerra y la posguerra, de las operaciones secretas, de las dificultades que ambos tuvimos remontando el Garona… Nos sentimos afligidos por Alemania y agradecidos cada uno por el país del otro. Comentamos cuestiones técnicas de la navegación hasta Dunquerque y le expliqué que Karl Ove había sido mi mentor en temas de canoas.

Bravos siempre los nórdicos, aseguró.

También me contó que en el cuchitril donde me habían deslomado con un palo de billar había encontrado hombres feroces pero buenos que habían llegado a la delincuencia por los vericuetos de una vida descontrolada, de lo que deduje que el Mayor era un hombre piadoso. Me costaba imaginármelo con su ropa de agua, sentado

en una canoa metálica, saliendo de un submarino con cargas explosivas entre las piernas, pero no cabía duda de que su gallardía era su carta de presentación.

Cuando llegué a Burdeos, me desmayé.

Cuando llegamos nosotros, Gilles, colocamos las cargas y, en lugar de desmayarnos, iniciamos la huida. Fue toda una epopeya.

Es duro esto.

Es dura la existencia.

Así nos despedimos. Fueron varias horas con el militar que había protagonizado la Operación Frankton, una de las heroicidades más notables de la guerra, aprendiendo de él, escuchando su aplomo y aquel deje suyo tan aristocrático, intentado sorber sus gestos para hacerlos míos, escuchando los matices de aquella noche y dándome cuenta de que lo mío, más que de *gurja*, había sido propio de un turista en piragua.

A punto estuvo de cuadrarse al decirme adiós. Ha sido un honor, pronunció. Ojalá Francia tuviera más jóvenes como tú, Gilles Nabarre. Confío en que la fortuna te salude.

Veremos qué hago ahora, Mayor, contesté estrechándole la mano.

Navega, hijo. Si es lo que sabes hacer, navega. ¿O es que te espera algo mejor en la vida?

29

unquerque huele a sal, a ruina y a tristeza, como tantos lugares en los que la Historia se ha hecho presente por medio de una batalla. Tal vez Troya oliera así después de que Agamenón se la arrebatara a Príamo. Quién nos dice que el D propio Paris no lloraba a Héctor como Briseida a Aquiles, colocando la ciudad en el eje cronológico de lo ruinoso.

Dunquerque es la Troya del norte de Francia. Gallipolli es la Troya actual. Cada pecho sacudido es una Troya con olor a sal, ruina y tristeza.

ba a ascender hasta Dinamarca! Por qué Dinamarca y por qué en aquel preciso momento de la Historia, no lo sé. Tal vez porque Francia, Alemania, Inglaterra, Italia o Bélgica se me antojaban países domesticados, pero Dinamarca me evocaba

¡I heroicas navegaciones, como si tocar sus costas fuera similar a la conquista de Rusia, a atracar en Egipto o doblar el Cabo de Hornos.

Todavía no sabía que iba a conocer a Marie, pero, incluso sin saberlo, mi decisión era irrevocable. Aquellas horas con el Mayor, aquella placidez que desprendía, unida a su templanza, aquel consejo suyo de navegar, aquella forma de mirarme a los ojos y decirme, como dijo un segundo antes de girar sobre sus talones y desaparecer, demuestra que eres el *gurja* de Capbreton, Nabarre, y que los aquitanos no tenéis límites. Aquella completa soledad mía. Aquella frustración por no haber sabido nada de sir Henry ni del *National Geographic*… Aquellos días de lluvia y plomo en el mar. Todo me empujó a soltar amarras.

Nunca he sido un hombre valiente. Ni en mi grupo de amigos de la niñez yo era el más arrojado ni en Capbreton me consideraban un héroe. Sí, el *gurja*, pero de sobra sabíamos todos, la gente y yo, que no era oro cuanto relucía en mi palmarés. Tampoco timorato, pero sí prudente. Quizá audaz por circunstancias, por el destino, ese que nos hace responder como nunca sospechamos; pero no el tipo de hombre del que uno esperaría una hazaña como la del Garona, una expedición como la de Dunquerque, o una decisión como la de navegar en solitario hasta Dinamarca. Y, sin embargo, lo hice.

Me avituallé, adquirí algunas cartas de navegación, revisé el *Literal*, me encomendé a los vientos y salí de Dunquerque una mañana fría. Luché con las corrientes, fondeé de cuando en cuando para descansar y reponer mis víveres, navegué de noche por puro placer, me enfrenté a la bofetada del Mar del Norte doblando la isla de Helgoland, varié de rumbó en más de una ocasión para evitar poblaciones grandes… Hasta me crucé con un portaaviones estadounidense al que tuve la fortuna de divisar con tiempo. Recuerdo que al verlo de cerca por estribor, no pude sino sentir un escalofrío. Vista tan de cerca me parecía un milagro que semejante mole de acero, una auténtica ciudad flotante, no se hundiera. Por mucho que las leyes de la física, las teorías de los volúmenes y la experiencia en barcos me dijera que no había nada de milagroso en aquello, me hipnotizó observar aviones en

la cubierta de un buque y pensar que este avanzaba como un caballo en un desfile. Me hipnotizó la visión de marineritos vestidos de blanco observándome desde cubierta, a una altura mayor que la del faro de Capbreton, con sus gorras sujetas en la trabilla de la hombrera, sus cinturones de hebilla plateada y sus gestos arrogantes.

Llegué a puerto con más esfuerzo del previsto pero menos del que convertiría mi aventura en una Eneida. Tras un susto frente a la isla de Sylt y una escora arriesgada frente a Mandø, tomé tierra en Sønderho, una pequeña población de no más de cien habitantes en la costa oeste de Dinamarca, después de seis días de dura navegación. Sus casas, la mayoría de madera, estaban pintadas de rojo cangrejo, verde hierba, azul, amarillo, marrón cobrizo, arena… Tenían las ventanas enmarcadas en blanco, como las puertas, y el cartel de la cantina ondeaba por el viento colgado de cadenillas en los alféizares. Los arenales en la playa, sus diques, el mosaico de parcelas delimitadas por muretes de piedra, la descollante iglesia, el molino de viento, el estanque…

Llevaba más de dos meses fuera de casa, así que cuando pisé tierra en el puerto de Sønderho, me sentí un Cristóbal Colón, un Américo Vespucio, un Magallanes en su derrota. Era la primera vez que abandonaba mi pueblo durante tanto tiempo. No solo estaba en el lugar más alejado al que jamás había viajado, sino que estaba dispuesto a aprender de todo cuanto viera. Sin embargo, en absoluto sospechaba que tardaría en regresar y que mi vida daría un giro, un tumbo, en aquellas costas danesas.

No te colarás en mis sábanas, me dijo Marie nada más conocerla. Fue su tarjeta de presentación. Y yo, que me había quedado prendado de sus ojos de pepita de sandía, lo último que quería era colarme en sus sábanas, despertar, que la realidad me abofeteara y que aquella mujer no fuera real sino un sueño.

Hoy recuerdo cómo sucedió y no puedo sino sonreír. Fue en la barbería de Sønderho, adonde acudí para asearme y, de paso, adquirir una camisa nueva. Se trataba de la única tienda del pueblo, un colmado atiborrado de productos, con una sección de frutas en la que apenas había manzanas y bayas de color morado, artículos de ferretería, aparejos de pesca, arcones con salmuera, bacaladas, pimentón y una suerte de mojama.

También ofrecían ropa que se veía desde el raquítico escaparate de la calle del puerto, y en el que descubrí algo con lo que sustituir mi estropeada vestimenta de navegar.

Además, por una puerta lateral se accedía a un despachito gracioso y coqueto donde una silla de peluquero invitaba a los clientes a rasurarse el rostro, algo que hice en cuanto me decidí por una camisa.

El dueño del establecimiento fue solícito y amable, e hizo auténticos esfuerzos por chapurrear francés. Cuando le pregunté cómo era posible que en aquel remoto pueblo danés alguien supiera mi lengua, me explicó que estaba casado con una suiza hija de borgoñeses emigrantes, y que debido a eso él conocía cuatro palabras de francés. Luego se asomó al otro lado de una cortina, hacia lo que entendí que era el acceso a su vivienda, y mandó bajar a su hija. Conocí así a Marie, una joven con ojos chiquitos como

pepitas de sandía. Me quitó el paño húmedo del rostro, enderezó la silla de barbero y me dijo que, si lo deseaba, podía pernoctar allí, porque alquilaban camas para viajeros.

Creo que dormiré en mi barco, le contesté.

Idiota de mí. Tal vez el sargento tuviera razón y yo era tonto. Tonto de remate.

Tonto como una ameba. Más tonto que hecho de encargo. Tan tonto como para renunciar a la posibilidad de volver a ver a la mujer más deliciosa que había conocido nunca. Más que Marceline, aunque me costara reconocerlo; tenía su gracia pero sin la coraza que nos distanciaba. Además, Marceline se había ido difuminando; no desapareciendo, pero sí mitigándose en mis ansias, quizá por el mar, quizá por la distancia, quizá por la perspectiva, quizá por la bofetada de una realidad en la que no me veía junto a ella, o quizá, sencillamente, porque Marie eclipsó todo atisbo de duda.

Así es el corazón, traicionero y caprichoso. Así es la vida, imprevisible, inaprehensible, caprichosa y vertiginosa.

Más deliciosa que Marceline, sí, aunque me sienta incómodo comparándolas. Marie era más deliciosa que ella, porque Marceline no lo era. Marceline era atenta, correcta, inteligente, con aquella gracia suya al echarse la chaqueta sobre los hombros y aquel encanto al tamborilear la mesa con sus largos dedos finos, pero no deliciosa. Marie, sin embargo, era pura delicia. Más que Charlotte, que, aunque sofisticada, la imaginaba como un tiburón nadando en círculo alrededor de cualquier erección que se le presentara. No, Marie no era así. Marie poseía un algo imposible de descifrar, el magnetismo de lo básico, la atracción de lo esencial.

Acababa de conocer a la mujer de mi vida.

¿Enamorado? No sé qué es estar enamorado. Supongo que es lo que sentí, en efecto.

Supongo que es esa chispa absurda, irracional y, por definición, repentina, que hace que, de pronto, todo en nuestro mundo adquiera el color de una mirada, que todo se vuelva un único nombre. Enamorado, tal vez. Y si es que existe el amor, aquello debió de serlo, en efecto.

Una vez Teresa me dijo que el amor era la mayor de las dominaciones, que por culpa del amor se habían hundido reinos y se habían hecho guerras. Que el amor alienaba a los individuos y que, vinculado al amor, el matrimonio era el peor de los inventos sociales, junto con el capitalismo y la religión. Reí y fui yo quien le palmeó la espalda, convencido de que, fuera o no el amor fruto de la debilidad humana, ojalá algún día lo sintiera yo en mi pecho.

Aquella noche dormí desasosegado; no dejaba de pensar en ella, en el colmado de su padre y en la tontería que había hecho optando por pasar la noche en la litera del *Literal,* cuando podía haber aceptado la propuesta de un hospedaje en tierra firme. Contaba las manchas del techo, apenas iluminadas por la tenue luz que entraba por el portillo de babor, y me preguntaba por qué no había aceptado la invitación de alquilar una cama en casa del barbero. Seguro que habría cenado caliente y habría descansado mis huesos en mullido y, sobre todo, habría tenido la oportunidad de volver a ver a Marie.

Por la mañana temprano, antes de que se oyera nada en Sønderho, estaba yo frente al colmado, buscando una excusa para entrar en él. El frío me helaba la nariz y golpeaba mis tacones uno contra el otro para desentumecer los huesos. Levanté los cuellos de mi chaqueta de lona encerada, paseé calle arriba y calle abajo, lo cual es igual a decir que recorrí los cien metros del puerto, y, por fin, volví a mi *Literal,* dispuesto a soltar amarras y marcharme de allí cuanto antes. Me sentía ridículo por el hecho de no poder quitarme de la cabeza la sonrisa deliciosa de aquella mujer. ¿Por qué me sentía hipnotizado por Marie igual que si fuera un avanzando a sotavento?

Y lo estaba. Estaba hipnotizado.

Buenos días, Monsieur. Me dijo el hombre, interesándose por mi noche, por mi rasurado del día anterior y por mi camisa nueva, la cual lucía bajo la chaqueta.

Hablamos unos minutos. En su gesto descubrí la ansiedad provocada por no saber exactamente a qué había entrado en el colmado, pues yo no dejaba de mirar por todos los lados sin decidirme por nada, y era evidente que no necesitaba otro afeitado.

Tal vez esta noche pueda alquilar una cama en su casa, si es posible. Mañana zarparé de vuelta a Francia y me gustaría descansar confortablemente.

Mis palabras sonaron como un resorte en el rostro del hombre, quien se escabulló de mí, asomó la cabeza por las cortinas y llamó a su hija.

Marie, el señor dormirá hoy con nosotros, debió decirle en danés.

Ella me sonrió. Sus ojos se empequeñecieron y sus mejillas se inflaron. No hubo que explicar más.

El mar en Sønderho era más oscuro que en Aquitania, como si alguien se hubiera empeñado en cubrirlo con una fina película de vidrio de botella. Y era más estrecho. El horizonte se tocaba con la mano, tal vez porque las nieblas se instalaban en la lejanía y acortaban el paisaje. El sonido del agua tampoco era el mismo. El mío tenía el rumor de

las escobas de esparto deslizándose por el suelo de piedra de un patio seco; el danés era un grito ahogado que sucede a otro grito que sucede a otro y así hasta la eternidad. De alguna manera, escucharlo me resultaba doloroso, me evocaba al luto, más propio para funerales que para bodas.

Los barcos gimoteaban en el puerto, amarrados al noray con gruesos cabos de esparto trenzado. No había embarcaciones a motor, salvo una lancha que parecía ser del Estado, con su bandera y su cabina cerrada, y un barco grande que tenía el aspecto de estar abandonado, tal vez desde la guerra, y que los de Sønderho mantenían a flote casi como prolongación del rompeolas.

De sus calles, poco que decir, salvo el olor a arenques secos y a grasa de ballena, la algarabía de la taberna y el tintineo de los carros que llevaban cosas de un lado a otro tirados por mozos de carga; barriles, sacos, piezas de madera, cajas con peces aún coleando, redes, hatillos de ropa, troncos para las chimeneas… Cuando los vi, recordé mis años de recadista en la Compañía de Productos Ultramarinos Familia Aube, y no pude menos que sentirme afortunado y multimillonario, porque acababa de adquirir en el colmado dos arpones, un chaleco salvavidas homologado por el ejército, un par de calcetines, un elixir para

enjuagarme la boca y quitar el sabor a salitre, una docena de anzuelos, tres bollos de bacalao para comer aquel día y un cucurucho de dulces. Todo servido por Marie y todo exquisitamente envuelto por ella.

Pasaré la tarde en mi barco, haciendo sitio a todo esto, le dije, a modo de invitación.

Fue una temeridad. Uno de esos actos reflejos que hacemos sin calcular. Puro instinto.

Me encantará ver un barco francés, me respondió.

Esperanzado, me faltó tiempo para volver al *Literal* a ordenarlo todo. Si ella acudía a visitarme, debía estar preparado para pasar la inspección. Comencé por reorganizar mis utensilios, desastrosamente desperdigados; plegué la litera de la camareta, limpié y amontoné los cachivaches de cocinar y guardé en sus bolsas los trastos que bailaban por el suelo. Luego despejé la cubierta, la limpié con trapos y hasta la baldeé con agua del puerto, izándola con un balde y un cabo. Por último, saqué brillo a los metales de la botavara, el timón y los instrumentos, escupiendo en ellos y restregando con paños calientes.

Y sí. No sé cómo ni por qué, pero apareció. Verla en el pantalán, levantando su mano a modo de saludo y sonriendo, significó olvidar mis penurias en alta mar, mis miedos en el Garona cuando volcó mi barca y creí ahogarme, mis tristezas, mis

fantasmas en la casa vacía de mis padres, mis dudas, mi rencor hacia George Costa por haber muerto estúpidamente en un accidente de avión. Verla era dejar atrás mi soledad.

¿Da permiso el patrón para subir a bordo?

Y al llamarme patrón, el mundo se detuvo, el cielo se abrió y comprendí que, fuera como fuera, conseguiría no ser el tonto que predijo el sargento durante mi servicio militar.

e enseñé las tripas de mi balandro, la aburrí con las cartas de navegación que mostraban mi viaje, le expliqué los trucos del génova para virar cambiando la tensión de escota a escota y ella me tomó las manos, se reclinó sobre la cama L plegada y me susurró algo en danés que yo no supe descifrar. Dos minutos después habíamos perdido la ropa y nos retorcíamos entre bultos y bolsas.

Hacer el amor a Marie es hacer el amor con Marie. No lo concibo de otra manera.

Ella se entrega, improvisa, gira, sugiere. De no ser ella, diría que lo que hace es propio solo de esas novelas eróticas que circulan por ahí. Me sorprende, me eleva, me guía, me vacía. Dudo que exista un hombre más afortunado que yo, si de esto hablamos.

Me explicó que odiaba a su padre por haberse casado tres veces después de enviudar dos y que nunca conoció a su madre porque murió en el parto. También me contó que había tenido un hermano mayor que ella, que murió en la guerra con solo quince años. Pisó una mina de las que colocaron en las playas para evitar un desembarco. Y que despreciaba a su pueblo y a las personas que lo habitaban, porque eran estrechas de miras y cotillas y pendencieras y comedoras de pescado. Recuerdo que me reí ante aquella expresión.

Odio el pescado, me explicó. Desde niña, solo he comido pescado Relató los años de bonanza que tuvo Sønderho, sus tiempos de esplendor con más de dos mil vecinos pululando por las calles, el hermoso teatro que hubo al final de la calle principal, los pastores presbiteranos, la destilería de alcohol de liquen… Y también recordó los tiempos de decadencia, las gripes que mermaron el censo, la emigración, el hambre, la podredumbre moral…

Yo estaba absorto, claro. Transportado. Todavía sentía en mi cuerpo la pulsión del suyo; tenía en mi aliento su sabor y en mis ingles el tacto sereno de su piel. Aquella mujer, sencillamente, no era como el resto de las mujeres que yo había conocido.

Este pueblo es de ignorantes, pero yo no.

Me dijo que leía mucho, que amaba los libros y que siempre que venían barcos, preguntaba por si en ellos había gente que leyera, cosa

extraña, pero que en ocasiones se topaba con pescadores y marineros que guardaban algún volumen entre sus cosas, y ella se los compraba o se los cambiaba por anzuelos, botas de agua o gorros de recia lana. También, que la vieja profesora de Sønderho, la misma que le enseñó a leer, a escribir y muchas cosas más, se había jubilado, pero que acudía a su casa dos tardes por semana y hablaban de libros y escritores, consultaban la enciclopedia, hojeaban revistas de *National Geographic* que dejaron los ingleses en la guerra y redactaban cuentos que después se leían una a la otra.

Fue entonces que le hablé de mi aventura, de Michel Dennis y de sir Henry Amberley y del finado George Costa, de mi aventura, de Karl Ove y de las piraguas de la Frankton, del Garona, de mis clases con Marceline D'Ousseau y de cómo con ella me había desprendido del niño analfabeto, del joven ignorante, y me había convertido en alguien razonablemente instruido. Le hablé de la revista que publicábamos en Capbreton y de mis crónicas, del *National Geographic*, de mi afición por escribir reportajes…

Volvió a carcajearse, aunque su carcajada era triste. No sé qué le hizo gracia, si considerarme instruido o que ella se sintiera mi alma gemela. O tal vez lo del *gurja*.

Fuera como fuera, ambos habíamos sobrevivido a infancias de soledad, y ambos habíamos dado con una maestra que nos había sacado de la ignorancia. A ella, una maestra jubilada; a mí, Marceline.

Recuerdo que por un instante me sentí sucio. Sucio con Marie por pensar en Marceline. Sucio con Marceline por haberme acostado con Marie. Los hombres somos así. Cuando menos lo pensamos, un nubarrón atraviesa nuestras frentes y nos creemos los más gusanos del planeta y, sin embargo, somos capaces de ingeniar sofisticadas estrategias morales para justificar las más estrambóticas necedades. Tal vez Teresa tuviera razón respecto al amor.

Nos dio la noche a bordo, hablando de sus lecturas preferidas y de mis libros de cabecera, comparando la forma de escribir de uno con la forma de escribir de otro, riendo de las manías de nuestras respectivas profesoras y compadeciéndonos de ellas

por la paciencia que demostraban. Su vieja maestra era, al parecer, de mejillas tibias y arrugas como arañazos en la tierra, de hablar calmoso y de ojos encendidos; había hecho de Marie una joven culta, la más culta del pueblo, pese a que allí la cultura sirviera de tan poco. La mía, Marceline, era enérgica y estricta, severa en sus críticas y

desconcertante en sus miradas, aunque con la serenidad suficiente como para haber hecho de mí un hombre de letras.

Algún día seré periodista, le dije. Periodista de verdad. Algún día estudiaré en una universidad y me haré periodista. O aventurero, y escribiré largos reportajes sobre mis aventuras.

Me da igual, contestó ella saltando al pantalán y haciéndome un gesto para que la siguiera. Yo no lo veré. Tú te irás en tu barco y yo me quedaré en este pueblo de mierda a esperar que ocurra un milagro.

Pasé tres días más allí, tiempo en el que el frío se adhirió a mí como una segunda epidermis. Recorrí sus calles, el área del puerto y la vaguada que quedaba entre las últimas casas y el bosque, en la que encontré abandonados restos de la guerra. Había un tanque que anunciaba roña, varias empalizadas rotas y un cordal de alambre de espino delimitando una explanada. A lo lejos se veía un camión sin ruedas apoyado sobre los ejes.

Revisé mi barco, me cargué de provisiones y quise despedirme de Marie, pero no la encontré. La noche anterior habíamos estado a bordo compartiendo charla y amor, pero no vino al alba a despedirse.

No iré a decirte adiós, me amenazó.

También dijiste que no volverías a acostarte conmigo y no lo has cumplido.

Eso es distinto.

No veo por qué. Pero me da igual. Me dan ganas de mandar a la mierda el pasado y pensar solo en el presente, borrar todos los nombres, los rostros y las biografías de quienes han ocupado mi vida hasta hoy. Contigo he sentido paz estos días, Marie.

Quizá sea eso lo que me das.

¿Paz?

Sí. Quizá. Es lo que siento.

¿Y qué es paz, Gilles Nabarre?

No sabría explicártelo. Paz es estar a gusto, sin que me importe la hora, sin pensar en obligaciones, sin preocuparme por mañana, sin pensar en el futuro… Paz es que se me relajen los músculos y que la

mandíbula pierda tensión. Paz es estar con una mujer, por primera vez en mi vida, sin miedo. Y eso, Marie, es mucha paz para alguien como yo.

Maldito aquitano engreído, me espetó, no entiendes nada.

32

Querida Marceline:

Te escribo en una de mis libretas, en una de esas que tú conoces, la que me he traído al barco. Tal vez esto sea solo un borrador y termine por copiar esta carta en una hoja bonita, de las que venden para la correspondencia, y te la envíe por el servicio de Correos una vez que regrese a Francia, a Dunquerque. O puede que nunca salga de aquí y se quede, como tanto de lo que escribo, en el caos premeditado de mis notas volanderas. Sea como sea, hoy necesito escribirte.

Estoy en Dinamarca, en un pueblito pequeño, medio abandonado, vencido por el paso del tiempo y con más casas en ruinas que en pie. Tiene el aspecto de los viejos del puerto, mirar herrumbroso y gesto aciago. Lo de menos es el nombre o la razón que me ha traído hasta aquí. Jamás hubiera sospechado que iba a navegar tan al norte, pero la expedición para el National Geographic resultó un desastre porque falleció el patrocinador y yo, después de varias aventuras que ya te contaré, terminé por lanzarme a la locura de continuar mi derrota hasta este país.

Pero no te escribo para contarte la hazaña, que no la tengo por tal, ni para relatarte detalles de la navegación, sino para decirte que he conocido a una mujer maravillosa. Se llama Marie y es danesa. Sé que me entenderás si te digo que me siento como aquellos poetas que me invitabas a leer. Un poeta enamorado, aunque de poeta tenga poco y de amor conozca menos. Permite que te lo diga, aún a sabiendas de que en letra nunca es igual que de viva voz.

Tengo por ti un afecto especial. Creo que es evidente y que se me nota. Tú lo has percibido. Te estimo como a una hermana, como a una vecina cercana, como a un familiar por quien se tiene predilección. No hay trampa ni cartón; deja que te lo

manifieste. Piensa que no es fácil para el tonto de Gilles ordenar sus ideas y dejar que sea la tinta quien las exprese.

No es que quiera que esto sea una despedida. No, al contrario. Quisiera fuera una puerta abierta a nuestra confianza, ahora que me sabes prendado de una mujer, de otra mujer. Tal vez en otro momento de la Historia o en otras circunstancias, tú habrías sido esa mujer, pero el destino no ha querido que aconteciera y sí que terminara con mi

barco y mis huesos en este puerto danés, atracado frente al colmado de la familia de Marie.

Siéntete, pues, libre. Al fin y al cabo, siempre lo hemos sido. Libre de quererme o libre de maldecirme, aunque sé que no lo harás porque, aunque tú dices que yo soy buena persona, la buena persona eres tú.

Esta travesía me ha servido para reflexionar, para ordenar mis emociones y saber qué quiero o, al menos, qué no quiero. Y cuando estaba convencido de que quería una vida tranquila, sin sobresaltos, sin más gurja ni más heroicidad que la de la cotidianidad; cuando estaba seguro de que no quería enredarme con complicaciones, relaciones o incertidumbres, ha aparecido Marie para hacerme cambiar de opinión, poner mi vida patas arriba y abrirme un resquicio, una rendija, a la idea de "y por qué no".

Y por qué no enamorarme. Y por qué no quedarme aquí, en Dinamarca. Y por qué no llevármela conmigo de vuelta a Capbreton. Y por qué no seguir siendo un valiente. Y

por qué no enterrar mis complejos y afrontar la existencia con la determinación de un gurja en la batalla. ¿Y por qué no, Marceline?

Mañana iniciaré mi regreso. Tal vez le pida que se venga conmigo pero creo que lo prudente será prometerle regresar. Y sí, lo haré. Volveré hasta aquí para llevármela.

Mientras, tú serás mi cómplice y mi confidente, porque me he dado cuenta de que eres la mujer que más me conoce. Más que Teresa, empeñada siempre en hablar de ella o de la revolución o de la caída definitiva del capitalismo. Y más que nadie. Me has leído, y leerme es la forma de descifrarme.

Marceline, entregaré esta carta, si lo hago, en la primera estafeta francesa que me encuentre, con la esperanza de que llegue a Capbreton antes que el Literal. Y ojalá veas con buenos ojos mi estado de euforia y enamoramiento, porque para mí será una fuente de mucha felicidad compartir contigo este momento de mi vida.

Te estima,

tu amigo Gilles.

Carta íntegra, con tachones y correcciones,

en la LIBRETA-4.

33

a mañana que abandoné Sønderho sucedió algo que iría a condicionar mi existencia, aunque creo que todo lo que hacemos, cualquier acto, por insignificante que sea, lo hace. Había pasado la noche inquieto, nervioso por el L hecho de zarpar y ansioso por no saber muy bien qué decir a Marie a modo de despedida. Quizá para calmarme o simplemente por la necesidad de ordenar mis ideas, redacté en la libreta una carta a Marceline, aún a sabiendas de que nunca la echaría al buzón. De hecho, se quedó allí, intacta, y jamás llegó a Capbreton.

Amaneció pronto, gris, en silencio. Por fin, largué amarras y empujé la borda para que el *Literal* se separara de la tierra firme. Tenía por delante dos semanas de travesía, con las escalas más o menos planificadas y víveres del colmado para los primeros cuatro o cinco días. Todo iría a salir bien.

No sospechaba lo que iba a sucederme, que mi vuelta me llevaría meses y que en Capbreton me darían por muerto. No sospechaba que el mar, tantas veces confidente, me echaría en cara una falta de atención y se vengaría con toda su inquina. No sospechaba que Marceline D'Ousseau me lloraría, quizá porque nunca había pensado que ella me pudiera echar de menos o que alguien me pudiera extrañar hasta tal extremo. Mucho menos, que aquella mañana Marie surgiría en el cabo sur del pueblo, al otro lado del bosque, y ondearía un pañuelo para llamar mi atención.

Desde el mar la vi allí, enhiesta, y no supe qué hacer. Calculé que acercarme hasta la costa mediante una orzada pondría al *Literal* en riesgo, pues no conocía los bajíos de la ensenada, así que lo descarté. Luego pensé en poner proa hacia ella y, cuando estuviera a una distancia razonable, lanzarme al agua y nadar hasta tierra, pero también lo rechacé porque el agua estaba muy fría y perecería antes de dar una docena de brazadas.

Viré dos veces para no alejarme. Quería decirle que iba a volver. O que, al menos, lo iba a intentar. Y que solo imaginarla haciendo el amor con otros hombres me mataba. Y

que podíamos escapar de su pueblo y el mío para vivir una vida juntos. Pero no supe.

¿Qué le lleva a un ser humano a sentir que la vida que ha llevado

hasta ese instante ha de cambiar? ¿Cómo se llama esa fuerza insondable, extraña, irreverente, que nos obliga a entender el futuro de otra manera? Dar el paso. Salir de lo usual. Lanzarse al vacío. Cambiar de repente. Como cambié los muebles en la casa de mis padres. Como cuando uno decide que está harto de su ropa diaria. Como cuando se grita que no, que la cosa no puede seguir así, que hay que mudar la piel. ¿Qué es eso que nos sacude de pronto y nos despierta? ¿Quién se atreve a descifrarlo? ¿Acaso existe una razón para las razones que nos mueven a dar bruscos cambios de timón?

Desde cubierta, grité su nombre desesperado y le hice gestos con las manos. Sentía que iba a perderla, aunque sabía que no podía perder lo que no tenía. No me reconocía a mí mismo. Yo, Gilles Nabarre, enfilaba hacia tierra sin importarme el calado o lo que pudiera sucederle a mi quilla. Necesitaba despedirme de Marie y que mi despedida fuera una promesa de reencuentro.

¿Qué mágica cuerda nos tensa de golpe hasta hacernos cimbrear? ¿Dónde habita el deseo, el impulso, el miedo o la decisión irrefrenable de acometer algo? ¿Cómo podía yo, en aquel instante de mi vida, pensar que esta, mi vida, no debía de ser como había sido hasta aquel momento? ¿Cómo clasificar al instante en el que la razón se da por vencida y decide escuchar al corazón?

Ella me observaba desde la costa, mientras yo viraba el *Literal* con una maniobra tan decidida como imprudente. Ni Marceline ni nadie. Ni Teresa. Ni Charlotte. Nadie.

Marie. Sí, ella, Marie. Iba a ser ella.

Tras dudar entre acercarme a la costa, aún a riesgo de estrellar los bajos de mi barco contra el fondo rocoso, echarme a nadar en las gélidas aguas, olvidarme de todo para volverme seguro a casa, lo que hice fue… dejarme llevar por el instinto, permitir que venciera el corazón a la cabeza, moverme por el impulso arcano y sincero de mi emoción, acallando al cerebro, que me gritaba que saliera de aquella ensenada, que olvidara a la mujer enhiesta ondeando el pañuelo, y que retornara a mi vida tranquila sin mujer alguna.

Puse proa al puntal hacia Marie mediante una maniobra arriesgada y absurda, haciendo caso omiso a las más básicas normas de navegación. Avancé la milla escasa que me separaba de tierra para poder despedirme de ella. El mar se debió de compadecer de mí; o quién sabe si no fue el destino, tan caprichoso en ocasiones.

Fondeé a unos metros de las rocas y aseguré el timón. Veía a Marie como pintada en un viejo óleo. Ya no ondeaba su pañuelo, pero sonreía. Nos separaban no más de doscientos metros de negra agua.

¡Iré y te encontraré!, me gritó. ¡Si me lo pides!

El mar ensordecía nuestra conversación. El oleaje apenas permitía que nos oyéramos. Me resultaba desesperante despedirme así.

¡Te voy a echar de menos, aquitano!

¡Estos días han sido muy especiales! ¡Me gustas mucho, Marie!

Me gustas mucho, le dije. ¿Se puede ser más ruin? ¿Más pobre? No, no es que me gustara. Es que con ella, sencillamente, me había sentido en paz. Sí, esa era la causa: me había sentido en paz, como si con ella todo fuera con el viento a favor. ¿Gustarme?

Claro, me gustaba. Claro que me gustaba. Me gustó en el mismo instante en que la vi en el colmado de su padre, pero decirle me gustas mucho era tan… tan infantil, tan inmaduro…

¡¿Qué dices, Gilles?!

¡Que me gustas! ¡Que me gustas desde que te vi aparecer en la tienda!

¡Has sido una buena persona! ¡Siempre te recordaré!

¡Ven ahora! ¡No lo pienses!, respondí desde la proa, peleando por hacer que mi voz resultara convincente y clara.

¡Estás loco! ¡Eso es imposible!

¡Volveré a buscarte!

Recuerdo aquella frase mía. Volveré a buscarte. Nunca había vuelto a buscar a nadie, probablemente porque nunca nadie me había esperado a mí. ¿Qué significaba aquello? Nada. No significaba nada para mí. Era una mujer más de entre las miles que poblaban la costa hasta Capbreton. Habría millones como ella. Cientos de millones repartidas por el mundo. ¿Por qué iba yo a volver a buscarla? ¿Es que me estaba volviendo loco?

Volveré a buscarte, repetí.

¡Capbreton!, gritó ella desde la orilla. ¡Iré y te encontraré!

Luego desapareció. Giró sobre sus talones y se perdió en la línea de costa, hacia el bosque que separa Sønderho con el puntal. Yo me quedé tieso como el mástil, dudando entre echarme al agua y nadar hasta la costa para perseguirla, besarla, abrazarla y decirle que la quería, que no entendía qué era querer pero que la quería, que nunca había querido antes a nadie pero que la quería, que volviera conmigo al barco y navegáramos hasta Capbreton y allí empezáramos una nueva vida; dudando entre eso o poner rumbo al sur y desaparecer por siempre en el mar, olvidarme de Sønderho, de Marie, de querer y ser querido.

Pasados unos minutos, levé ancla, aproé el *Literal*, icé la mayor, cacé escotas y puse rumbo a casa. No llevaba una hora cuando un golpe me sacudió el pecho. ¡No! ¿A casa?

¿Qué casa? ¿La casa de mis padres, llena de fantasmas y ausencias? ¿Qué casa hay mejor que donde uno late? ¡Debía regresar! ¡Debía amarrar mi barco en el puerto de Sønderho, caminar con paso decidido hacia el colmado y pedir a Marie que se viniera conmigo! Mi casa estaba donde estuviera con ella.

Me preparé para la maniobra. En pie, con la caña del timón en mi mano derecha y las escotas en la izquierda, me dispuse a virar en redondo. Para ello, debía forzar el rumbo, realizar una trasluchada, lograr que el *Literal* se escorara hasta casi volcar, permitir que la botavara surcara como un látigo sobre mi cabeza y, en el mismo instante, largar la escota de babor para cazar la de estribor, de modo que el génova se hinchara como el pecho de un pavo real.

¿A casa? ¿Volver a casa? ¿Y qué mejor casa que el *Literal*?

Saltaría al pantalán, entraría en el colmado y ni siquiera pediría permiso a su padre.

Marie me había abierto las puertas a un sentimiento inédito. Nada ni nadie detendría mi determinación.

Cuando la botavara me golpeó en la cabeza, comprendí tres cosas: La primera, que había errado el cálculo en la maniobra. No se puede manejar un barco si se tiene la mente puesta en una mujer. Es como montar en bicicleta intentando leer un libro, o como volar una cometa en el filo de un tejado. Y eso me sucedió. Había errado, había fallado. Me había confiado en manos de la costumbre sin manejar el balandro conscientemente. Fue un acto de principiante.

La segunda, que la botavara es un proyectil que, en la trasluchada –

esto es, en el instante en el que la vela mayor pasa de un lado a otro del barco–, se mueve rápida y poderosa, arrasando cuanto tiene por medio. En aquella ocasión, mi cabeza. Mientras mi cerebro repasaba qué haría con Marie, cómo la tomaría de la mano y la invitaría a venirse conmigo, mi cráneo recibía el impacto inmisericorde de mi propio *Literal* y me arrojaba al mar.

La tercera, que no sé si me aterrorizaba más morir desangrado, morir de frío o morir ahogado.

PARTE SEGUNDA

LA FRONTERA INVISIBLE

0

Si alguna vez olvido de dónde vengo, recuérdamelo. Si olvido mis señas, mis gestos, mi nombre, mi voz; si olvido decir que te quiero. Si se desvanecen los brillos del mar bajo el aguacero, si se borran los gritos de los niños en el puerto, arrojando piedras al agua; si he borrado la razón de mi existencia, las letras que compongo, los números que nos llevan, el roce de tu cuerpo, recuérdamelo. Si no sé qué es la música o la confortabilidad efímera de la silla donde escribo. Si no entiendo las señales, si no apago el fuego, si se doblan mis rodillas, si se me frunce el ceño; si no hay presencias ni cuelgo cuadros, si los versos son amargos o no comprendo lo que dices, sacude el alma, golpea mi pecho, mírame de frente y sonríe. Porque solo tu sonrisa puede redimirme y solo ella puede reconciliarme con la patria que no he tenido, tal vez porque mi patria no es ni siquiera el mar sino los brazos que me albergan.

Texto íntegro con el que arranca la LIBRETA-6.

1

l agua empezó a congelar mi cuerpo antes siquiera de ser consciente de que el impacto de la botavara me había abierto la cabeza. La sangre se empezaba a diluir en el mar sin apenas dejar rastro, aunque a mí me quemaba el cráneo. Frío y calor.

E El frío de un océano hostil y el calor de la herida. Contrastes absurdos, la surrealista esencia del estar vivo. Incluso en aquella costa danesa, frente a Sønderho, por muy hermosos que fueran sus acantilados y muy subyugado por Marie que yo estuviera, la muerte podía vencer el pulso.

Creo que luché por nadar, pese a mi ropa empapada y la paulatina atrofia de mis articulaciones. Me di cuenta de que moría.

Mientras, el *Literal* se desvencijaba, alejándose de mí.

Pero no morí. Un barco de pescadores que, al ver mi maniobra, viró para socorrerme poniendo su embarcación a toda máquina, llegó hasta mí. Debieron de sacarme del agua con bicheros, o tal vez alguno de ellos se descolgara por la borda para agarrarme.

No lo recuerdo. Como no recuerdo el momento en el que me desnudaron en su cubierta para desprenderme de la ropa mojada y me taparon con mantas secas cerca de la salida de humos, al calor de la maquinaria. Ni sus gritos. Ni cómo me masajearon los pies y las manos. Ni cómo uno de ellos insufló su aliento por mi espalda, ni cómo me dieron agua casi hirviendo para que mis órganos internos recobraran la temperatura. O sí, o sí lo recuerdo. Como recuerdo un patrón hosco y enorme que golpeaba mi pecho con su mano hasta hacerme enrojecer, logrando así que la sangre recuperara su ritmo cardíaco.

Como el sabor a sal en mi faringe. Como el renquear del pesquero hediondo de combustible. Como el *Literal* desapareciendo de mi visión.

Tragué tanto mar que estuve vomitando durante dos días. Los pescadores me llevaron hasta tierra firme, a una aldea que dista un par de kilómetros de Sønderho llamada Kukkedal, formada por apenas un puñado de cabañas de madera habitadas por una docena de familias de pescadores. No había asfalto, ni luz eléctrica, y la

humedad parecía impregnarlo todo como si, en lugar de estar en Dinamarca, estuviéramos en la tundra. El barro ascendía desde el suelo hasta las ventanas de las fachadas y, cuando me bajaron del barco y me montaron en un carro hasta una de las primeras casuchas, abrí los ojos fugazmente y pensé que estaba muerto y que aquello era por alguna equivocación de la providencia el infierno de los vikingos.

A las horas desperté, envuelto en gruesas mantas acartonadas, junto a una lumbre que crepitaba a escasos centímetros de mí. Calculé que, si no moría de frío, moriría quemado. En cualquier caso, había perdido las fuerzas y una sonrisa estúpida dibujó mi rostro antes de volver a desvanecerme. No fui consciente del dolor de mi cabeza hasta que me levantaron del lecho, me despojaron de las mantas y me subieron a una camioneta. Supongo que la llamarían para trasladarme a Nordby, al norte, y, desde allí, a Esberj, a un hospital.

El establecimiento hedía a éter tan profundo y tan agudo que, más que éter, parecía alcohol puro, como el del alambique en el almacén de la taberna de Capbreton. Quise incorporarme y me sacudió un dolor profundo cruzándome la parte derecha de la cabeza; eché mano a ella y comprobé gasas y una abultada venda.

Todavía no sabía que me habían amputado el dedo meñique de un pie.

Debe comer algo y descansar, me susurró una monja-enfermera o enfermera-monja.

Me volví a dormir.

Más tarde me descubrí tragando sin entusiasmo las sopas que me metían por la boca con una cuchara enorme con sabor a cobre. Recuerdo que pensaba que lo del sabor a cobre era para disimular el amargo regusto a hierba que tenían aquellos caldos, aunque jamás dije nada hasta que, por fin, apareció un médico alto, delgado, amable y de tez aceitunada que se dirigió a mí sin demasiadas contemplaciones.

Tiene una fuerte conmoción en la cabeza. Hemos tenido que rasurarle y coserle; tiene más de veinte puntos. De las consecuencias nos hablará el tiempo; veremos si le ha dejado secuelas. ¿Sabe su nombre y su procedencia?

¡Claro que la sabía!, pensé. Contesté que sí. Noté entonces que me costaba articular palabra, y me explicó que, además del golpe, la garganta la tenía irritada por las gomas que me habían metido para extraerme el mar del estómago.

Hablaba francés torpemente. Me dijo que había colaborado con la Resistencia durante la guerra y que su mujer, una normanda con mucho carácter, le había obligado a chapurrear mi lengua y que por eso me lo habían asignado como médico. Todos en el hospital, al parecer, sabían que yo era el náufrago aquitano.

Deberá permanecer con nosotros un par de semanas más, si no hay complicaciones, me dijo. Luego observó mis pupilas, me tomó el pulso y ordenó que me midieran la temperatura para descartar infecciones.

Pero las había. Había infecciones. Algo no funcionaba. Algo en mi cuerpo se había desajustado. Me obligaron a ingerir medicinas apestosas y, cuando pregunté la razón del dolor que sentía en el pie y la causa de que estuviera vendado, la monja llamó al cirujano y el cirujano me contó lo del meñique.

No le evitará caminar, pero, tal vez, necesite usar bastón.

Antes siquiera de que pudiera venirme abajo, resolvió la noticia diciendo que lo mío había sido un milagro, que si aquellos pescadores no llegan a sacarme del agua, habría muerto ahogado o de frío, que tuve una suerte inmensa al sobrevivir al golpe de mi propia botavara y que la amputación de una falange congelada era el mínimo de los impuestos que aquel mar solía cobrar a quienes naufragaban.

La sala en la que me tenían, la de hombres, era una habitación alargada con suelos de madera, paredes de cemento blanco y ventanas sobre cada cabecero de las cuarenta camas por fila que flanqueaban el pasillo central. A veces aislaban un enfermo con biombos de tela, para que no se viera su sufrimiento o su muerte, pero nos oíamos todos cuando alguien se lamentaba, llamaba al médico o maldecía su mala fortuna.

En un catre contiguo tenía a un hombre con ambos brazos enyesados, sujetos por poleas a un artilugio mecánico. Solía venir cada tarde una jovencita que entendí que era su hija, quien lo lavaba, le atusaba la almohada y le leía cartas. Yo me limitaba a sonreírla amable cuando nos cruzábamos las miradas; parecía una chica triste, lo cual me producía mucha pena.

En el otro lado, un anciano tosía y soltaba esputos como si una mina de carbón le horadara los pulmones. A veces eran tan escandalosos sus ataques que se veía obligado a asomar medio cuerpo por la borda de su colchón, como si fuera un marino vigilando los bajíos, y terminaba devolviendo mucosidades entre fuertes estertores. Yo solía ayudarle,

sin entender su danés, y en su gesto, más allá de unos ojitos pequeños y grises de gran ternura, adivinaba agradecimiento, como si yo fuera la única persona en el mundo capaz de sujetarle la cabeza mientras expulsaba flemas por la boca.

Pensaba en el *Literal* y me daba cuenta de que lo había perdido. Perder mi barco era como perder, no un meñique, sino una pierna entera.

Me llevaron en silla de ruedas al despacho del director del hospital, una estancia con camilla, vitrina de medicamentos, banqueta giratoria y biombo para desvestirse, así como con sofás de color granate, escritorio, alfombra y lámpara de tulipa verde. Me acompañaba mi médico, quien empujaba mi silla. Dentro nos aguardaban tres caballeros de traje, dos con bata y una suerte de secretaria-enfermera que no parecía monja. Me tendieron las manos, parecían afables.

Tras ofrecerme una copa de brandy que decliné, me explicaron que había evolucionado muy bien, que el doctor no parecía percibir secuelas mentales fruto del fuerte golpe que había recibido, que el cabello me seguiría creciendo y que la amputación del dedo del pie no habría de ocasionarme gravosas secuelas, toda vez que me acostumbrara al bastón. Luego alabaron las manos de mi cirujano, los cuidados de las asistentas y la paciencia que yo mismo había tenido. Dos de ellos fumaban gruesos puros. Otro, en pie junto a una estantería repleta de volúmenes que entendí que eran de medicina, permanecía con la cara junto a un zorro disecado que la presidía. Mi médico permanecía a mi lado, aunque en pie.

El que parecía de mayor rango allí se expresó con acento grave: Como podrá deducir, los gastos derivados de su permanencia en nuestro hospital se elevan a unos cuantos cientos de coronas que, debido a la devaluación de la moneda francesa, pueden rondar los dos mil francos.

¡Me estaban cobrando! Aquellos fantoches de relucientes zapatos y afilados rostros afeitados me estaban cobrando el hospital. Primero desglosaron la parte sanitaria; luego, la asistencial. Incluso hablaron de las sábanas y los medicamentos, de las vendas y hasta de la comida que me habían ido dando.

Entendemos que pueda ser un trastorno para usted liquidar la cuenta, de ahí que hayamos pensado negociar con usted una salida.

Habló entonces el tipo de la estantería con el zorro disecado. Carraspeó, se estiró la corbata y se dirigió directamente a mí. Glosó

las grandezas de Francia, mencionó cómo Dinamarca, al igual que mi país, había estado sometida al yugo nazi, lección de historia que yo conocía de sobra. Habló del gobierno títere que Hitler puso en Copenhague, y del final, cuando el ejército británico logró la rendición de las unidades de la Wehrmacht estacionadas en suelo danés, sin apenas pegar un tiro.

Nos une la lucha por la libertad, continuó. La Historia recordará a nuestros países en noble comandita.

Después desgranó la dura posguerra, la crisis, la penuria, la pobreza, el hambre...

También la fortaleza del espíritu galo y de cómo el gobierno de París estaba sirviendo de ejemplo para la mediocre clase política de Dinamarca.

Hacen falta hombres como los de Francia, querido amigo, me dijo colocándome la mano en el hombro.

A renglón seguido, hizo que le acercaran una carpeta y de ella extrajo un par de papeles con aspecto de contrato. Me explicó que aquello saldaría mi deuda con el servicio sanitario danés. Él mismo estaba dispuesto a correr con los gastos de mi hospitalización a cambio, simplemente, de que le transfiriera la propiedad del *Literal*.

Con esta documentación quedará todo zanjado. Basta con que usted firme.

¿Mi *Literal* estaba vivo? ¿No se había estrellado contra las rocas cuando yo salí despedido por la borda? ¿No lo había perdido? ¿Dónde se encontraba? ¿Qué había sido de él?

Tan sencillo como firmar..., repitió.

Es un buen acuerdo, pronunció el director. El señor Luwens es muy generoso en su propuesta. Un desvencijado barco a cambio de saldar los costes de su recuperación.

Porque..., intervino otro, intuimos que no dispone de seguro alguno.

No. No disponía de seguro ni de dinero allí, pero tampoco tenía intención alguna de ceder mi *Literal*. Debía saber dónde estaba, cómo se encontraba. Tomé los documentos: varios párrafos en danés, con extrañas letras y diéresis en cada palabra, terminaban en un cuadro con mi nombre mecanografiado junto a una línea sobre la que debía

rubricar mi claudicación.

¿Dónde se halla amarrado? Necesitaba verlo antes de materializar el traspaso.

Los hombres se miraron y callaron, bajando la vista al suelo.

No creo que sea necesario, sentenció el tal señor Luwens.

Además, Sønderho está demasiado lejos como para que vaya usted solo para ver un barco en ruina. Lo tenemos todo preparado. Le acompañaremos a Copenhague, donde un avión le llevará a París. El señor Luwens lo ha dispuesto todo.

No comprendía. ¿Iban a pagar mi hospital, mi viaje a la capital y mi vuelo a París a cambio de un balandro en ruina? Algo no me cuadraba. Sobre todo, cuando noté en los asistentes que al pronunciar el nombre de Sønderho se sentían incómodos. Acababan de desvelar el lugar en el que estaba mi *Literal*.

En la vida he sido valiente solo en los momentos en los que la valentía ha sido más importante que la cabeza. Supongo que por eso soy un buen piloto. No se puede manejar el timón sin tener la mente despejada, igual que no se puede dejar en manos de la audacia la toma de decisiones.

Escaparme del hospital aquella noche no sé si fue un acto de valentía o un acto cerebral y reposado. Había perdido mis ropas, todas mis pertenencias así como cualquier cosa que me identificara, así que descalzo y en pijama, con la sola compañía de un bastón, abandoné mi cama. Mi compañero de al lado, el anciano de los esputos, me descubrió, nuestras miradas coincidieron en el vacío pero no dijo nada.

Simplemente movió con torpeza su mano apremiándome a huir, como si supiera cuáles eran mis planes. En su gesto vi agradecimiento, una brizna de ternura, y por un instante

me sentí a gusto conmigo mismo por haberle ayudado a vomitar mocos en tantas ocasiones.

Ser buena persona tiene sus recompensas porque una mirada con ternura es ya una recompensa formidable.

Avancé por el pasillo central de la sala hasta alcanzar la salida que daba acceso a los baños y los quirófanos. Recorrí el corredor con

sigilo. Al fondo, la salita de las enfermeras olía a café, cerrada a cal y canto pero con un cristal esmerilado en la puerta a través del que se intuían las siluetas de las que estaban de guardia.

Decidí no tomar el ascensor por no provocar ruido, sino las escaleras, aunque fueron tales los crujidos de las maderas que pensé que terminaría por alertar a alguien, y llegué al vestíbulo principal, un erial de baldosas y ventanillas cerradas, con oscuros bancos y una enorme fotografía de una mujer con el dedo índice delante de los labios.

La puerta estaba cerrada. Oí pasos. Probablemente era el guardia que custodiaba el botiquín. Corrí a esconderme tras el mostrador de recepción, todo lo rápido que mi bastón me permitía, cojeando.

No, no era el guardia. Era mi médico.

Salga de ahí, me dijo en un susurro. Y acompáñeme.

Me pidió que le siguiera hasta su consulta, a la que entramos sin encender la luz. De un armario extrajo unos pantalones y un grueso jersey que yo me puse sobre el pijama.

Luego se quitó sus propios botines y me los alcanzó.

Yo ya me las apañaré, dijo, dándome la mano. Tenga.

Me daba cien coronas y me advertía que el guarda tardaría quince minutos en hacer la ronda, que podía bajar por la escalera de cocinas y escabullirme por la carbonera, único agujero posible para entrar o salir del hospital durante la noche.

Y tenga cuidado. Mucha suerte, aquitano. Si mi mujer se entera de que no le he ayudado en su huida, se enfadará. Aunque sea de Normandía, entiende a los de Aquitania como hermanos de sangre. No hay nada peor que una normanda enfadada, sonrió.

¿Por qué me ayuda?

Todos tenemos sueños. Ojalá usted cumpla los suyos.

Si se enteran, se le caerá el pelo.

Temo más a mi mujer que a esa cuadrilla de burócratas chupatintas. Son unos sátrapas usureros. Usted, sin embargo, es una buena persona, Gilles. He visto cómo ayudaba al señor Moningen con sus flemas. Se

merece recuperar su barco y desaparecer de aquí. Eso sí, dé recuerdos a Normandía cuando navegue frente a sus costas.

Corrí. Corrí todo cuanto pude a pesar de mi pie inflamado, con el muñón del meñique rozando el calzado, ayudándome del bastón y trastabillando cada pocos pasos.

Avancé por varias calles hasta llegar a una plaza enorme en la que unos soportales me dieron cobijo. Descansé acuclillado en un rincón hasta que recobré el aliento y me dirigí al puerto. Por alguna razón, pensé que sería allí, en el puerto, donde encontraría las respuestas que buscaba. Necesitaba un transporte para llegar hasta Sønderho, recuperar mi *Literal*, encontrar a Marie y preguntarle si estaba dispuesta a escapar conmigo.

Una hilera de naves a vela se enfrentaba a las proas de otros tantos barcos a motor, a ambos lados de un pantalán de madera largo y estrecho. A la izquierda, un dique protegía cuatro barcos pesqueros de gran calado. Me extrañó que no estuvieran faenando, y tomé conciencia de que era domingo.

Había también varias barquichuelas de recreo, alguna balsa, dos botes militares, seguramente usados con fines civiles, un balandro y tres vaporetos de antes de la guerra… No se veía ni un alma, salvo un perro famélico que husmeaba entre las redes y que se marchó en cuanto me vio.

¿Qué hacer? ¿Qué decisión tomar?

Robar una embarcación era tan ridículo como arriesgado. No podía echarme a la mar de noche, sin provisiones ni ropa adecuada. Además, que me sorprendieran en un delito no habría hecho sino estropear la situación. Una vez más tuve que dejar que fuera la cabeza quien se decidiera.

Vi un pesquero con el motor renqueando. Aún faltaban varias horas para que amaneciera, pero era evidente que se disponía a zarpar. El sonido de sus tripas y la actividad a bordo, organizando redes y aparejos, resultaba evidente. Me dirigí hasta él y saludé a un hombre que, asomado por la borda, escupía a las negras aguas del puerto.

Era el patrón. Tenía un gorro de lana calzado hasta las orejas, una barba pelirroja, larga

como un plumero, y una gabardina de faena, amarilla y sucia. Se percató y me devolvió el saludo. Intenté comunicarme con él.

Resultaba complicado.

Imagino que debió de pensar que era un prófugo de la justicia o un putero escapando de su mujer. Le enseñé el dinero y le indiqué con gestos que quería subir a bordo. Y, de repente, movió la cabeza, me invitó a embarcar, tomó los billetes para contarlos de uno en uno y me llevó al puente, donde extendió ante mí una carta de navegación. Con gesto tembloroso (estoy seguro de que tenía fiebre), señalé Sønderho.

El capitán se carcajeó con una boca desdentada y franca y me empujó a una silla en la que permanecí todo el viaje, muerto de frío, de miedo, incertidumbre y ansiedad.

Cuando divisamos tierra, me señaló un puerto y atracamos al poco. Por lo que pude entender, lo hicieron solo para desembarcarme. Se despidieron de mí con gestos amables y volvieron a la mar. Yo, por mi parte, recorrí renqueando los veinte kilómetros que me separaban de Sønderho, fatigosamente, cojo, con fuertes dolores en el meñique inexistente y una quemazón en la frente que presagiaba un desvanecimiento en cualquier instante.

En ocasiones, sacamos fuerzas de flaqueza, valor del miedo, energía de la penuria, ideas de la oscuridad. En ocasiones, la existencia se abre paso a trompicones, como quien abre una brecha en la multitud usando los codos para avanzar.

2

Marie es un espejismo. Tal vez nunca haya existido. Como las sirenas de Ulises, así ella.

Como el rey de Ítaca, así yo. Y sin leer la Odisea, por más que Marceline me recomendara que echara un vistazo a los clásicos, especialmente si había mar de por medio, supe que la botavara de mi Literal fue la metáfora de lo que la vida me tenía reservado.

Hoy escribo en este barco, en un trozo de papel que he encontrado.

Trozo de papel grapado en la última página de la LIBRETA-5. Como llamativo, señalar que el carboncillo de las letras se ha ido diluyendo, por lo que el propio Gilles, quizá años después, lo transcribió en la LIBRETA-11, junto al certificado de matrimonio.

3

uando llegué, dudé entre dirigirme primero al puerto para comprobar si era verdad que allí estaba el *Literal*, o al colmado, a decir a Marie que solo hay una vida y no es tan larga como para desperdiciarla en esperas.

C

Opté por lo segundo. Abrí la puerta y su padre se encogió en un gesto de temor y desconcierto. Luego supe que se había corrido la voz de mi naufragio y, aunque los pescadores de Kukkedal aseguraban que me habían llevado al hospital de Esberj, nadie los había creído. Con el tiempo, pregunté a Marie por qué no acudió a buscarme, a asegurarse de si esos rumores eran ciertos o falsos, pero no obtuve respuesta; supongo que no estamos siempre marcados por lo deseable sino por lo posible.

Ella apareció en mitad del establecimiento y, al verme, avanzó decidida hacia mí, aunque en el último instante se detuvo y no supo qué decir. Ella, que hablaba y hablaba y hablaba, no supo qué decir. Paradoja. Nuestra historia es una historia de paradojas.

Paradoja el gesto de su familia, cuando dijo que abandonaba el pueblo y se embarcaba conmigo. Paradoja las lágrimas de sus vecinas, que confirmaban con el llanto que, en efecto, estaba loca o se había enamorado. Paradoja el silencio de nuestras noches de travesía, ella leyendo bajo la linterna y yo mirando la negrura del mar. Y paradoja el entusiasmo que acompañó nuestro viaje de vuelta, toda vez que reparé los aparejos del *Literal*.

Jamás hablaremos del futuro, me decía cuando perdíamos de vista Sønderho y poníamos proa al sur. Jamás. Es mejor el silencio que la pena.

Ella actuaba así, tajante, segura y decidida.

Su padre no nos bendijo ni se mostró amable, pero tampoco puso pegas. No perdía a una hija, lo que perdía era una boca que alimentar en casa. Además, en el fondo de su alma, sentía que un francés era más que un danés, sobre todo si, como yo, tenía un precioso balandro. Era un pensamiento ridículo, pero el complejo de Dinamarca frente a Francia le hacía opinar así. Recuerdo que, en la despedida, solamente

me hizo prometer que nunca llevaría de vuelta a su hija al pueblo porque eso significaría que la muchacha era repudiada.

Una vez que dejamos Sylt atrás, nos metimos en las locas corrientes del cabo de San Peter-Ording, donde nos llovió durante dos días y nos vimos obligados a atracar cerca de Vollerwiek, al resguardo de los diques de un puerto abandonado, seguramente construido cuando la guerra.

Eché amarras, aseguré bien el *Literal* y aproveché para revisarlo. Era mentira que estuviera en ruina y que hubiera terminado desvencijado; en el hospital habían querido estafarme, sin duda alertados por la estupenda factura de mi barco, pensando que podían arrebatármelo mediante una porquería de transacción. Me preguntaba cómo no habían dado conmigo o por qué nadie acudió corriendo a arrebatarme lo que era mío, pero ni obtuve respuestas entonces ni creo que nunca las obtenga. A veces pienso en el viejo de los esputos, y lo imagino sonriendo para sus adentros cuando las enfermeras dieron la voz de alarma y avisaron a la dirección del hospital que me había escapado.

También imagino al cirujano, contando orgulloso a su mujer, cómo había ayudado a un aquitano, casi como si aquel gesto suyo en la recepción fuera una labor de la Resistencia danesa en plena guerra con el nazi.

De pronto, recordé el tema del dinero. Me escabullí hasta proa, por dentro, alcancé la caja de la cadena del ancla, escurrí la mano por detrás y allí, metido dentro de una bolsa, encontré el talón que había recibido en Dunquerque. Por sugerencia del Mayor Hasler, finalmente no lo había cobrado. Es más seguro que lo cobres a tu regreso, me dijo, cuando puedas ingresar el dinero en tu banco de confianza; no sería seguro que anduvieras ahora con tanto billete encima: el mar está lleno de gente impía. Lo revisé y estaba intacto. ¡Bien! Algo menos de lo que preocuparme. En cuanto llegara a Capbretón, pensé, lo haría efectivo.

El *Literal* tenía el génova rasgado, pero lo había podido parchear en Sønderho antes de partir. También había perdido algún cabo, que reemplacé sin complicación, y hube de engrasar cabrestantes y timón, pero nada que no pudiera repararse con sencillez. Al parecer, fueron los mismos pescadores que me rescataron quienes lo remolcaron hasta puerto, convencidos de que allí me esperaría. Algún día volveré a Kikkedal y agradeceré a aquellos hombres lo que hicieron por mí. Curiosos estos daneses.

Después de dos días de aguacero levamos ancla y bajamos hasta la desembocadura del Elba. Navegamos por una derrota segura y apacible entre Norden y la isla de Juist, viramos para ver el río Ems, donde nos detuvimos otros dos días más y nos reabastecimos, y continuamos ininterrumpidamente hasta el estrecho de Wattenmeer, donde decidí abandonar la navegación costera para evitar meternos en la bahía de IJselmeer.

Yo no contaba con mis cartas de navegación, que, al parecer, habían sido robadas como mis pertenencias, mis aparejos, las herramientas y hasta los útiles de cocina. Sin embargo, me resultaba sencillo navegar costeando hasta tocar la punta de Folkestone, en Gran Bretaña, donde pude, por fin, comprar nuevas cartas y un compás.

Marie me miraba continuamente, sonreía, se sentaba a mi lado… A veces desaparecía abajo. No sé si dormía, o pensaba, o lloraba, o se arrepentía. Imagino que no, que no se arrepentía. Imagino que descansaba. O que se preguntaba cómo sería la vida con un hombre como yo.

Cada noche hacíamos el amor. Y, a veces, cada mañana, y cada tarde, y cada mediodía. Permitía que fuera ella quien me diera una señal, un aviso de que estaba dispuesta. Ven, ordenaba. Y yo obedecía. Entonces arriaba velas, echaba el ancla si estábamos cerca de costa, y nos amábamos en todos y cada uno de los rincones del barco. De forma fogosa y apasionada, como si la prisa fuera consejera y la impaciencia nos marcara el pulso; o tan lenta y profundamente que yo creía morir de placer.

De Folkestone cruzamos a Berck, donde nos detuvimos por tres días debido a mis fiebres. La herida de la cabeza se había curado perfectamente, no así el muñón del meñique. Sin duda, se había infectado. Marie consiguió que me viera un médico de la zona, a pesar de que no teníamos dinero para pagarle, y saldamos nuestra deuda con el jersey que me había regalado el médico danés. Era el cincuenta y tres, pero en aquella comarca parecía que la guerra había terminado hacía dos días. Todavía perduraban restos abandonados; vimos un tanque carbonizado a la entrada del pueblo, trincheras con alambradas y un nido de ametralladoras del que daba la impresión que iba a salir un soldado armado en cualquier momento, pese a lo cual, las gentes sonreían con rostros afables y miradas limpias. La Historia toma rostro en lugares así.

Algún día te contaré mi aventura en el Garona, siguiendo los pasos de un escuadrón de saboteadores que dinamitaron submarinos italianos

en Burdeos.

Marie sonrió. Su sonrisa todo lo podía. Luego dormí durante más de dieciséis horas, sucumbiendo a los antibióticos que me habían administrado.

Cuando desperté, me miró y pronunció un “en marcha” que no admitió réplica.

Creo que fue la primera vez que tomaba conciencia de que me había enamorado de una mujer que era mi complemento (y no hablo solo de lo sexual). La determinación que en ocasiones me faltaba a mí, por muy *gurja* que me llamaran, le sobraba a ella. La autoridad de la que yo carecía, ella rebosaba. Y al igual que era capaz de estar horas hablando con aquel acento suyo tan danés, era también capaz de caer en el mutismo y romperlo con una palabra que sonaba a lapidaria, cosa que yo, pobre chaval de Capbreton, admiraba y envidiaba, acostumbrado a enredarme en frases sin demasiado sentido o a liarme conmigo mismo en mis argumentos.

En marcha, respondí. Y me besó en la frente, no sé si por complacerme o por comprobar que ya no tenía fiebre.

Por fin llegamos a la costa bretona, bordeamos Brest y puse proa a casa. Nuestro viaje terminaba, aunque, más bien, comenzaba el mío: el viaje de vivir con Marie.

4

a cocina tintineaba al ritmo de la llama en el fogón. Fuera había anochecido. Olía a sopa de pescado y a habas. Los años se sucedían uno tras otro, impenitentes, en el calendario. Colgaban de la viga dos piezas de bacalao puestas a secar y una ristra L de pimientos rojos, una trenza de cebollas, dos bolsas de tela con cecina y queso, un ramillete de laurel seco. Sobre la puerta, Marie colocó un Sagrado Corazón tallado en madera de pino, sin pintar ni barnizar, que mostraba los nudos del tronco y aprovechaba sus dobleces para dar forma a la túnica. Decía que nos traería suerte. Lo compró en el mercado de Bidart, un domingo de abril. A mí me horrorizaba, pero era una concesión en aquella casa que era entonces nuestro hogar.

Las habas estaban como a mí me gustan, tiesas y gelatinosas. Las tomé del plato con la cuchara y sonreí al comprobar que Marie me observaba. Cerré los ojos un instante; era mi manera de decirle que me complacía la cena pero que, sobre todo, me complacía que mi cena fuera junto a ella. Hendaia era un hatillo de sombras bajo el aguacero, al otro lado de los cristales.

Cuando terminamos, recogió la loza para apilarla en el fregadero de piedra. Algún día, pensé, volveremos al Casino y tomaremos vino frío y ternera. Algún día saldré de los periódicos de la región, seré un reportero famoso, mis artículos se leerán por toda Francia y me harán reportajes para las gacetas de la Costa Azul como el aventurero que esgrime con igual decisión un timón y una pluma. Algún día se terminarán los cortes de luz y daremos por superada la posguerra. Algún día me levantaré de esta mesa mientras ella, con las manos chorreantes como ahora, seca cada plato con la parsimonia de un relojero y entonces, agarrándola por la cintura, colocaré mis labios en su nuca y le pediré que se case conmigo. Algún día…

Hoy no es el día, me dije.

Volví a mi máquina. Revisé mis páginas. Marie me acercó un vaso de café. Sabía que, por las mañanas, mientras escribía, el café me gustaba en taza, para seguir mi ritual de asirlo frente a mi boca antes de beberlo, pero por la noche, cuando leía alguna novela

o repasaba lo que había redactado, prefería el vaso, siempre el vaso, el vaso de *duralex*, para sujetarlo con ambas manos como quien ofrece el cáliz ante su ídolo.

Ella se sentó a mi lado y hojeó una revista. De soslayo, eché un vistazo a la portada y me pregunté cómo Francia podía estar dividida entre las cicatrices de la guerra y el olvido total de la misma. Habían pasado doce largos años desde Normandía, desde la Liberación, desde el Armisticio. Más. Más de doce años. Y, sin embargo, mientras la prensa del corazón nos hablaba de Niza y de los ricachones del Mediterráneo, en Aquitania aún había cortes de energía; mientras en París se estrenaban películas divertidas a las que acudían los parisinos en tropel riendo a carcajadas, esas mismas gentes buscaban a sus muertos en las macabras listas de desaparecidos. Mientras Renault olvidaba su coqueteo colaboracionista con los nazis, los franceses comprábamos sus coches e hinchábamos el pecho patrio, orgullosos del Dauphine de ochocientos cuarenta y cinco centímetros cúbicos.

Voy a acostarme, me susurró.

La penumbra de la cocina dejó la máquina de escribir bajo una nube de oscuridad.

Apilé las páginas, las cubrí con una tela, apagué la lumbre y observé desde la ventana el mar: no vi sino un charol siniestro. Escribir en la cocina era confortable, era cálido, amable; la cocina era la habitación desde cuya ventana mejor se veía el mar incluso en las noches sin luna como aquella, porque para ver el mar bastaba con saber que seguía ahí.

Me acuesto contigo, le dije al colarme entre las sábanas.

Hendaia, en aquellos años cincuenta, era un hervidero de personas de uno y otro lado de la frontera, como si esta fuera solo una línea de lapicero en el mapa. La permisibilidad, el relajo de las autoridades, especialmente de la Gendarmería, las continuas idas y venidas de lugareños y el peso de una historia común que había discurrido a ambos lados del río Bidasoa hacían que aquella población, la última de Francia, viera a Fuenterrabía como su hermana y no como el primer pueblo de un país ajeno.

En el Casino se daban cita ricos de nueva hornada, haciendo negocios en el filo de la legalidad; políticos de Guipúzcoa y hasta de Vizcaya que llegaban olvidando su afección al régimen de Franco y se mezclaban con nacionalistas exiliados; hombres casados con amantes; pintores libertarios que huían de la represión de la dictadura como si con solo cruzar la bahía su talento se disparara; músicos y periodistas a la caza de noticias. En la playa, niños franceses jugaban al fútbol con vascos huidos; jovencitas

con posibles de San Sebastián lucían los trajes de baño que en La Concha habrían sido motivo de multa, y señoras bajo sombrilla simulaban estar en Biarritz o en Montecarlo.

En la plaza, una mixtura de lenguas lograba el entendimiento, haciendo de la diferencia un escollo que superar y no un muro infranqueable.

Por la noche, todo se sumía en la calma, se apagaban los sonidos del Boulevard Général de Gaulle, se acallaban los estertores del puerto y hasta la estación de ferrocarril entraba en un letargo apenas interrumpido por el mercancías de media noche, que llegaba desde París. Solo el mar escuchaba, y me preguntaba si hicimos bien en venirnos desde Capbreton a Hendaia, aunque siempre, cuando mi pecho se acoplaba a la espalda de Marie, me respondía que sí.

Sonó el despertador, un viejo artefacto de cuerda que inundaba la habitación con su lamento. Marie rezongó a mi lado, abrió los ojos, sonrió. Yo estiré el brazo y paré aquel sonido que, aunque habitual, no dejaba de sorprenderme y alterarme. La besé y me levanté. Los baldosines estaban fríos bajo mis pies, por lo que correteé de puntillas hasta el aseo. Me lavé las manos, la cara, las orejas. Ella preparaba el desayuno. Algún día nos mudaremos a una casa más grande; al menos, tan grande como la mía de Capbreton, susurré mientras me secaba.

Me vestí frente al espejo del armario. La cama olía a ella, a toda ella. Cuando hacíamos el amor, su olor era tan intenso como su tacto. Me arrodillé y hundí mi nariz en las sábanas, y por un instante sentí la marea de emociones que me suscitaba entrar en su cuerpo. Nunca hablábamos. Ni siquiera jadeábamos al culminar. Pero sé que con sus ojos diminutos como pepitas de sandía me decía que me quería.

Tomamos café con leche en unos viejos tazones que fueron de mis padres. La veía quebrar el pan, hacer trocitos y sumergirlos, para removerlos con la cuchara. Levantó la vista y me encontró. Nos sonreímos.

Eres la mujer más maravillosa de la Historia.

Y tú, un romántico. Quién te ha visto y quién te ve, *gurja*.

Será que tú me haces mejor.

Será que eres bobo, sonrió limpiamente.

Clareaba. Marie se fue. Era una suerte que trabajara en la conservera

de Hendaia, como administrativa. Una suerte y una paradoja –otra paradoja–; ella, que me dijo que odiaba el pescado, trabajaba con pescado y vivía del pescado, cobraba del pescado,

comía pescado, necesitaba el pescado. Aquel empleo le permitía obtener sus propios ingresos, cultivar la mecanografía, relacionarse con personas interesantes… Entraba a las siete y media; terminaba a las seis. A veces se quedaba a almorzar con sus compañeras, que eran todas más jóvenes, más ingenuas y más de labios pintados con carmín; entonces se llevaba una fiambrera con patatas cocidas, hojas de lechuga y sardinas secas. Otras veces venía a casa y me sorprendía escribiendo; entonces comíamos en la cocina y me contaba algo, poca cosa, porque a Marie, para hablar, no le hacían falta palabras.

Desde la ventana la vi marcharse calle abajo. Sus escuetos tacones de secretaria repicaban en los adoquines; tenía unos tobillos blancos que deslumbraban entre el calzado y el borde del vestido. Sonreí al comprobar que llevaba la chaqueta que habíamos comprado juntos cuando visitamos Baiona. Antes de girar al fondo de la calle, se detuvo, se ajustó el bonete y volvió la cabeza hacia nuestra casa; me descubrió en la ventana, me saludó con la mano.

Después me senté a la máquina y comencé a teclear. Se me acumulaban los temas, los encargos y las colaboraciones. Seguía escribiendo para la revista del padre Jean, a pesar de habernos ido de Capbreton: le enviaba mis textos por correo, todos los primeros lunes de mes, con seudónimo, eso sí; era mi manera de seguir vinculado a mi historia familiar. También escribía en el periódico de Biarritz, para lo cual los jueves tomaba el autobús muy temprano y pasaba allí el día; comía con unos y otros, paseaba, me enteraba de lo que se cocía, echaba mano de mis conocidos, leía lo que otros publicaban... Además, cada tres o cuatro meses, me encargaban algo para el *Baiona Press*, siempre sobre barcos, sobre el mar o sobre aventureros que lograban hazañas inauditas y, en ocasiones, ridículas. Una vez tuve que cubrir la grotesca gesta de un tipo que subió corriendo desde San Jean de Pied de Port hasta Roncesvalles, emulando a los antiguos peregrinos del camino de Santiago, pero en versión Zatopek. Este húngaro, héroe en los Juegos Olímpicos de Helsinki, empezaba a crear escuela, y cada vez eran más los jóvenes que lo emulaban con absurdas carreras de larga distancia, como el de aquel loco del que tuve que hacer la crónica.

Escribir era por entonces una fiebre constante. Había momentos en los que no dudaba, y confiaba en mi historia. Me imaginaba que llegaría a convertirme en un periodista de renombre, afamado, convocado a

tertulias y clases magistrales en La Sorbona. Eran las veces en las que me aunaba con mis historias y tecleaba hasta la extenuación con fe creadora. Sudaba sobre mi máquina y me elevaba, convencido de que a toda Francia le iba a gustar el reportaje que tenía entre manos. Otros momentos, sin embargo, me venía abajo y pensaba que no tenía talento.

Nos vinimos a Hendaia precisamente por eso. Capbreton empezó a asfixiarnos. Los primeros meses después de llegar de Dinamarca habían sido tranquilos, tal vez porque nadie se creía que íbamos a durar mucho tiempo juntos. Con el tiempo, el pueblo empezó a no perdonarme que hubiera regresado, tras haberme dado por desaparecido en el mar. Habían llegado a celebrar exequias y un ciclo de seis misas por mi alma.

Incluso Henri y Constantine, mis amigos de infancia, me negaron la palabra, turbados por mi reaparición y criticándome que había vendido mi alma al diablo o, al menos, al dinero.

Eres un cobarde, Gilles, me dijo Henri Arrape con tono agrio. Has vuelto de noche y en silencio. Eso es de piratas. De alguien que tiene algo que ocultar. Me has decepcionado. Pensaba que teníamos una amistad. Siempre te las has dado de señorito.

Vaya disgusto. Vaya bajo que has caído. Tu padre se estará revolviendo en la tumba.

Nos has hecho sufrir a todos. Te dimos por muerto. ¿Ni una carta? ¿Una llamada? ¿Una noticia?

He vuelto cuando he podido. Ha cuadrado así, respondí a sus agrias acusaciones.

Eres un cobarde. Sabías que no nos iba a gustar. Por eso has atracado de noche.

Y además, completó Constantine, te presentas en el pueblo con una extranjera. ¿Es que las mujeres de aquí son poca cosa para ti, *gurja*? Si llenamos el país de extranjeros, no nos quejemos luego cuando perdamos nuestra identidad.

Me dolió aquel “gurja” pronunciado con soniquete. Estábamos en la taberna del puerto de Capbreton. Fue la última vez que compartimos vino. Lo que yo pensaba que sería un enfado fugaz acabó convirtiéndose en una inquina insoportable. El viento sacudía fuera los mástiles; se cerró de golpe una contraventana. Alguien murmuró

que se iba, que no quería compartir barra con un desleal a Francia.

Tu dinero está manchado, Gilles. Pensábamos que eras diferente. No puedes desaparecer durante tantos meses y regresar como si nada, del brazo de una danesa y con dinero inglés.

Marceline no se lo merecía, remató Constantine.

Y es que todo Capbreton tuvo que consolar a Marceline como a una presentida viuda. No, no habíamos sido novios. No, no nos habíamos prometido. No había habido nada entre nosotros. Y, sin embargo, cuando el alcalde decidió anunciar mi desaparición y darme oficialmente por ahogado, las miradas se volvieron hacia ella y

ella no dijo nada, solo lloró. Después, cuando reaparecí, nuevamente la pusieron en el ojo del huracán, esta vez comentando mi desfachatez y el desprecio que suponía que me paseara por el pueblo del brazo de una danesa, seguramente amiga de los nazis.

El tiempo no borró las malas caras, solo las cicatrizó. Meses siguiendo a meses; años a años. Pero nada, sin reconciliación. El pueblo había decidido olvidarme y acabó por hacerlo.

Mucho tiempo después de mi regreso, sir Henry Amberley se las apañó para que el *National Geographic* realizara un reportaje sobre mi vida y las gestas que había llevado a cabo, y eso tampoco me lo perdonaron en Capbreton; al contrario, reavivó los odios granjeados. Hacia mil novecientos cincuenta y cinco no existía duda de qué sucedería.

5

l desarraigo no tiene que ver con los kilómetros que separan la casa de uno y la tierra donde nació sino con la distancia de los afectos. No hay desarraigo mayor que el del incomprendido ni tragedia más grande que la de quien no encuentra E cobijo en los brazos de quien consideraba amigo.

Seguramente Goebbels no sufrió por la inminente derrota sino por la desafección marcial de Hitler. Pobre Horus, dios halcón, herido de muerte por su tío Seth, sangre de su sangre.

Así me ocurrió a mí. Y por eso terminamos en Hendaia.

6

quel día era de los días buenos, de los que me consideraba periodista, de los que ninguna coma fuera de su sitio me iba a hacer sucumbir. Chasqueaba los dedos entre página y página y dejaba que el sonido mecánico de las teclas inundara la A casa, las horas, la vida. Perdonaba a quienes no me perdonaban y, en el fondo, les agradecía que sus silencios, sus insultos, las pintadas en la fachada de mi casa, las miradas de envidia y desprecio, y los gritos nocturnos “Nabarre, traidor” nos hubieran empujado a trasladarnos un puñado de kilómetros al sur, a aquella Hendaia apacible, cosmopolita, fronteriza y feliz.

Redactaba un reportaje sobre la Betasom para una revista de Toulouse especializada en temas de historia. Me lo habían encargado con fecha límite de entrega, así que

trabajaba duro, recopilando datos y recordando detalles. Veía los memorandos de la Conferencia en Friedrichshafen, releía la biografía del almirante Cavagnari, autor del plan por el que una delegación fascista había inspeccionado la costa francesa escogiendo el enclave idóneo para una base de submarinos italianos. Cotejaba documentos y libros y comprobaba una y otra vez que el puerto de Burdeos fue elegido por estar a solo cincuenta millas de la Bahía de Vizcaya, comprobaba en los mapas el mismo Garona que remontaron los ingleses con sus bombas y que posteriormente yo recorrí en canoa pese a mis miedos. Conforme avanzaba en mi documentación, concluía que la familia Luivier estuvo con la Resistencia, aunque no tenía arrestos para preguntárselo a Madame Luivier, quizá porque eso me obligaría a volver a Capbreton.

Respiré hondo. Escribir tiene mucho de respirar. Sin respirar, uno se ahoga en sus páginas. Sin respirar, no se toma distancia con lo escrito y se pierde la perspectiva.

Como los silencios en música, en la redacción de una historia pararse a respirar es también escribir.

Marie no iba a venir; me había comentado que se quedaría en la conservera; por aquellos días tenía mucho trabajo porque habían ampliado la nave y sus jefes solicitaban a todos los empleados que arrimaran el hombro. Desde París no llegaban buenas noticias, la economía rezongaba sin querer despertarse del todo y los acuerdos

comerciales entre viejos aliados de guerra solo parecían favorecer a las empresas aeronáuticas, de automóviles y de armamento.

A veces me daba pereza tener que debatirme entre lo posible y lo conveniente, y dudaba si no habría sido más inteligente quedarnos a vivir en Dinamarca, hacernos con el colmado de su padre o abrir en algún lugar una tienda o un negocio de cualquier cosa. Sin embargo, Marie no quería ni oír hablar de su país, quizá porque le recordaba demasiado a su pasado, por lo que lo borraba en cuanto se me empezaba a dibujar en la frente, y a Dinamarca ni la mentaba porque lo más dramático que podría sucederme en la vida era que Marie perdiera su sonrisa.

Su sonrisa… ¿Cómo diría? Era una sonrisa que todo lo podía, que todo lo vencía, que todo lo reconfortaba y todo lo conseguía. No por bella ni por perfecta sino por todo lo contrario; por verdadera. Volver a la vida que dejó atrás sería cambiar su sonreír por su resignación.

Llamaron a la puerta. Era mi vecina.

Ha venido el cartero y se ha equivocado de buzón. Creo que esto es para ti. Yo nunca recibo telegramas. Pensaba que esto había que darlo en mano. Así va Francia. Así

va todo. Así va la vida. Un día acabaremos todos en la mierda. Toma, Gilles. Espero que no sean malas noticias.

Me entregó el sobre azulado y se quedó a ver si lo abría delante de ella, pero opté por despedirme y entornar la puerta. El remite me sacudió: Sir Henry Amberley.

7

ncendí la lumbre, calenté café en el puchero y, con la taza en la mano, viendo el puerto desde la ventana, releí el telegrama que me había entregado la vecina.

E El Literal tiene nuevo envite STOP No sabrás decir que no STOP Mucho dinero en juego STOP Mayor Hasler implicado STOP Nuevamente Biarritz mismo hotel STOP Próximo viernes STOP

Coloqué la taza en el pozo del fregadero. Calenté un repollo en la olla; lo acompañé de patatas. Más tarde tomaría algo de arenque seco.

Recordé, hipnotizado por el fuego de la cocina, que, de niño, jamás hacía un almuerzo estructurado, y que me limitaba a picotear lo que iba encontrando o lo que me daban. Después, cuando crecí, era capaz tanto de darme atracones de pescado como de pasar día y medio sin probar bocado. Imagino que mi estómago se había habituado a la irregularidad.

Si navegaba, tampoco mantenía un orden en las comidas, y podía cubrir la jornada simplemente mascando frutos secos o lomos de anchoa en salazón. Marie me reñía, por supuesto, y me decía que comer sanamente y con cabeza era tan importante como dormir o beber mucha agua. Nunca bebía mucha agua.

¿Qué tenían en común sir Henry Amberley y el Mayor Hasler? ¿Otra hazaña? ¿Otro reportaje? Había cumplido los veinticinco años, vivía en una casa de alquiler en Hendaia, tenía un barco atracado en el puerto y una mujer maravillosa a mi lado, además de ingresos suficientes para vivir dignamente. ¿Qué necesidad había de embarcarme nuevamente en una estúpida aventura?

Recogí el repollo sobrante y me tomé un café. No, nunca había bebido mucha agua; tampoco licores fuertes. Era más de vinos baratos, gruesos, de esos que calentaban la

garganta y caldeaban el estómago; vinos de un rojo tan intenso que parecían negros, duros en el paladar, agradecidos en el espíritu.

Me senté con el telegrama en la mano en la silla de mimbre que teníamos frente a la ventana de la sala. Desde allí se veía el mar, aunque no el puerto. Los días de galerna se apreciaba el frente de las olas reventando contra el dique y, en verano, cuando el mar es una

ensalada de rizos verdes, las espumas silentes dibujaban brillos bajo un sol que nunca calentaba mucho.

Pensaba en Marie. Estaría comiendo. Sonreiría coqueta y tímida, aunque enérgica y segura. Enredaría sus dedos en las puntas de su mechón rebelde y pestañearía diligente y sincera si alguien la sorprendía. Luego volvería a su puesto de trabajo, en la mesa número dos del despacho de Administración de la conservera, y mecanografiaría más deprisa de lo que yo jamás seré capaz de hacer.

Debes aprender a mecanografiar, me dijo una vez Marceline. Debes aprender a mecanografiar y debes aprender español. Mejor español que inglés. El inglés es una lengua sin futuro; solo sirve para colonizar países y para los momentos de guerra, pero el español es la lengua de nuestros vecinos del sur. Si hablas español, se te abrirá un universo de autores fascinantes. ¿Has oído hablar de Lorca? Deberías leer a Lorca. Y a Baroja. Y deberías conocer a Unamuno, tú que eres tan de pensar. Yo te enseñaré. Tienes base, lo chapurreas bastante bien; no te costará dominarlo. En la próxima clase comenzaremos con el español. Mecanografía y español. Y punto.

Aprendí español, claro. Tanto como para valerme en la vida pero no con la fluidez que habría querido Marceline. Y aprendí a mecanografiar. Suficiente para sentirme reportero, pero no con la rapidez de Marie, quien, como todas las jovencitas danesas de posguerra, había logrado hacer de las teclas una prolongación de sus dedos. Era tan hábil a la máquina que no existía en Hendaia una mujer tan diligente a la hora de redactar cartas al dictado o de transcribir los albaranes de la empresa. Mi mujer, una vez más, me superaba.

Era inconmensurable, enérgica, directa. No se andaba nunca por las ramas. Era capaz de pasar de la ternura más absoluta a la rigidez más diligente. Parecía que nada la amedrentaba. Pisaba firme, sabía lo que quería, y peleaba por conseguirlo. En Capbreton, el día que decidimos salir de allí para mudarnos a Hendaia, se levantó, encendió la luz, abrió el armario y comenzó a arrojar ropa sobre la cama. ¿Qué haces?, le dije.

Nos vamos. No te mereces esto.

Era erótica cuando hacíamos el amor, seria cuando hablábamos de la vida, profunda cuando encarábamos el futuro, no demasiado divertida pero sí amable, solícita con cualquiera que la necesitara, sentida, discreta. Era mágica, con esa magia que nada tiene que ver con las

chisteras y las palomas, sino la que consigue que en unas horas un hombre abandone su pueblo, su pasado y sus miedos y se eche a la mar para mudarse con el alba. Así llegamos a Hendaia. Empezaremos una nueva vida aquí, ordenó. Tú encárgate de atracar el barco, yo voy a buscar un piso de alquiler.

Decidida, curtida, arrojada. Me pregunto qué sería del mar si ella se propusiera desafiarlo. Hábil negociando, ágil respondiendo.

El Literal tiene nuevo envite STOP No sabrás decir que no STOP Mucho dinero en juego STOP Mayor Hasler implicado STOP Nuevamente Biarritz mismo hotel STOP Próximo viernes STOP

Desperté. Las siestas nunca me sentaban bien si duraban más de veinte minutos.

Miré el reloj: Marie aún tardaría en volver. Decidí recoger la casa, reapilar los libros que había leído, los que estaba leyendo y los que quería leer. Colgué una chaqueta mía que llevaba dos días sobre una silla. Retiré de la mesa los restos de comida. Abrí la ventana de la cocina y permití que el aire la ventilara.

Surgió mi figura en el reflejo de espejo de la puerta del armario de nuestra habitación. Me planté en frente de mi réplica: vi un viejo prematuro, un viejo con bastón. Le pregunté cómo había sido posible que hubiera vivido tantas cosas con tan poca edad, y no me contestó porque no hacía falta. La vida es eso, respuestas a preguntas no formuladas y preguntas que jamás tendrán respuestas.

Pasó la tarde. El telegrama comenzaba a quemarme. Comprobé el calendario. El jueves acudiría a Biarritz, como cada semana; decidí que me quedaría a dormir para asistir a la cita del viernes. Veremos qué cuenta sir Henry esta vez. ¿El Mayor implicado?

Miré el reloj. Marie no tardaría en venir. Mi mente viajó hasta el episodio más intenso y confuso que habíamos vivido juntos, en Capbreton, poco tiempo antes de mudarnos a Hendaia. El ambiente en el pueblo empezaba ya a ser insufrible; la hostilidad de mis amigos y la indiferencia de los paisanos comenzaban a causar mella en mi ánimo, pero aún no sospechaba que habría una gota que colmaría el vaso.

Nosotros intentábamos hacer nuestra vida, no sentirnos afectados por la reacción de los míos, naturalizar nuestra presencia... pero era complicado. Había pasado ya bastante

tiempo desde que regresara con ella y las primeras reacciones de sorpresa o enfado se habían convertido en claro menosprecio.

Estoy embarazada, me dijo.

Volvíamos del Cinema Golden, de ver una película americana, *Encadenados*, de un tal Alfred Hitchcock. Cary Grant llenaba la pantalla, pero a Marie le gustó más Ingrid Bergman, tal vez por ser nórdica, como ella. Estoy embarazada, repitió. Yo la miré, la abracé y me quedé mudo. A decir verdad, no supe encontrar palabras.

No me mires así, pronunció nerviosa.

Desde que habíamos salido de Dinamarca, sabíamos que estábamos predestinados a estar juntos. Nuestra huida era demasiado estrambótica como para echarse atrás.

Sí, embarazada, repitió. ¿No dices nada? Te digo que estoy embarazada… ¿y no me dices nada?

Y reaccioné ante la noticia con la más absurda y pueril respuesta, limitándome a preguntar a ver si estaba segura. Recuerdo un cielo cubierto por nubes craqueladas sobre Capbreton, el olor a mar ascendiendo desde la línea de costa y el faro alumbrando porciones de pueblo con sus ráfagas. No me imaginaba por entonces que abandonaríamos aquello para escapar a Hendaia; no sospechaba que nuestras vidas se precipitarían hacia un mundo desconocido; no alcanzaba a vislumbrar lo que iría a suceder en unas semanas y las consecuencias de aquello.

8

erdimos al niño al cuarto mes de embarazo. Sin dramas. Bastante drama teníamos en la calle, con un pueblo que nos daba la espalda y unos amigos que se esfumaban. El padre Jean me invitó a dejar la revista o, a lo sumo, a escribir con P seudónimo, y hasta el alcalde empezó a negarme el saludo cuando me cruzaba con él, molesto por haberme amancebado con una mujer de Dinamarca. Mis antiguos patronos, los Aube, parecían no conocerme y Marceline decidió que no tenía sentido que siguiera acudiendo a sus clases; lo hizo por escrito mediante una nota que me hizo llegar con un recadista.

Marie y yo perdimos al niño sin dramas, en efecto. O con el drama de comprender que toda nuestra vida era un drama. El drama de la soledad, del desconcierto, del vacío al que nos sometía el pueblo. El drama de no descifrar, en efecto, en qué momento se

había torcido el destino. El drama de no entender por qué la gente no me perdonaba el éxito o el renombre o el simple hecho de que me hubiera ausentado de la cotidianidad durante los meses de mi aventura danesa. El drama de los ojos que evitan mirar. El drama de un embarazo sin planificar y un aborto sin calcular. Y nuestro hijo se fue, dejándonos una honda tristeza, esa sensación de no haber disfrutado su presencia pero de dolernos su falta. Sin hemorragias posteriores. Con placidez. Sin tragedias. Con la serenidad que da saber que la naturaleza es así de caprichosa.

Fue una mañana. Capbreton se desperezaba al ritmo de las campanas de la iglesia.

Marie se levantó sudando; en silencio, se colocó en cuclillas a los pies de la cama y un reguero rojo se llevó el feto en medio de una marea de infinitas viscosidades. Se agarraba a la colcha sin pronunciar queja alguna y yo, blanco de pánico, no supe sino escoltar con mi silencio el suyo. Luego limpiamos entre los dos el enorme charco donde sucumbía el hijo que no íbamos a tener, lo metimos todo en un cubo, junto a su ropa y las sábanas y los trapos que usamos y lo quemé en un descampado, dejando que las llamas se llevaran una historia inacabada. Recuerdo aquel olor a materia orgánica, a decepción, a rendición, a incomprensión, a sangre negra, a dolor callado. El cuerpecito lo metí en una caja y lo llevé al camposanto, donde un funcionario le daría sepultura y se encargaría de concertar un responso. Me costó varios francos, muchas lágrimas y un nudo en el

estómago.

No hubo llantos. Marie fue atendida por el médico del dispensario y permaneció en cama dos días. Luego se levantó y me hizo prometer que jamás hablaríamos del asunto.

Aquella noche fue cuando decidimos romper con todo: Nos vamos. No te mereces esto.

9

Estimado Gilles:

La vida nos va abriendo y cerrando puertas, dando posibilidades y negándonoslas. Has sido un excelente alumno. Me siento orgullosa de la tarea que emprendí contigo y de los logros que he alcanzado en tu sintaxis, tu semántica y tu ortografía. Como profesora, siempre me han alentado los retos y tú, oh, Gilles, se mire por donde se mire, has sido mi más preciado reto.

Estoy segura de que conseguirás abrirte paso como periodista, si es lo que deseas. O

como escritor, no cabe duda, porque siempre has sido un hombre capaz de encontrar inimaginables historias. Pero la nuestra llega a su fin. No sé en qué momento se ha torcido el destino, ni cuándo hemos empezado a distanciarnos; sin embargo, lo que sí sé

es que no tiene sentido que sigas viniendo a mis clases. Sufrí por tu desaparición y sufrí con tu reaparición. Hacernos daño no entra en nuestros planes; no, al menos, en los míos.

Te deseo lo mejor y confío en que seas feliz.

Por favor, no te pongas en contacto conmigo. Es mejor para ambos.

Marceline.

Carta de Marceline a Gilles, como despedida. Anexa en la LIBRETA-6. Junto a la carta hay una página arrancada del libro *San Manuel Bueno, Mártir*, de Unamuno, en español, con la siguiente frase subrayada:

Yo estoy para hacer vivir a las almas de mis feligreses, para hacerles felices, para hacerles que se sueñen inmortales y no para matarles. Lo que aquí hace falta es que vivan sanamente, que vivan en unanimidad de sentido, y con la verdad, con mi verdad, no vivirán. Que vivan. Y esto hace la Iglesia, hacerles vivir. ¿Religión verdadera? Todas las religiones son verdaderas en cuanto hacen vivir espiritualmente a los pueblos que las profesan, en cuanto les consuelan de haber tenido que nacer para morir, y para cada pueblo la religión más verdadera es la



suya, la que le ha hecho.

10

eresa, me voy de Capbreton.

Mucho has durado.

T Marie lo ha decidido.

Eres un calzonazos, Gilles. Permites que esa danesa decida siempre por ti. Al final va a ser verdad lo que dice la gente sobre vosotros. Va a ser cierto que te tiene sorbido el seso. ¡Gilles! Has traicionado a tu pueblo, a tus amigos, a tu Historia. Un *gurja* como tú no puede andar entre las piernas de una danesa, con la de francesas que estarían deseando echarte el anzuelo. Las relaciones entre un hombre y una mujer deberían ser planteadas de otra manera, no desde la sumisión de uno respecto al otro. Amor libre en la cama; en la vida, unión sin compromiso; en la calle, anarquía; en los corazones,

ateísmo y revolución. Este pueblo es una mierda, toda Francia es una mierda. Todo país lo es, porque los países anulan a los individuos. Haces bien en irte. Pero que no sea por la danesa. Que sea porque estás convencido. Si no, siempre pensarás que quienes te acusan de desleal a Capbreton tienen razón.

Estoy convencido, le respondí.

Teresa y yo estábamos en un banco de la plaza, bajo un plátano escuálido; a nuestra espalda, algunos bares cerrados y, frente a nosotros, las calles hacia el puerto. Marie se había quedado en casa, agotada.

Ayer hicieron pintadas en mi casa, otra vez. No soportamos más esta presión. Nos mudamos a Hendaia.

No, Gilles. No entiendes nada. Si te vas, que no sea por la presión sino por la decisión. Decide marcharte, pero que no sea porque huyes.

Sea como sea, nos vamos.

Dicen que Marie ha sufrido un aborto.

Y tú, ¿cómo lo sabes?

Capbreton es un pueblo. ¡Te lo voy a decir a ti! ¡Ja! Capbreton es un

pueblo de gente buena, pero básica. Las compañeras de trabajo de Marie sabían que estaba embarazada; o lo intuían. Somos muy ladinas las mujeres para estas cosas. Es evidente que ha perdido al niño.

No nos vamos por eso. Nos vamos por todo.

Mira, Gilles, me caes bien. Tú sabes que me caes bien. Desde niños...

Eres la única que me sigue dirigiendo la palabra, interrumpí, mirándola a los ojos.

Descubría una Teresa madura, segura, de rasgos afilados y barbilla severa.

A mí me da igual que hayas vuelto con una danesa pro-nazi.

No es pro-nazi. Ella también sufrió la guerra...

A mí me da igual, Gilles. Los daneses son pro-nazis y punto. Igual que los franceses son anti-nazis, aunque aquí mismo, en Capbreton, la mayoría trabajó de buen gusto

construyendo las baterías antiaéreas de la playa, sin importarles que estaban pensadas para repeler ataques ingleses. La Historia es así de jodidamente retorcida. Pero de eso se olvidarán los historiadores y acuñarán a Francia como país anti-nazi. Pues a tomar por el culo; Dinamarca pro-nazi. Y tú, casado con una pro-nazi. Los mitos y los tópicos son siempre injustos. Pienso que los seres humanos tenemos el derecho a equivocarnos, a cambiar, a mudar de ideas como las serpientes de piel.

Pues tú no has cambiado. Sigues siendo la misma insoportable anarquista de nuestra juventud, bromeé empujando con mi hombro el suyo.

Tenemos la opción de cambiar y nadie debe juzgarnos por eso, lo cual no significa que debamos hacerlo. Allá tú y tus principios, Gilles.

Yo no he cambiado de parecer. Lo que me pasó es que me enamoré.

¿Y sigues enamorado? ¿Crees que el amor se sustenta? ¿Piensas que todo es para toda la vida? No existe el todo ni existe el para toda la vida. La existencia es fluir, Gilles, y permitir que los acontecimientos nos moldeen.

No sé si eres una radical o una romántica.

Este pueblo no está hecho para románticos. También yo me voy.

Respingué en el banco. Había pasado la noche fatal, me había escurrido de las sábanas al alba y había vagado por el puerto hasta que consideré que podía ir a casa de Teresa a informarle de mi marcha. Lo último que esperaba era que también ella me anunciara algo así.

Me voy a España, aseguró.

Marie y yo, a Hendaia. Empezaremos una nueva vida allí. Para mí será seguir en mi tierra, en mi mar, en mi Aquitania, pero lejos de las malas caras de Capbreton. Algún día regresaremos, cuando todo se calme. Ahora necesitamos poner tierra de por medio y convencernos que podemos seguir adelante. La casa de mis padres está llena de fantasmas y ahora con un fantasma más, el del hijo que no ha nacido.

¿A Hendaia? ¿Y a eso le llamas huir? Hendaia está a solo un puñado de kilómetros al sur. ¡No me jodas, Gilles! ¡Te estás acomodando! Te has aburguesado. Eres un comodón. ¿Dónde está el valiente joven que remontó el Garona? Si te vas, vete lejos.

Abandona Europa, salta el charco, conquista Asia. ¿A Hendaia? Hendaia es la misma mierda.

Hendaia está bien.

Nos sumimos en el silencio durante unos minutos. Observaba de reojo a Teresa, su vestimenta andrógina aunque atractiva, sus manos jugando con un hilo del pantalón, su vista perdida en algún punto de la plaza de Capbreton.

Yo me voy a España, a luchar contra Franco. Se necesita gente allí que apoye a los camaradas que, desde la clandestinidad, erosionan los principios del Movimiento.

Acudiré a Madrid primero, aunque luego me pondré al servicio del Partido para cumplir las misiones que me ordenen. En España, la Ley de Reglamentaciones prohíbe la huelga y niega el sindicalismo, salvo el Sindicato Vertical, esa especie de monstruo ciclópeo que todo lo ve y todo lo juzga: ya sabes, un sindicato que engloba a obreros, técnicos y empresarios de una misma rama; es imposible zafarse. Ya no hay resquicio para la dialéctica del proletariado. Hay que luchar. Hay que combatir, Gilles. Los obreros tenemos que dar un golpe de mano para acabar con el Generalísimo. Estamos en el cincuenta y seis, ya va siendo hora. No somos niños. Tú mismo tienes… ¿cuántos?

¿Veinticuatro años? ¡Pues eso! Es el momento de que tomemos partido activo.

¿Combatir contra la dictadura?

Es el tiempo de la audacia, Gilles. Y mientras tú te adocenas en Hendaia junto a tu mujercita, yo haré lo posible por dar la puntilla al régimen franquista. En las fábricas y en el campo están necesitados de aires nuevos. Los falangistas han dejado pendiente la tan cacareada reforma agraria de la República, así que hay trabajo que hacer en ciudades y pueblos, en la industria y en los latifundios. Dicen que a Franco no le queda mucho tiempo en el poder y que pronto sucumbirá a la Historia, pero hay que propiciar esa caída.

¿Crees que volveremos a vernos?

Creo que la vida es imprevisible, Gilles.

A la hora, vino a mi casa. Picó la puerta. Cuando abrí, me tendió un libro.

Deberías leerlo. He subrayado una frase. Te interesará pensar en ella. Yo lo hago, por eso soy roja.

Y se marchó. Se fue sin un abrazo, sin besos, sin un apretón de manos ni un saludo ni un buena suerte. No sabía entonces si volvería a verla o no. El libro era *San Manuel Bueno, Mártir*, de Unamuno.

11

iajé de Hendaia a Biarritz al igual que cada jueves, pero con el propósito de reunirme con sir Henry; tenía curiosidad por saber qué iba a decirme. El telegrama simplemente me convocaba y, por muchas vueltas que le di, no pude V obtener más información. La curiosidad pudo más que la prudencia, y allí estaba yo, deambulando, aguardando a que llegara el momento de la reunión.

El mar traía aromas de primavera, salitre y brillos incandescentes, como espejitos minúsculos tejidos en el terciopelo azul de su superficie. Varias embarcaciones competían en elegancia al otro lado del puntal, fondeadas como cisnes presuntuosos.

Un rosario de coches se alineaba en el frente de la playa, así como el carro de un barquillero y un vendedor de globos. Los años cincuenta avanzaban con una mezcla de nostalgia y esnobismo.

¡Maldito capitán Nabarre!

Era la voz de Karl Ove. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que lo había visto, pero el acento del noruego, con ese deje ronco y burdo, era inconfundible.

Me giré sobre mis talones, le saludé con el bastón. Ambos reímos y nos fundimos en un abrazo.

Pronto nos encontramos frente a una mesa en el fondo de una taberna en la Rue du Port Vieux; una botella de vino, luego otra. No me lo podía creer. Era él, el mismo gigantón desgreñado, robusto y afable.

Hablamos largamente. Me contó, entre risas y exageraciones, que cuando yo me enredé en mi aventura hacia Dunquerque, él decidió desaparecer de Capbreton, buscando la suya propia. Me juró por los dioses de sus antepasados que pensaba que no lo conseguiría, porque remontar la costa francesa son palabras mayores. Derramamos vino, nos manchamos las camisas, nos abrazamos de nuevo.

La tasca era un lugar inmundo, insalubre, casi trágico. Parecía sacado de *Moby Dick*, la novela de Herman Melville que Marceline me hizo leer para indagar en las obsesiones de los seres humanos, convencida de que encontraría en el capitán Ahab un paralelismo con mi fijación por el mar. Lo que no supo la buena de mi maestra es que con quien me identifiqué fue con Ishmael, el narrador.

Karl se asemejaba a una ballena cuando gesticulaba con sus brazos como aletas. Se carcajeaba a cada frase, mostrando una dentadura ennegrecida y fiera. La mujer del mostrador escuchaba atenta nuestras bravuconadas. Mi amigo le dijo que yo era el *gurja* de Capbreton y ella rio y descorchó otra botella, sin entender qué diablos significaba aquello de *gurja*.

Estábamos borrachos. Le narré mi paso por Dinamarca, con todo lujo de detalles, explicándole cada cabo doblado, cada faro divisado, relatándolo como si fuera la voz del mismísimo Ishmael. Él escuchaba incrédulo, carcajeándose de tramo en tramo, absorto ante mis puntualizaciones, sin dejar de beber vino.

Luego le conté mi accidente con la botavara y el rescate de los pescadores, el episodio del hospital, las razones de mi cojera y mi bastón. Le aseguré que fue la aventura de mi vida, y concluí hablando de Marie.

Maldito Nabarre, dijo pasándome el brazo por los hombros y

derramando el vaso sobre la mesa. ¡Eres un genuino fantoche! ¿Y te has traído a la danesa a Aquitania? ¡Ja, ja, ja!

Ella quiso venir conmigo.

¡Ja, ja, ja!

¿Y qué haces aquí, en Biarritz, maldito piragüista aficionado?

Vengo todos los jueves. Soy periodista. Bueno, medio periodista: reportero. Me gano la vida escribiendo artículos, encargos, crónicas... Marie trabaja en la conservera de Hendaia. Hay meses que vivimos de su sueldo de administrativa. Es una mujer tremenda. Se presentó en las oficinas y dijo que sabía mecanografiar. A las dos horas estaba empleada. ¡No sabes tú qué valentía tiene mi Marie! ¡Ja, ja, ja!

Salimos a la calle. Tambaleándonos llegamos hasta el *Literal*. Se lo mostré orgulloso.

Soltó una risotada y me regaló un tercer abrazo. Me aseguró que desde siempre había sido el barco más bonito de Capbreton, que era una joya, pero que me lo metiera por el culo porque él seguía prefiriendo las viejas canoas revestidas de piel de foca.

Duermo en el barco. Mañana tengo una cita de negocios.

Una nueva risotada hizo que se tropezara. A punto estuvimos de caernos al mar.

Subimos a bordo. Le ofrecí asiento a babor, junto al cabestrante. Saqué una botella y serví dos vasos. Estaba feliz. La vida atravesaba frente a mí y sentí unas infinitas ganas

de hermanarme con Karl Ove para siempre. Él parecía escuchar mis pensamientos y me confesó que había echado mucho de menos no saber de mí. Dejamos que pasaran las horas. No habíamos dejado de charlar. Mi mareo era fruto del vaivén del barco en comandita con el alcohol en el estómago. Reíamos por cualquier tontería.

Yo no. Yo de mujeres, nada. Por cierto... ¿qué fue de tu maestra?

Marceline dio por terminadas nuestras clases, le expliqué. Creo que no me perdonó que me fuera hasta Dinamarca. O que regresara con una mujer. O que el pueblo la compadeciera por mi pérdida. ¿Sabías que me dieron por ahogado? No, el pueblo no me perdonó nada tampoco. Ya ves. Uno intenta hacer su vida, dejarse llevar por los vientos, y

acaba creándose enemigos. Me dieron la espalda e hicieron piña con Marceline. No les guardo rencor. Imagino que yo habría hecho lo mismo; es muy feo desaparecer sin dejar rastro, y peor reaparecer como si nada. Encima llegué de noche, y hasta eso lo interpretaron como un gesto de misterio, de clandestinidad.

¿Y te ha jodido?

No es agradable que en tu propio pueblo te repudien. Y que te hagan pintadas.

¿Pintadas?

Sí, en la fachada de casa, Karl. ¡La casa de mis padres! Pintadas e insultos metiéndose con Marie... ¡Qué sé yo! A veces hasta he temido por el *Literal*. Pensaba que cualquier noche me lo hundían.

¡No me fastidies, Gilles! Un barco es un barco; eso es sagrado. Nadie hunde el barco de nadie.

Ya, pero esta ha sido una época complicada... Volví con una gesta no reconocida, un cheque y una mujer. Todo delirante. Y me di de bruces con la realidad de mi pueblo, con su hostilidad. No comprendían que hubiera hecho lo que hice. ¡Yo no buscaba alcanzar Dinamarca! ¡Ni enamorarme! ¡Ni perder un dedo! ¡Ni demorarme tantos meses en volver! Malditos paisanos engreídos y paletos...

Sacó de su bolsillo la página de una revista, doblada y desdoblada tantas veces que empezaba a rasgarse en los pliegues. Era un anuncio. En él se veían dos fornidos chicos en bañador, rubios, sonrientes, con unas dentaduras blancas que no existen en toda Francia. Sujetaban sendas tablas de surf. Había oído hablar de ellas, pero no había visto ninguna fotografiada; mucho menos, a color.

Me voy a América, a California. Voy a construir canoas para surfistas. Ahora, lo que quiero es no pasar más frío en mis viejos huesos. Voy a hacerme rico construyendo piraguas para ellos. Los años sesenta serán los años del surf y del rock; lo he leído por ahí, *gurjita*.

La carcajada hizo que escupiera mi vino. Le salpiqué. Él me golpeó el hombro y me arrebató la hoja de los modelos surfistas de dientes alineados.

Ahora que te he encontrado, quiero que vengas conmigo.

En aquella ocasión, no me reí. Se me atragantó el esófago. Él mudó su

gesto y se puso serio, apoyando sus codos en las rodillas y encorvando la espalda hacia mí.

Incluso sentados uno frente al otro, parecíamos hechos a distinta escala. Tomé conciencia de lo frágil de mi constitución física. No sé por qué pero me acordé de mi padre. Yo tenía solo siete años cuando se fue a la guerra y nos lo devolvieron en un ataúd, pero hay una escena que no se me ha borrado: venía de trabajar y yo jugaba en la calle, a los pies de nuestra casa, creo que con un camión de madera hecho con dos tablas y unas ruedas de metal. Levanté la mirada y lo vi allí, afable, enorme, infinito. El sol destellaba al otro lado de su cabeza y me cegó cuando se agachó para colocar su rostro a la altura del mío. Aquel gigante es la imagen más tierna que conservo de él.

¿Reaccionas o no?

Karl me golpeó la rodilla. Me preguntó a ver si creía que iba a poder vivir de plumilla, y le dije que sí. Mentí. Cada vez estaba más seguro de que no, pero mentí. La verdad era demasiado sangrante. Siempre me quedaban los ahorros, el cheque.

Luego se empeñó en que le prometiera que me lo iba a pensar, que iba a hablar con Marie su propuesta de irnos a los Estados Unidos. Le contesté que no, que no lo haría, que no se lo nombraría. Era una locura, le espeté. Y se rio francamente, sirviendo dos nuevos vasos de vino. Me tendió el mío, brindamos.

Dormí fatal, mecido por el mar y la resaca. Acudí al hotel, a mi cita con sir Henry.

Nada de lo que iba a suceder allí estaba en el guion. La vida, una vez más, me ponía a prueba.

12

abían cambiado la puerta giratoria por una de dos hojas que abría diligente un botones vestido de mariscal de campo. Pese a lucir mi mejor pantalón y una camisa blanca, era innegable que desentonaba en el imponente ambiente de la H recepción. Turistas extravagantes, acomodados ricachones del norte de Europa, franceses ostentosos y algún español con americana cruzada se disputaban el monopolio del descaro. Ya no había pianista, sino una música llamada *hilo musical* que lo invadía todo. Por alguna razón, me acordé de Charlotte.

Sir Henry no tardó en aparecer, tan extravagante como siempre. Vestía un traje de cuadros, una camisa de rayas y una corbata con banderas náuticas. Sus zapatos, blancos y marrones, estaban inspirados en el calzado de los golfistas. No sé si parecía un genio o un payaso.

Me estrechó la mano, me sonrió y me condujo a una sala reservada, una especie de salón privado al fondo del pasillo de ascensores. Yo había dejado fuera a Karl, con quien quedé en verme aquella tarde para navegar juntos hasta Hendaia para que conociera a Marie antes de su viaje en pos del sueño surfista. Sonreí al pensar qué se habría figurado él si me hubiera visto en compañía de sir Henry, rodeado de tanto lujo.

Tomamos asiento. Pronto entraron dos hombres más. Identifiqué a uno de ellos: era el Mayor George Hasler. Nos saludamos con apretados estrechones de manos.

Al Mayor ya lo conoces, Gilles. Este otro caballero es Donald Houston, agregado cultural de la embajada de los Estados Unidos de América.

La estancia olía a flores. Me giré y encontré dos enormes ramos de rosas sobre un aparador; completaban la decoración una bola del mundo, una estantería con libros de apariencia antigua, una barra de bar de cuero con una completa bodega tras ella, varios taburetes y un espejo rodeado de un marco naranja. Todo me parecía inusual, estrambótico. ¿Agregado cultural?

Entró un camarero con chaquetilla blanca empujando un carro y nos sirvió cuatro güisquis. Entendí que alguien lo había previsto antes. Después desapareció, cerrando la puerta tras de sí.

El *gurja* de Capbreton, rompió el hielo sir Henry.

Los tres dieron cumplida cuenta de sus bebidas, y yo no fui menos. Me llamó la atención la cordialidad con la que se trataban, como si fueran viejos amigos, y la falta de empacho a la hora de bromear sobre sus países de origen.

Incómodo en el chéster que me tocó ocupar, sintiendo que la pierna derecha, cruzada sobre la izquierda, comenzaba a dormírseme, me impacientaba ansioso por saber la razón última de aquel encuentro. Y a punto estaba de pedir explicaciones cuando sir Henry tomó la palabra y se dirigió a mí.

La cosa, amigo Nabarre, es que estos caballeros están convencidos de tu valía y creen que puedes serles de importancia vital para el devenir de ciertos acontecimientos.

Sin duda, interrumpió el Mayor. No te habríamos hecho venir hasta Biarritz si no pensáramos que eres la persona idónea para esta encomienda. Marinos hay muchos; aventureros, menos. Y hombres cabales, patriotas y serenos, muchos menos. De hecho, escasean en esta Francia indómita y frívola. Mientras en el país vecino el general Francisco Franco se perpetúa como un dictador consolidado, aquí no se piensa sino en imitar la *dolce vita* italiana en versión Marsella o Niza. Gilles, te conocí en Dunquerque aquella rocambolesca noche en la que casi te parten la crisma cuando insultabas a cuantos británicos había por allí. Entonces te aconsejé que navegaras, que navegaras si eso era lo que deseabas. Hoy te vamos a pedir que navegues, y nos gustaría que también lo desearas, por Francia y, sobre todo, por el mundo libre.

Lo que quiere decir nuestro amigo el Mayor Hasler, volvió a intervenir sir Henry, es que queda mucha labor por hacer, y que mientras en Europa queden dictadores, no será posible que el continente se una para alcanzar el nivel de una potencia.

Una potencia, explicó el Mayor, pareja a Estados Unidos, por supuesto. Europa y América. El consejero presidencial Bernard Baruch lo bautizó como Guerra Fría. ¿Te suena? En un discurso celebrado en el cuarenta y siete. No querría aburrirte, pero hace ya de eso diez años. Supongo que el término no te es ajeno. Guerra Fría. Incluso el gran escritor George Orwell lo citó dos años antes que Baruch. Hay un libro de Walter Lippmann que se titula así. ¿Tienes noticias de ello? La Guerra Fría va a dividir el mundo entre los países del eje comunista y las democracias libres. Dicho de otra manera, entre los países de la

órbita rusa y nuestros hermanos americanos. Más bien ya estamos divididos. Necesitamos que Europa sea fuerte y no lo podrá ser mientras haya un dictador en España, puerta natural con el Atlántico.

Me moví en el sillón, incómodo, y, en cierta manera, decepcionado. Me había ilusionado pensando que, quizá me convocaban para patrocinarme otra travesía, así que no comprendía aquella soflama política. Llevábamos más de una hora hablando de tonterías y cerca de un cuarto de hora explicando que si Franco, que si Francia, que si Europa, que si el telón de acero…

Franco ha de caer, Nabarre.

Y vas a ayudarnos a conseguirlo.

¿Yo?, respondí.

Digamos que vas a contribuir a ello.

Ustedes me dirán cómo.

Donald Houston, el americano, el supuesto agregado cultural, desplegó ante mí unos papeles con un encabezado en el que se leía TOP SECRET. En ellos había listas, cuadros con cifras y un par de mapas de la costa vasca que identifiqué de inmediato. No me dejó cogerlos; ni siquiera leerlos. Se limitó a extenderlos sobre la mesa auxiliar y, seguidamente, volver a guardarlos en un portafolios negro.

Necesitamos que navegues entre San Juan de Luz, aquí en la costa francesa, y San Sebastián. Será solo una vez y no habrá posibilidad de repetir el intento. Si sale bien, digamos que habremos cumplido nuestra parte del trato; si sale mal, es probable que te maten, la operación se irá al traste y Franco continuará a las riendas de España.

Lo que quiere decir Donald, explicó sir Henry, es que estamos hablando de una misión de alto riesgo. No se trata de una apuesta entre ricachones, como cuando remaste en piragua por el Garona, ni de una aventura para el *National Geographic*, como cuando ascendiste hasta Dunquerque. Estamos hablando de un operativo militar real, peligroso y secreto.

Muy secreto, apostilló el yanqui.

Franco se ha convertido en una, digamos, amenaza para todos. Su régimen es de lo más reaccionario del panorama europeo; es tan fanático que ni siquiera nos conviene a las naciones conservadoras. En

la década de los cincuenta, Estados Unidos, por su propio interés, decidió darle su apoyo; Washington decidió mirar hacia otro lado, considerando que un dictador de derechas era una buena baza en la balanza de la Guerra Fría, sobre todo si la alternativa era un régimen de izquierdas afecto a la URSS.

Pero la CIA argumenta que su empecinamiento va de mal en peor, su estado de terror no cede y él mismo, pusilánime y corto de entendederas, ha resultado ser cruel y déspota. Un gobierno así, a nuestro juicio, solo puede traer una reacción no deseada y contraria a nuestros intereses. De continuar el franquismo, la alternancia puede ser el comunismo. Sería fatal tener un Mao español; peor incluso que tener un fascista en Madrid.

El gobierno de Su Majestad, interrumpió el Mayor, y nuestro servicio de inteligencia coinciden con la CIA: de seguir así las cosas, se corre el peligro de que, en caso de alzamiento popular, en España haya una deriva hacia el comunismo, y eso tampoco sería bueno para Europa. Nuestros hermanos del otro lado del Atlántico han recurrido a nosotros para idear esta misión, pero necesitamos contar con la única persona capaz de llevarla a cabo.

Tú, sentenció sir Henry mirándome a los ojos y colocándome la mano sobre la rodilla.

Has demostrado valentía, arrojo y coraje. Templanza en los momentos de dificultad y pericia cuando el mar se empeña en desatender nuestros propósitos. Eres cabal, discreto y tienes una tapadera perfecta como reportero. En caso de que te sorprendan, podrás argumentar que estás repitiendo la gesta que te llevó a Dinamarca pero en sentido contrario, hacia el oeste. Esa es la razón por la que no podemos utilizar soldados para este cometido. Sería difícil de explicar que un hombre del ejército estadounidense o un fiel hombre del ejército británico fuera sorprendido en aguas españolas portando lo necesario para atentar contra el dictador.

Sentí marearme. Veía a aquellos tres hombres hablando con seguridad, deprisa, atropellándose e interrumpiéndose, dándome detalles de Franco, nombres de sus ministros, datos de sus estancias en San Sebastián, donde, por lo visto, veraneaba. Noté que me faltaba el aire. Me preguntaba cómo había hecho para llegar a aquel punto, de qué manera me había dejado enredar. No, no quería seguir escuchando. No haría esa navegación ni contribuiría al magnicidio; yo solo quería vivir en paz con Marie, escribir mis artículos y navegar de tarde en tarde a bordo del *Literal*. Nada de peripecias, operaciones de

guerra, sabotajes y atentados. Nada de conspiraciones y mentiras. No estaba yo hecho para el alambicado ambiente del espionaje y la clandestinidad. No creía en naciones ni patrias ni ejércitos. A mi padre lo mató una bala alemana pero la orden que le llevó a aquella trinchera era francesa; mi amigo era noruego; mi mujer, danesa; mi barco, español… ¿Qué me importaban a mí las fronteras, las guerras frías y las teorías políticas?

Creo que fue evidente que había palidecido. Tomé mi vaso de güisqui y lo apuré de un trago. Solo pensaba en escapar de aquella reunión y buscar a Karl para emborracharme con él y, si la fortuna me sonreía, estar aquella misma noche en brazos de Marie.

Tendrás que llevar a un hombre desde San Juan de Luz hasta San Sebastián. Hacerlo por mar nos evitará la frontera terrestre. Podríamos utilizar los pasos fronterizos, por

Baztán o incluso por los valles de Salazar o Roncal. En ocasiones hemos pasado agentes ascendiendo desde Valcarlos a Roncesvalles, y hemos usado los pasos de Arette e Isaba para el tráfico de mercancías, armas, mapas… Pero ahora es peligroso. Lo que haremos será mover la falsa noticia de que habrá un traslado de anarquistas a través de Elizondo, para que los carabineros estén con los ojos fijos en la montaña, y así tendrás el mar despejado. Lo harás de noche. Sabemos que no te costará hacerlo. Dice sir Henry que te llaman el *gurja* de Capbreton, así que, muchacho, demuéstralo. Recogerás a tu pasajero en San Juan de Luz, te daremos detalles de dónde y cómo. Lo llevarás hasta San Sebastián, a la isla de Santa Clara, donde le estarán esperando. Desde allí, él, con los artefactos explosivos, cruzará hasta el puerto, y seguidamente le llevarán al palacio de Ayete, residencia de verano del dictador Francisco Franco. Para cuando estalle la bomba al paso de su coche, tú ya estarás navegando de vuelta hacia Hendaia. Limpio, fácil y sin más riesgos de los necesarios.

No podrás usar luces, siguió el Mayor, y deberás guiarte a la vieja usanza. El que lo hagas a vela facilitará un silencio necesario que el motor no permitiría. Habíamos valorado las piraguas, como en mi vieja operación en la guerra, pero es demasiado peligroso: una cosa es remontar un río y otra avanzar por mar abierto. Además, tu pasajero no sabe nada de náutica y meteros a los dos en un kayak sería demasiado arriesgado.

Arriesgado para la operación, apostilló Donald. Seamos sinceros: tu vida y la del activista digamos que no son primordiales. La única vida que nos interesa es la de Franco.

Hubo un silencio tenso. Veía a sir Henry y no lo reconocía. Como si de una película se tratara, confiaba en que hubiera un fundido en negro, salieran las letras con los nombres de los protagonistas y todo aquello terminara. No me veía ni con ganas ni con ánimo de continuar con aquello. Decidí romper la baraja y poner mis cartas sobre la mesa.

¿Y quién les ha dicho que querré hacerlo?

Donald se inclinó hacia su portafolios, apoyado a sus pies en el suelo. Extrajo una nueva carpeta. Antes de abrirla, el Mayor tomó la palabra.

Eres el mejor para hacer esto. Eres noble y valiente…

No, no soy valiente. He cometido valentías, pero movido por los acontecimientos, no por mi voluntad. Ni soy valiente ni quiero serlo. Me da igual lo que suceda en España,

lo que pase con Franco o la maldita balanza europea. Estoy alejado de la Guerra Fría, de Su Majestad y de los tinglados que monta Estados Unidos para mangonearnos. Siento que hayan perdido el tiempo conmigo, pero creo que, ni soy su hombre, ni han calculado bien las posibilidades de un no por respuesta. Y ahora, si me lo permiten, daré por terminada esta reunión.

Sir Henry se levantó conmigo. Vi gotitas de sudor en el vértice de su bigote y unos ojos de pánico que anunciaban que había algo que no me habían dicho. Lo supe en cuanto abrió la boca y pronunció mi nombre. Sí, en ese instante, en la ronquera nerviosa con la que dijo Gilles, en la carraspera, en el hipo nervioso con el que me pidió que me sentara nuevamente.

Quizá quiera ver esto, dijo el americano tendiéndome un dossier.

Cuando lo abrí y vi la fotografía que lo encabezaba, estuve a punto de marearme: era Teresa.

13

Mi tiempo fue el tiempo de mudanza. Lo llamo así, mi tiempo. Todos lo han sido. Cada momento es nuestro tiempo. Cada instante es el instante más preciado de nuestra existencia, pero aquel momento, aquel instante, aquel tiempo fue mi tiempo, sin duda.

Fue el momento más distinto de mi vida. Digo distinto porque, realmente, nada se ha parecido, a lo largo de mis años, al hecho de aceptar aquello. Momentos distintos ha habido muchos; cada uno de ellos, supongo. El más distinto, sin embargo, si es que cabe la expresión, fue aquel. No hay duda. Un tiempo de mudanza.

Jamás he recordado ni uno solo de los segundos que dediqué a mi decisión. No tengo ni idea de lo que sucedió, de lo que pasó por mi cerebro, de las reacciones de mi cuerpo ni de los avatares de mi pecho para llegar a hacer lo que hice. Ni siquiera me he preocupado en rescatar memoria alguna, suponiendo que exista, de los huecos de mi tiempo. (…)

Mi tiempo. Así lo llamo. Un tiempo mío en exclusividad. El tiempo de mi mudanza.

No recuerdo nada, no he rescatado nada, no hay ni un ápice de consciencia, ni un mal color, ni una palabra. Nada más allá de lo que escribí en mis libretas. Y, sin embargo, es mi tiempo. Tengo la absoluta seguridad, la profunda brillantez, la más honda de las certidumbres: mi tiempo me cambió.

(…)

Es triste pensar que somos tan limitados, tan finitos, tan racionalmente absurdos, que necesitemos de un susto, de un castigo, de una burla, de un momento distinto, para percatarnos de lo efímero de la existencia, de la finitud insondable que nos hace vivos, de la imprevisibilidad de cada segundo que respiramos.

Navegar de noche, como había hecho tantas veces y como haría después. Y como espero seguir haciendo en el futuro. Clandestinidad y miedo, nervios, premura. ¡Qué ridículo resulta que temamos más al sobresalto que al puro mar en su inmensidad, como si este, por razón de una amenaza humana, perdiera magnitud o peligro! Pobre de mí. Era tan ignorante… Soy tan ignorante…

¿Y volvería a hacerlo? ¡Ja! ¿Y es que no lo estoy haciendo?

Lo dicho; cualquier acción es una rendija a una nueva rutina.

Mi tiempo me regaló todo ello. Ya no gimo. Ya no dudo. Ya no lloro. Simplemente existo.

Extracto de la LIBRETA-X,

escrita tres años después de los acontecimientos a los que hace relación.

14

quella noche me acurruqué junto a Marie, suspirando para que la muerte me alcanzara en aquel instante. Sentía el calor de su cuerpo contra el mío, sus pechos blandos junto a mi cara, sus piernas entrelazadas con las mías, su aliento A en mi pelo… Me giré hasta que las bocas coincidieron y la besé tiernamente, abriendo con mi lengua sus labios hasta que nos fundimos en un jadeo. Luego ascendí por su costado hasta colocarme sobre ella y, quitándome la ropa, le remangué el camisón y le bajé las bragas.

Sus espasmos se unieron a los míos. Entrar en Marie era como respirar nardos en primavera, como ocultarse bajo las mantas en invierno, como romper las olas con la proa, como hacer del otoño un sorbo de café de puchero. Su humedad más íntima recibía mi entusiasmo con un vaivén acostumbrado y hospitalario, hasta que, juntos, alcanzando el punto de gracia, nos rendíamos a nuestros cuerpos y rendíamos el cuerpo del otro.

La besé despacio durante un rato, una vez que salí de su cuerpo. Me quedé dormido en su hueco, arrullado por el susurro sincero de sus palabras al decirme que me quería.

Pero desperté sobresaltado. Tenía una pesadilla: mi padre, como siempre en camiseta, embarcaba en el *Literal*; estábamos en el puerto de San Juan de Luz; se rascaba la barbilla y me obligaba a poner rumbo a España. Teresa iba a morir.

¿Estás bien?, preguntó Marie encendiendo la luz de su mesilla.

La casa de Hendaia era más pequeña que la de Capbreton, pero más nuestra, paradójicamente (otra vez algo paradójico en nuestra vida). A pesar de ser de alquiler, la habíamos decorado a nuestro gusto con muebles y utensilios, como aquellas lamparitas que en la ferretería llamaban *flexos*.

Ha sido una pesadilla, le respondí.

Volvió a apagar. Volvió el silencio. Volvió la oscuridad. Solo su mano envolviendo la mía iluminaba mi desasosiego.

Voy a lavarme, dije, levantándome a ciegas.

Ya en el aseo, me quedé un buen rato examinando al hombre que me

miraba desde el espejo sobre el lavabo. Era un tipo más fuerte, quizá más fornido, que el joven que remontó el Garona en piragua. Incluso más hecho que el de la travesía hasta Dinamarca.

Tenía la barba feraz, aunque entradas en la frente. Los ojos habían perdido la chispa de descaro de la juventud, pero destilaban templanza. Sonreí; sonrió. Me lavé la cara con agua fría y me fui a la cocina, donde me calenté una taza de leche.

Oí los pasos de Marie avanzando por el pasillo, girando en el váter y abriendo el grifo. Después, caminando hacia la cocina, donde me encontró semidesnudo mirando por la ventana. Afuera, Hendaia reposaba como un perro adormilado, con los ojos cerrados pero el instinto alerta. Pronto las primeras luces darían paso a los ruidos del puerto, los obreros, las sirenas, las bocinas de los pesqueros al regresar de su faena, las puertas de la lonja chirriando… Nuestra casa colgaba en el quinto piso de un edificio anodino, probablemente construido cuando el auge de la zona, allá por los años treinta, en aquel tiempo en el que nadie sospechaba que la guerra teñiría de tristeza cada fachada y apagaría cada ventana con un luto por familia.

¿Qué haces?, me preguntó, abrazándome desde atrás. Sabía que me sucedía algo; ella siempre lo sabía. Tenía una magia especial para leer mis gestos, mis silencios. Tal vez en eso radicaba nuestra comunión. Desde que salimos de Dinamarca, no habíamos

dejado de conocernos. En el viaje, en la llegada a Capbreton, en nuestras primeras semanas allí, en los envites de la gente, en los paseos para enseñarle los alrededores, en los bordos con el *Literal*, en las largas tardes en la playa… Y en nuestra huida a Hendaia, conocernos. Y en mis desvelos ante tal o cual reportaje, en mis dudas, en las noches de insomnio delante de la máquina de escribir, siempre conocernos. No dar nada por hecho.

Pienso.

Te ha pasado algo en Biarritz. No me engañas, Gilles. ¿Me lo quieres contar?

Nos sentamos a la mesa después de calentar café. Ambos sabíamos que no volveríamos a la cama. Pronto darían las seis; ella tendría que irse a la conservera y yo debería terminar un par de artículos que tenía a medias, además del trabajo sobre la Betasom. Me tendió las manos y tomó las mías. Aquel gesto me reconfortó.

Le conté la entrevista en el hotel y las palabras del delegado de la

embajada americana, aquel tal Donald Houston, y de cómo tanto sir Henry como el Mayor me instaban a asumir la operación con la gallardía que me caracterizaba.

Pero yo no soy valiente, Marie. La valentía es un cuento chino que se han inventado para enviar jóvenes a la guerra. No existe la valentía. Solo existe la necesidad de sobrevivir. ¿De qué me sirve ser valiente si por serlo acabo muerto?

No respondió nada. Cerró los ojos lentamente, sonrió y apretó mis manos. Le conté cada detalle y cómo se esperaba que fuera yo, solo yo, Gilles Nabarre, el *gurja* de Capbreton, quien condujera a un activista, un mercenario anónimo, desde San Juan de Luz hasta San Sebastián para que pusiera unas cargas explosivas que habrían de hacer saltar por los aires el coche del dictador español cuando bajara desde su residencia, en el palacio de Ayete, hasta la playa de La Concha. Y cómo no me quedaba más remedio que aceptar.

¿Qué significa esa mujer para ti?, preguntó Marie, levantándose y sentándose en mis piernas. Me abrazó. Hundí mi cara en sus pechos y rompí a llorar.

En el dossier que me tendió Donald Houston en la reunión de Biarritz había una fotografía de Teresa y una ficha policial, además de varios folios mecanografiados con información sobre su familia, sus movimientos, sus gustos, sus rutinas… Estaba presa en Zaragoza, acusada de sabotaje, insurrección, comunismo y desafección al Régimen.

Al parecer, la habían detenido en su primera operación, cuando, en compañía de un tal

Lorenzo Llarena y un tal Miguel Beltrán, habían intentado volar en Pamplona un tren de requetés que acudía a una concentración a favor del Movimiento. Sí, detenida; encarcelada. En palabras del americano, en una celda de seguridad y no precisamente bien tratada. Le habían rapado el pelo, la habían cosido a culatazos y la habían arrojado a un calabozo, a la espera de juicio: de la sentencia solo se podía esperar la cadena perpetua o el fusilamiento. “Así se las gasta el régimen del caudillo”, culminó.

Tienes la posibilidad de salvarla, me explicó sir Henry. A cambio, solo te pedimos una noche de navegación. Tú puedes hacerlo. Para ti no tienen secreto estos rincones de la costa. Eres capaz de bajar desde San Juan de Luz con los ojos cerrados. A cambio, los Estados Unidos

moverán sus hilos para liberar a Teresa. La ONU ha reconocido el gobierno de Franco, con el apoyo de Washington. Es lógico. Los yanquis prefieren un dictador afín que una revolución como la que se augura en Cuba. Por eso han apoyado al dictador y han hecho que la ONU lo reconozca; pero también por eso, precisamente, no pueden permitir que el franquismo se radicalice, como de hecho está haciendo, porque la respuesta será el ascenso del comunismo. Si el Caudillo sigue radicalizándose, acabará por dar argumentos a los movimientos marxistas. Se trata de un juego de equilibrios. Acabar con Franco es acabar con una dictadura tan fanática que puede suponer un peligro para la estabilidad de la zona. Es así de sencillo. Participar en esta misión es ayudar al continente… y sacar de la cárcel a Teresa.

Que no se le ocurra desaparecer, Nabarre, amenazó Donald Houston guardando los papeles en el portafolios. Sabemos que tiene una sustanciosa cantidad de dinero en el banco. En concreto, casi todo el monto que sir Henry le pagó por cumplir aquella peripecia en el Garona en el cincuenta y uno, y lo correspondiente a un cheque que recibió en Dunquerque. Por alguna extraña razón, apenas ha tocado esos francos; se ve que no es usted amigo de excesos ni alardes.

Soy ahorrador, le contesté. Comprobé que al Mayor Hasler le extrañaba aquel giro.

Era evidente que no conocía mi austeridad.

Me parece perfecto que lo sea. Le vendrá muy bien porque hemos dado orden de que se le congele esa cuenta hasta que cumpla nuestra misión. Digamos que la banca francesa nos baila el agua, señor mío. Todo el mundo en Europa lo hace. Como comprenderá, el gobierno francés debe muchos favores al gobierno de los Estados Unidos, toda vez que la reconstrucción de su país está en, digamos, manos de intereses americanos. Sería una pena que lo perdiera todo sin haberlo disfrutado. Por el contrario, le ofrezco cuarenta mil dólares libres de impuestos y sin rastro alguno. Cuarenta mil dólares por una noche de navegación. ¿Alguna vez le ha sido tan rentable un paseo en

barco? Y, además, salvará a esa rebelde amiga suya, Teresa. No hay razones para decir que no. Al contrario, digamos que tiene cuarenta mil razones más una para aceptar.

¿Qué significa esa mujer para ti?, repitió Marie cuando le expliqué lo del dinero.

Parecía no haber escuchado la cantidad ni la amenaza de quitarnos los ahorros, sino solo la palabra Teresa, aunque no había atisbo de celos en sus palabras; más bien, una profunda ansia por saber qué pensaba yo.

Teresa ha sido una constante en mi vida. Teresa ha sido uno más entre los chicotes de Capbreton y la única persona que no me dio la espalda cuando volví de Dinamarca contigo. Teresa es una soñadora, está loca y, en ocasiones, no entiendo la mitad de lo que dice. Probablemente Teresa se merece estar en la cárcel por pretender volar un tren de carlistas… Pero no puedo mirar para otro lado. Descubrir su rostro en aquel dossier, saber que la tienen en prisión, tomar conciencia de que controlan cada movimiento suyo… y sentir que está en mi mano que la liberen de la cárcel de Zaragoza…

Sabes lo que tienes que hacer. Eres marino, navega. Tienes el mejor barco de esta costa, navega. Conoces este mar como la palma de tu mano, navega y burla la vigilancia de los franquistas. Lleva a ese hombre a San Sebastián, salva a Teresa.

Lo haré, pero sin cobrar el dinero.

Lo harás y cobrarás ese dinero.

Será un dinero sucio.

¿Es que hay dinero limpio?

15

an Juan de Luz tenía las contraventanas de madera rojas, verdes, azules, marrones; las fachadas, blancas; los balcones con flores y banderas. Un puerto coqueto, una iglesia vieja, un astillero herrumbroso y un quiosco de hierro completaban la S postal, junto a los brillos tintineando en la superficie del mar, como si miles de espejos hubieran sido colocados aleatoriamente para engalanar la bahía. Atraqué el *Literal* y seguí las instrucciones. El procedimiento, de puro sencillo, era sofisticado: recibí una carta en casa con membrete de Marsella. En el interior, un ejemplar de *Ancre*, publicación falsa que habían ideado para aquel fin, con una separata en la que se especificaba que un tal Robert Bateau se pondría en contacto conmigo para,

supuestamente, encargarme un artículo. Una semana después, Bateau me citaba en Baiona con el pretexto de dicho encargo. Nada levantaría sospechas.

Nos vimos en un café concurrido, se presentó como redactor llegado desde Lyon, donde supuestamente *Ancre* tenía la sede, aunque, explicó, se centrara en reportajes sobre el puerto de Marsella. Todo muy confuso, todo muy fingido; por lo tanto, veraz.

Sin tomar nada, me agarró del brazo y salimos a la calle, hasta alcanzar un descampado al otro lado del Pont Saint-Esprit.

Acudirá a San Juan de Luz, me dijo con tono amable aunque firme, casi castrense.

No le tengo que explicar que ha de acudir solo, por supuesto. Deje su barco en el dique y vaya a esta dirección, continuó, escurriendo una cartulina de su mano a la mía. Se trata de un piso franco. Preséntese con nombre falso. Nos da igual cuál vaya a utilizar.

Recuerde no llevar encima documentación suya ni nada que le identifique.

¿Y el barco?

Habrá de cambiarle el nombre.

Eso nunca. Es el nombre que le puso mi padre...

Amigo, dijo Bateau, no me sea cenizo. Como si se lo puso el mismísimo Franklin Delano Roosevelt. No utilice nada que pueda delatarlo. Es más, debería modificar el aspecto del velero. No sé... de eso entiende más usted... Píntelo, haga cambios...

Ya veré.

En el piso franco, la consigna será la siguiente: preséntese con el nombre que elija y diga que va a hacer una noche perfecta para pescar lubinas. Si todo va como esperamos, le dirán que, en efecto, es la noche perfecta para ello. Si hay algún problema, le dirán que no, que se avecina un temporal. En ese caso, desaparezca de allí cuanto antes.

¿Y qué podría salir mal?, pregunté.

Mil cosas. Que nuestro hombre no haya podido llegar, que el operativo se suspenda, un cambio de fecha... Desde arriba mandan, amigo. Nosotros solo somos parte del engranaje.

Lo recordaré.

De todas formas, se carcajeó, si la cosa se tuerce mucho, es posible que, en cuanto se presente en el piso, le peguen un tiro en la frente. O, peor, que le apresen y le torturen hasta cantar. En ese caso, recuerde: la reunión en Biarritz nunca tuvo lugar. Por supuesto, ni yo me llamo Robert Bateau ni Donald Houston es Donald Houston. El gobierno de los Estados Unidos no tiene nada que ver con todo esto.

¿Y sir Henry? ¿Y el Mayor Hasler?

Nunca he oído esos nombres.

Dígame otra cosa, carraspeé mirando alrededor; era evidente que no había nadie, pero el arcano instinto de supervivencia me hizo cerciorarme. Dígame... ¿quién es el tipo al que debo trasladar hasta San Sebastián?

Querido amigo mío, respondió golpeándome en el hombro, eso no lo sabe nadie. Ni siquiera los mandamases lo sabrán. Es lo de menos. Hasta puede ser un comunista del otro lado del telón de acero, un estalinista tan convencido de que hay que matar al dictador español como lo estamos nosotros. O un anarquista. O un nazi reconvertido en mercenario, de los muchos que la CIA ha adoptado como agentes para operaciones encubiertas por Europa. O un romántico de la libertad, antiguo militante de la Resistencia francesa. O un maquis. O un independentista vasco. Cualquiera, Gilles.

Cualquiera puede ser. No se preocupe por eso. Además, cuanto menos sepa, mejor.

Acuda a San Juan de Luz, salga a pescar lubinas y que Dios o el diablo, reparta suerte.

Todo el mundo quiere acabar con Franco. ¡Hasta los falangistas, que piensan que el muy cretino se quitó de en medio a Mola y a Sanjurjo para quedarse él al mando! ¿Ha oído hablar de Emilio Mola Vidal? Era nuestro hombre. Pena que la cosa se torciera y España cayera en manos de este neomasón y ultracatólico. En fin, lo dicho: guardar prudencia y confiar en la suerte. Es todo cuanto podemos hacer.

Llegué a la dirección escrita en la cartulina. Era el siete de agosto de mil novecientos cincuenta y siete. Franco llevaba más de quince veranos pasando la temporada estival en el palacio de Ayete, en la colina del mismo nombre, sobre la apacible San Sebastián.

Y yo, con veinticinco años, iba a hacer historia golpeando la puerta en la que anunciaría que aquella sería una noche perfecta para pescar lubinas. No sabía cómo mi vida y el destino de España iban a depender de mi navegación. Tampoco, lo que sucedería con Teresa ni lo que supondría para Marie que me enrolara en aquella operación clandestina.

El portal lucía sobre el dintel una *eguzkilore*, esa planta protectora en forma de sol o de estrella que en los caseríos de montaña colocan los vascos para ahuyentar a las

brujas. Sonreí al pensar que aquello no pegaba mucho en una casa con vistas al puerto y que, tal vez, los de la CIA lo habían mandado poner para hacerse pasar por autóctonos.

O no, o simplemente el adorno venía con el alquiler, sin más concesiones a la estética que las obligadas. No en vano se trataba de un piso franco.

El descansillo era sombrío y lúgubre, con baldosas desconchadas y escaleras de madera vencidas por el tiempo, sin barniz ya, abombadas. El pasamanos brillaba de viejo y una lamparilla mostaza iluminaba apenas el breve espacio entre los peldaños y la puerta. Oí ruidos varios pisos más arriba, tal vez una discusión en alguna vivienda o, simplemente, niños jugando en tropel.

Piqué. No oí respuesta. Reconozco que me temblaban las piernas. De repente, recordé las palabras de Bateau cuando me previno y me dijo

que, si la cosa se había ido al traste, abrirían y me pegarían un tiro. Sin embargo, no me amilané. Y no por valiente, que no lo era, sino por comodidad. Escapar, ponerme alerta, desaparecer de allí, intentar averiguar qué sucedía al otro lado del umbral era un esfuerzo mayor que el de esperar pacientemente a mi destino.

Buenos días.

Me sorprendió que quien me abriera fuera ella. Mucho más, su aspecto. En primer lugar, porque me había hecho la idea de que me recibiría el agente al que trasladaría. En segundo lugar, porque su aspecto era exquisito, fuera de todo estereotipo de espía o saboteadora.

Sabía que aceptarías.

Charlotte…

Shhh, me dijo poniéndome un dedo en la mano. Aquí soy Susanne Vila.

Me quedé sin palabras. Estaba estupenda, rejuvenecida. Llevaba el pelo corto, tal vez más claro que cuando la conocí hacía cuatro años de la mano de George Costa en mi aventura del *National Geographic*. Usaba gafas con montura terminada en punta, como de secretaria, aunque elegantes y finas; me recordó a una de esas actrices elegantes de Hollywood que veía con Marie en el *Cinéma Impérial* de Hendaia. Me hizo pasar y que la siguiera por un angosto pasillo hasta una salita insulsa, fría. Por el camino aprecié sus tobillos estrechos, su culo redondo y su cuello perfecto.

Tomamos asiento en dos butacas desvencijadas, frente a frente. Ella, cruzando las piernas sin que le importara arrugar su pantalón blanco; yo, incómodo y ansioso. Sacó

un pintalabios de un bolso que había sobre una mesita auxiliar y se retocó el carmín.

Paradójicamente, aquel gesto coqueto, en lugar de acercarme al deseo me apartó de él.

A punto estuve de levantarme y marcharme. Había navegado con un *Literal* rebautizado al que le había mudado el aspecto, ocultando la lumbrera con una lona, al que le había cosido parches en las velas, le había pintado de verde los pasamanos de cubierta y le había colocado aparejos de pesca. No estaba dispuesto a marear la perdiz.

Así que fui al grano y le pregunté qué significaba aquello. Y como si esperara la respuesta, miró su reloj de pulsera, esbozó un fastidio y me relató su peripecia desde que la viuda de George Costa la despidiera. Se había colocado en la embajada de Estados Unidos, aprovechando su don de lenguas y sus contactos, y entró en la órbita del Mayor Hasler gracias a nuestro común amigo sir Henry Amberley.

La idea de contar contigo fue mía, me confesó.

Sin embargo, lejos de adularme, aquello me turbaba. ¿Por qué no se me dijo nada de ella en la reunión de Biarritz? No me sentía seguro. Comencé a sudar frío y a comprender que había gato encerrado, como siempre que aparecía Charlotte, Susanne Vila.

Tu paquete llegará en breve.

Entonces tuve un fogonazo de realizad, tragué saliva y pronuncié la consigna que me enseñó Bateau en Baiona. Dije lo de la pesca de la lubina, entendiendo que debía hacerlo y que, sobre todo, podía servir para adivinar si Charlotte era o no de fiar. Su carcajada me desorientó.

Este Bateau es incorregible. Y seguro que te metió miedo y te dijo que igual te recibían con un balazo en la cabeza. ¡El muy fantoche! Le encanta atemorizar a la gente, sobre todo a los primerizos. Estate tranquilo, Gilles. Lo de las lubinas es una estupidez.

Él se refiere a los novatos con ese calificativo. Dice que han captado un lubina; es su manera de decir que han captado un novato. No le hagas ni caso.

Respiré aliviado, aunque me invadió una sensación de tonto. Una vez más. Tonto.

Más tonto que hecho de encargo. Buena persona, pero tonto. Por un segundo, me encontré en la oficina de reclutamiento, escuchando que el ejército no necesitaba tontos como yo.

Hablamos con más silencios que palabras. En un par de ocasiones, me pareció que Charlotte flirteaba conmigo, pero descarté la idea, pese a que seguía siendo una mujer

impresionante. Ni era el momento ni era el lugar, aunque para la piel siempre hay momento y cualquier lugar es bueno.

Y estás casado…

A decir verdad, no. Algún día nos casaremos.

¡Uy, Gilles! Gilles, el intrépido. Alma aventurera y sin ataduras, ¿eh? Un *gurja* auténtico.

Comimos unos bocadillos de carne que ella trajo de la cocina. Me resultó grotesco verla engullir el pan, rociarse de migas y sonreír satisfecha. Era evidente que tenía hambre. Bebimos agua. Me empezaba a parecer todo muy chusco, quizá porque yo había calculado que la cosa del espionaje se revestía de más misterio y tensión.

Por fin, alguien abrió la puerta de la calle. Los dos nos sobresaltamos. Unos pasos de hombre recorrieron el pasillo y nos sorprendieron en la salita. Charlotte se levantó y acudió a su encuentro; se saludaron con un apretón de manos, gesto que el recién llegado repitió conmigo.

Él te llevará. Puedes llamarle Gilles, aunque de sobra sabes que no es su nombre auténtico.

Reí la ocurrencia y dije que zarparíamos en dos horas.

El hombre era bajo aunque fibroso, con la camisa remangada hasta más arriba de los codos y unos antebrazos morenos y velludos, como de levantador de pesas. Tenía un tórax manifiestamente fuerte, visible a través de los botones desabrochados, con una cadena que le colgaba y se enredaba en la maraña negra de pelo del pecho. Su rostro era hostil, distante, quizá en alerta, con unas cejas pobladas y oscuras y unos ojos esquivos, barba de tres días y nariz chata. Luego resultaría que era cordial aunque de pocas palabras, pero la primera impresión fue la de un frío y siniestro soldado del Este, de esos capaces de cortar los dedos de sus prisioneros uno a uno. Dijo llamarse Diego y ser de un pueblo de Guipúzcoa, aunque seguramente me mintió, como todos en aquel tinglado. Lo que resultaba evidente era que se trataba de un hombre vasco, con acento vasco y mirada vasca.

Zarpé de San Juan de Luz con los últimos destellos de sol, desde los diques de Larraldenia, desfilando hasta alcanzar la rada y salir por el faro de Socoa, junto al fuerte. Allí nos recibió un mar de fondo hermoso e inmenso, negro, inconmensurable.

Antes de salir de la bocana de San Juan de Luz ya estaba mareado y para cuando

doblamos el Fort de Socoa, mi tripulante sintió las primeras arcadas. Oscurecía sobre la línea del horizonte.

Decidí mantener un rumbo fijo, con los necesarios ajustes para aprovechar un beneficioso viento de nordeste que me ayudaba a mantener el barco cerca de los seis nudos. Fue una travesía cómoda en las primeras millas, toda vez que Diego vomitara por la borda y se tumbara esperando a que aquel cáliz pasara. Había subido a bordo dos petates de aspecto militar y una caja de madera perfectamente sellada con remaches metálicos. Intuí que en aquellos bultos estarían las cargas explosivas que iba a colocar para que Franco volara por los aires, pero no me atreví a preguntar nada. Desconocía si iría a ocultar minas en la carretera que unía Ayete y la playa o si colocaría dinamita accionada con cable o si, puestos a imaginar, escondería algún tipo de novedosa arma diseñada por los servicios secretos americanos.

Cuando volví a variar el rumbo, situados en la negrura frente a lo que la carta de navegación me decía que sería la entrada a Pasajes de San Juan, sucedió algo inesperado, algo con lo que no contábamos.

¿Oyes eso?, dije en voz baja.

El sonido del velamen, el escándalo de las drizas y el estruendo de las olas contra el casco lo ocupaban todo, pese a lo que me pareció escuchar un motor. Era apenas audible, casi más una intuición que una certeza. Hasta que fue evidente. Busqué rápidamente mis prismáticos, que los tenía a mano, y me los eché a los ojos atropelladamente. Escudriñé la oscuridad intentando dar con alguna pista, una luz, un destello... Resultaba ridículo buscar con prismáticos en mitad de la noche. No se trataba de un pesquero; ellos producen un ronquido grave y cadencioso, además de que son visibles desde lejos por sus potentes focos. Tampoco un avión: llevaba demasiado tiempo escuchándose y sonaba allí mismo, en el mar, a menos de una milla de nosotros.

Diego, vamos a arriarlo todo. ¡Ayúdame!

Pero Diego apenas era persona, mareado y aturdido. Se tambaleaba por cubierta y hasta temí que cayera al agua. Obedeció con más voluntad que acierto.

No grites. No hables. Tenemos un barco cerca, una lancha. Tal vez sea una patrullera. He quitado las velas para que no metan ruido. Puede que así pasen de largo.

Puede que no nos vean. Cuando dejemos de oír el sonido de su motor, volveremos a izarlas.

Nos detuvimos. El falso silencio de nuestro barco contrastaba con el

arrullo del mar y el rugido del motor. Comencé a preocuparme de verdad. Por la intensidad del ruido, deberíamos estar viendo luces. Si las llevaban apagadas, tal vez se debiera a que querían sorprendernos. Si no, ¿qué sentido tenía que fueran sin iluminación? ¿Qué otro motivo había sino el de no ser descubiertos? Iban en nuestra caza, seguro. Lo entendí claramente. Y encima nos sorprenderían con el balandro al pairo, sin velas, sin capacidad de huir.

Mierda, musité.

Y entonces sucedió. El sonido del motor se nos echó encima en el mismo instante en el que encendían un potente reflector que nos alcanzó de lleno. Aquel disparo de luz lo inundó todo, tiñó de blanco nuestra cubierta y me sorprendió con cara de pavor. Y no era para menos: llevaba conmigo una bomba y a un fanático con intención de utilizarla contra Franco.

16

Esta noche he pasado miedo. Un miedo atroz. (…) Y he concluido que, quizá, el miedo ha sido la emoción más habitual a lo largo de mi vida. No la valentía, no el descaro, no la prudencia ni la repulsa. No el odio. Ni la duda, pese a que jamás he sido tan decidido como el resto ha podido pensar. Decidido es Karl. Y Marie. Marie es una mujer decidida; decidió unirse a mí, abandonar Dinamarca, venirse, acompañarme, hacer de su destino uno con el mío. ¡Eso es decisión! Decisión no es saltar al mar desde el dique de la fortaleza, a seis metros, como hacen los mocosos del pueblo. Un respiro, un salto y ya está. No. Decisión es optar y mantener la opción. Eso es decisión. Eso es valentía.

Pero ni lo uno ni lo otro me han identificado, siempre ha sido el miedo. Tampoco el miedo puntual. Más bien el miedo constante, ese que cae sobre los hombros y lo impregna todo.

(…)

Miedo atroz. Esta noche he pasado un miedo atroz. Nunca cuando me enfrento al mar, probablemente porque sé que frente a él la lucha jamás será de igual a igual. ¿Para qué temer al mar si el mar, con un requiebro, un soplo, un arremangarse las ganas, nos puede hacer sucumbir antes siquiera de ser conscientes de que lo hacemos?

Esta noche he pensado que llegaba el final. Esa luz, ese fogonazo. Y sonrío. ¡Qué estúpida es la muerte, que siempre nos asalta de maneras estúpidas!

Extracto de la LIBRETA-6.

En el pie de página hay escrita una palabra: lubina, rodeada por varios círculos.

17

legué a casa agotado. Marie no estaba: eran las doce del mediodía. Ella estaría tecleando en la conservera, afanada sobre su máquina, seguro que pensando en mí. Me había instado a cumplir la misión, probablemente porque sabía que yo L necesitaba hacerlo. No en vano, siempre me apoyaba. Daba igual lo que propusiera o lo que me rondara la cabeza. Si quería comenzar un nuevo reportaje, si quería cerrar relaciones con un periódico o intentar escribir en otro, si quería navegar en solitario o prefería pasar las horas muertas en el *Literal*, amarrado a puerto, vagando por mis pensamientos, siempre me apoyaba. Si decidía rasurarme la barba o dejarme crecer bigote; si le decía que me apetecía ir al cine o proponía marcharnos de excursión a Baiona, su apoyo era incondicional, de los que no precisan palabras. Un gesto, una sonrisa, una frase a lo sumo y la decisión estaba tomada. Como cuando dijo que nos mudábamos de Capbreton a Hendaia o cuando concluí que ya no quería seguir escribiendo para el padre Jean o como cuando pusimos sobre la mesa las ventajas e inconvenientes de mezclarme con sir Henry, el Mayor Hasler y el siniestro Donald Houston.

Tomé una ducha y me eché en la cama. Cuando desperté, comprobé que se me había ido el tiempo: llevaba dos horas dormido, rendido sobre la colcha. Recogí las cosas y aguardé a que ella regresara.

Sí, agotado. Habíamos llegado a San Sebastián con las primeras luces, más tarde de lo esperado pero mucho más fácilmente de lo previsto. Nos demoró mucho el encontronazo con los de la lancha. Lo que al principio temí que fuera una patrullera, resultó ser una barca fuera-borda que nos asustó inmisericorde en mitad de la negrura del Cantábrico. Pasé un miedo atroz. La ocupaban tres hombres, rudos marinos malencarados que se dirigieron a nosotros en vascuence con palabras ininteligibles, incluso para Diego. No llevaban armas, pero sus amenazas eran evidentes. Desde su banda de estribor, me gritaron luego en castellano que a ver por qué no llevábamos luces y que a ver cuál era la razón por la que teníamos desaparejado el barco. No supe mentir. Les contesté que habíamos oído el motor y que habíamos temido que fueran la

Guardia Civil o el Ejército. Se carcajearon. Hablaron entre sí algo que no pude oír y luego, colocando las manos a modo de bocina alrededor de la boca, uno de ellos me explicó que bastante tenían los carabineros con vigilar los pasos fronterizos, que el mar era muy grande para ellos,

provenientes todos de Andalucía y Extremadura, y que jamás salían a alta mar y menos de noche. Se carcajearon.

Y de la Marina, olvídate, me explicaron gritando. Cuando está el caudillo en San Sebastián andan más pendientes de vigilar La Concha y de desfilar con sus uniformes que de controlar la costa. Por eso aprovechamos para nuestros encarguitos.

¿Comprendes? Cuando viene Franco a Ayete, el contrabando en el mar es más fácil.

Sonreí mientras veía por el rabillo del ojo que Diego atendía la conversación con rostro atento, a medio camino entre el mareo y el ansia.

¿A quién llevas ahí?, preguntó otro, el más mayor, quitándose el gorro de recia lana que le cubría la cabeza como una media naranja. ¿Pasando gente? ¿O qué andamos?

No supe qué contestar. El miedo me había paralizado. Los seres humanos me paralizan más que las inclemencias del tiempo, las olas o los vientos. Por fortuna, apareció Diego y saludó. Era evidente que aparentaba tranquilidad. Levantó la mano y dijo que íbamos a San Sebastián a ver si volábamos a Franco. Creí desmayarme. ¿Cómo se le ocurría a aquel insensato decir la verdad? ¿Es que se había vuelto loco? ¿Y si eran militares camuflados? ¿Y si se trataba de una trampa?

Los de la motora se miraron, mantuvieron el silencio unos segundos y estallaron en una carcajada, comentando en su lengua algo que nuevamente no comprendí. A continuación, se despidieron y nos desearon suerte, reemprendiendo ellos su rumbo y nosotros volviendo a izar la mayor y el génova.

¿Por qué les has dicho eso?

Porque nadie se lo va a creer.

El monte Ulía quedó a babor cuando navegamos en paralelo a la Zurriola, hasta alcanzar la desembocadura del río Urumea. Allí tuve que variar el rumbo y abrirme unos grados, para circundar la colina de Urgull antes de que la bahía se abriera a nosotros. Comenzaba a amanecer.

Según lo previsto, te dejaré en la parte trasera de la isla de Santa Clara. Hay un pequeño embarcadero en el que podré echar un cabo.

Pero no era así. Aquella orilla era un murallón de piedra en el que me resultaría imposible atracar, por lo que hube de bordearla hasta el dique, descaradamente hospitalario frente a la playa de La Concha, a mi parecer demasiado expuesto. Además, en él había amarrada una embarcación militar. Me pareció peligroso.

No lo veo claro, le expliqué.

Las instrucciones dicen que me dejes aquí. Quiero bajarme de este maldito barco ya.

Creo que la cabeza y la tripa me van a estallar.

No le hice caso. Después de haber navegado durante toda una noche sin incidencias ni complicaciones con las patrulleras de aduana, me parecía un suicidio meterme en la boca del lobo. Así que di un golpe de timón y puse proa al puerto pesquero.

¿Qué haces? ¡Tienes que dejarme en Santa Clara!

No voy a hacerlo. Está infestada de soldados. ¿Es que quieres que nos detengan en el último momento? Te dejo en el puerto de pescadores de San Sebastián y se acabó.

¡Que no! ¡Vuelve a Santa Clara!

¡Y una mierda!

Te ordeno que vuelvas a la isla. Pon este barco de vuelta y déjame en la puta isla de Santa Clara.

No voy a hacerlo, repetí.

¿Es que no me oyes? ¡Es una orden, imbécil!

Mira, Diego, o como te llames. No voy a meter al *Literal* en un callejón sin salida.

Atracaré en el puerto pesquero y tú te buscas la vida. En el plan no se hablaba nada de que en la isla de Santa Clara hubiera militares.

¡Eres tonto, francés! ¡Tonto de pelotas! Entonces sacó una pistola de sus riñones y me apuntó directamente a la cara, a menos de dos metros. Da la vuelta, dijo. Da la vuelta y déjate de chorradas. ¡Pon rumbo a Santa Clara! Me bajaré en la isla. Ya sabemos que hay militares, imbécil. Son ellos los que van a ayudarnos. Las cargas explosivas son para ellos, subnormal. Son para el ejército español. Son

ellos los que van a acabar con Franco.

Pero ¿qué me estás contando? ¡No te creo!

¡Que des la vuelta! ¡Que des la vuelta o te pego un tiro aquí mismo, tonto del culo!

¡Deja de llamarme tonto! ¡Deja de llamarme tonto o la tenemos!

¿Pero es que no ves que te estoy apuntando con una pistola?

¿Y tú no ves que si alcanzamos Santa Clara nos van a sorprender los militares?

¡Pero que te lo estoy diciendo, subnormal! Son ellos los que van a ayudarnos. ¿O es que piensas tú que van a atentar contra el jefe del estado usando bombas españolas?

Hay que matar a Franco, dijo guardando la pistola y calmando el tono de voz, y que parezca que han sido los rojos. Hay algunos militares que están hartos de Franco porque entienden que no va a tener el arrojo suficiente para mantener España a raya.

Los explosivos son para estos, atontado. El ejército se quita de en medio a Franco, que es un hombre mediocre y, de paso, culpa a los comunistas porque las bombas son rusas.

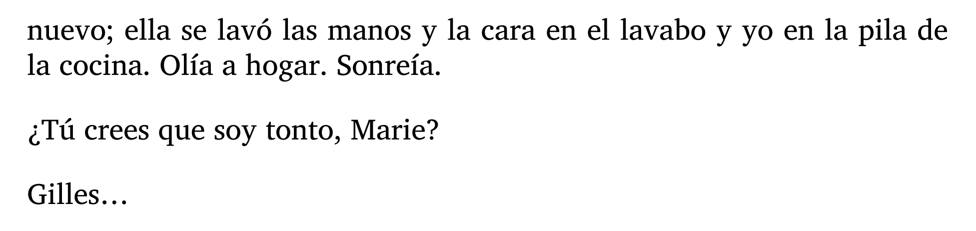
Y los americanos, felices porque eliminan a un fascista que se ha pasado de rosca y, de paso, se lo pueden achacar al comunismo. Un golpe perfecto. Así que no la jodas y pon rumbo a la isla.

Cuando llegó Marie, salí a recibirla a las escaleras. La había visto por la ventana, así que bajé a su encuentro. Nos fundimos en un abrazo. Solo habían sido tres días, pero parecía que yo regresaba de la guerra. Me besó en cada descansillo y, para cuando llegamos a casa, me estaba quitando la camisa y yo a ella la blusa.

Hicimos el amor en el vestíbulo, sin importarnos lo que nos llevábamos por delante.

De pie primero, después sentada ella en el taquillón, con las piernas abiertas apresándome para que la penetrara con más ahínco, yo de puntillas, logrando ese ángulo perfecto que hizo que en cinco minutos estuviéramos los dos envueltos en sudores y sonrisas.

No le conté mucho. Solo que había ido todo bien. Nos vestimos de



nuevo; ella se lavó las manos y la cara en el lavabo y yo en la pila de la cocina. Olía a hogar. Sonreía.

¿Tú crees que soy tonto, Marie?

Gilles…

¿Sí?

Te quiero.

¿Pero crees que soy tonto?

Gilles, te quiero. ¿Tú crees que lo eres?

Yo creo que no.

Entonces no le des más vueltas.

Marie…

Dime.

Yo también te quiero.

Entonces no le des más vueltas y bésame.

18

n año después de aquella aventura, yo era un hombre tranquilo, escritor de reportajes por encargo y profesor a tiempo parcial en una de las habitaciones de nuestra casa. Impartía lecciones de francés a hijos de exiliados que se habían U instalado en Hendaia huyendo del franquismo, como si escapar unos kilómetros frontera adentro bastara para dejar atrás el drama de una dictadura. Con ellos repasaba verbos, frases hechas, listas de palabras de uso común… No me entusiasmaba aquel trabajo, pero me hacía sentirme ocupado. Para ello, Marie y yo acondicionamos el cuarto cercano al vestíbulo, adquirimos una mesa cuadrada, sillas, una estantería que pronto estuvo llena de libros, lamparitas de pie y, en un rincón, dos butacas pequeñas que usaba para mis ratos de conversación. Confieso que aprendí yo más castellano que francés mis alumnos.

Realmente, no se trataba de una cuestión de ingresos. Nuestros ahorros seguían intactos, viviendo con el sueldo de Marie y con los honorarios que me pagaban por mis reportajes. Lo de las clases, lo metíamos en un tarro y lo gastábamos en viajes domésticos, en cenas románticas o flores para la casa. Fue una época feliz; o, al menos, tranquila.

Tras mi viaje con Diego, permanecí todo el verano atento a las noticias, sin saber muy bien si quería o no quería que el atentado fuera un éxito. Cuando supe que Franco volvía a su residencia de El Pardo, en Madrid, deduje que, por algún motivo que probablemente nunca conocería, el magnicidio había fracasado o se había suspendido.

Ni Charlotte ni Donald Houston ni nadie se volvió a poner en contacto conmigo. Lo esperaba, pero no tuve noticia alguna, salvo un ingreso en mi cuenta que fue a sumarse al dinero que teníamos acumulado.

Algún día habrá que hacer algo con todo ese dineral, Gilles.

¿A qué te refieres?

A que deberíamos pensar en moverlo, en invertir, en repartirlo en cuentas o en comprar bonos. No lo sé. En la conservera hablan de la salida de la crisis. Parece que vienen buenos tiempos. Antes de que llegue la nueva década habrá cambios, y los listos se beneficiarán.

Todavía faltan dos años para eso. Además, no sé si tú y yo somos muy

listos…, musité, levantando la mirada de mi máquina de escribir y sonriéndola.

Seguía siendo maravillosa, exquisita. Seguía emocionándome. Seguía confiando en sus brazos para relajarme y en sus gestos para reconfortarme. Era más fogosa que cariñosa, más eficaz que entrañable, más exótica que hermosa, pero a mí su manera de tratarme se me antojaba el culmen del cariño de la más hermosa mujer del mundo. Y

punto.

A veces me sorprendía a mí mismo recordando a Charlotte con una mezcla de emociones que hacían de mi pensamiento un torrente agridulce. Tan pronto la imaginaba haciéndome el amor como cuando preparábamos la expedición con el difunto George Costa, como la veía fríamente sentada en el sillón del piso franco de San Juan de Luz, representando ser Susanne Vila. Supongo que a veces los hombres somos así de básicos, y nos recreamos en ideas absurdas, quizá, por no atender a la realidad.

De Teresa tampoco supe nada durante meses. Ni siquiera imaginaba a quién preguntar para obtener noticias suyas. Intenté localizar a sir Henry, mi único eslabón con toda esa vida mía clandestina y novelesca, pero no di con él. En el hotel de Biarritz no supieron o no quisieron darme referencias y, pese a que dejé mi tarjeta con el recado de que se la hicieran llegar si volvía a alojarse allí, no tuve respuesta.

Pasaba el tiempo.

Escribí a conocidos de Lyon y París, periodistas con los que había coincidido a raíz de reportajes míos, preguntándoles cómo localizar a personas represaliadas por el franquismo, pero no me contestaron sino vaguedades, tal vez porque, en efecto, los mecanismos de la dictadura eran imprevisibles y caóticos. Temí que, puesto que no se

había llevado a cabo el atentado en Ayete, Donald Houston y los suyos no hubieran cumplido su parte del trato, y que la pobre Teresa siguiera encarcelada, cuando no juzgada y condenada al garrote vil. También temí que, liberada, hubiera huido de España, tal vez a Cuba, donde se decía que iba a prepararse una revolución desde Sierra Maestra, o a Moscú, donde se recibía de buen grado a los combatientes contra el fascismo.

La respuesta me llegó el día que volvía de Capbreton, de hablar con Marceline.

Marceline seguía estando presente en mi vida. No como Charlotte, quien ocupaba mis más turbios y conspicuos pensamientos. Tampoco como Marie, que recomponía mis grietas y hacía de mi paisaje diario un lugar habitable, sino como el constante asunto pendiente que debía abordar. Creo que durante todo aquel tiempo no hubo un solo día que no me preguntara cómo había sido capaz de consentir que desapareciera de mi lado, por qué no le había contestado a su carta de despedida y, sobre todo, qué sería de su existencia en el pueblo.

Por eso, en un afán por reordenar mis sentimientos, decidí volver a Capbreton. Pedí a Marie que lo hiciera conmigo, que me acompañara; sería una visita en el día, un ir y venir, lo suficiente para ver cómo seguía todo por allí y enterrar mis fantasmas definitivamente. Sin embargo, me dijo que fuera yo solo. Que yendo solo podría enterrarlos de verdad. Marie me conocía bien.

Por entonces yo ya conducía. Había obtenido el permiso en la escuela de Françoise Mommet y me había comprado un Citröen-DS de segunda mano, de tan solo dos años, flamante y extravagante. Le llamaban *Tiburón* y se escapaba de la ortodoxia con su morro afilado y su suspensión variable. A mí me gustaba por aquel enorme volante y por los detalles de su interior, tan exóticos. Lo usaba para ir a Biarritz los jueves, para bajar a la playa de la Bahía du Figuier y para hacer excursiones con Marie en las tardes soleadas de primavera, ahora a Baiona, ahora a San Juan de Pie de Puerto. Aquella mañana, cuando ella se marchó a la conservera, conduje hasta Capbreton despacio, con el codo saliendo por la ventanilla y la vista puesta en la carretera. No tenía prisa, solo nervios. Pensé que habría sido mejor ir en el *Literal,* aunque hubiera tardado más, porque las distancias en barco ayudan a templar el ansia.

Descubrí un Capbreton sin demasiados cambios, salvo alguna casa recién construida en la entrada y un nuevo parque cerca de la iglesia. Habían canalizado parte del río y por doquier se veían bancos y farolas, tiendas con carteles de letras rojas y flores en las ventanas. Sin embargo, la esencia seguía allí, en especial, en el puerto. Me sentí como un intruso que profanaba un viejo templo. Temí encontrarme con alguien que me

reconociera, pero, por fortuna, no fue así. Vi barcos modernos, pesqueros más grandes, muchos coches, camiones en la lonja de pescado, una fachada remozada en el edificio de la taberna…

Aparqué en batería cerca de la mercería, convertida en una tienda que se anunciaba como Galerías Liberté, y vagué por las calles hasta la

casa de mis padres, mi casa. La observé primero por fuera, a continuación entré en el portal. Olía a humedad. El buzón estaba desvencijado, casi desclavado de la pared, y tenía la portezuela abierta; estaba repleto; decidí no cogerlos. Luego subí las escaleras y alcancé la puerta de la vivienda.

No dejaba de ser grotesco que no pudiera entrar; había perdido las llaves y no se me ocurría la manera de forzar la puerta. No sabía qué hacer.

Si quieres, entra. La puerta no se puede cerrar con llave, está descuadrada. Basta con que la empujes y cederá.

Me giré. La voz me resultaba familiar. Cuando la vi en el descansillo, a mis espaldas, sentí que me derrumbaba.

¡Teresa!

Deberías entrar, *gurja*. Al fin y al cabo, es tu casa.

Mi relato duele, Gilles. No pararé en detalles; todo lo horrible que imagines tú que puede ser una dictadura se queda corto comparado con lo que realmente es. Cuando me marché de aquí para colaborar en la lucha contra Franco, no me imaginaba que todo acabaría siendo tan extremo. Nadie se ponía de acuerdo en nada; todos querían dar la puntilla al Régimen pero era imposible unificar criterios o aunar esfuerzos: nacionalistas, comunistas de todo tipo, anarquistas de distintas facciones, republicanos y monárquicos, americanos y rusos… piensa que hasta falangistas insatisfechos y militares descontentos han querido acabar con él, y no ha habido manera.

Yo me inserté en una célula activista, pero duramos poco. Éramos torpes, ignorantes e inexpertos. Nos creíamos héroes y pecamos de ingenuos. Admirábamos a los profesionales de lo clandestino, pero cometimos tantos errores que, antes siquiera de que empezáramos a actuar, ya nos tenían fichados. Organizamos un atentado a un tren de jóvenes carlistas. Me detuvieron. Fue todo un desastre, Gilles. Recibí tantas palizas que empecé a pensar que estar muerta era mejor que continuar en aquel calabozo inmundo. Me sacaban del cuchitril cada poco, me trasladaban a una especie de enfermería y allí cuatro o cinco hombres de paisano me sacudían con las culatas de las pistolas, entre gritos, amenazándome con volarme la cabeza o violarme o meterme en

una fosa común y rociarme con cal viva antes de que dejara de respirar. Estuve fatal. Me saltaron varios dientes, me rompieron las

costillas, me abrieron brechas en la cara y bajo el pelo, hasta que me rasuraron, me lavaron a manguerazos, me curaron las heridas y me llevaron delante de un tribunal militar que dictó que entraría en prisión hasta la celebración del juicio. He de confesarte que he intentado borrar de mi memoria todas aquellas imágenes, pero no he podido. No he podido, Gilles, porque el dolor de mis huesos, de mis tendones, de mis nervios, era tan fuerte que se ha quedado conmigo para siempre.

Nos llevaron a Zaragoza en un camión del ejército, esposadas de dos en dos.

Algunas lloraban; otras mantenían la vista altiva. Todas teníamos el cráneo al cero, magulladuras de las palizas y chorretes de llanto en las mejillas, pero algunas sobrevivían al desánimo mejor que otras. Cuando alguien preguntaba qué iban a hacer con nosotras, uno de los soldados que nos custodiaba ordenaba callar. Fue un viaje horrible. ¿Sabes qué me hizo mantener la esperanza? Acordarme de Capbreton, de las tardes jugando en el puerto, cuando éramos niños; las escapadas en barca, las aventuras entre las olas… Empecé a ansiar el mar, como si su solo recuerdo fuera ya un atisbo de libertad.

Por eso he vuelto. Me liberaron una noche sin ninguna explicación. Abrieron la celda, pronunciaron mi nombre y me sacaron. No entendía nada, por supuesto. Ni a qué se refería con lo de amiguitos, ni por qué me ponían en libertad. Un coche esperaba en el descampado frente a la puerta. Accionó el motor, encendió las luces y alguien me llamó desde dentro. Era una mujer, una mujer hermosa. Me dijo que ella me pondría a salvo. Lógicamente, yo no me fiaba. Pensé que aquello no era una liberación sino una ejecución: van a pegarme un tiro en cualquier cuneta, pensé. Sin embargo, dijo algo que me convenció: el *gurja* te ha salvado, Teresa; sube al coche y desaparezcamos de aquí.

Mientras conducía hasta Huesca, me contó lo tuyo. Me explicó que habías accedido a hacer la misión incluso sin cobrar, aunque al final te pagarían. Dijo que lo habías hecho por salvarme. Y te preguntarás por qué he sido tan cretina de no ir a buscarte para agradecértelo. No tengo respuesta, Gilles. Alcanzamos Huesca a media noche, ascendimos por una carretera infernal hasta una aldea encaramada en las montañas y allí pasamos la noche en un hostal en el que nos registramos sin entregar documentación. Comprendí que el hombre que nos atendió estaba metido en la trama, pues no hizo preguntas ni se sorprendió de nuestra irrupción a aquellas horas. Sería un antifranquista del Pirineo.

Por la mañana, muy de madrugada, la mujer me acompañó hasta una casa a las afueras del pueblo donde dos lugareños con mulos me recibieron estrechándome la

mano. Te ayudarán a cruzar la frontera, me explicó ella; son de confianza. Una vez en el otro lado, alguien te dará documentos, dinero y un mapa. A partir de ahí, la cosa es tuya. Mi consejo es que vuelvas a Capbreton e intentes pasar desapercibida durante una temporada.

Fue una travesía dura. Nos llovió un rato, hizo frío… Atravesamos un bosque, ascendimos por una pista, alcanzamos un collado, recorrimos varios vericuetos entre altas montañas y angostos valles. Luego fuimos bajando poco a poco hasta encontrar un nuevo bosque, una auténtica selva en la que parecía imposible orientarse, hasta que, al atardecer de aquel día, después de unas doce horas de vagar por la montaña, divisamos una población, ya en Francia. Sigue la senda; llegarás antes de que anochezca. Acude a la iglesia y pregunta por el abate. Él te ayudará, me explicó uno de los hombres.

Nosotros nos volvemos desde aquí, a dormir en la borda de Domingo Veral. Suerte.

No podía volver a la casa de mis padres porque está alquilada, así que me metí en la tuya, abandonada y desvencijada. Casi nadie sabe que he regresado. Procuro pasar desapercibida. Henri Arrape sí conoce mi historia; me ayudó. También Constantine, aunque en secreto porque dice que si su mujer se entera, lo capa. He limpiado tu habitación y he acondicionado algo la cocina, pero procuro no llamar la atención.

Pensaba ir a buscarte a Hendaia, te lo juro, pero se me pasan los días lamiendo las heridas y pensando qué hacer con mi vida, preguntándome, Gilles, si no habría sido mejor que alguno de aquellos culatazos terminara conmigo.

A ninguno de los dos nos apetecía ser visto en Capbreton, así que nos quedamos en la casa hasta bien tarde. Ella narró su odisea y yo le conté mi vida. A ratos lloramos y a ratos reímos. Bromeamos con lo de *gurja* y con lo del matrimonio de Constantine.

Quién le ha visto y quién le ve, dijo Teresa. Lo de Constantine es de traca, Gilles: cada vez más reivindicativo y nacionalista, subyugado por su mujer, una joven de Bidart. Supongo que son las cosas de la condición humana, tan jodida a veces.

Hay algo que quiero preguntarte.

Dime.

La desconocida que te sacó del penal y te llevó hasta los montañeses de los mulos…

¿Quién era?

Nunca me dijo el nombre.

¿Y cómo era?

No parecía encajar en todo aquello. No tenía aspecto de activista. Las activistas que yo había conocido eran directas y aguerridas. Esta era sofisticada, hermosa, elegante.

Hablaba muy bien español pero con acento extraño, no sabría decirte. Solo tengo un dato sobre ella: me confesó que le gustaba el nombre de Teresa, porque le recordaba a una prima suya que tenía en Gerona, pero que a ella le habría gustado llamarse Susana.

Charlotte, pronuncié. O, como ella se hace llamar ahora, Susanne Vila.

Bajé a buscar una cabina telefónica, desde donde hablé con Marie. Le expliqué que no había estado con Marceline, que lo haría al día siguiente, y que pasaría la noche en nuestra antigua casa. No mencioné ni a Teresa ni su historia; prefería hacerlo en persona. Además, no me apetecía tener que verbalizar que dormiríamos bajo el mismo techo.

Nos alcanzó la oscuridad en la cocina, en donde encendimos dos velas y pusimos sopa de calabaza al fuego.

La casa no tiene electricidad, sonrió ella, pero yo sí tengo amigos con huerta. Bueno, en realidad, uno: Constantine.

¿Constantine tiene huerta?

Constantine vive en una casa hermosa y nueva a la entrada del pueblo, con jardín, huerta, invernadero y una caseta donde cría conejos. Trabaja en el puerto, es el jefe de mantenimiento. Es el que más ha medrado de todos nosotros. Anda con clandestinos y personas que cruzan la frontera, la *muga*, como la llama él. Es de todos conocido que se relaciona con el PNV, lo cual no le priva de atender sus hortalizas y de tener los mejores tomates de la región.

Cenamos en silencio, mirándonos. Me sentía feliz por verla ahí;

orgulloso por haberla salvado; sucio por no haberle dicho a Marie que estaba en su compañía; ansioso por buscar a Marceline a la mañana siguiente…

Las velas desgastadas anunciaron el final de la cena. Teresa se levantó y recogió los platos, agrupó las migas con la mano y retiró el mantel.

Ha sido frugal, sonrió.

Me alegro de haberte encontrado, Teresa.

Vamos a dormir, Gilles. A veces no hay mucho más que decir salvo gracias.

19

Escribo estas líneas en mi casa, que es la casa de Teresa. Me reconforta haberla encontrado. Me turba no habérselo dicho a Marie cuando he hablado con ella telefónicamente. Mañana estaré con Marceline, espero. Y en mitad de todo esto, siento una quemazón en mi parte más carnal porque me acuerdo de Charlotte.

Marie, Marceline, Teresa, Charlotte...

Me temo que siguen aquí, sí.

Texto final de la LIBRETA-8.

En la misma página, además, hay un dibujo de la fachada de la casa de Gilles y una lista de útiles que hay que reparar en el *Literal*.

20

ue doloroso reencontrarme con Marceline. Acudí a su casa a media mañana, después de vagar por Capbreton y esquivar algunos rostros conocidos. Teresa se había acostado al tiempo que lo hice yo en la que fue mi cama, después de que yo F decidiera quedarme en el sofá, arrebujado en un hatillo de mantas mohosas y húmedas, pero se levantó al rato y me dijo que no fuera estúpido, que me fuera a la cama con ella, que descansaría más. Reí y me negué, pese a lo que ella tiró de mi ropa, me tendió la mano y me guiñó un ojo como el que guiñaría una hermana.

Idiota, no se me ocurriría rozarte ni un pelo. Te quiero demasiado, maldito burguesito adocenado.

No conseguí conciliar el sueño. Ella, al contrario, roncaba plácidamente, acurrucada sobre su vientre, dándome la espalda. Era una mujer brava, mellada, claramente vapuleada por la vida. Había perdido la erótica de su desfachatez juvenil y se me mostraba como un ser asexuado, pura esencia, carne castigada y espíritu vulnerable, un despojo de la Historia, una persona sin futuro con un presente amargo en casa ajena.

Me invadió una profunda ternura.

Toqué la aldaba; no estaba Marceline. Recorrí con la vista la fachada y las escaleritas de acceso y no pude menos que añorar los años en los que iba allí a recibir mis clases.

De hecho, mantenía con mis alumnos de francés la misma liturgia que ella había

seguido conmigo, indicándoles que el pago se haría los viernes, depositando el dinero en un tarro colocado en el taquillón del vestíbulo, igual que Marceline hacía con sus estudiantes. Me pregunté si seguiría existiendo la mesa camilla en la que ella me enseñaba, y si me habría perdonado.

Fui a la escuela, la encontré en un aula. Desde el exterior, golpeé con suavidad el cristal de la ventana y le hice un gesto para que saliera. Fue evidente que la incomodé, pero aceptó mi gesto y nos encontramos en el patio, una graciosa placita con una fuente en el centro y varios parterres alrededor. Le expliqué por qué estaba allí, sin

demasiado detalle pero con intencionada calidez. Percibí su desconcierto. Recuerdo que se mesó el cabello varias veces y que comenzó a tamborilear unos dedos contra otros. Estaba nerviosa. No era para menos, había pasado mucho tiempo. Siempre me he preguntado qué sintió en el fondo, si la decepcioné, si se entristeció, si me añoró. O si me odiaba.

No tienes ningún derecho a volver así, Gilles, me dijo. Los niños se agolpaban en la puerta, espiando la escena. Marceline les mandó callar y entrar a sentarse en sus pupitres; luego se giró hacia mí y me obligó a salir de la escuela. Vete. Prefiero no volver a abrir viejas heridas.

Pero insistí. Necesitaba disculparme, explicarle qué había sido de mi vida, contarle que me había convertido en un articulista y que si mis letras fluían era precisamente gracias a ella.

No insistas. Prefiero que te vayas. Me da igual qué has hecho todos estos años. He de volver al aula. No lo hagas más difícil, por favor.

Solo quiero que me perdones, Marceline.

Asomaron lágrimas en sus ojos. No contaba con ello. Había calculado que habría sido yo quien llorara, no ella. Se enjuagó con un pañuelo y me sonrió; colocó la palma de su mano en mi rostro y pronunció las palabras más contundentes que jamás he escuchado. Todavía hoy me sacuden el pecho al recordarlas.

No te mereces mi perdón, Gilles. Desapareciste un día creyéndote un *gurja* y terminamos por darte por muerto. Nadie supo de ti. Te lloramos todos, ¿sabes? Te lloramos todos en Capbreton mientras tú navegabas feliz para conquistar Dinamarca con tu barco. Siempre es una desgracia que el mar, tu mar, se trague a alguien. Te lloramos y hasta te oficiamos un funeral. Y la gente me miraba como la anticipada viuda, como la pareja que, sin ser pareja, pierde a su ser querido. Porque yo te quería, Gilles. ¡Vaya que si te quería! Y no solo desapareciste sin avisar; es que, además,

demoraste tu vuelta sin dar señales de vida. ¿Y sabes qué fue lo más duro? No, no fue pensar que habías muerto, no. Lo más duro fue que regresaras acompañado de una mujer, en loor de una heroicidad y tus ínfulas de aventurero. No, Gilles, no. Lo más duro no fue darte por muerto. Lo más duro no fue oficiarte un funeral y añorar tu cuerpo para un último responso. Lo más duro fue ver que la vida de los demás te daba igual, que solo pensaste en ti, que mientras aquí tus amigos

lamentaban tu pérdida, tú jugabas a ser un Eneas en su propia Ilíada. Lo más duro fue que reaparecieras de la mano de esa mujer extranjera y que ni siquiera lo hicieras a plena luz del día, como si fuera posible esconderse en Capbreton. Lo más duro fue ver que escribías aquellos artículos. Lo más duro fue comprobar que, una vez más, solo has estado pendiente de tu propio destino, sin atender el destino de los demás. Lo más duro, Gilles, no fue enviudar sin haber tenido motivos; lo más duro fue saber que había estado equivocada.

Y sí, claro, escapaste a Hendaia, maldito cobarde engreído, en lugar de dar la cara. Yo no tenía por qué pasar por aquello, ni tus amigos, ni Capbreton. Y ahora, por favor, desaparece definitivamente de mi vida, *gurja*. La vida es mucho más sencilla que todo esto.

No tuve energía para responder. Permití que quitara su mano de mi mejilla y la vi volverse para entrar en el aula, pidiendo a los niños que se sentaran y la atendieran, como si nada hubiera sucedido. Yo desanduve mis pasos y me senté cerca de la puerta, a esperarla. De alguna manera, necesitaba cerrar aquello de otra manera, así que aguardé con los ojos puestos en la puerta de acceso, leyendo una y otra vez la palabra ÉCOLE inscrita en rojo en un arco de piedra, hasta que salió envuelta de críos revoloteando alrededor. Me puse en pie y me preparé para enfrentarme de nuevo a su mirada, pero sucedió algo: me adelantó un hombre, se dirigió a ella y la besó en la boca.

Yo estaba a menos de cinco metros. Descubrí a Marceline sonriéndole y después mirándome; adiviné en sus ojos una súplica, un “vete de mi vida de una vez por todas, Gilles. ¿O es que no ves que soy una mujer feliz?”. Y así lo hice. Permití que el hombre la tomara de ambas manos y le dijera algo, mientras yo desaparecía de escena con un intenso sabor a hiel en la boca. Me sentía confuso al darme cuenta que haberme presentado en la escuela había sido, con toda seguridad, una de mis mayores deslealtades.

Regresé a Hendaia aquella misma tarde, toda vez que volviera a hablar con Teresa, a quien no conté nada de mi encuentro con Marceline, igual que a Marie no le contaría nada de mi encuentro con ambas. Nos despedimos tristes, ella convencida de que algún día recobraría la fe en la humanidad, y yo preguntándome si no había sido un error aquella escapada al pueblo. Tentado estuve de buscar a mis antiguos amigos o de preguntar por Madame Luivier, pero solo me urgía sentarme al volante y conducir de vuelta a Hendaia.

Fue un tiempo gris. Grises, los cielos, las calles, los tejados, los barcos. Los cascos de los pesqueros, aunque rojos, azules, blancos y verdes, se

me antojaban grises. Como el casino. Como el frontón. Como las laderas herbosas que rodeaban la villa. Gris era nuestro día a día, nuestras conversaciones, nuestros gestos; Marie intuyendo que estaba desasosegado y yo fingiendo no estarlo.

Todo era gris hasta que, unas semanas después, recibí un nuevo telegrama.

Nueva travesía STOP Procedimiento habitual STOP Casa de la Lubina en San Juan de Luz STOP Mismo pago STOP Sin riesgo STOP Próximo martes STOP Susanne STOP

21

o es que Marie y yo nos distanciáramos, pero mis dos días en Capbreton supusieron un punto de inflexión difícil de explicar. Ella sabía que yo le ocultaba algo; yo sabía que ella sospechaba. Y entre el silencio y la sospecha, mi N cita en San Juan de Luz se hizo inevitable. Me suscitaba recelo volver a relacionarme con gentuza del estilo de Donald Houston o el supuesto Bateau, pero, pensar en enzarzarme en cualquier actividad que me sacara de Hendaia, de la frialdad de Marie, de la rutina, de mis relatos insulsos, del mal recuerdo con Marceline, de mi desgarro con Teresa, cualquier cita que me hiciera sentirme vivo, era bienvenida. Y hacerlo navegando y con la posibilidad de ver a Charlotte, mejor aún.

Charlotte. Tóxica, venenosa, incierta. Una mujer de la que no sabía si fiarme o si asumir que acabaría por traicionarme. Capaz de cumplir su palabra respecto a Teresa y dispuesta a encamarse por puro interés a cambio de un ápice de frívolo lujo. ¿Cómo evitarla? ¿Cómo no hacerlo? Por eso, cuando piqué en la puerta y abrió ella, hice ademán de besarla.

Es una alegría que hayas acudido, pronunció como recibimiento, esquivando el beso. Me acordé de cuando ella, muchos años antes, irrumpió en mi habitación del hotel de Biarritz y yo no fui capaz de esquivar el suyo. Sonreí y la seguí corredor adelante, hasta las butacas.

¿De qué se trata ahora?

¿Has gastado el dinero que se te pagó?

No.

Deberías hacerlo. Cualquier día se cierra el grifo, Europa cae en una nueva crisis y te quedas sin fondos. Gástatelo, lleva a tu mujer a los mejores restaurantes, cómprate un coche caro y cambia de casa. El dinero se lo acabarán llevando los bancos. Deberías pegarte la vida padre. La gente invierte. La gente es ridícula.

¿Es un consejo?

Haz lo que te dé la gana. Va a venir alguien a quien ya conoces.

No me explicó de quién se trataba; no hubo tiempo. Llamaron a la

puerta y Charlotte se levantó para ir a abrir; cuando regresó iba acompañada de sir Henry Amberley, vestido como acostumbraba: zapatos verdes, pantalón a cuadros estilo Charles Aznavour, camisa blanca y americana de lino sacada de *Casablanca*. Hasta lucía un sombrero panamá que se quitó al verme y arrojó sobre la mesa.

Esto es menos exótico que el hotel, ¿verdad, amigo Gilles?

Tal vez más, respondí.

Reímos. Charlotte, a quien sir Henry llamaba Susanne, sirvió tres copas. Se me felicitó por la singladura nocturna trasladando a Diego, aunque finalmente no sirvió de nada. Me explicó que las cosas eran así, que a veces se disponían desenlaces que el azar hacía que no se dieran. Luego se confesó partidario de dejar que los acontecimientos discurrieran a su libre albedrío, sin forzarlos, aunque invitándoles a ir en una u otra dirección.

Nunca me imaginé que yo mismo acabaría metido en estos asuntos, y ya ves, amigo Gilles. Pero lo nuestro es inocuo. Participamos tan poco en la gran maquinaria que apenas somos una gota de aceite que lubrica el engranaje.

Se alargó durante largo rato filosofando sobre las oportunidades que da la vida, sobre la geo-estrategia, las inversiones, los gobiernos, los intereses de unos y otros…

Creo que a veces desconecté de la conversación, atento a Charlotte y sus finos tobillos, al escote abierto que invitaba a perder la cabeza y a sus manos, siempre tan expresivas.

Por fin, sir Henry aterrizó. Se echó hacia delante y fue al grano, tocándome la rodilla.

No se trata de algo puntual. Se trata de un buen negocio.

Escúchale, Gilles.

Escucho.

Tres días después salía del puerto de Hendaia a bordo del *Literal*. Marie había atendido mi explicación y, como si nada entre nosotros hubiera cambiado, me sonrió, me abrazó y me dijo que no le parecía mala idea. Francia era una tierra de oportunidades para quienes, valientes, sabían moverse, y aunque nosotros, pobres provincianos sin mundo, no teníamos grandes contactos, contábamos con algo que

abría muchas puertas: dinero, el dinero acumulado de mis gestas, intacto en una cuenta bancaria.

La propuesta de sir Henry era montar una empresa de viajes recreativos en velero, con base en Hendaia. A efectos legales, seríamos socios; él aportaría una cantidad equivalente al precio de mi barco y yo pondría aquel y mi trabajo. Pasearía por la costa a los ricachones que veraneaban en Hendaia, así como a los extravagantes millonarios de Biarritz, deseosos de aventuras en las que fotografiarse. Por supuesto, sería todo una tapadera. Charlotte, vía Donald Houston, nos proporcionaría personas a las que, con el amparo de un recorrido turístico, pasaríamos a España. Socialistas en la clandestinidad, comunistas con órdenes de detención, antiguos saboteadores, dirigentes del nacionalismo, intelectuales… Se acercaban los años sesenta y el franquismo parecía declinar. Había que ir preparando el tejido cultural, político y empresarial que habría de reemplazar al Movimiento, así que acepté. Y también Marie.

Marie me miró a la cara, me besó con ternura y me dijo que, fuera cual fuera mi vida, ella querría compartirla. No hizo falta más. Acepté.

Solo dime una cosa, Gilles. ¿Todavía me quieres?

Te quiero con locura, mi danesa.

En ese caso, olvidémonos lo que sucedió cuando regresaste a Capbreton y centrémonos en ese negocio.

No hay nada que olvidar, Marie, porque no pasó nada.

Gilles, mi amor. Hay asuntos que no es necesario que cuentes; se te transparentan en la mirada.

Pero es que no hay nada...

Gilles, escucha. No se puede querer más de lo que te quiero yo a ti. Donde estés, estaré. Y si es en esta nueva empresa, en ella me verás. Eres el hombre de mi vida y seguiré esforzándome por ser la mujer de la tuya.

Marie: eres la mujer de mi vida.

Háblame de ese negocio que te proponen. Explícamelo todo. ¡Ya va siendo hora de que hagamos algo excitante!

Fueron tres años intensos. Apenas tocamos nuestros ahorros, salvo

para acondicionar el barco y comprarme ropa nueva con la que recibir a mis clientes; del resto se preocupó sir Henry: papeleo, promoción, costes del amarre, una línea telefónica…

Navegaba casi todas las semanas, llegué a hacer hasta cinco viajes en verano y uno o dos en otoño; los meses de frío, empero, apenas había crucero, salvo algún “pedido”

especial. Llamábamos “pedido” a las misiones de paso de personas por la frontera, de Hendaia a Pasajes de San Juan o, a veces, hasta la misma San Sebastián, y “crucero” a las legales. Estas solían convocar a empresarios ebrios de mar que jugaban a estar en Niza, Marsella, Mónaco, Saint-Tropez o la costa de Liguria. Las más de las veces terminaban mareados, comprobando que el Cantábrico no es el espejo turquesa del Mediterráneo. También a familias del norte de Francia que veraneaban en el sur y a ricos herederos de empresas del Mediodía que acudían en el *Literal* para nadar en alta mar, casi siempre acompañados de mujeres espectaculares.

En cierta ocasión, un tal Jacques Touron, hijo de los Touron de Poitiers, magnates de la industria del rodamiento y principales suministradores de la Renault, contrató un viaje durante dos días porque quería impresionar a su novia manejando las escotas.

Salimos con buen tiempo pero el cielo se volvió torvo, alcanzándonos una borrasca a pocas millas, frente a Guéthary. Aconsejé volvernos, pero él se empeñó en continuar, asegurándome que aquella noche iba a echar el polvo más brutal de su vida porque su novia era ninfómana. Y me hizo un gesto obsceno sin que ella lo viera. Una hora más tarde, con la negrura sobre nuestras cabezas, no tuve más remedio que ordenar el retorno, trasluchar, cambiar el velamen y poner proa a puerto, temiendo que Jacques y su ninfómana terminaran por caer por la borda, asomados ambos para vomitar por el mareo que sufrían.

En otra, tuvimos un susto cuando uno de los pequeños de la familia Sharp, unos belgas afincados en Burdeos, se cayó por la borda. Habían pagado un paseo de medio día, con el fin de divisar las ballenas que la hija mayor, una adolescente pizpireta y pecosa, aseguraba que habría. Por complacerla, nos echamos a la mar de mañana y navegamos con rumbo norte durante algo más de diez millas, todos con los prismáticos al cuello, aún a sabiendas de que era muy difícil divisar cetáceos. Sí es cierto que, en

ocasiones, pueden descubrirse a lo lejos, igual que bancos de delfines que, casi siempre, se desorientan y terminan por perderse en los

arenales de Capbreton, pero no aquel día.

Todo transcurría sin problemas hasta que el pequeño de la familia, un rubito de no más de siete años, se escabulló de su madre, corrió hasta su hermana, tropezó en un güinche y se estampó contra un obenque, escurriéndose entre este y el guardamancebos para ir a caer al agua. Reaccioné de inmediato. Mientras el padre se arrojaba detrás de su chaval, yo largué la escota del génova, dejando que este flameara, y aproé contra el viento, logrando así que el *Literal* se detuviera en unos minutos. Me limité a mantener la calma y a permitir que el balandro perdiera velocidad. El señor Sharp rescató a su hijo y ambos flotaban a unos cuantos metros de la popa; no había peligro. Cuando los subimos a bordo, ninguno de los dos estaba mal, e incluso el hijo parecía divertirse por el circo que se había montado.

Como aquel, hubo mil episodios más durante aquellos casi treinta y seis meses de empresa. Días de mala mar y días de improvisación, placenteros paseos, brindis a bordo, fotografías, americanos filmando sus vacaciones en Europa… Los cruceros poco a poco relegaron a mis reportajes, hasta el punto de que prácticamente dejé de escribir, salvo algún articulo suelto que me encargaban de tanto en cuando. Adquirí una rutina de trabajo y, por un tiempo, casi olvidé que una buena parte de los viajes que hacía no eran legales, sino clandestinos y peligrosos. Los “pedidos”.

Tenemos pedido, me decía Charlotte. Tal día a tal hora; un hombre o dos; un hombre y una mujer; tres hombres… Nunca preguntaba. Solo se me indicaba la fecha de partida y el punto en el que había de entregarlos, sin saber ni quiénes eran ni a qué se dedicaban ni qué fines perseguían.

A veces mostraban miedo, y me miraban con una mezcla de admiración y desconfianza, como si se fueran a embarcar en el Titanic o mi barco fuera su tumba. Se les notaba temblorosos, con sonrisas inciertas y gestos indecisos. Estoy seguro de que para muchos esa era la primera vez que embarcaban. Escrutaban la costa, intentando descifrar qué hacía con los cabos o por qué virábamos, ajenos a las corrientes y a la necesidad de mantener una derrota en zigzag para aprovechar los vientos. Cuando llegábamos al punto de entrega, dudaban si saltar a tierra o echarse al mar, quizá bregados en mil traiciones. Yo me preguntaba para qué volvían a España, qué misión o fuerza les empujaba a abandonar la seguridad del exilio, si es que un exilio puede ser seguro.

También trasladé bravucones que parecían ir a comerse el mundo;

hombres hoscos, tatuados en el antebrazo, de cejas pobladas y, probablemente, con armas bajo la ropa. A

intelectuales con aspecto de profesores universitarios, tal vez poetas o ideólogos, pusilánimes con camisas de franela y chaquetas de lana. A extranjeros que decían ser periodistas. A vascos de pocas palabras. Y a alguna mujer que me observaba atenta, quién sabe si añorando a alguien.

Fue un tiempo de mar. Mar en mi paisaje. El mar en mis labios cuando besaba a Marie cada noche, antesala de un sexo maravilloso en aquellos años o preludio de largas charlas frente a la ventana. En los amaneceres, preparando el *Literal*, y cuando anochecía sobre Hendaia, como si Capbreton nunca hubiera existido.

22

Nota de a bordo. Pedido.

He trasladado a un hombre de no más de cincuenta años, fuerte, serio, con aspecto de concejal o de maestro de pueblo. Vestía un traje oscuro, como de enterrador, pero alpargatas desgastadas. Se ha quitado la boina, pequeña e impoluta, en cuanto ha embarcado. Me ha dicho que vuelve a España porque los suyos le necesitan, después de haber viajado por Estados Unidos, México y Argentina, así como por Marruecos y Bélgica. Me ha dicho que escribe libros, que imparte conferencias, que nunca se ha metido en política, aunque, en el fondo, todos estamos metidos en política desde el mismo momento en el que somos parte de la ciudadanía, silente o votante, de un país.

Una nación, capitán, me ha dicho, no precisa de grandes nombres, sino de grandes personas. Si cada hombre y cada mujer de un territorio, de una nación, de un país, es una buena persona, necesitará pocos líderes que le guíen. Me da igual si esos líderes son fascistas o bolcheviques. Si cada ciudadano es responsable de sus actos, es autónomo en sus decisiones y es solidario en sus relaciones, sobran siglas, partidos, sindicatos y hasta gobiernos. Si cada habitante es una voz con humanidad, el aparato es menos necesario.

Hombres buenos y mujeres buenas; eso es lo que se precisa. No hay mejor motor para la Historia que la bondad de las personas. Y no hablo de la caridad como la entiende el cristianismo, sino de algo más profundo, más antropológicamente enraizado: hablo del instinto de hermanamiento que, por genética, tenemos todos. Si los gobiernos no nos acallaran ese instinto con la presión de cumplir sus normas, la bondad sería la norma.

Estoy convencido.

Ha hecho el viaje bien, sin mareos, sin quejas. Al llegar a destino, me ha regalado un libro. He sonreído al verlo, Las inquietudes de Shanti Andía, de Pío Baroja. Vaya, le he dicho, otro de la Generación del 98. En su día leí a Unamuno.

No ha dicho nada, pero he visto que le complacía que conociera a ambos, a Baroja y a Unamuno.

Como a ellos, ha pronunciado a modo de despedida, a muchos otros

también nos duele España. Buena suerte, compañero.

Buena suerte, he respondido. Luego ha saltado a tierra y ha echado a andar hacia el pueblo, seguro de hacia dónde le guiaban los pasos. Yo le he visto alejarse, medio triste medio aguerrido, con una estampa barojiana sobre su cabeza, y he pensado si el mundo no necesitará más pensadores como él y menos activistas como Teresa. Luego he puesto proa al viento, he preparado el barco y me he vuelto de regreso. Nunca sabré quién ha sido mi pedido de hoy.

Nota de a bordo, en la LIBRETA-5. Anexo, una biografía de Pío Baroja.

Nota de a bordo. Pedido.

Dos hombres serios, distantes, como muy huidizos. En un descuido, han dejado el equipaje abierto, una mochila más propia de montañeros que de personas que se echan a la mar, y he visto que iba repleta de mapas. No he podido averiguar de qué o de dónde eran, pero me han parecido pasos interiores, probablemente de los collados entre el Orhy y la Mesa de los Tres Reyes, porque en un pliegue me he fijado que ponía, en rojo y manuscrito, Hiru Erregeen Mahia. Cuando les he preguntado qué significaba, se han sobresaltado, se han mirado, han cerrado de golpe el petate y han callado. Solo al cabo de un rato uno de ellos me ha dicho que Hiru Erregeen Mahia significa Mesa de los Tres Reyes y que es una cota del Valle de Roncal, en Navarra. Han hablado en vasco entre ellos. Ni idea de por qué cruzan la frontera en barco y ni idea de por qué yo he cometido la imprudencia de meterme en los asuntos de mis viajeros. La consigna de Charlotte, Susanne Vila, es clara: nada de preguntas, nada de confianzas.

A veces esto de los pedidos es un tedio.

También en la LIBRETA-5.

23

n día de noviembre del cincuenta y nueve, cuando regresé a nuestro piso, vi que Marie salía a recibirme inusualmente arreglada. Inmediatamente comprendí que algo extraño sucedía; ella, que siempre iba aderezada, no sobrepasaba jamás la U línea de la coquetería, pero aquella noche se la veía espléndida, rutilante, con un carmín nuevo en los labios y una sonrisa exultante. No podía disimular su entusiasmo, a pesar de que ella nunca era muy de exteriorizar sus alegrías.

Le pregunté qué pasaba; no me respondió. Se limitó a tenderme la mano y acompañarme hasta la sala, que comprobé al primer vistazo que estaba reordenada.

Descubrí unas flores sobre la mesa, junto a un sombrero panamá, y a sir Henry recibiéndome con un gesto igualmente radiante.

¡Sorpresa!, dijo Marie.

Me quité la ropa de navegar, me puse un jersey seco, cambié mi calzado por unas zapatillas de estar en casa y volví al ataque, interrogando a uno y otro a ver a qué se debía la visita y, sobre todo, cuál era la razón de aquellos rostros entusiastas.

Tus ahorros, amigo Gilles. Vuestros ahorros. Y la empresa. Se lo he explicado todo a tu adorable esposa, dijo desde su *pullover* de cuello de cisne, beige y verde, bajo una americana de color burdeos.

¿Y?

Eres un insensato, Gilles. Como buen *gurja*, solo te interesa el presente. Has navegado mes a mes durante dos años, has trasladado personas y paseado ricachones, y no te has interesado sino de tus cabos, tus arreglos en el barco y tus cartas de navegación. Como empresario, amigo mío, eres un desastre. Pero ya le he contado a Marie los detalles que me han traído a ti. ¿No ves lo contenta que está?

¡Gilles, cariño! ¡Somos ricos! ¡Somos ricos!

Ja, ja, ja, intervino sir Henry, cruzando las piernas y dejando mostrar sus mocasines de ante azul.

Lo primero que deberíais hacer es mudaros de esta casa, amigo mío.

Tu mujer, con todo lo que trabaja, no se merece tener que subir cuatro escaleras a pie. ¡Por Dios! No vivimos en la posguerra. Hay un invento que se llama ascensor, Gilles, por favor.

Debéis mudaros a una casa con ascensor. O, mejor, construir la vuestra donde decidas.

¿Qué tal volver a Capbreton? O… ¿qué tal hacerme caso y fundar una nueva casa en un nuevo lugar? Tengo algo que proponerte.

Escucha, Gilles. Escucha lo que tiene que contarte.

Me acomodé en el sofá, en ángulo recto respecto a nuestro invitado. Marie se sentó en el brazo del sillón contiguo, tendiéndome la mano. Su sonrisa lo decía todo.

La empresa nos va bien, pronunció el hombre. Ha habido contratiempos pero todo ha sido sencillo. No deja de parecerme un milagro que con tantas travesías ilegales como has hecho pasando la frontera hasta dos o tres veces por semana, nadie se haya percatado de nada. Se ve que los gendarmes están más ocupados en quién entra que en quién sale, no sé; o que simplemente entienden este trasiego como algo natural entre países vecinos. Ni idea. Y sobre los carabineros de Franco, qué decir. Si después de tanto tiempo no han visto nada extraño en tus viajes, dudo que se enteren de lo que realmente sucede en su país. En cualquier caso, entre los paseos recreativos y el dinero cobrado por los viajes clandestinos, podríamos decir que nuestra empresa está atravesando un momento dulce. ¡Qué lejos queda aquel momento en el que aceptaste remontar el Garona para dar en los morros a un engreído ricachón inglés! Ahora, ese engreído ricachón inglés quiere conversar contigo sobre tu situación económica, Gilles.

Porque es buena, sí señor. Ya te digo yo que es buena.

Marie me apretó la mano. Hizo ademán de levantarse, quizá, porque se percató de que el vaso de agua de sir Henry estaba vacío, pero inmediatamente se arrepintió para no interrumpir la explicación.

Mientras tú navegabas y llevabas gente de un sitio para otro, la empresa cobraba por partida doble: por un lado, los paseos recreativos, que tú ibas acumulando y Marie ingresaba en vuestra cuenta. Me ha dejado ver la cartilla. Seguro que no sabes cuánto tenéis. ¿Lo ignoras?

Sí, reconocí. No tengo ni idea. Ahí hay dinero de origen muy variado. Está lo del Garona, casi intacto pese a los años. Y lo que cobré de mi

travesía hasta Dunquerque. Y

lo que he ido cobrando por mis reportajes y artículos… También ha habido gastos, el alquiler, las reparaciones en el *Literal*, la radio que adquirimos para la casa, ropa… Lo cierto es que lo desconozco. ¿Cuarenta mil francos? ¿Cuarenta y cinco mil?

Gilles, eres un caso. Tenéis sesenta mil ochocientos cincuenta y siete francos ahorrados.

¿Sesenta mil? ¡Vaya! No me imaginaba… No… no lo suponía.

Espera, cariño. Escucha a sir Henry. Tiene algo más que contarte.

En efecto. Tu mujer ya lo sabe. Ha sido muy agradable encontrarme con ella en vuestra casa, y no contigo, pedazo de atún. Serás muy *gurja* para enfrentarte a las galernas de tu bendito mar, pero un zote para las finanzas.

Siga.

Verás: el dinero cobrado por Susanne, ya sabes, nuestra Charlotte, en concepto de pago por el paso de personas al otro lado de la frontera ha sido mucho. Es cierto que la organización se ha quedado con una parte, era lo convenido. Desconozco si la cantidad irá a parar a manos de Donald, Bateau, o la misma Charlotte, o si esos francos se convertirán en dólares que viajarán a América como divisas ocultas. Ni lo sé, ni nos interesa. Lo que nos importa es que parte de lo cobrado se ingresa en una cuenta a nombre de una empresa, de la que tú eres socio. Por tanto, te corresponde el cincuenta por ciento de esa cantidad. Los yanquis han decidido cerrar el grifo de este tipo de colaboraciones, argumentando que el régimen de Franco va para largo y es más rentable y adecuado tender puentes con el aparato de gobierno que intentar dinamitarlo, así que hemos de clausurar nuestra sociedad. Se acabaron los viajes, Gilles.

Se acabó tentar a la suerte. Disolveremos la compañía y nos repartiremos las ganancias, que son muchas. Tú dejarás de jugarte el tipo en cada “pedido”; yo buscaré otra aventura en la que divertirme y hacer dinero. Por supuesto, si quieres continuar con los cruceros, podrás, pero tendrás que cambiar el nombre de la empresa. Con todo, imagino que cuando te diga el dinero del que vas a disponer, no te apetecerá estar aguantando millonarios de veraneo.

Escucha, Gilles, dijo Marie. Escucha bien lo que va a decirte.

A los sesenta mil ochocientos francos de vuestra cartilla de ahorros debes sumar el dinero de estos años. Y no, no te preocupes: la ingeniería financiera de este viejo británico ha conseguido que esté todo blanqueado y sea perfectamente legal, aunque su origen sea el que es. A día de hoy, cuentas, contáis, con noventa y cinco mil cuatrocientos doce francos, que hay que sumar a vuestros ahorros de sesenta mil ochocientos.

Gilles, pronunció Marie abrazándome, lo que quiere decir sir Henry es que tenemos algo más de ciento cincuenta mil francos.

No dormí bien. Con frecuencia, no dormir bien es el síntoma de que algo no va bien en mi vida. Conté los defectos del techo una y otra vez: una mancha cerca de la lámpara, una grieta desde el vértice hasta cerca de la ventana, dos motas sobre la puerta… Y otra vez las mismas, la misma grieta, la misma mancha, las mismas motas

sobre la misma maldita puerta. También Marie tardó en conciliar el sueño, pero terminó por sucumbir al cansancio. Para ella el día había sido especialmente largo: a su jornada de trabajo en la conservera se había unido una tarde intensa. Primero atendiendo a sir Henry hasta que yo llegué. Me la imagino azorada, luego segura, finalmente espléndida, disponiéndolo todo para cuando yo apareciera. Para mí, sin embargo, había sido una apacible jornada de noviembre, sin pedidos ni cruceros, sin aventuras ni recreos. Había estado probando las escotas nuevas en el *Literal*, navegando en solitario hasta Bidart.

¿Qué diablos significaba que teníamos ciento cincuenta mil francos? ¿Y a santo de qué una cantidad tan elevada? Sonreí al pensar que una cifra similar era la que habían pagado a Pablo Ruiz Picasso por pintar su famoso *Guernica*. Lo sabía porque lo había leído en la misma revista en la que me publicaron un reportaje sobre los carpinteros de ribera de Arcachon. Y eché de menos escribir. Me di cuenta de que hacía meses que no publicaba un artículo.

¿Qué haces?

Escribo.

Gilles, por Dios. Son las tres de la mañana.

¿Te he despertado?

Pues claro que me has despertado con ese ruido infernal de máquina. ¿Se puede saber qué escribes?

He pensado escribir una novela.

Gilles, vuelve a la cama. No creo que sea el mejor momento para empezar a escribir una novela. Ven a la cama y hazme el amor. Tampoco yo tengo el sueño profundo. ¿O

es que ahora que somos ricos ya no quieres que hagamos el amor? dijo, quitándose el camisón y dejando que este cayera a sus pies. Descubrí su desnudez en el contraluz de la puerta y arranqué de la máquina de escribir la página que tecleaba: HISTORIA DE UN GURJA POR GILLES NABARRE

Según lo que nos contó sir Henry, mil novecientos sesenta traería un cambio en el precio del franco. Este cambio, en principio, no acarrearía graves consecuencias a los usuarios de a pie, que verían, sin más, que el *nouveau franc* costaría cien de los antiguos.

Sería solo cuestión de dividir y sacar la cuenta. De esa manera, pasaríamos de tener ciento cincuenta mil de los *anciens francs* a tener solo mil quinientos de los nuevos. Pero, haciéndole caso, si comprábamos pesetas antes de la muda, el valor se multiplicaría por esos vericuetos de lo financiero que ni Marie ni yo acertamos jamás a comprender.

Lo único que tenéis que hacer es retirar el dinero del banco, pedir que os lo entreguen en billetes pequeños, aunque eso ocupe más. Luego, en un último viaje clandestino del *Literal*, llevarás ese dinero a España. Pero no a San Sebastián, sino a Bilbao, donde tengo amigos británicos que podrán ayudarnos. Bilbao siempre ha tenido un ojo puesto en Inglaterra. Si San Sebastián tiene el encanto del Burdeos vasco, Bilbao aspira a parecerse a las ciudades inglesas. Hay muchos británicos, personas acaudaladas, empresarios… Conozco gente que podrá ayudarnos. Será sencillo. Lo tengo todo dispuesto. Convertirán los francos en pesetas e invertirán ese capital en empresas vascas o, mejor aún, en productos financieros de Londres, con la libra como respaldo. De esa manera, en unos meses habremos duplicado la cuantía. Yo mismo voy a hacer lo mismo y te daré una buena cantidad para que la lleves a España junto a tu dinero. Será la despedida de tu barco como velero clandestino. Un último viaje y se acabó. La vida no nos puede ir mejor, Gilles.

24

l día de Navidad de mil novecientos cincuenta y nueve, Marie y yo nos embarcábamos en el *Literal* con nuestros francos en billetes pequeños y dos maletines de sir Henry. Toda una fortuna. La idea era navegar hasta Bilbao E siguiendo las cartas de navegación que me habían proporcionado en Fuenterrabía, en la casa de capitanía, de manera mucho más fácil de lo que había imaginado. A decir verdad, podía haberlo hecho sin cartas de navegación, como cuando remonté la costa hasta Dinamarca, pero no quería ni imprevistos ni demoras infructuosas.

Llovía. Marie vestía un grueso jersey de lana y, encima, un invento muy de moda por entonces, importado de los Alpes y cada vez más habitual entre las mujeres de postín: se llamaba *anorak* y era una prenda a medio camino entre la chaqueta y el impermeable, solo que más ligero y de vivos colores. El suyo era amarillo y marrón con empuñaduras de algodón y una cinturilla con goma que me recordaba a las cazadoras de los soldados americanos. Yo, sin embargo, llevaba mi sempiterno chaquetón de navegar, encerado y pesado, pero práctico. Aquella mañana me había afeitado la barba.

Pareces un grumete, me dijo ella.

A pesar de mis casi treinta años.

¡Qué exagerado eres! Solo tienes veintisiete, Gilles. No sé por qué te empeñas en sentirte siempre más viejo de lo que eres.

Será por el bastón…

Veintisiete, pensé. También mi padre se afeitaba. También mi padre... Y no, no es día para pensar en ello. Hoy mi madre habría cocinado berza y pollo relleno; al menos, esa es la impronta de las navidades de mi primera infancia. No, no es día para pensar en ello.

Abandonamos Hendaia, cruzamos la frontera invisible, superamos la costa guipuzcoana y entramos en Vizcaya, mucho más populosa. Marie salió y se sentó a mi lado, junto al timón.

Gilles, me dijo. Ese lugar es precioso.

Se llama San Juan de Gaztelugatxe según el mapa.

Parece puesto ahí por Dios.

Pasamos frente a la pequeña península entre Bermeo y Bakio, después de haber doblado el Cabo de Matxitxako, el más norteño del litoral, con sus murallones de roca gris, sus laderas de hierba y su faro.

Dicen que es la ermita de los pescadores de esta parte del litoral. Algo así como que San Juan de Gaztelugatxe es su patrón. Sí, tienes razón, Marie, es imponente. Es increíble que el ser humano haya podido construir una iglesia allí arriba, en ese trozo de roca unido con la costa solo por un hilo de tierra.

El ser humano hace cosas imposibles, Gilles. Tú las haces.

¿Yo?

Voy a contarte algo. Cuando llegué a la pubertad, comprendí que nunca saldría de mi pueblo. Mi padre, no es que fuera mala persona, pero era simple, inculto, primario...

Sobrevivió como pudo a la guerra y tuvo que sacar adelante a los suyos cuando enviudó. No le guardo rencor por su comportamiento ni afecto por su silente batallar.

Bastante hacía el hombre. Simplemente, me hizo entender que, en efecto, mi destino estaría sujeto al de aquel pueblo y a aquel colmado. Por eso cada soplo de aire del norte,

cada libro que leía, cada rostro nuevo que veía, me empujaban a escapar de allí.

Escapar, Gilles. Salir de aquella atmósfera asfixiante. Fueron tiempos difíciles: la escuela, el hambre, las tristes historias del frente, los niños huérfanos, los peces varados, los barcos sin reparar… Y llegaste tú, tan distinto, tan correcto, tan amable, tan solo. Tan solo, Gilles, mi amor. La soledad echando amarras en el dique. Tan perdido en el mundo como yo en aquella porción de costa danesa. ¡Tenías que haberte visto! Tan hipnotizado por todo cuanto supusiera esperanza, como si fueras el náufrago de la balsa de la medusa. Como si en lugar de pilotar tu barco fuera él quien te conducía hasta mí, que acumulaba pesares, frustraciones y desengaños. Una vez, a punto estuve de escaparme con un marino inglés, un tío enorme de manos pequeñas, de esos que tienen patillas pobladas y la boca un poco torcida. No lo hice.

Marie, susurré..

Shh. Calla. Escucha. Mi padre me pegaba desde los nueve o diez años.

¿Sorprendido? Imagino que no. Pienso que siempre lo has sabido. Eso o algo parecido.

Por si no fuera poco desastre mi vida y mi geografía, mi padre me pegaba. No eran grandes palizas. Oh, no. No eran palizas de esas que te dejan con el labio partido y moretones por el cuerpo. Jamás tuve que disimular un hematoma ni hubo sangre. No era un maltratador. Era solo un hombre frágil que nunca entendió que yo creciera. Creo que le recordaba demasiado a mi madre. En cierta ocasión, hallé una foto en una caja del altillo, cuando fui a buscar las viejas botas de agua de ella. Llevaba muerta toda una vida y al ver aquella foto, comprendí que yo era su imagen. Por eso me pegaba. Porque no soportaba la idea de que su pequeña le recordara cada día a su mujer. ¡Qué te voy a contar yo a ti, que cada vez que te miras en el espejo te recuerdas a tu padre! ¿Crees que no lo he notado? He comparado fotografías de vosotros dos y cada vez os parecéis más.

Comprendo cómo te sientes, qué desasosiego te atrapa el pecho cuando piensas en él y te preguntas quiénes somos, consecuencia de los que han sido antes que nosotros...

Cuando perdimos a nuestro hijo, aquella idea me persiguió: perdíamos un hijo; perdíamos la posibilidad de una consecuencia manifiesta. La extraña sacudida que produce el vernos reflejados en nuestros propios hijos como nosotros nos hemos visto reflejados en nuestros padres. Y cuando los médicos me dijeron que no podría volver a engendrar, la pena fue no el no ser madre sino el que un nuevo ser vivo, una persona ajena a mí, no tuviera en nosotros un reflejo. No sé; es difícil de explicar, Gilles. A veces pienso si la maternidad es un lujo y por eso nos la han privado, como si ese Dios capaz de hacer cosas maravillosas nos condenara a no disfrutar de la manifiesta consecuencia.

Marie... no sé qué decir, le dije, casi desatendiendo el timón del *Literal*.

No, no digas nada. Mi padre me pegaba de tarde en tarde. No necesitaba estar borracho. Nunca bebía. No necesitaba un pretexto. No lo hacía con gritos ni alaridos ni furias. No arrojaba objetos contra las paredes de la casa ni blasfemaba ni me insultaba.

No le movía el rencor o la venganza o la necesidad de escarmentarme. No lo hacía por educarme o por infligir miedo. Me mandaba entrar en el cuarto que hacía las veces de oficina del colmado, donde se

acumulaban libros de cuentas y albaranes y carpetas con pedidos… Me ordenaba que pusiera las manos a la espalda; luego se acercaba lentamente, me besaba en la frente y me sacudía en la mejilla con la mano abierta.

Después me pedía que saliera y se quedaba llorando. Añoraba a mi madre. Yo lo habría matado, aunque me daba una pena enorme. Era un ser atormentado. Con los clientes, como contigo, era pulcro, dispuesto. Conmigo era esquivo.

¿Es verdad todo esto, Marie?, pregunté realmente turbado.

Es verdad todo cuanto te cuento, aunque lo que te cuento es lo que mi cabeza ha procesado, no necesariamente lo que ha sucedido. Un día llegaste en tu barco y me dije que sería contigo con quien huiría de allí.

Pero… pero lo nuestro… nuestro encuentro en el barco…

Gilles, la vida es así de incierta. Yo creía que serías mi puente a una nueva vida y te has convertido en esa nueva vida. Somos una vida dividida en dos personas.

25

lcanzamos el pequeño golfo de Arminza y doblamos en Cabo Villano para enfilar, poco más de tres mi-llas adelante, la enorme bocana del Abra y sucedió algo que a punto estuvo de echarlo todo por la borda, nunca mejor dicho.

A A veces acontece así. Uno se levanta una mañana pensando que va a ser un día más en la retahíla de días y se tropieza con un imprevisto que le coloca en un punto de la existencia con el que ni sospechaba. Son los milagros domésticos, las tragedias repentinas, los acuerdos fuera de guion. Avanzamos creyendo que podemos planificar y rola el viento que todo lo mueve y nos revienta la expectativa.

Ay, la expectativa: esa engreída que se burla de nosotros, que nos coloca en el borde del acantilado y luego nos abandona; esa línea inescrutable que, al rebasar, nos da de bruces con la realidad, como el rompiente, como el bajío, como el mar cuando se

encapricha. Esa meta que nadie jura y ante la que cualquiera perjuraría. Esa quimera absurda ante la que somos Ulises amarrados al mástil.

Enfilaba decidido hacia el viejo puerto de pescadores de Getxo, donde, según la carta náutica, encontraría un abrigo apacible para embarcaciones como la mía. Allí me aguardaría un tipo que, en palabras de sir Henry, nos conduciría hasta nuestro hombre, el financiero al que entregar los maletines con el dinero. Tenía ganas de acabar con aquello. Me incomodaba poner en manos de desconocidos todo cuanto habíamos acumulado, pero me fiaba de la situación y, sobre todo, me fiaba del pálpito de Marie.

Somos una vida dividida en dos personas. Con aquella frase puse proa hacia el puerto de pescadores. Retumbaban en mi cabeza la conmovedora colección de palabras que me acababa de soltar Marie, casi como una declaración de principios, una confesión y un salvoconducto.

26

La expectativa es un mal día de mar.

Ay, la expectativa, esa engreída que se burla de nosotros, que nos coloca en el borde del acantilado y luego nos abandona; esa línea inescrutable que, al rebasar, nos da de bruces con la realidad, como el rompiente, como el bajío, como el mar cuando se encapricha. Esa meta que nadie jura y ante la que cualquiera perjuraría. Esa quimera absurda ante la que somos Ulises amarrados al mástil.

La expectativa mata la imaginación y nos coloca zapatos de plomo. La expectativa, endiablado invento del cerebro para hacernos sentir falsamente cómodos, nos coloca tanto lastre en bodega que el navegar se vuelve imposible.

¿Hay atajos para la muerte?

Porque la vida, por ser vida, siempre anda en comandita con la muerte.

Será por mi edad, o por lo mucho que he vivido, pero, cada vez pienso más en la muerte, en la propia. No en la de los otros, sino en la mía. En la que me habrá de llegar cualquier día, fuera de todo pronóstico, lejos de toda planificación. ¿O es que alguien planifica su muerte?

Salgo al balcón de casa, miro la bahía, sonrío. Hoy he reordenado las libretas. Hay más de veinte. Son caóticas. Hay un galimatías de dichos, citas, previsiones, notas… Nunca

he seguido un criterio. Jamás un patrón. He descubierto tintas diferentes, letras distintas, ideas de las que ni me acordaba, pasajes que tenía olvidados.

Texto de arranque de la LIBRETA-11.

27

l puerto de Getxo era un recodo coqueto y sencillo, casi con aspecto de ser de juguete, flanqueado por un dique de gruesas piedras cubiertas de verdín.

Atracamos sin dificultad, aunque con cuidado al abarloarnos a las barcas de los E pescadores. Varios hombres nos miraban desde los noráis; recordé al viejo Olivier Dupont. Ninguno sospechaba que en la cubierta de aquel balandro francés acababa de morir un hombre.

Gilles, susurró Marie antes de que saltara a tierra para amarrar la proa, todo va a ir bien.

Y cuando Marie decía eso, nada temía, todo podía.

Lo que iba a ser una entrega y un regreso, se convirtió en una semana. Un tipo nos recibió en el dique y, discretamente, nos indicó que le siguiéramos, ascendiendo desde el puerto por unas escaleras de enormes escalones encaramados en la ladera, atravesando el pequeño barrio de pescadores hasta una calle arbolada por la que discurrimos hasta uno de los barrios más lujosos que yo jamás había visto; más aún que Biarritz; más que Burdeos; una sucesión de fastuosas mansiones particulares. Enormes caseríos pero con el esplendor que da el dinero, villas al gusto centroeuropeo, palacetes de hechura inglesa, casonas de sobrio aspecto germánico... A cada cual más ostentosa y opulenta, con chimeneas como almenas, ventanales semejantes a vidrieras góticas y portalones grandiosos que, de haber conocido Versalles, me habrían transportado hasta allí. Estaban rodeadas de muros con hiedras, verjas de rica forja o muretes de sillería con letras talladas, pero, todo con tal decoro y clase que, fuera de ser exageradas, eran subyugantes atmósferas de elegancia. Sin duda, aquella barriada de ricos propietarios, industriales y altos financieros combinaba a la perfección el exquisito estilo bilbaíno con las posibilidades que daba el dinero.

Nos abandonó nuestro guía ante el portalón enrejado de una formidable vivienda, con el mandato de que aguardáramos allí. Creo que nos sentimos nimios, intrusos, desaliñados como estábamos tras la navegación, en aquella hermosa calle. Al rato, regresó con un hombre extravagantemente vestido que resultó ser un mayordomo de

los de levita, chaleco y manguitos blancos hasta el codo. Allí nos

despedimos de nuestro contacto y fuimos acompañados, a través de un jardín victoriano, hasta una construcción anexa a la residencia principal. Se trataba de una biblioteca sobria, de muros de ladrillo rojo y aleros de imponente madera labrada. Me fijé en los escudos que presidían la puerta, dos apellidos entrelazados que no pude descifrar. El mayordomo nos invitó a entrar y a tomar asiento en un despacho a la izquierda de una enorme estancia con estantes repletos de libros. Así lo hicimos, incómodos y excitados, preguntándonos que sucedería a continuación.

Una hora después abandonábamos la biblioteca, el jardín victoriano, la mansión y el barrio. Desandábamos el camino, bajábamos las escaleras y atravesábamos el pueblecito pesquero de plazoletas minúsculas y viviendas blancas de ventanas y puertas azules.

Recuerdo que pensé que aquello también tenía encanto y me conmovió el contraste entre la zona de las mansiones y aquel reducto de sencillez.

Ya en el *Literal*, Marie y yo nos miramos y comprendimos que no había mejor manera de rubricar el día que hacer el amor. Con ella, no hacían falta palabras.

Nos había recibido un hombre elegante que tampoco resultó ser el propietario de la casa, al parecer un magnate de los seguros, sino un secretario que hablaba en su nombre. Tomó el dinero, lo contó concienzudamente anotando las cuantías en un libro y nos expidió un recibo que, a decir verdad, no decía mucho. Luego nos explicó el procedimiento para formalizar toda aquella suma, las operaciones que hacían para convertir los francos en pesetas y la estrategia para depositarlas en un banco bilbaíno con sucursales en Madrid, donde el Régimen se ocuparía, tras la pertinente mordida, de hacer la vista gorda.

No es ilegal ni legal. Digamos que es alegal. Ustedes lo comprenden, seguro. Y si sir Henry está detrás, no hay más que hablar. Los Amberley son amigos de la familia desde la época de la fundación de los Altos Hornos de Vizcaya. No podrían tener ustedes mejor aval.

A continuación, llamó al mayordomo, tirando de un cordel de la pared que intuí que accionaría alguna campanilla o timbre, y nos sugirió que aguardáramos cerca del barco, adonde nos llevarían la documentación al punto de la mañana.

¿A qué documentación se refería, Gilles?, me dijo Marie mientras se

vestía y recogía el revoltijo de ropa en la camareta del *Literal*.

Ni idea. Yo creía que era solo entregar el dinero y que nos darían un recibo y ya estaba. No lo sé. Todo esto me supera un poco.

Saldrá bien, mi amor.

Y salió. Sin saber cómo, salió. A eso de las diez de la mañana del día siguiente, después de una noche deliciosa en el puerto de pescadores, otra persona que no era ni el financiero ni el mayordomo ni nuestro contacto sino un joven con aspecto de oficinista, tocado con un sombrero y luciendo botines embetunados, chistó desde el amarre. Yo revisaba los aparejos, pensando que, en cuanto tuviéramos los papeles, zarparíamos. Sin embargo, cuando me acercó un portafolios con varias carpetas, pliegos timbrados y abundantes páginas mecanografiadas, comprendí que acabábamos de iniciar un viaje sin retorno. Nos explicó, sentados a la mesa de la cámara, que la sociedad estaba montada a mi nombre, que como aval aparecía un tal Soraluce, del que ni sabía nada ni llegué nunca a saber; que el objeto de la misma era el comercio exterior, y que para ello se usaba el *Literal* como garante; que tendríamos base en Bilbao, en unas oficinas de la Gran Vía que jamás llegaría a pisar, y que, pasados seis meses, podría disolver la sociedad y retirar los fondos aportados, con la consiguiente retribución al aparato del Estado, y que de esa manera dispondría de mi suma de dinero para siempre, libre de cargas y absolutamente legalizado. Lo mismo se haría con sir Henry, a quien el papeleo se le remitiría por el correo interno de una compañía de seguros.

Después me hizo firmar varias páginas y, acusando el mareo que le había ocasionado la reunión a bordo, se excusó con urgencia para saltar a tierra firme cuanto antes. Marie y yo reímos, casi sin comprender que, con veintisiete años, era presidente de una empresa de exportaciones; fantasma, falsa e inoperante, pero empresa. Por cierto, se llamaba Compañía Transcantábrica de Comercio, CTC, un nombre horrible.

Decidimos visitar la mentada Gran Vía, para lo cual remontamos el río Nervión desde la bocana, a media milla de Getxo, hasta el primero de los puentes que jalonan el curso fluvial y a partir del que no pudimos pasar. Fue una temeridad. No estaba aquello pensado para veleros; buques entrando y saliendo, gabarras con escoria y chatarra transitando con sus enormes panzas herrumbrosas, prácticos del puerto humeando el aire, cargaderos en una y otra orilla, boyas señalando arenales... Todo un laberinto imposible para un barco como el mío.

Pudimos pasar bajo el Puente Colgante, un prodigio de ingeniería, con barrios elegantes en ambas márgenes y una sólida basílica gótica en el lado de Portugalete.

Parques, mansiones unifamiliares, huertas y sobrias viviendas burguesas dieron paso a una realidad bien diferente a partir de Sestao, con las impresionantes instalaciones de los Altos Hornos de Vizcaya en la margen izquierda, ocupando varios municipios a lo

largo de la ría. Chimeneas, almacenes, la factoría propiamente dicha, de la que emanaba un rugido sordo, explanadas con trenes y camiones moviendo piezas, aglomeraciones de oficinas, talleres auxiliares... Todo un dinosaurio tendido; o un dragón de metal y ladrillos. Sin duda, algo ingeniado para perdurar toda la vida. A sus espaldas, las poblaciones parecían encaramarse en colinas absolutamente colapsadas por el hacinamiento de barriadas para obreros, con edificaciones pobres ennegrecidas por los hollines del horno, y más al fondo, en los montes, las famosas minas de hierro.

Astilleros, naves de distintos tamaños, fábricas pesadas, grúas gigantescas y diques de gruesas vigas jalonaban un recorrido que nos llevó hasta Bilbao, tras pasar el puntal de Zorroza con sus factorías y almacenes. La más enorme instalación para construir barcos que yo jamás había visto, llamada Euskalduna, nos recibía desde un lado del Nervión, con buques a medio hacer y un ruido ensordecedor de golpetazos y soldaduras. Y poco más adelante hube de maniobrar para virar en redondo pues no pudimos remontar más las putrefactas aguas marrones del curso: un puente nos cerraba el paso. Se trataba de uno levadizo, de los que se abren por la mitad para permitir el paso de cargueros, pero que con nosotros no tuvo el gesto. Tuve que retroceder, echarme a un lado y amarrar en un lugar que llamaban Zorrozaurre, frente al barrio de los noruegos, al que decían Olaveaga. Amarré en un muelle, no sin dificultad, y echamos pie a tierra.

Caminamos por aquella orilla, pasmados ante la magnitud de la ciudad, impresionados por los edificios de la Universidad de Deusto, la combinación de viviendas y almacenes, las vías de tren arañando la superficie de la urbe, la tenebrosa presencia de la ría discurriendo como una anguila entre las casas... Nos engañó la distancia y tardamos casi una hora y media en llegar hasta el edificio del Ayuntamiento, impresionante, tan lujoso que chocaba con la atmósfera industrial que habíamos visto.

Allí preguntamos y nos dijeron que, cruzando un nuevo puente, alcanzaríamos el ensanche y la Gran Vía, y que, si seguíamos de

frente, nos adentraríamos en el populoso Arenal y en el casco antiguo, donde podríamos ver la catedral de Santiago y la iglesia de San Antón.

Marie y yo estábamos agotados. Nos urgía tanto ver la supuesta oficina de mi falsa compañía, que ascendimos hasta la Gran Vía, atropellada de tráfico, con trolebuses, coches y carros tirados por caballos, y una multitud de peatones con aspecto de llegar tarde a algún sitio. Admiramos los edificios, las sedes de los bancos, las fachadas, los comercios, las cafeterías... Decidimos comer algo en una de ellas. Fue divertido. Nuestro aspecto contrastaba con el de los demás clientes, ellos de corbata y ellas con vestidos oscuros. Nos atendió un camarero con pajarita y camisa blanca, nos ofreció una carta y escogimos un par de platos que comimos con deleite. Tras pagar con pesetas, hicimos el

cálculo y pudimos comprobar que Bilbao era más barato que Capbreton o Hendaia e infinitamente más, por ejemplo, que Biarritz o Baiona.

Localizamos el portal en el que la documentación decía que se hallaba mi empresa y, para nuestro alborozo, descubrimos que en uno de los buzones había una cartela con un CTC hecha a imprenta. Nos reímos, no sé si nerviosos o tranquilizados, hasta que un portero nos pidió que nos identificáramos. Le dije que era el propietario de aquella compañía, recién creada, y que quería subir a mi oficina para verla, ya que nos acabábamos de mudar a la capital vizcaína y aún no había tenido ocasión de hacerlo.

La etiqueta, nos respondió, la han colocado esta mañana. La oficina es un local pequeño con una mesa, una silla y carpetas repletas de documentos falsos. Dentro de seis meses, cuando ustedes hayan disuelto la empresa, cambiarán el nombre del buzón y seguirá allí la misma mesa, la misma silla y las mismas carpetas con los mismos documentos; dudo que sea interesante ver nada.

El resto del día fue como el resto de la semana. Exploramos lugares, entramos en un cine, vimos un espectáculo de variedades en un teatro y un concierto en una plaza con quiosco. Descubrimos calles inmensas, palacetes, bancos y compañías de seguros, parques y avenidas... Hoteles como los de las revistas, alhóndigas inmensas, aceras anchas, iglesias fabulosas. Visitamos la zona antigua, con sus lugareños y sus pequeños talleres, con comercios parecidos al viejo colmado del padre de Marie y casas de huéspedes con sábanas oreando. Entramos en una bacaladería en la que nos enseñaron el almacén con más bacaladas puestas a secar de las que yo jamás había sido capaz de imaginar. Y

artesanos del cuero, obradores de pan, toneleros que trabajaban en la acera, mendigos a las puertas de San Nicolás, colegiales con uniforme, mujeres venidas de los caseríos de Begoña con cestas repletas de hortalizas...

Bilbao nos subyugó. Ruido, humo y aglomeraciones se mezclaban con la paz de cualquier glorieta y la calma de los callejones. Pronto comprendimos que, sin habernos dado cuenta, acabábamos de traspasar una nueva frontera invisible.

28

La vida pasa. (…) Leo, navego, trabajo, escucho, aprendo. La vida pasa y, para cuando nos damos cuenta, se nos ha ido.

Soy feliz con Marie. Nada malo va a pasarme.

Confío.

Extracto de la LIBRETA-8.

29

os años siguientes fueron intensos, diferentes. Muchas idas y venidas, muchos cambios, muchas incertidumbres. Tal vez la vida siempre está marcada por incertidumbres y solo en ocasiones somos conscientes de ello. Yo, aquella época L entre el arranque de mil novecientos sesenta y la primavera del sesenta y dos, fui consciente de todo: de la ilusión de Marie por residir en España, pese a la dictadura, en un Bilbao fabril, excitante y vertiginoso, con sus formidables edificios y sus miles de oportunidades; de la alegría de sentirme desahogado, toda vez que nuestros ingresos nos permitían una vida holgada en una Hendaia pujante; del amor que nos profesábamos, conociéndonos cada vez más... o cada vez mejor... o cada vez distinto. Consciente también de los cambios que hizo ella en nuestra casa, con la coletilla de que, cuando tuviéramos un piso en Vizcaya, todo sería distinto. Y de la fidelidad de mi *Literal*, que seguía comportándose como un valiente en los días de *zurra* pese a haber superado, como yo, la treintena. Y de la sombra diluida de mi padre, a quien comencé a recordar como el ser que me dio la vida y no como el fantasma al que debía parecerme. Y de las oportunidades que se abrían para nosotros a uno u otro lado de la frontera.

También de los amigos que iba perdiendo, como Simón Bruca, de quien supe que había muerto. No fui al funeral (me enteré varias semanas más tarde), pero me dejó un gusto amargo: qué jodida la muerte, que se llevaba a uno de los que habían sido mi infancia. Y de los amigos que desaparecían también era consciente, de los que se olvidaban, de los esfumados, de los que no recuperaría nunca.

Consciente de Teresa, de la que no volvería a saber hasta mucho tiempo después, y de Charlotte, y de sir Henry... El éxito de Michel Dennis, el reportero del *National Geographic*, quien publicó un extenso reportaje sobre un viaje que expedicionarios franceses realizaron al Polo Norte. El descenso a los infiernos del padre Jean, acusado de amancebarse con una viuda de Capbreton y apartado de su parroquia; espero que resultara ser una oportunidad para empezar un nuevo camino, lejos de las miserias del pueblo. El fallecimiento de Madame Luivier, la boda de Marceline con un maestro de Baiona, el reconocimiento al Mayor Hasler, que copó todos los periódicos como el héroe que acabó con la Betasom... Vi su fotografía en un ejemplar de *Le Figaro* de mayo del

sesenta y uno y pensé que nunca es tarde para dar al César lo que era

del César, porque era verdaderamente un tipo extraordinario y me producía una tremenda alegría haber servido, por decirlo de alguna manera, bajo sus órdenes.

Sí, consciencia. No hay mejor estrategia para no hacer de la vida mera supervivencia. Era imposible no serlo. Cada mañana, Marie iluminaba mi paisaje con su sonrisa rotunda, como si su padre, y el colmado, y el fango de la isla, y el pasaje en el hospital, no fueran sino capítulos inconexos de alguna novela que había leído de joven.

¿Cómo no arañar la felicidad si era ella quien me despertaba cada día con el olor a café y un gesto amable?

De Bilbao llegaban hasta Hendaia noticias halagüeñas. La peseta se fortalecía desde que Estados Unidos apoyaba el gobierno de Franco a cambio de la instalación de sus bases en suelo español. Y eso, a nosotros, nos beneficiaba. No tardamos mucho en darnos cuenta de que, realmente, éramos afortunados. Tanto que, cuando recibí el telegrama, no pude sino pensar seriamente qué hacer. No habían pasado ni seis meses desde que depositamos el dinero en aquel despacho de aquella mansión de aquel barrio espléndido de Getxo cuando tres frases hicieron cambiar el rumbo de nuestro destino.

Vencimiento de su depósito STOP Acuda a Bilbao para liquidación de Compañía Transcantábrica de Comercio CTC STOP Liquidación según lo convenido STOP

Transcurrido medio año, teníamos que liquidarlo todo, recuperar nuestro dinero y convertirlo en francos, tal era el plan. Sin embargo, optamos por algo mucho más arriesgado, inteligente y fructífero: conservamos la empresa, inactiva pero abierta, sin prisa por hacernos con el dinero y estudiando de qué manera convertirla útil, efectiva.

Nos reunimos con varios abogados, procurando discreción pero yendo al grano, para lo cual viajé en mi *Tiburón* a Burdeos, donde un bufete de reconocido prestigio en lo mercantil nos aconsejó sobre los pasos a seguir. He de confesar que, cuando acudí por primera vez, caí en la tentación de visitar las ruinas de la Betasom y no pude menos que sonreír al comprobar, en el reflejo de mi estampa sobre los cristales del coche, en qué se había convertido el *gurja*. Ya ves, me dije, de piragüista heroico a hombre de negocios…

Inevitablemente, me acordé de Karl, de cómo la última vez que lo vi fue antes de enzarzarme en la rocambolesca aventura de colaborar con espías y charlatanes, y suspiré al imaginármelo en California,

fabricando tablas de surf para jóvenes de cabellos rubios. No sabía que lo encontraría al poco y lo que nos sucedería juntos.

Marie y yo decidimos seguir adelante con lo que, en principio, iba a ser la tapadera de nuestro blanqueo de dinero, y, al año, habíamos terminado con papeles, permisos, empréstitos y seguros. La Compañía Transcantábrica de Comercio iba a ser realidad.

Gilles, me prometió un día: esto va a ser grande.

Si tú lo dices, te creo, Marie.

Va a ser grande porque tú lo eres.

No, Marie. Va a ser grande porque los dos lo somos.

Yo escribía a ratos, cada vez menos. Me resistía a abandonar mi vocación de reportero, así que buscaba temas de interés que tecleaba entre reunión y reunión y enviaba a revistas y diarios por toda Francia. A veces me eran devueltos, por lo que tomé la determinación de telefonear a sus redactores jefes antes de embarcarme en un nuevo trabajo con el fin de asegurarme si tendría salida o no.

Cambié de máquina de escribir y hasta habilité un espacio en la diminuta sala de nuestra casa, gracias a un *bureau* adquirido en un mercado de segunda mano, que acompañé con una estantería para las carpetas. El problema fue que pronto estuvo inundado de presupuestos, informes periciales, asuntos de la aún nonata compañía y previsiones para los meses siguientes.

Por fin, a finales del sesenta y uno, Marie me obligó a poner fecha a nuestros planes y nos propusimos estar plenamente operativos para verano del sesenta y dos.

Decidimos no adquirir ningún buque, eso se escapaba a nuestras posibilidades, pero usaríamos el *Literal* para los transportes menores y subcontrataríamos barcos de tamaño mediano para los envíos más voluminosos, si los había.

¿Y si no tenemos clientes? ¿Y si hemos estado maquinando todo esto y luego nadie cuenta con CTC para sus portes entre Francia y España? ¿Y si nos estamos equivocando, Marie?

No nos equivocamos, Gilles. La gente sabrá de nosotros y nos contratará. Y haremos viajes y CTC irá a más. Y si no, habremos perdido nuestro dinero, pero no nuestro tiempo, porque este tiempo

soñando con lo posible ha sido el mejor de mi vida. Si fracasamos, seremos pobres, tú escribirás tus reportajes, yo trabajaré como he hecho siempre y seguiremos juntos. Solo eso da sentido a mi vida. Pero no vamos a fracasar.

Confía.

No había más que hablar. Si Marie lo decía, yo la creía. Y por un instante pensé que no sería tan mala idea arruinarnos, retornar a la melancolía de mis páginas, olvidar las ínfulas de grandeza de un *gurja* aburguesado y asegurarme una existencia eterna a su lado.

30

ira, Bilbao, me dijo.

Junio. Viajábamos en el *Tiburón.* Nuestro plan era que ella se quedara M buscando un piso para mudarnos definitivamente; de alquiler; espacioso pero discreto; económico pero bien situado; cerca de la Gran Vía o en la zona de Las Arenas, el barrio de Getxo en el que sí era factible encontrar lo que buscábamos al precio que podíamos pagar. Llevábamos el coche cargado de maletas y cajas. Yo regresaría a Hendaia a organizar la mudanza y a vender el coche. Luego navegaría hasta Vizcaya inaugurando las actividades de la CTC.

Sí, Marie.

El viaje hasta Bilbao resultaba tedioso, por una carretera infernal llena de curvas al borde del mar, discurriendo por la mitad de pueblos, barrios y villorrios. Luego serpenteaba por montes y valles y alcanzaba la capital después de atravesar varias poblaciones industriales y grises. Nos desviamos sin querer, apareciendo en la mismísima basílica de Begoña, donde nos alcanzó la noche y pernoctamos en una pensión modesta pero limpia. Se llamaba *La Inaugural*.

Dejamos el *Tiburón* a buen recaudo en la cochera del dueño, que vio con buenos ojos que unos franceses alojaran allí su *voiture.* Era una especie de patio interior al que se accedía a través de un pasadizo cerrado por una persiana metálica. Lo que más me llamó la atención fue que había una pintada con un *Gora Euskadi Askatuta.* Como me quedé mirándola, el de la pensión me dijo que así era un día sí otro también, y que a veces no se atrevía a limpiarla para que no creyeran que era un franquista, pero que no entendía nada de esos jóvenes que se habían echado al monte, imitando a Fidel en Cuba en el cincuenta y nueve y creyéndose todos unos Chés.

La Inaugural colgaba sus balcones hacia un cementerio, aunque su entrada estaba en la fachada que daba al acceso a la basílica. Ocupaba dos pisos del inmueble, con una escalera interior particular por la que accedimos al superior para reconocer nuestra habitación, sobria, limpia y decorada con más urgencia que gusto. Pensamos que, como era para una única noche, nada sería demasiado horrible.

Gilles, me susurró Marie.

Dime.

A veces me acuerdo de mi pueblo.

Ya hemos hablado de eso en otras ocasiones.

Es que hoy me he acordado de él. Han pasado muchos años, pero para las pesadillas no hay tiempo. Aparecen y aparecen y aparecen y reaparecen como si para ellas la medida del tiempo de los humanos fuera solo un pretexto.

Callé. No supe qué decir. Marie, cuando se ponía filosófica, me vencía. Yo tenía sueño, había conducido desde Hendaia con el coche abarrotado. Solo me apetecía cerrar los ojos.

¿Duermes?

Lo intento, Marie.

¿También tú sigues recordando a tu padre?

No, Marie. Ya no, mentí.

Cada vez que muere alguien, me acuerdo de mi padre, del colmado, del pueblo...

Quizá me den por muerta. O quizá hayan muerto todos. No me da pena que hayan muerto; me da pena no saberlo.

Si quieres, un día les escribes.

Me da pánico que tú puedas perder la vida, Gilles.

Cariño... son las tres de la mañana... Hablamos de esto en el desayuno, si te parece.

Te aseguro que de momento no tengo intención de morirme. No, al menos, hasta que vuelva a Hendaia, lo salde todo allí y venga a Bilbao

con el *Literal*. Bueno, bromeé, y pasen noventa o cien años más.

A ella no debió de hacerle gracia la broma.

Te estoy hablando en serio, Gilles. Hay noches en las que se me aparecen mis muertos. Pum-pum, pum-pum, pum-pum. Late. Pum-pum, pum-pum. Y, de pronto, se acabó. Deja de latir. Me moriría si te murieras, Gilles.

Ven, abrázame, la invité. Entonces, ella se acurrucó en mi pecho y terminó por dormirse, mientras yo, tonto de mí, me desvelé sin dejar de escuchar a los vecinos.

Por la mañana tomamos el desayuno en la misma pensión, en un comedor gracioso y aseado con tres mesas cubiertas de hule de cuadros y flores de plástico, y una cómoda atestada de portarretratos al fondo. Nos explicó la dueña que eran fotos de sus hijos, nueve, y de los nietos, dieciséis, y hasta de una biznieta, la de la Consuelo, la nieta más loca, que se quedó preñada de uno de Arrigorriaga con solo quince años.

Ya saben, Bilbao es la ciudad de las oportunidades. Pero ustedes no son como otros.

No son como los extremeños, andaluces o gallegos que vienen a los Altos Hornos, a la Naval, a los astilleros Euskalduna o a trabajar en Basauri o Bolueta. No. Ya me he fijado yo que no. Ustedes son de otra clase, que se les nota. Todavía no sé cómo han caído en nuestra pensión, y no en un hotel. Pero se nota que son gente de bien, con mundo y con dinerito. Aquí, los que llegan lo hacen en tren o en autobús. Eso sí, nada más pisar suelo vasco, consiguen trabajo. Aquí hay trabajo a espuertas. Pero ustedes no vienen a eso.

Ustedes son de otra categoría. Y sea lo que sea o a lo que quiera que vengan, les deseo lo mejor y la mejor de las suertes, y si alguna vez necesitan algo, aquí estamos los de *La Inaugural* y que no se diga que no somos hospitalarios en Begoña hasta con los franceses.

Dejé a Marie frente al ayuntamiento, con el recado de buscar casas de alquiler. Yo, con el coche, conduje hasta Getxo, en un trayecto de más de quince kilómetros que se me hicieron eternos, bordeando la Ría desde el corazón de Bilbao hasta el Puente Colgante. Allí hice mis pesquisas y localicé el puerto de pescadores, con la esperanza de encontrar la casa del hombre que, tres años antes, había recogido nuestro dinero. No fue complicado.

El mismo mayordomo, aunque con otro atavío y más canas, me recibió en la puerta exterior. No parecía sorprendido por mi visita, aunque creo que ese tipo de personas nunca demuestra sorpresa, tal vez por estar acostumbrados a su flemática compostura.

Me dijo que el señor no estaba, pero que quien realmente llevaba los asuntos de aquella naturaleza era su contable y asesor, un responsable del Banco de Bilbao con oficina en la capital.

Seguramente, me explicó, fue él quien le atendió; siento no poder serle de más ayuda.

Preguntado por la manera de localizarlo, el mayordomo miró a uno y otro lado, se giró como si quisiera comprobar que nadie nos espiaba desde la mansión y, bajando el volumen de voz, me dijo que, en fin, que él podría consultar la agenda del señor y enterarse de cuándo el susodicho contable iba a aparecer por la casa... Le contesté que estupendo, que lo hiciera, y él sonrió. Entonces comprendí que lo que me estaba

pidiendo era una propina, o un soborno, según se viera, y metiendo la mano en el interior de mi cazadora de piel, saqué un sobre...

No, disculpe. Jamás aceptaría dinero por dicha información. Soy un hombre de principios y leal a mi señor. No me malinterprete.

Ah, en ese caso...

Podría decirle cuándo va a venir don Anselmo Elorrieta, que así se llama. Suele visitarnos cada martes, entre las cinco y las ocho, y despacha con el señor en la biblioteca.

En la biblioteca me atendió a mí hace tres años.

El mayordomo pareció quedar pensativo. Se echó a la barbilla el dedo, enguantado, y cerró los ojos como para consultar su memoria. Por fin, los abrió y me miró fijamente.

En ese caso, usted no se reunió con don Anselmo Elorrieta, sino con don Federico Suances y Smith. Don Anselmo Elorrieta lleva solo un año al servicio del señor, desde que el anterior finara.

¿Disculpe?

Muriera. Don Federico murió en marzo del sesenta y uno. Siento no poder serle de más utilidad. Y ahora, si me disculpa, he de atender

asuntos domésticos.

¡Espere!, le grité; comprendí que el tono de mi voz resultaba grosero en aquel entorno de setos recortados, rejas con abreviaturas en forja, palmeras importadas y buganvillas floreciendo. Espere... dígame... ¿Qué es lo que quiere? ¿Una propina? Le doy una propina si me dice cómo salir de este atolladero. Yo buscaba al hombre que organizó todo lo de mi compañía, la Compañía Transcantábrica de Comercio; al parecer, ese tal Suances ya fallecido. Necesitaba consultarle algunos asuntos.

Verá, caballero. En primer lugar, no. No aceptaría nunca una propina. Mi integridad y mi lealtad para con esta casa hacen que me resulte absolutamente imposible aceptar ningún tipo de, digamos, pago extra. Además, jamás daría ninguna información que atentara contra la privacidad e intimidad de mi señor o de cualquiera de sus negocios.

Me he limitado a decirle algo que es público. Don Federico, fallecido trágicamente en accidente de avioneta, era el contable de mi señor, algo conocido en todo Bilbao. En segundo lugar, si le ayudo es porque jamás nadie ha salido de esta casa sin haber sido atendido como se merece. Entiendo su preocupación y comprendo a la perfección que

si, como dice, el señor Suances formó una empresa con su capital quiera usted rematar algunos flecos, algo, por otra parte, habitual. Pero quizá no sea este el lugar. ¿Por qué no prueba a ser recibido por don Anselmo Elorrieta? Espere aquí mismo y le traeré anotada la dirección de sus oficinas.

Al cabo de unos minutos, y tras girarse sobre sus propios talones y caminar con pasmosa parsimonia hasta la casa, reapareció con un sobrecito en la mano, que me entregó con un gesto de prestidigitador.

Gracias, le dije.

Y en cuanto a la propina... Verá. Aquí las reglas son otras. Guárdeselas usted para cuando esté fuera de Neguri.

Tiempo después me enteré de que Neguri era el barrio noble de Getxo, que, en efecto, allí las normas eran otras, basadas en el apellido, la lealtad, la corrección y la discreción, que don Federico Suances y Smith, tal y como me explicó el mayordomo, se había estampado con su propia avioneta cuando despegaba para viajar a Londres, que lo de tener avioneta, mayordomo, buganvilla y varias empresas a la vez era de lo más común, que a rey muerto, rey puesto, y que el tal Elorrieta había heredado la gestión del patrimonio de la casa con todas sus

sombras y sustanciosas luces. También supe que, por mucho dinero que yo hubiera tenido, jamás habría podido mudarme allí, incluso aunque hubiese acumulado caudales suficientes como para construirme una mansión de aquellas, porque todas las familias que las ocupaban pertenecían a una especie de endogámica casta de apellidos compuestos, fortunas ancladas en el pasado industrial vizcaíno, hijos cualificados y aficiones como el tenis o la vela.

Y fue por ella, por la vela, por la que pude hacerme un hueco.

Con mi *Tiburón* regresé a Bilbao. No tardé en localizar las oficinas de Elorrieta, que resultaron estar en el corazón de la Gran Vía, en un soberbio edificio de corte neoclásico. Una placa anunciaba la Asesoría Elorrieta y Asociados, como si se tratara de la embajada de un país poderoso. Al parecer, además de ser directivo del Banco de Bilbao y financiero en la mansión de Neguri, dirigía bajo su propio nombre una empresa de agentes mercantiles y bursátiles. Accedí al portal mediante una gigantesca puerta giratoria y subí tres escaleras de impoluto mármol blanco hasta un recibidor del mismo material que a mí se me antojó más grande que el vestíbulo de una estación de tren; una señorita muy amable, elegantemente vestida, me atendió desde el otro lado de un mostrador. Me dijo que sería imposible concertar una cita con don Anselmo, pero

que, tal vez, alguno de sus asistentes podría hacerme un hueco a partir de la semana siguiente, según constaba en la agenda general.

Debió de verme apurado; tal vez se compadeció de mí. La cosa es que, tras preguntarme si me convenía ese encuentro con un asistente, se ofreció a ayudarme. Le sonreí. Ella me devolvió la sonrisa. Le pregunté el nombre y me respondió que se llamaba Teresa Arroyo, para servir a Dios y a usted. Le dije que yo tuve una amiga que se llamaba Teresa, que era un nombre precioso, que la echaba de menos y que sí, por favor, que sí podía ayudarme.

Necesito encontrar al señor Elorrieta.

El señor Elorrieta viaja mucho, aunque estos días está más pendiente de la regata que de sus negocios. Aquella confesión dilató mis pupilas.

¿Regata?

Sí, la que organiza el Real Sporting Club.

31

l Real Sporting Club organizaba la Segunda Prueba Internacional del Abra, con cuatro pruebas desarrolladas en aquel junio de mil novecientos sesenta y dos. Los *snipes*, los *cadets*, algún *dragón*, e incluso algún crucero, como motas blancas en la E gris rada del Nervión, aprovechaban el viento para sus arriesgadas viradas y sus graciosas escoras. Disfrutamos de lo lindo Marie y yo como espectadores, aunque lo que a mí me rondaba la cabeza era cómo acercarme a aquel mundillo, a aquel club, a don Anselmo Elorrieta y, en definitiva, a la puesta en marcha de mi sociedad.

No me costó. El club, que reunía a lo más granado de la vela vizcaína desde que se fundara al filo del siglo pasado, tenía unas instalaciones flotantes en el abra del río, así como una pléyade de boyas en las que fondeaban balandros de todo tipo, balsas, gasolinos y, en especial, barcos de diferentes modalidades: *snipes, sonderklasse* y *star*.

Marie había localizado una casa en Las Arenas, no demasiado lejos del Puente Colgante, espaciosa y con enormes ventanales, que alquilamos después de darnos por vencidos en nuestra búsqueda por Bilbao. Tras cuatro días recorriendo calles y anuncios, concluimos que deberíamos centrarnos en otras zonas y, por el influjo irremediable que el mar ejerce en el frente de Getxo, cambiamos la capital vizcaína por aquel barrio, encantados con nuestro hallazgo. Tenía un balcón minúsculo en el que

guardar la bombona de butano y los útiles de limpieza, en un armario construido para tal fin. Dos habitaciones daban a la ría, hacia el muelle de Churruca, regalándonos una vista preciosa del mosaico de fachadas de Portugalete, que en su zona baja ofrecía un aspecto apacible y burgués. Una cocina moderna, una sala amueblada y un servicio con ducha completaban la pieza. Nos sentimos felices.

Hice como previmos, acudí a Hendaia, vendí el *Tiburón* en los Talleres Gironde y navegué con el *Literal* hasta la que iba a ser nuestra nueva residencia. Y como sabía que solo mediante la vela podría hacerme llegar a Elorrieta, aquella mañana de regata fondeé cerca de la sede del Real Sporting Club a la espera de que alguien se dirigiera a mí, cosa que sucedió pronto.

Un tal Pablo, al parecer responsable de mantenimiento, me gritó desde una lancha que aquellas boyas eran para los socios y que, si me veía

en la necesidad de echar el ancla, podía hacerlo en la zona oriental, llegando a Ereaga. Le agradecí las indicaciones, pero no me moví. Por la tarde, acudió para repetirme que, puesto que no pertenecía al club, lo correcto sería que mi fondeo fuera en otra zona del Abra, ya que por la mañana se realizaría la regata. Fuera como fuera, permitieron que me quedara, tal vez por no polemizar o porque, en el fondo, de lo único que se trataba era de demostrar que aquellas boyas eran suyas, no de prohibirme su uso.

Excelente balandro, amigo.

Se trataba de un hombre elegante, serio pero no distante, vestido para regatear con jersey de cuello redondo, pantalón blanco y gorra. Patillas pobladas pero arregladas, bigote recto, gafas doradas… Era un tipo alto, espigado, con aspecto de antiguo atleta, bronceado y de dientes blancos.

Gracias, le respondí desde el *Literal*.

¿Francés?

Construido en Guipúzcoa en mil novecientos treinta y dos, pero bregado en el mar de Capbreton, primero por mi padre y luego por mí.

Enhorabuena, me dijo quitándose la gorra y saludando. Me hablaba asomado a la borda de un gasolino.

Muchas gracias.

¿De travesía?

Oh, no. Vivo ahí cerca, respondí, con Marie, mi mujer. Hemos alquilado recientemente un piso junto al puente, con vistas al Nervión. Ayer noche llegué de Hendaia y decidí fondear aquí. Me pareció lo prudente, en lugar de incomodarla. Al parecer, estas boyas son del club y debía haberlo hecho en otro sitio.

¡No haga caso! Ahí está perfectamente, gritó. Lo único que le voy a pedir es que lo mueva hasta esta tarde. Hoy tenemos regata. Vienen de Francia y Santander. Participará incluso Tito Ocejo. ¿Lo conoce?

No tengo el gusto, respondí desde mi cubierta.

Es muy bueno, aunque no mejor que nuestros regatistas. ¿Y usted? ¿Compite?

No. Lo hice de joven…

Su *Literal* podría hacerlo en clase crucero.

Gracias, pero no estoy yo por la labor. Ya no compito.

Bien, le dejo. Yo mismo participaré, así que tengo que prepararme. De momento, reviso las boyas desde este gasolino. Parece que tendremos viento. Y, por cierto, me presento: soy Anselmo Elorrieta, me encantará volver a verle, amigo mío.

Gilles. Gilles Nabarre. Será un placer enseñarle mi barco cuando termine la regata.

¡Le tomo la palabra!

Mi plan salía mejor de lo que yo esperaba. Había quedado con Marie en que, a mi vuelta de Hendaia, fondearía por allí, a ver si conseguía contactar con alguien del Sporting que me pusiera en la pista de Elorrieta. El azar quiso que fuera él mismo quien se me presentara. En ocasiones, el azar es benigno, como si todo el universo se conjugara a favor de una causa. Lo sé: las casualidades parecen forzadas, demasiado folletinescas. Pero así fueron las cosas. Así sucedieron. Mi estrella estaba de buen día y quiso favorecerme. Bastaría un poco de charlatanería para convencerle de que agilizara los trámites de mi compañía y que esta se pusiera a funcionar a todo trapo. ¡Bien!

Aquella misma tarde, Elorrieta y yo comentábamos entre risas las peripecias de la jornada. Yo había visto la regata desde tierra, en compañía de Marie; él, desde su propio barco.

Estábamos en cubierta, abriendo botellas de vino blanco como si fuera a terminarse el mundo y charlando sobre la mar desde dos puntos de vista muy diferentes. Él lo entendía como un espacio para el recreo, amante como era de la vela, asegurando que la única vía de escape que tenía para sus numerosos negocios era verse rodeado de mar litigando con el viento. Yo, sin embargo, le explicaba que para mí el mar significaba la libertad, la parte del planeta en la que no había divisiones, fronteras ni muros.

¡Eres un romántico, Gilles!, me dijo. ¿Puedo tutearte? ¡Como buen francés, eres un romántico! Las fronteras siempre existirán. Incluso en el océano, las cartas náuticas nos dicen cuándo se está en aguas de un país o de otro.

Quizá es que ya no creo en los países.

¡Ja, ja, ja! Los franceses siempre tan singulares. Tú mismo eres de un gran país. Ah, *la France, la France*. España os mira acomplejada. Y no es para menos. Sois la cuna de la civilización europea desde Carlomagno. Nosotros, sin embargo, ya ves: peleando por ser una, grande y libre. ¿Ves esa bandera en el mástil de la sede del club? ¡La bandera de España! ¿Y sabes qué significa? Que somos españoles. Aquí y en el agua. Eso, amigo mío, y por mucho que le doliera a Unamuno, no nos lo quita nadie.

Yo creo más en el mar como geografía de encuentro. Y, por cierto, aunque francés, he leído a Unamuno.

¿Y eso?

¿Que por qué he leído a Unamuno?

No, que por qué el mar es geografía de encuentro. Considero esa idea muy libertaria, bolchevique casi.

Apuró una botella y abrió otra. Se había quitado el jersey de la mañana y lucía una camisa milagrosamente planchada.

Conocí a mi esposa en Dinamarca después de una travesía prodigiosa. Gracias al mar, tengo la mujer que tengo.

El mar divide.

No. El mar une. Y en cuanto empiece a operar con mi compañía, uniré mercancías y personas.

¿Compañía?

Tengo una empresa, la Compañía Transcantábrica de Comercio.

Se atragantó. Se puso en pie, manteniendo el equilibrio a duras penas.

¡No me digas, Gilles Nabarre, que eres el Gilles Nabarre de la CTC! ¡Ahora caigo!

Me sonaba tu nombre. Entiéndelo: son muchos los nombres que pasan por mis papeles.

Ahora… ahora caigo; ahora me acuerdo de tu nombre. ¡Pero si esa sociedad la monté yo!

Lo sé. Y me encanta tenerle ahora cara a cara. Quiero ponerla en funcionamiento. Lo que sirvió para blanquear mis francos, quiero que

sea ahora una empresa real. Quiero operar con ella. Quiero hacerla rentable. Me he mudado a Vizcaya porque voy a tomar el timón de mi propia compañía. Y usted, Elorrieta, me va a ayudar a que así sea.

¡Vamos a hacer que la CTC funcione de verdad!

¡Hombre de Dios! ¡Eso es imposible!

32

Al dormir, Marie con frecuencia se hace un ovillo y me da la espalda. Yo la suelo besar en la nuca, a través del cabello, y le susurro que la quiero. Ella rezonga y se acopla en el hueco de mi vientre. Otras veces, sin embargo, se gira hacia mi lado y me agarra el brazo. (…) Como yo suelo conciliar el sueño boca arriba, no le resulta difícil. Me gusta esa sensación. Siempre tiene las manos calientes y, en contacto con mi piel, produce un efecto relajante y conciliador. En ese momento, sus dedos son parte de mi propia anatomía y acabo vencido por el sueño sintiendo que, al tomarme a la altura del bíceps, ella sabe que nada nos separará.

Algunas noches me despierto desvelado. Me descorazonan los problemas, las pesadillas, los planes… incluso las ilusiones.

Siento náuseas la mayoría de las veces. Me levantaría y saldría a la calle. Pero Marie me sujeta del brazo. Yo creo que de alguna manera ella sabe que mi cabeza es un torbellino de conjeturas y mi pecho un polvorín en el que la mecha del miedo puede hacerme saltar por los aires. Está dormida pero lo sabe. Se mueve levemente, apenas unos centímetros, respira hondo, sonríe sin mover la boca y desliza sus dedos en mi piel apenas lo mínimo para que yo sienta que ella sigue ahí, consciente, cómplice, paciente, serena.

(aquí hay un párrafo tachado del que resulta imposible descifrar nada) Hoy he dormido muy mal. Me he levantado al alba, he tomado esta libreta y escribo lo que pienso porque, al hacerlo, me libero de la culpa de no descansar lo suficiente.

(…)

Ayer fue excitante. Don Anselmo Elorrieta se comportó como si fuéramos amigos de toda la vida. Al preguntarle sobre las posibilidades de poner en marcha mi compañía, ha dicho que es imposible. ¿Y qué sabrá él de lo que es posible e imposible? Imposible es sobrevivir en las aguas de Dinamarca a 8 grados. Eso es imposible. Lo otro es solo cuestión de papeles.

La luz entra por la ventana de la cocina. Se me han enfriado los pies (estoy descalzo).

Pronto se levantará Marie. Creo que la empresa va a costar, pero lo

conseguiremos. Si Marie me apoya, nada es imposible. Y si lo es, me acurrucaré junto a ella, le besaré en la nuca a través del pelo y le susurraré que la quiero esperando que lo posible se haga presente. Permitiré que me agarre del brazo mientras dormimos y, en ese gesto, volveré a nacer como cada noche.

Extracto de la LIBRETA-7.

PARTE TERCERA

LA MUERTE DE MARIE

0

Donde nacen las olas, llegue o no la lluvia. En cualquier silencio de cualquier mar que te debía; en las hayas de los bosques; en los recodos; en la tierra de los nombres propios.

En las frases que he borrado, en las escritas, en las susurradas. En los gritos. En la novela perfecta que nunca fui capaz de alumbrar; en el hijo que no tuvimos; en las bocas que no besamos; en las derrotas, tantas, tan amargas.

Donde quiera que queden las almas de los cuerpos muertos. En los pliegues de la ropa que nos arropa; en los platos compartidos; en los tragos imposibles; en las cabelleras encrespadas; en el vello erizado de tus antebrazos. En la cruz sobre tu caja. En las cartas.

En los mapas. En la máquina que pulso ahora que mi vida tiene el sabor de la tinta corrompida.

Ahí te encontraré.

Texto íntegro. LIBRETA-15, quizá lo último que escribió Gilles.

1

nos casamos. ¿Cómo, si no?

Al año de mudarnos, la CTC nos había esquilmado más de la mitad de Y nuestros ahorros y apenas operaba. Resueltas mis dudas con Elorrieta, y tras convencerle de que con mi enorme capacidad de trabajo y mi conocimiento del mar todo sería posible, la pusimos en marcha y, con igual devoción, vimos cómo la empresa zozobraba mes a mes, pese a sus consejos. Me decía que no bastaba con saber de mareas y vientos, que había que saber de números, así que lo contraté como financiero. No fue suficiente. Empleamos también a una chica de Santurce que trabajó

como administrativa, pero tampoco lo fue. Alquilamos un barco, toda vez que asumimos que el *Literal* no servía para nuestros servicios, pero la renta era tan elevada que apenas cubríamos gastos de amarre y combustible. Escaseaban los clientes, nos faltaban contactos, pasábamos los días mano sobre mano aguardando un milagro que no llegó. A los dos años, la compañía hacía aguas por doquier. Despedimos a la secretaria de Santurce y hasta Elorrieta nos aconsejó que prescindiéramos de él o terminaría por no haber dinero sino para su sueldo. La crisis estaba clara y la catástrofe también.

De Gaulle imponía su carisma en Francia, alargando su sombra por el resto de países europeos, erigido en el paladín de la recuperación patria. Mientras, el Papa Juan XXIII promulgaba su *Pacem in Terris*, quizá porque se acababa de conectar el famoso teléfono rojo entre el Moscú de Nikita Jrushchov y la Casa Blanca, con un John F.

Kennedy odiado y amado a partes iguales. En España, la situación política y económica despegaba más despacio de lo que decía el gobierno, Anquetil ganaba la Vuelta Ciclista a España y el Real Madrid despertaba pasiones y aversiones por igual. Franco no se moría y muchos comenzaban a ponerse nerviosos. Desde Europa llegaban personas, libros e ideas que, burlando las aduanas, desafiaban el orden establecido, mientras ETA celebraba su Segunda Asamblea, precisamente, en Capbreton. En aquella época mi amigo Costantine y yo habíamos restablecido la relación, por teléfono muy de ciento a viento y por carta de vez en cuando; por él supe que mi pueblo se había convertido en el enclave elegido para la reunión. Luego perdería su amistad, pero, por entonces, no solo me escribió para contármelo sino que me dijo que él mismo veía con buenos ojos la lucha. De

hecho, si en la Primera Asamblea, la del sesenta y dos, ETA aún estaba vinculada a los principios del PNV y a cierta democracia cristiana, tras el encuentro en Capbreton se decantó claramente hacia el obrerismo, lejos del marxismo pero próximo al socialismo. Supe mucho tiempo después que, en aquella asamblea, hubo voces favorables a reunirse con miembros del PSOE en Carabanchel, mientras otros abogaban por aliarse con *Enbata*, los nacionalistas del País Vasco francés. No me deja de sorprender que sucediera en mi pueblo, en mi paisaje, donde aquellos diecisiete miembros de la Segunda Asamblea decidieran, portando algunos de ellos pistolas en la reunión, formar células activas en la Ría de Bilbao para captar obreros y amedrentar empresarios. Acababa de comenzar un camino sin retorno en el que se pusieron las bases de la futura acción terrorista. Y fue en Capbreton, sí. Y Constantine estuvo allí.

A pesar de no ser socio, yo me había empeñado en hacerme un hueco en el Real Sporting Club, por aquello de conocer personas que fueran posibles clientes de la CTC.

Con ese propósito, frecuenté el Abra con mi balandro, organicé encuentros a bordo con el pretexto de ver tal o cual regata, lo ofrecí como apoyo en alguna travesía y hasta permití que miembros de la directiva del club embarcaran conmigo para saciar su

curiosidad ante un barco de su factura. Aquello me llevó a conocer a hombres interesantes, así como a reconciliarme con el mar, al que había empezado a detestar por ser la tumba de nuestros ahorros.

Dedicaba cada vez más tiempo a la vida social y menos a la empresarial, y solo Marie parecía darse cuenta de la fatídica situación en la que nos encontrábamos. Tan fatídica que una tarde de marzo de 1963 se sentó frente a mí, me obligó a mirarla y me dijo:

Gilles, voy a trabajar. He encontrado un empleo. Me han contratado en la consulta de un dentista, el señor Meso. Leí en el diario que necesitaba una enfermera-secretaria.

No tengo ni idea de enfermería pero puedo teclear más rápido que nadie, lo sabes. Al principio no se mostró muy convencido. Que si había pensado en alguien de aquí, que si confiaba en que pudiera ayudarle con los pacientes, que si no tengo cartas de recomendación, que si no sé cuántas historietas más… Bobadas. El hombre está desesperado porque su ayudante de toda la vida se ha jubilado. El empleo es mío. Dudo que tuviera muchas más candidatas, porque ni paga mucho ni creo que cuente con tantos clientes como me ha

asegurado. Tiene una clínica en Algorta. Es un hombre muy correcto, aunque, para tu desgracia, te diré que no frecuenta el mar. Comienzo mañana.

Como no estamos casados, el señor Meso me ha dicho que hará una excepción, pero que la ley dice que deberías autorizarme la contratación. En España son así de retrasados. La dictadura obliga a que una mujer necesite del consentimiento de su esposo para firmar un contrato de trabajo. De momento, este dentista, que es un bendito, me ha dicho que hará una salvedad debido a nuestro irregular estado civil, argumentando que, como somos extranjeros, tal vez no pase nada. Pero no me arriesgo, Gilles. Ve pensando en liquidar la empresa antes de que nos arruine del todo. Tú y tu Cantábrico no sabéis de negocios. Así que finiquita la CTC antes de que nos vayamos a pique con ella y cásate conmigo, a no ser que prefieras casarte con esos regatistas engolados que te tienen sorbido el cerebro.

Cuatro semanas después, nos casábamos en la iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes, en Las Arenas, a pocos metros de nuestra casa, una mañana de domingo, soleada pero no calurosa, después de que convenciéramos al párroco de que éramos católicos, algo que, sin Elorrieta, no habríamos conseguido.

Fue él, Elorrieta, quien intercedió por nosotros ante la parroquia, avalando nuestra formalidad para que no nos pusieran demasiadas pegas y pudiera celebrarse la ceremonia.

Amigo mío, has traído aire fresco al Sporting, me decía.

Pero no, no éramos amigos ni yo había llevado nada al Sporting. No era mi amigo porque, cuando tras la boda le dije seriamente que habíamos de liquidar la empresa, comprendió, como si le quitaran una venda de los ojos, que yo no era de su clase social, que no me respaldaba una familia acaudalada ni tenía otras compañías con las que suplir mi debacle. Amigos eran aquellos que había dejado atrás, Henri, Constantine, Karl… Y así, haciendo caso a Marie y asumiendo mi derrota, aquel septiembre del sesenta y tres, casado ya, rubricaba los documentos que daban por clausurada la CTC.

Tenía mucho menos dinero pero una esposa hasta que la muerte nos separara.

La boda fue breve, sin grandes oropeles. Escribí a Marceline para contarle que me casaba. Fue una carta larga, esmerada, escrita a mano porque a máquina me parecía muy impersonal. Le narraba nuestras

peripecias y lo bien que estábamos ahora en Getxo, mi empleo, el de Marie, nuestra casa y hasta mi nuevo coche, un Seat-600. Le decía que todo iba bien, aunque yo echaba de menos Francia, mentí, y continuar escribiendo la novela que había dejado a medias.

El cura se llamaba padre Moyúa y era un sacerdote delgado, apuesto y de largas manos. Me recordaba a un atleta, pese a su alba y su estola; no parecía que pudiera administrar un sacramento. Habíamos tenido tres charlas con él antes de la boda, y, aunque al principio se mostraba reacio debido a nuestras procedencias y al hecho de que yo fuera agnóstico y Marie fuera protestante no practicante, finalmente había accedido.

No, Marceline no había venido. Ni siquiera se había enterado. Su carta llegó devuelta precisamente el día anterior a la boda. He de confesar que cuando la vi en el buzón, me vine abajo. ¡Habría sido tan hermoso que ella tuviera noticias mías! Me vine abajo y me angustié. Veía al pobre padre Moyúa hablándonos y lo único que pensaba era en la razón por la que aquella carta no había llegado a su destino. ¿Tal vez habían cambiado el nombre de la calle? ¿O se habría mudado Marceline? ¿Marceline irse de Capbreton? ¿Y si le había sucedido algo? ¿Y si en todo este tiempo Marceline había fallecido?

La muerte rondaba el ara, el retablo, las manos aceradas del sacerdote, las toses de los invitados, la sonrisa nerviosa de Marie. Sí, estaba preciosa en su traje color arena. La muerte se colaba por los vitrales y vino a escuchar el sermón sentándose a mi lado. Era la misma muerte que se llevó a mis padres. Pensé en ellos. Pensé en la bala en la trinchera y pensé en los alemanes que hacía más de veinte años habían acabado con mi madre, pensé en sus madres y en sus hijas. La muerte es así de caprichosa. No entiende de planes ni de momentos oportunos. La muerte es una brizna. Surge y es imparable. A veces lo hace en forma de tumor y acaba por demoler una vida, un proyecto, una empresa, una familia. O en forma de accidente, y abofetea la cotidianidad; más bien le da un zarpazo y la deja temblorosa, como si la cotidianidad, por ser lo habitual, estuviera libre de ser asolada por la muerte.

Pensé en nuestro bebé, nacido muerto a los pies de la cama. Una honda tristeza me invadió al darme cuenta, por primera vez desde el aborto, que nunca había sabido si perdí un hijo o una hija. Así de retorcida es la muerte. Esta muerte que me rozaba el hombro en el día de mi boda y me susurraba al oído que tal vez Marceline ya no estaba

en este mundo. La muerte es siempre inmisericorde. Da igual que se trate de un hombre de noventa años o de una criatura en el vientre materno. Siempre es inmisericorde, siempre es inflexible. Nunca atiende a razones porque la única razón es la muerte misma, la muerte en sí. ¿Y si Marceline había muerto? ¿Y si ya no volvía a verla nunca más?

Comulgamos. El cura nos había explicado en qué consistía aquello de la comunión.

Aunque bautizados, ninguno habíamos comulgado. Dijo en sus charlas que, tratándose de un caso tan especial como el nuestro, acogerse a dos sacramentos en el mismo día no era tan grave.

El cuerpo de Cristo, dijo.

Y pensé en una religión que hacía alarde de la ingesta del cuerpo de su dios.

Inevitablemente, me vino Unamuno a la cabeza. Marie me sonrió. Yo pensaba en Marceline, en Unamuno, en Constantine y su opción por la lucha armada. No volvería a ver a Marceline, imaginaba, pero saber que había muerto era tener la certeza de que, incluso pudiendo, no volvería a verla. Ni a Teresa, ni a Charlotte, ni a sir Henry. Ni a los míos de Capbreton, Henri Arrape, Gravière, Constantine…

Yo os declaro marido y mujer.

2

o dejaba de ser estrambótico que para ascender a la redacción del periódico *Hierro* hubiera que pisar los mismos peldaños que, años atrás, pisaran los febriles plumillas de *El Liberal*, aquel diario de Indalecio Prieto de cuando la N República. Yo, la verdad, apenas era consciente de ello, como del hecho de que el régimen franquista se hubiera apropiado de sus dependencias, expropiándolas *manu militari*, nunca mejor dicho. Lo único que me interesaba era que, cada veintiocho de mes, me dieran el sobre con mis emolumentos en

compensación por los reportajes publicados, que, en ocasiones, eran semanales y, a veces, quincenales.

Escribía sobre asuntos de mar, cubría las regatas, redactaba las crónicas de sociedad cuando alguien de la dirección era invitado a algún evento, componía piezas más o menos veraces sobre personalidades de la política bilbaína, todas afectas al régimen…

No en vano, *Hierro* era una publicación de corte falangista. Se había fundado en Madrid en el treinta y siete, con el escritor José Antonio Giménez-Arnau al mando, aunque a mí me tocó la época en la que cierta apertura ideológica era evidente, casi tanto como su declive. Ni en sus momentos de mayor apogeo superó la tirada de veinte mil ejemplares, eclipsado siempre por *El Correo Español-El Pueblo Vasco*, favorito de los vizcaínos.

Llegué a *Hierro* a través de Elorrieta, quien en una travesía desde Getxo hasta Santander a bordo del *Literal* me presentó al director, amigo suyo e invitado de honor en nuestro barco. Le informó que yo escribía, que en Aquitania era una firma reconocida, que no le vendría mal al diario contar con alguien de mi prestigio y con mis andanzas y que, puesto que era francés, se me podían permitir ciertas frivolidades.

Lo cierto era que a mí no me venía nada mal contar con una nueva fuente de ingresos, después de que liquidáramos la empresa y la CTC pasara a mejor vida.

Pudimos salvar los trastos, evitar la ruina y malvender algunos útiles de la oficina.

Afortunadamente, no dejamos deudas ni servicios sin acabar, y pudimos cerrar aquel ciclo antes de que el año sesenta y cuatro llegara

a su punto y final.

Marie, que se había ganado la confianza del dentista, iba y venía con diligente eficacia, trabajando con disciplina pero sin perder nunca la sonrisa. Por las tardes, paseábamos frente al mar, viendo los enormes buques entrar y salir por la Ría, comprobando las obras de ampliación en la sede del Real Sporting Club, los nuevos edificios de viviendas surgidos en Las Arenas y la irrupción de una nueva generación de veleros en los fondeaderos. Caminábamos del brazo, con frecuencia en silencio, reconfortados el uno por la presencia del otro, tranquilos, felices; o, al menos, conscientes.

Puede que la felicidad no sea un estado sino una actitud. Puede que no exista como tal y sea solo el camino por el que logramos un estado superior, creo que llamado consciente. Y es que vivir conscientemente era, por entonces, darme cuenta de que mi vida estaba concebida para compartir el tiempo con ella. Y todo lo demás me sobraba.

Una vez que la empresa se cerró, recuperé mis dos pasiones: escribir y navegar.

Escribía para *Hierro*; escribía una novela que nunca llegaría a terminar; escribía cartas, muchas cartas, cientos de cartas. Y navegaba; navegaba cada vez que podía; navegaba en solitario; navegaba en compañía de gente del club o de amigos que a su vez tenían amigos que sabían que en el *Literal* siempre había una botella de vino que catar y un cabo que largar.

En *Hierro* firmaba como Gilles Nabarre los trabajos de supuesto corte periodístico, aunque yo no me sentía periodista sino un intruso. También utilizaba el seudónimo de *El Gurja*, pese a que nadie sabía su procedencia, cuando de lo que se trataba era de hacer artículos de corte ácido o político. Marie me decía que tuviera cuidado, que no me metiera en líos, que escribiera sobre barcos, aventuras, regatas y bodas de ricachones, y que dejara de lado mis páginas de opinión, pero yo le respondía que me divertía, que las pagaban bien y que eran inofensivas. Entonces ella me miraba, sonreía y disipaba su reparo.

Cartas. Escribía muchas cartas. La mayoría me eran devueltas por no encontrar al destinatario o haberse mudado o no portar la dirección correcta. Así, contacté con algunos de mis amigos de Capbreton, aunque solo Constantine me contestó, reanudando así nuestra intermitente relación. Me habló de los unos y los otros, me envío noticias del pueblo, de Francia, que despegaba hacia la contemporaneidad como si la guerra fuera algo del siglo pasado y no

de hacía veinte años… No me dio cuenta de Marceline, a quien envié hasta tres misivas más, sin retorno, pero sí me dijo, de forma muy velada, que él había decidido dar el paso y luchar en contra de la dictadura; se sentía con el deber de ayudar a los vascos del sur, sometidos al yugo de la tiranía fascista. No di con Karl, de quien tampoco sabría nada hasta bastante más tarde, ni fui capaz de localizar a sir Henry, aunque no perdía la esperanza de reencontrármelo algún día y, mediante él, tal vez a Charlotte.

Charlotte…

Charlotte cambiaría mi vida más tarde. Charlotte me salvaría…

Una mañana de julio del sesenta y cuatro, mi redactor-jefe en *Hierro* me convocó a su despacho, un cuchitril entre paneles de formica. Había una enorme máquina Hispano-Olivetti *Lexicon 80*, una mesa oscura con un flexo desproporcionado, un butacón de piel raída, un par de sillas de aspecto incómodo y un estante con objetos, carpetas y libros desordenados. Forraban las paredes portadas del periódico, en un afán extravagante por conferirle al lugar una impronta de contemporaneidad, cosa que no se lograba.

No se anduvo con rodeos. Hipnotizado, yo lo miraba dentro de su traje a cuadros naranjas, con aquel jersey de cuello de cisne en color verde musgo y aquellas monstruosas gafas de montura marrón. Se peinaba hacia atrás, intentando disimular la calva en la coronilla; tenía un bigote poblado aunque bien cuidado que mesaba con esmero, y un tono azul en el mentón, seguramente por el *aftershave*. Jugueteaba con un bolígrafo Bic dando golpecitos en la cubierta de una libreta.

He encargado a Montejo que escriba un reportaje sobre los *mugalaris*. ¿Sabes tú algo sobre el tema?, pronunció severamente.

No sé si palidecí o enrojecí. Mi tiempo cruzando la frontera con el *Literal* se me antojaba tan pasado como el kayak hasta Burdeos o los encuentros sexuales con Charlotte.

Un reportaje sobre *mugalaris,* me explicó, para la edición especial que se hará con motivo del 18 de julio, día del Alzamiento. Ya sabes, esos malos patriotas que ayudan a otros hijos malos patriotas a cruzar la frontera, la *muga*, como se dice en vascuence.

¿Conoces tú algo sobre el tema? Lo digo porque, como eres francés, igual has oído hablar algo de este asunto.

Respiré. Imaginé qué sucedería si supieran que yo mismo había estado

ayudando a cruzar la frontera, con el Literal.

Yo... No, nada, carraspeé.

De repente, sin permitir que yo dijera nada, cambió de discurso.

He visto que tienes un Simca-1200. Buen coche, sí señor. ¿No? Si es que la vida es eso, yo creo. La vida es prosperar. Uno piensa que lo que ha ido escogiendo en la vida ha sido lo mejor, si ve que le ha llevado a prosperar. Parece que con tu Simca lo has logrado. Cuando entraste a escribir aquí tenías un Seat-600. Progresar, digo. Además…

vives en Las Arenas. No en Sestao o Erandio o Bolueta, no. En Las Arenas. Está clarinete que no se te ha dado mal la vida en España. Y, encima, frecuentas a la gente de la vela.

No te voy a andar mareando la perdiz. Me da igual cómo lo has conseguido, pero lo cierto es que te has hecho un hueco, Nabarre. Enhorabuena.

No sabía cómo terminaría aquel monólogo. Era cierto todo cuanto decía, pero tanto como el hecho de que yo en la vida me había visto en uno u otro bando por los vericuetos del destino y no por opciones ideológicas. Había sido *mugalari* sin vocación, igual que era amigo de Elorrieta y escritor en *Hierro*. No sentía miedo o desasosiego,

sino tristeza. La tristeza que produce comprender que, en efecto, jamás había elegido uno u otro camino por convicciones morales sino por la conveniencia del momento. Si me hubieran ofrecido trabajar en *La Gaceta del Norte* en lugar de en *Hierro*, lo habría aceptado igual. Ninguna convicción; cero ideales. Y eso es triste, creo.

O tal vez sí. Tal vez mi único ideal fuera la persona. ¿No había hecho todo aquello por Teresa, para sacarla de la cárcel? Dejar de actuar sí que habría sido una traición; una traición a Teresa.

Lo de los *mugalaris* gustará. A la gente le fascinan esas cosas y de paso damos caña a los nacionalistas vascos, a los rojos, a los masones y a los extranjeros en general, con perdón. Tú eres francés pero, para nosotros, como si no lo fueras. Y tu mujercita...

¿holandesa? Me han dicho que es muy guapa. Ay, las holandesas… Si es que, en cuanto se pasan los Pirineos, son mucho más guapas, aunque extranjeras, eso sí.

Es danesa, expliqué.

Estoy considerando seriamente qué hacer contigo. Este diario, poco a poco, se va al garete. Sobrevivirá un tiempo más, estoy seguro, pero no hemos despegado como queríamos. *El Correo Español* nos ha comido el mercado. Además, aunque se fundara con unos ideales, la cosa se ha ido relajando.

Me perdía. No comprendía los cambios de perspectiva que se iban sucediendo en aquel despacho. Sudaba. Me percaté de que en otras ocasiones tenía allí un potente ventilador que accionaba tirando de una cadenita; no así aquel día.

Concluyendo, dijo al ponerse en pie, si tú no sabes nada sobre *mugalaris*, olvídalo; Montejo redactará su reportaje él solo. Lo único que, lo siento, verás, no sé si podré ofrecerte muchos más trabajos. Te haces cargo. Como acabo de decirte, el diario pasa momentos de vacas flacas. Esto es, iré al grano: que vamos a reducir plantilla, que se acabó lo que se daba. Si quisieras echar una mano a Montejo, terminarías tu labor en este diario con ese reportaje. Si no, pues nada, que sanseacabó. Que se cierra el grifo, que no podemos seguir pagándote.

3

alí de las instalaciones de *Hierro* con la firme convicción de que no volvería a escribir ni una palabra más en él, como de hecho sucedió. Acababan de despedirme.

S

Entré en un bar y pedí un vino. Sin moverme de la barra, tomé otros tres.

Luego un cuarto y un quinto.

Cenamos en silencio. Marie estaba cansada; sin embargo, captó que algo me sucedía, y me invitó a dar un paseo aprovechando que por la noche bajaba la temperatura. Lo agradecí. No hizo ninguna alusión a mi pestilente olor a alcohol ni a mis hombros caídos. También eso lo agradecía. Tras recoger los platos y levantar la mesa, fuimos al muelle. A nuestra espalda quedaba la imponente estructura del Puente Colgante, como un esqueleto de hierro insertado en las viviendas de ambas orillas; al frente, la rada del Nervión, con el monte Serantes de centinela impenitente a un lado y el murallón de La Galea al otro, en la lejanía. Olía a mar. Añoré Capbreton.

Le conté lo sucedido. No le dio importancia. Me dijo que haría bien en no escribir más para ese periódico, sobre todo si el jefe era un ser tan voluble como yo le contaba.

Hay que reconocer que Marie siempre sabía cómo reconfortarme.

Hablamos del futuro. Hicimos planes. Me comentó que con el dentista estaba bien, muy bien, que los clientes proliferaban y que parecía hasta que iba a ampliar la consulta. Aquella era una buena noticia. Yo le confesé mis miedos, sobre todo si cesaban los ingresos constantes por mis artículos, pero me contestó que tampoco suponían tanto dinero, que aún nos quedaban ahorros de lo que pudimos salvar de la CTC y que, además, lo que tenía que hacer era dedicarme a la vela, que era lo que a mí realmente me gustaba.

También escribir reportajes, le dije.

Y me dediqué a la vela. Entre septiembre del sesenta y cuatro y el malhadado día que falleció Marie, estuve más de un año impartiendo clases a regatistas que querían pasar de la vela ligera a la navegación

en crucero. Elorrieta, a quien también narré el despido del *Hierro*, me confesó que mi jefe era un cretino y que el diario iba de mal en peor. Tarde o temprano ese periódico se hundirá, me aseguró. A ver si conseguimos enchufarte en *El Correo Español*, que ese sí que pita, dijo. Aquí somos gente práctica, no te preocupes; lo importante es que ahora te centres en tus lecciones y en tus alumnos.

Gracias a él, conseguí clientes en cuanto se corrió la voz de mi vuelta al mar, la mayoría jovencitos relacionados con el club que querían destetarse en travesía. A veces

eran insolentes señoritingos, hijos de empresarios de postín, seguros de que acabarían teniendo su propio yate, fastidiados por el hecho de que yo, un treintañero cualquiera, les diera lecciones. Pero también se acercaban encantadores estudiantes de ingeniería, hombretones bregados con el *snipe,* que disfrutaban abordo del *Literal* aprendiendo con cada frase que les decía. Fue una buena época. No era habitual aprender a navegar a vela con monitores o entrenadores, sino bebiendo de las enseñanzas de familiares mayores y, sobre todo, volcando una y otra vez. La auténtica escuela ha sido el error, el ensayo-error, y los consejos de los mayores. Por eso fui un pionero, un extravagante, un inusual. Aunque me afanaba en enseñar todo cuanto sabía, comprendí pronto que nadie sustituiría a los aprendizajes tradicionales, así que mi escuela, en absoluto oficial ni reconocida, se convirtió más bien en una excentricidad fuera de toda norma.

Solía levantarme pronto, preparaba el desayuno para los dos, despedía a Marie y la veía marcharse hacia la consulta, siempre guapa, siempre atenta, siempre elegante, como cuando abandonaba nuestra casa en Capbreton y caminaba hacia la conservera, hacía ya toda una vida. Se había mimetizado con el estilo de Las Arenas; era sobria pero femenina, adecuada, ni demasiado austera ni demasiado aburrida. Se había dejado crecer el pelo, que solía llevar recogido en una graciosa coleta alta, y había cambiado sus sempiternos pendientes de aro por dos perlitas blancas que le regalé para nuestro primer aniversario de bodas.

Después, recogía la casa, hacía la cama, ventilaba las habitaciones… y me iba al puerto, donde siempre me esperaba alguna faena. Las clases solían ser por la tarde, cuando había alumnos, pero por las mañana tenía quehacer: preparar el barco, reponer drizas, limpiar, calibrar los aparatos… También me estaba haciendo al uso de la radio, que para entonces empezaba a ser frecuente en barcos como el *Literal*. Y tampoco me faltaba relación con la gente del club, donde me tenían en alta consideración y departía con unos y otros sobre la mar, las

mareas y los adelantos técnicos en las embarcaciones.

A veces me alcanzaba el mediodía en el dique trasteando; después comía en una taberna cercana en la que me daban, por pocas pesetas, un menú de legumbres, filete con patatas fritas y un café. Y vino. Todo el vino que quisiera. Peleón, recio, grumoso, pero cuanto quisiera. Si no tenía alumnos por la tarde, dormía la curda en el barco.

El mar. Como un tatuaje en la tierra, o viceversa. Como un secuestrador que tenía mi mirada como rehén, un atracador de bancos a cara descubierta, sin media ni verdugo, capaz de lo mejor y de lo peor. Un inventor de historias personales, el mar. Un golpe de sal. Una atmósfera obscena, conspicua, promiscua. Siempre el mar.

Y en mi geografía de aquellos años, un mar color gris. Una espada sin Damocles.

Una chapa de uralita como la de los tejados en las naves industriales. Un cartonaje de brillos de plomo. El Cantábrico de las crecidas, de la porquería llegando desde el Nervión para teñirle de marrones la espalda. El de los sonidos, sirenas y rugidos. El mar de los pescadores en sus barcos anchos y pesados. El patio de recreo de los prohombres de Algorta y Neguri. El de mis profundidades.

El mar de mis soledades; el mismo que me vio crecer; el mismo que me vio amar. El que me entregó un día a Marie, en una costa danesa cuyo nombre es mi peor relicario.

El que se la llevaría.

4

Somos lo que hacemos, lo que sentimos y lo que compartimos. (…) También somos lo que callamos. Y, sobre todo, lo que erramos. Porque del error surge la experiencia. A lo largo de mi vida me he equivocado tantas veces como veces he acertado. Tal vez, el error estuvo en aceptar aquellos pedidos, cuando Charlotte me enviaba gente para pasar la frontera. O erré al aceptar reunirme con sir Henry. O escuchar a Madame Luivier y a Monsieur Balzac…

(…)

Somos nuestras equivocaciones. Yo, al menos, lo soy. Y puestos a equivocarme, me he equivocado tantas veces que ya no sé si soy lo que veo o soy la versión errada de un pobre tonto de Capbreton, un tonto más tonto que hecho de encargo, buena persona, pero tonto, muy tonto. (…)

Tonto hasta el punto de darme cuenta de que soy eso, una retahíla de errores pulcramente trenzados.

Extracto de un largo texto sobre la pesadumbre de existir.

LIBRETA-7.

5

iguel era un muchacho atlético y educado, de sonrisa franca y flequillo largo a lo Kennedy. Llegó a mí tras haber ganado varias regatas en categorías ligeras.

Tenía experiencia en balandros y quería obtener el título de patrón de yate, M pero su padre quiso pagarle una semana conmigo, convencido de que un intensivo en el *Literal* lo destetaría definitivamente.

Se movía por cubierta con soltura, aceptaba sonriente mis órdenes y demostraba una especial audacia a la hora de cazar el güinche en plena ceñida, bajando a la banda hasta prácticamente meter la rodilla en el agua. Terminada la maniobra, me miraba y aguardaba mi aprobación. Era un fuera de serie.

¡Estupendamente, Miguel!

Y él reía sabedor de que, en efecto, todo le salía estu-pendamente.

El último día del curso, sábado por la mañana, decidimos salir en dirección Oeste, quizá para llegar hasta Laredo. Algunos vizcaínos empezaban a construirse sus chalets allí y en Castro Urdiales, aprovechando que la provincia de Santander era más rural, más barata y más exótica, sus playas más limpias y menos masificadas, y su climatología, la misma pero fingidamente mejor. Las caravanas que se organizarían las tardes de los domingos, en especial a partir de los setenta, serían monumentales, con miles de bilbaínos regresando a casa por la estrecha N-634, antológica ratonera de la época.

Nosotros, por mar, apenas encontramos algunos veleros cerca del Nervión, buques fondeados a la espera de atracar el lunes, lanchas fuera-borda, algún remolcador, un balandro como el mío...

Tocamos Castro Urdiales en dos horas. En tres, un enclave llamado Oriñón, que tiene una península con aspecto de mágica ballena varada. Me recordó al “ratón” de Getaria y me evocó a *Las inquietudes de Shanti Andía*.

Ese lugar es subyugante.

¿Perdón?

Ese trozo de tierra que se mete en el mar, esa lengua verde. Me parece

hipnotizador.

Yo antes tendía a hipnotizarme con frecuencia. Una vez, de camino a Dunquerque, o tal vez superado Dunquerque y rumbo a Dinamarca, no recuerdo el punto exacto, me quedé hipnotizado por un portaaviones yanqui. ¿Has visto alguna vez un portaaviones de cerca? Es como una ciudad flotante. Uno de los prodigios más escalofriantes que he

tenido yo ante mis ojos. Ver aviones enormes en la cubierta de un barco atenta contra toda lógica. Yo lo vi. Me hipnoticé. Como hoy con Oriñón. Me recuerda a la novela de Pío Baroja. ¿La has leído? Yo la leí gracias a Marceline D'Ousseau, la maestra que contraté cuando hice dinero a raíz de mi aventura en el Garona. ¿Te he hablado de mi aventura en el Garona? ¿Y del Mayor Hasler? Hay cosas que solo suceden una vez en la vida. Como remar toda una noche remontando el río hasta Burdeos o recibir clases de Marceline. Ha sido clave en mi vida. Sí, Marie. Marie es mi mujer. Sin ella no soy nada; lo es todo para mí. No hay ser humano que se le asemeje. Marie va cuando yo aún no he vuelto. Llueve si soy erial. Escucha, ríe. Baja para que no suba y, cuando bajo, sabe subirme. Es un ángel. ¿Crees en los ángeles, Miguel? Pero Marceline… no sé cómo explicarte. Recuerdo las aventuras que leí en el libro de Pío Baroja y la veo al otro lado de la mesa camilla, tamborileando con sus largos dedos, escrutando mi ceño para saber si comprendía o no. A ella le debo saber español, saber mecanografiar, saber redactar un reportaje. A ella le debo tanto, todo. No me porté bien. A veces no nos portamos bien con la gente que queremos, no por malicia, sino por estulticia. La tontería causa estragos. ¿Sabías que en el servicio militar, en la oficina de reclutamiento, me dijeron que era tonto? Ya ves. Y si dejé de serlo, fue por Marceline. La quería. ¿Sabes? No como a mi mujer. Mi mujer es la suma de dos soledades. Marceline es el capítulo que nunca escribí. Y ahora, muchacho, deja de distraerte y vamos a virar. Pondremos rumbo a Laredo, a ver esos chalecitos de juguete que se están haciendo los nuevos ricos en sus arenales.

Miguel, con sus diecisiete años, se convirtió en mi grumete. Cada fin de semana aparecía por el pantalán y esperaba a que lo invitara a subir. Navegábamos sincronizados de tal manera que me recordaba a mis singladuras con Henri Arrape.

Apenas nos hablábamos, bastaba un gesto, una mirada. Aprendió a entenderme y a descifrar el *Literal*. Algunas tardes le pedía que me acompañara con mis alumnos y lo ponía como ejemplo de aprendiz convertido en maestro. Empecé a sentirme orgulloso de él.

¿Puedo hablar contigo?

Claro, Miguel, dime.

Es sobre mi padre.

Cuéntame.

Quiere que vaya a Madrid, a la universidad. Dice que la Universidad de Deusto está muy bien, que tiene mucho prestigio y muy buenos profesores, pero piensa que, para

dedicarme a la banca como él, es mejor que estudie en Madrid. En realidad, lo que pretende es tenerme lejos y, a la vez, alejarme a mí del mar. Piensa que navegar es una pérdida de tiempo. Y yo no quiero.

¿No quieres ir a Madrid? ¿O no quieres trabajar en la banca?

Ni lo uno ni lo otro. Detesto la banca. Y detesto la idea de marcharme a Madrid, lejos del mar. Yo lo que quiero es navegar, como tú.

Bueno... mi vida no siempre ha sido navegar, mentí. Estábamos en el *Literal*, atracados. Yo bebía vino; él, unas coca-colas que se había traído en su bolsa de deportes.

Se suponía que íbamos a impartir una clase a dos adolescentes del club, pero la lluvia había suspendido la cita.

Yo quiero ser libre, como tú. Vivir en el mar y por el mar.

Yo vivo en Las Arenas, bromeé.

Ya entiendes a qué me refiero, Gilles. Nunca has tenido ataduras. ¿Por qué tengo que irme a Madrid? Mis padres no entienden que mi vida está vinculada a esto, a los barcos, a la vela. Quiero ser regatista, acabar la Fastnet, una de las pruebas más duras del mundo… O ser profesor de vela, como tú. O aventurero, como dicen que fuiste, y salir en el *National Geographic*…

Te contaré algo, le dije. Y le narré por qué me llamaban *gurja*, mi lío en el Garona y mi derrota hasta Dinamarca, donde conocí a Marie. Le conté mi peripecia en el hospital, quizá aderezada, justificando así mi cojera y mi bastón. Le aseguré que a veces había pasado miedo, que navegar no es surcar el mar sino enfrentarse a los fantasmas. Le animé a hablar sinceramente con su padre, confesándole que yo habría dado otro meñique por haber podido hacerlo con el mío, y le expliqué lo de

la Línea Maginot y lo de las balas que no saben de banderas ni patrias sino de cráneos atravesados. Le confesé que no sabía qué era la libertad ni por qué se me había considerado valiente; le desgrané mis temores en mitad de la tormenta y le hablé del fracaso de la empresa CTC.

Brindamos por los fanfarrones, yo el primero, y por los periodistas que sobrevivían con sueldos de mierda.

¿Crees en las patrias, Gilles?, me dijo. Callé. Ni creía ni no creía. Simplemente me daba igual. El mar me había enseñado que las fronteras son artificiales, fruto del ser humano, no de la geografía inconmensurable, salvaje y eterna.

El mar estaba ahí antes que los países. Y estará cuando los países desaparezcan.

Como las montañas, los ríos, el viento, las estaciones, pronuncié mientras extraía otra botella de la bodega que tenía bajo la bancada, la descorchaba y me servía un nuevo vaso.

Pues yo no quiero ir a Madrid.

La libertad no es hacer lo que quieres, Miguel.

Entonces, ¿qué coño es?

¡No digas palabrotas en mi barco!, reí.

Al día siguiente saltó de un brinco al *Literal* sin esperar a que yo le diera el permiso de cortesía del patrón. El día era hermoso, perfecto para navegar. Arrojó su bolsa de deportes contra la portezuela de la cámara y, enfadado, gritó:

¡No hay manera! Ayer intenté hablar con mi padre, y no hay manera. En septiembre me voy a Madrid. ¡Imposible dialogar con él!

Hice como que no le escuchaba. Pensaba que ojalá tuviera con él la acertada palabra que siempre tenía Marie conmigo. Hasta calculé cómo iría un encuentro de ambos. Tal vez ella supiera qué decirle.

Ya sé qué es la libertad, Miguel.

¿Qué?

Que ya sé qué es la libertad. La libertad no es hacer lo que uno quiere; creo que la libertad tiene más que ver con lo consciente que se vive.

Solo si vives conscientemente, eres libre, o, por lo menos, te acercas a la libertad. Si te dejas llevar por la vida, si no reflexionas sobre qué pintas en este mundo, sobre las decisiones que tomas y por qué las tomas, sobre cómo contribuyes a mejorarlo y dónde están tus certidumbres, entonces sí que no eres libre. Pero si entiendes y sabes lo que te sucede a cada paso, entonces nadie puede quitarte la libertad.

Como marino, eres mi maestro, Gilles. Como filósofo, eres un desastre. No te entiendo nada.

Reímos, preparamos el barco y recibimos a nuestros dos alumnos. Mientras disponíamos los cabos, Miguel se acercó a mí y sacó un papel del bolsillo trasero, doblado, con aspecto de publicidad. En realidad, era eso, un folleto.

Mira. Si voy a tener que irme en septiembre, antes voy a hacer un curso de estos. Se lo he puesto como condición a mi padre y me ha dicho que lo que yo quiera. Es un cabeza hueca. Ni siquiera me ha escuchado.

¡No me lo puedo creer!, exclamé. ¡No me lo creo!, dije al ver el folleto.

6

arie y yo llegamos con el Simca, aparcamos en un campo de hierba, junto a la carretera, y descendimos por unas interminables escaleras que comunicaban las últimas casitas del barrio con la playa de Sopelana, que era realmente M salvaje, apenas una cala bajo los murallones grises surcados de pliegues, puros arañazos en la tierra. Y allí estaba, sentado en una silla plegable, con las piernas estiradas y una gorra tapándole la cara, a la puerta de una caseta hecha con maderas, telas y un paramento ruinoso. En cuanto vi las piraguas, supe que no había cambiado ni un ápice.

Queremos alquilar una de esas. ¿Es difícil pilotarlas?

Se arrellanó en la silla, se quitó la gorra, nos miró y, con una inflexión de voz propia de Marlon Brando en *Rebelión a bordo*, la última película que habíamos visto, nos respondió, tomando de mis manos el folleto que llevaba, el que me había enseñado Miguel.

Para ti, seguro que sí. Tienes aspecto de no saber pilotar ni una cáscara de nuez en un plato de sopa.

Maldito noruego engreído. Siempre tan faltón, le dije. Y nos fundimos en un largo y sonoro abrazo.

Karl Ove, diez años mayor que yo, presentaba un aspecto fiero, de aventurero de verdad, como si viniera de explorar el Orinoco o se acabara de bajar de la balsa Kon-Tiki, como si hubiera hollado el Everest, hubiera doblado el Cabo de Hornos y hubiera sobrevivido a la guerra de Vietnam. Lucía una melena muy *hippie*, al estilo de los rockeros que veíamos en las revistas francesas que nos llegaban clandestinamente desde Hendaia, una barba entre rubia y canosa, feraz y desgreñada, con la boca tapada y las

mejillas alfombradas, y lucía un bronceado a medio camino entre el moreno de proletario y el bronceado de ricachón. Vestía un pantalón vaquero recortado a medio muslo, con los flecos deshilachados enredándose en el vello de las piernas, una camisa desabotonada e iba descalzo. En una muñeca, una pulsera de cuero, ancha y grabada; en la otra, un reloj dorado, extravagante.

Nos abrazamos varias veces más con gestos bruscos. Besó a Marie. Volvimos a abrazarnos fuertemente. Hacía mucho que no me sentía

tan feliz.

Había vagado por Europa. Había intentado trabajar en un camping. Había tenido una novia belga. Había embarcado en un mercante de pabellón holandés. Había pasado fiebres que a punto estuvieron de llevarle al otro barrio en un hospital del norte de Francia. Había vuelto a Noruega, pero en el camino se le torcieron las cosas y no subió hasta el norte. Había tenido una tienda de piraguas que fracasó. Había sido empleado en una panadería y, aunque recordaba el aroma del horno y el sabor de la miga suculenta, no soportó más de tres meses. Había estado a punto de irse a alguna guerra, de reportero, como yo. Había aprendido a surfear, aunque, finalmente, jamás llegó a cruzar el charco. California esperará; siempre hay tiempo para llegar hasta California, sonreía. Había perdido a un buen amigo, aunque nunca me dijo en qué circunstancias.

Había engordado. Había descubierto el budismo, aunque no lo practicaba. Había escuchado a los Beatles en directo, cuando estuvo por Inglaterra trabajando de camionero, tres semanas. Y siempre, siempre, regresaba al mar. Aquí o allá, pero al mar.

Lo de Sopelana era provisional, cosa de un verano. Había conocido a unos chicos de la zona que le hablaron del asunto, había hecho cálculos, había comprado cuatro piraguas, las había metido malamente en su furgoneta Citroën H-Y y se había instalado en la playa, intentando hacer dinero durante dos meses. Se anunciaba con un “Olas y Kayak. Cabalga sobre el mar”, pero le llegaban muy pocos clientes.

Algún día, nos explicaba, estos niñatos entenderán que se puede surfear sobre las olas con un kayak y me haré rico. De momento, ninguno de los seis u ocho jóvenes que vienen a surfear ha alquilado nada.

El día en el que Miguel y yo alquilamos dos kayaks, Karl Ove no quiso cobrarnos; y, por supuesto, se unió a nosotros. Era una tarde preciosa, con el mar teñido de rosa a la caída del sol. Marie nos aguardaba en la playa, sentada en una toalla, con la falda remangada y la blusa ahuecada por la brisa. Sonreía y nos saludaba con la mano.

Nosotros, ya en el agua, escuchábamos las recomendaciones de Karl. Nos recordaba, casi amenazaba, que aquello no era como remar en aguas mansas; tenía muy poco que ver con navegar por el Garona. Era una experiencia llena de adrenalina, palabra que

pronunciaba graciosamente con su acento rudo. Miguel lo miraba entre excitado y nervioso. Yo me intentaba acomodar en el interior de la bañera, preguntándome cómo había sido capaz de remar hasta los restos de la Betasom quince años antes.

No se trata de avanzar sino de gestionar las olas, gritaba. Olvidaros de todo lo que sabéis sobre el mar. Aquí manda la proa. Hay que encarar antes de que haya espuma en la cresta. Si hay espuma, va a reventar y si os pilla de proa, vuelco seguro. Si os pilla de costado, vuelco seguro. Y si volcáis, soltad el cubre-bañeras y salid a flote. Para soltarlo, sencillo: tirad del cordel y se abrirá. ¿Entendido, Gilles? ¿Entendido, Miguel? Así que, seguidme. Haceos con la embarcación. El remo es solo para mantener el equilibro y avanzar hacia la ola; pero cuando más lo tenéis que usar es para daros la vuelta con rapidez y que la siguiente ola os alcance por popa bien equilibrados. Sorprendedla vosotros a ella y no al revés.

Pronto descubrimos el juego. No era complicado. Sorteábamos la cresta de la ola, girábamos y permitíamos que la siguiente nos empujara. Fue divertido.

Al despedirnos, le dije a Karl que, la próxima, saldríamos en el *Literal*, como en los viejos tiempos. Se lo debía. Lógicamente, invité a Miguel. Nadie sospechábamos, aquella tarde de cielo rosa, que la tragedia sacudiría nuestras vidas.

7

La tragedia no es la muerte sino la conciencia de que alguien muere.

Frase escrita hasta 190 veces en la LIBRETA-13. No hay nada más en toda la libreta.

8

Marie murió.

Antes de navegar todos juntos en el *Literal*, Miguel, Marie y yo repetimos lo Y de las canoas varias veces a lo largo del verano. Aquellos meses fueron maravillosos. Por Sopelana apenas aparecía nadie, salvo algunas chicas modernas que iban a tomar el sol con biquinis que en otras playas estaban prohibidos y jóvenes de la zona que lucían palmito entre las olas. De hecho, nos burlábamos de Karl, asegurándole que no existía un lugar menos concurrido en toda la costa vasca y hete ahí el motivo del fracaso de su negocio. Él se carcajeaba y se burlaba

de sí mismo. A este paso, acabaré poniendo una freiduría de churros en Las Arenas, decía.

Siempre nos acompañaba Miguel, quien exprimía la estación a sabiendas de que, en septiembre, debería mudarse a Madrid, donde su padre ya le había inscrito en una residencia de estudiantes. De aquel verano recuerdo las ventanillas abiertas del Simca, los vestidos flojos de Marie y nuestras camisas desabotonadas, la gaseosa helada, las fogatas nocturnas, las carreras por la playa, las piraguas y los largos baños al atardecer.

Karl tenía clientes de vez en cuando y entonces nosotros observábamos sus lecciones desde la playa. Cuando llovía, nos guarecíamos bajo una sombrilla desvencijada y esperábamos a que pasara el chaparrón. Nada presagiaba la tragedia que me iba a arrasar. No hay nada más trágico que los planes se tuerzan. Y yo no tenía otro plan que seguir junto a ella. Cuando el cura de nuestra boda dijo aquello de “hasta que la muerte os separe” por pura costumbre, no imaginé que estaba equivocado, que hay vínculos que ni la muerte vence, que es una frase absurda que se dice sin más, reduciendo la intensidad de una relación a una cuestión puramente física, como si uno pudiera dejar de amar el mar solo porque no puede sumergirse en él.

Algún día, cuando Marie no podía acompañarnos, acudíamos hasta Sopelana en el *Literal*, sobre todo porque yo sabía que a Miguel le hacía ilusión fondearlo frente a la playa y nadar hasta el puesto de piraguas. A mí no me entusiasmaba: sabía que aquella zona era peligrosa y desaconsejable para echar el ancla; la mar rompe con furia

y el riesgo es evidente. Pero Miguel me insistía y yo, embrujado por su coraje, accedía.

Luego, en las olas, siempre me ganaba nadando.

Llegó Santiago. Llegó la virgen de agosto. Llegó San Ramón. Por fin, el tres de septiembre, realizamos nuestra última sesión de surf en canoa.

Caballeros, dijo Karl desde la suya, les anuncio que la semana que viene cerraré el puesto, cargaré todo en mi furgoneta y me marcharé de estas tierras a probar fortuna en el sur. Me han dicho que en Cádiz hay un pueblo llamado Tarifa donde se levantan vientos y olas como para que las piraguas prosperen.

¿Lo dices en serio?

Claro, Gilles. No tiene sentido seguir aquí. De no ser por vosotros, habría volado hace mucho tiempo. Me muero del asco.

Pues yo, la semana que viene, concretamente el once de septiembre, marcho a Madrid. Me lleva mi padre en coche. Para mí se acabó el mar; se acabó el verano; se acabó lo bueno.

En ese caso, ordené, nos debemos una fiesta de despedida por todo lo alto; no podemos demorar más hacer una travesía en el Literal. ¿Te animas, Karl?

¡Por supuesto!

¿Y tú, Miguel?

No lo preguntas en serio.

¡Hecho pues! El día diez os quiero a los dos en el muelle a las nueve de la mañana.

Sin demora. Navegaremos hasta San Juan de Gaztelugatxe. Diré a Marie que nos acompañe. Será una despedida con todos los honores.

Amaneció con bruma, aunque era evidente que levantaría. Pedí a Miguel que largara los amarres y los liberara de las cornamusas, nos separamos lentamente de tierra y enfilamos hacia mar abierto con una mezcla de alegría por estar los cuatro juntos y tristeza por la inminente despedida. Karl se había afeitado y mostraba una tez blanca y pueril, imposible bajo su antigua ruda barba. Miguel, en cambio, mostraba un bigote incipiente y juvenil que anunciaba sus ansias por

sentirse mayor. Marie, por su parte, vestía una blusa bajo un jersey azul marino, a juego con los pantalones que, arremangados en los tobillos, contrastaban con sus bailarinas blancas. Se había soltado el pelo y lo cubría con un pañuelo con motivos marineros, creo recordar que anclas.

Ocultaba sus ojos con unas grandes gafas de sol. Estaba preciosa.

Tuvimos buen viento hasta doblar Punta Galea, a partir de donde arreció y nos obligó a poner un rizo a la mayor, para manejarla; en la maniobra, Karl y Miguel se valieron por sí mismos. Yo, al timón, veía a mi mujer en proa, sonriente y espléndida, permitiendo que la brisa le acariciara el rostro. Fuimos hasta Cabo Villano con dos largas viradas, aprovechando la conjunción mágica de mar y viento, y a partir de allí, y ya sin rizo, fuimos a todo trapo hasta sobrepasar la rada de Arminza. Comimos algo más adelante del peñasco de San Juan de Gaztelugatxe, refugiados por los elevados murallones de piedra y hierba de Cabo Matxitxako. Luego pusimos en marcha el barco con un viento favorable y un mar perfecto. Con un viento real de catorce nudos, el *Literal* surcaba el agua como si nada pudiera detenerlo.

Karl estaba eufórico. ¡Teníamos que tomar esa península!, gritaba desde la popa al pasar de nuevo por San Juan de Gaztelugatxe, elevando una botella de vino que bebía directamente, sin vaso. ¡Vamos a tomarla y plantar la bandera en la cima! ¡Nos quedamos con aquella ermita y a vivir los cuatro ahí! ¡Lejos de Franco y de De Gaulle y de todos los políticos del mundo! ¡Y de tu padre, Miguel!

Nos carcajeamos.

Marie, callada en proa, dejaba que el viento le azotara el pañuelo. A veces entornaba los ojos y se bañaba en aire. No sé qué pensaba, cómo se sentía, qué le cruzaba la cabeza. Sonreía y eso para mí era suficiente.

La veía como un mascarón perfecto, era la mujer de mi vida, el ser que había sido capaz de modelar al jovencito de Capbreton hasta conseguir convertirlo en el hombre que era yo. Había logrado mi mejor versión, espantando los fantasmas que me asolaban, relegando a mi padre a un buen recuerdo, puliendo al Gilles maduro que aquel día de septiembre de mil novecientos sesenta y cinco manejaba el timón convencido de que, ya sí, nada enturbiaría la felicidad de una existencia a su lado.

A su lado todo me resultaba sencillo. A su lado ya podían llegar galernas, problemas, disgustos o ruinas que conseguiríamos gestionar la adversidad. A su lado no habría mar que no pudiera cruzar ni ola que no pudiera lidiar. Todo era posible a su lado. La veía allí en pie, agarrando con una mano el obenque de estribor, manteniendo el equilibro en las subidas y bajadas del barco, espléndida, sobresaliente.

A su lado, mis hazañas pasadas cobraban otra textura y comprendía que no habían sido sino el camino para llegar hasta ella. La vida es así. Cada paso es un paso hacia los pasos que marcan nuestro transcurrir. Llegar a Dinamarca había significado que, aquel día, con ella en proa, todo adquiriera el color de lo posible.

La esencia es el sentir. Si sentimos, estamos vivos. Sentirse, sea como sea que nos sintamos, es la muestra evidente de que el aliento es mucho más que tomar y expulsar oxígeno de los pulmones. Karl se sentía aventurero. Miguel se sentía libre. Yo me sentía afortunado. Y Marie…

La proa chocaba contra las olas, haciendo que el barco subiera y bajara con violencia.

Y ocurrió: Marie recibió el golpe de mar en todo su cuerpo. Sucedió todo deprisa. Tan fugazmente que ninguno de nosotros tres pudimos creerlo. Apenas un pestañeo. Marie cayó al mar y desapareció por proa.

Poco importa si estaba muerta cuando cayó. Quién sabe. Quizá hubo algo en su organismo que hizo crack y por eso se soltó del obenque, por eso perdió apoyo y por eso no pudo amortiguar el golpe de mar. Imposible conocer si fue su cerebro, su corazón, un colapso o cualquiera de esos misterios que hace que un cuerpo diga hasta aquí hemos llegado. Sin autopsia, sin cadáver, sin vísceras, no hay posibilidad de saber, de conocer. Qué más da.

Tal vez fue el mar quien se la tragó, quien zarandeó la proa, y ella se soltó, se precipitó delante del barco y se ahogó. Qué más da si la quilla le pasó por encima y la partió en dos o si un golpe del casco le hizo perder el conocimiento. Qué más da si sufrió un shock por el susto y no tuvo fuerza o pericia para mantenerse a flote. Qué más da, si ya no está. Qué importan las razones. Por qué recrearse en los pormenores, en la macabra explicación, en el amargo detalle. Una ola hizo sacudirse el *Literal* y ella cayó al océano, inmenso, infinito. Qué más dan las aclaraciones.

O se sintió en paz, tan en paz, que no le importó desprenderse aún a sabiendas de que el barco la catapultaría hacia el Cantábrico feroz e inmisericorde. Tal vez, mientras Karl se sentía aventurero y Miguel se sentía en libertad, ella se sentía en paz, por primera vez en su vida. Tal vez se perdonara a sí misma por los pecados cometidos, si es que los había cometido. ¿Cómo juzgarla si así fue? Tal vez dejó que la vida se ahogara con ella porque solo de esa manera alcanzaría la existencia atemporal.

Los tres la vimos. Los tres presenciamos el milimétrico instante en el que caía, se elevaba sobre cubierta y se hundía por delante del barco. Los tres dilatamos nuestras pupilas. Los tres gritamos. Pero los tres reaccionamos de distinta manera.

Por una lógica absurda, solté el timón y corrí desde popa hasta proa, para mirar.

Obviamente, no descubrí nada. A aquella velocidad, el *Literal* dejaba atrás la ola que había provocado la embestida. Me quedé hipnotizado viendo el agua tajarse ante mí y, tras unos segundos de inopia, miré hacia Miguel y Karl.

Miguel se asomaba por estribor, tras haber largado la driza para que la mayor cayera estrepitosamente, intentando detener la marcha. Se inclinaba tanto que parecía ir a caerse él también. Sé que gritaba, pero no entendía lo que decía. Mi cerebro, colapsado, atravesaba un vacío inmenso, como cuando se introduce la cabeza en una oquedad.

Mientras, Karl se arrojaba al mar, de cabeza, inmenso, con determinación. Con tanta decisión, que estuve seguro, por un instante, que vió a Marie y se sumergió para rescatarla. Corrí por cubierta y salté cerca de él. Intuyo que, mientras, Miguel intentaba

gobernar el barco, largando escotas y accionando el motor. Lo ignoro. No son sino una amalgama de imágenes inconexas lo que guardo de aquel episodio.

Recuerdo que Karl y yo hinchábamos nuestros pechos y nos sumergíamos una y otra vez. Y que en media docena de ocasiones bajé tan profundo que los pulmones me dolieron hasta estallar. Y que nos fuimos alejando del *Literal*. Y que él nadó a la otra banda, por si Marie aparecía por allí. Y que de vez en cuando yo estiraba el cuello y asomaba la cabeza por si veía su cuerpo en el vaivén de las olas. También recuerdo a Karl dando órdenes desde el agua, pero no sé cuáles. Y que se quitó la camisa para desenvolverse con más facilidad.

Y la cara de pánico de Miguel en cubierta. Y que yo no hacía más que repetir Marie, Marie, Marie, tan gravemente, con voz tan ronca, que terminé por quedarme sin aliento.

Lloraba.

Al cabo de un tiempo imposible de medir, desconozco cuánto, Karl se acercó al *Literal*, exhausto. Ascendió a cubierta con la escala, se arrojó al suelo, escupió de lado varias veces. Yo continuaba en el mar, gritando el nombre de Marie y sumergiéndome.

Tenía los ojos arrasados por la sal y los pulmones seriamente dañados; comenzaban a flaquearme las fuerzas. Miguel acercó el barco hasta mí y el noruego me ordenó subir.

Creo recordar que discutimos. Sacaba medio cuerpo del barco, moviendo los brazos y obligándome a nadar hacia él, pero no le hice caso. Marie había desaparecido en el agua. ¿Cómo hacerle caso? ¿Cómo rendirme?

Volví a introducirme en la negrura del mar. Volví a no ver nada. Volví a sufrir el vacío en los pulmones. Volví a reventar mis oídos. Volví a preguntarme cómo podía estar sucediendo aquello. Volví a alcanzar la superficie, a sacar la cabeza y a darme de bruces con el oxígeno entrando por mi boca. Volví a gritar su nombre, entre babas.

Escupí. Volví a mirar en rededor, volví a imaginármela pidiendo auxilio, volví a imaginármela cadáver, siquiera cadáver. Volví a tener ganas de vomitar. Vomité. Volví a escuchar a Karl maldiciendo.

Por fin, se arrojó y nadó hasta mí. Me agarró. Forcejeamos. Yo no tenía fuerzas. Ya no luché más. Me dejé arrastrar, gimiendo Marie, Marie, Marie. Ignoro cómo me subieron a cubierta. Imagino que Miguel había fondeado, no lo sé: en definitiva, no nos encontrábamos lejos de la costa. Quise pensar que ella estaría allí, asomándose, o viniendo desde proa, quizá escondida en el barullo que la vela había formado en torno al mástil.

Pero no estaba. Marie no estaba. Marie nunca más estaría.

Nos dio la noche allí, buscando desde el *Literal*, escudriñando la superficie ondulada del mar con unos prismáticos, siempre con la esperanza de que aparecería moviendo los brazos, lejos, muy lejos, arrastrada por la corriente, agotada, pero viva. O su cuerpo inerte, boca abajo, sin vida. Pero tampoco.

Llegó la noche. Miguel había estado estudiando las cartas náuticas. Dijo que el mar se habría llevado el cadáver hacia la línea del litoral. Me volví hacia él y le propiné un puñetazo; luego, otro. Comenzó a sangrar por la nariz. Hice que se cayera y comencé a propinarle patadas mientras él se cubría la cara con los antebrazos y Karl me sujetaba por la espalda.

Marie no es un cadáver. Marie no es un cadáver. Marie está viva. Está viva y vamos a encontrarla…

Pero no la encontramos. Marie no estaba. Marie nunca más estaría.

9

amás encontramos a Marie. El mismo mar que me condujo a ella, el mismo que me ha dado la esencia de lo que soy, me la robó aquel diez de septiembre del sesenta y cinco, hace toda una vida, hace un instante.

J

10

eptiembre y octubre me vieron adelgazar. Todos los días, sin faltar ni uno, acudía al lugar donde había desaparecido. Al principio, con la esperanza de hallar su cuerpo, siquiera sin vida; después, porque no se me ocurría otra cosa que hacer.

S Dejé crecer mi barba, mis pelos, descuidé mi aspecto, olvidé mi higiene, me abandoné. Y, conmigo, al *Literal*. Desatendí a mis alumnos, desasistí la escuela.

Elorrieta me telefoneó varias veces, arengándome, diciéndome que debía retomar mi vida; no entendía que ya no había vida para mí.

Recuerdo aquellos días y sus noches sumidos en un dolor infinito. Marie se me aparecía en las manos de cualquier mujer, en las sombras de nuestra casa, en los pasos de las vecinas. Susurraba cuando me acostaba y me disponía a afrontar otra larga noche más en vela. Sonreía tras el reloj, sobre la mesa de la cocina, al otro lado de las cortinas.

Pero no estaba.

Le oficiamos un funeral triste, al que debió de acudir mucha gente. No lo recuerdo.

Lo tengo borrado. Me imagino ausente, totalmente abstraído, sumido en una rotura que me partía por dentro, sin llegar a atender al responso ni a quienes, de corbata negra, me daban la mano en la puerta de Nuestra Señora de las Mercedes.

Karl se empeñó de corazón en sacarme de aquel agujero en el que me sumí, pero no lo consiguió. Finalmente, en noviembre, optó por marcharse, después de que le asegurara fehacientemente que estaba bien, que sobreviviría. Después de mentirle, en definitiva. Me había acompañado en el *Literal* durante las primeras semanas, hasta que, cansado de mi obsesión, o tal vez, buscando forzarme a enderezar mi aliento, se enfadó conmigo. Me llamó dramático, me acusó de cobarde, me gritó que acudiendo a aquel lugar maldito lo único que hacía era huir de mi obligación: la obligación de seguir adelante. No tuvo pelos en la lengua. Me ridiculizó, me llamó gurja de mierda, me golpeó en el pecho, me acusó de haber permitido que Miguel se fuera a Madrid angustiado... Me abofeteó con la palabra perdedor,

repitiéndome una y otra vez que siempre perdía porque siempre me recreaba en mis desgracias, como cuando niño no hacía más que aburrirles con la historia de mi padre.

Se marchó una mañana en su furgoneta con sus piraguas. El muy cabrón me dijo que se iba al sur, a Tarifa.

El día de Navidad de mil novecientos sesenta y cinco anunciaba ser como cualquier otro día desde la muerte de Marie: vacío, absurdo y sin perspectivas. Sin embargo, algo me sacudió, algo me hizo levantar la vista del suelo. Habían pasado tres meses de infierno; mi aspecto era deplorable, mi casa, un estercolero. Además, había fundido mis ahorros malviviendo, bebiendo y pagando rondas en las tabernuchas de la costa, donde iba para preguntar si alguien había encontrado algo que me llevara a ella, quizá su pañuelo había llegado flotando hasta un puntal, una roca o un arrecife... o hasta otro barco. Soñaba con alguien que, en mitad de una borrachera monumental, me lo mostrara como el mayor de los tesoros. Pero no había rastro de Marie. Había quemado mis puentes, había roto mis lazos y me había abandonado al más absoluto desprecio por mí mismo. Comía restos siempre, sopas mal cocinadas, bocadillos de atún de lata, lechugas que se encanecían en un frigorífico desolado. Y bebía a todas horas. Bebía nada más levantarme; o antes de hacerlo, en la cama, en camiseta, cayéndoseme con frecuencia el vino por la comisura de los labios. Y a lo largo de la mañana bebía, en el *Literal*, y en los bares, hasta que me regañaban o me pedían que abandonara, por favor, el local.

Sonó el timbre. Entendí que se habían equivocado. Nadie me visitaba en casa. Yo estaba en la cocina, hirviendo unos huevos. Iba descalzo pese al frío de las baldosas, con

un pantalón con lamparones y una camiseta interior sobre la que me echaba una chaqueta. Acudí al recibidor, abrí la mirilla y eché un vistazo. Se debió de rasgar el cielo y estalló algo en mi pecho. Era ella.

¿Teresa?

Estaba allí, en pie frente a mi puerta, con una gabardina empapada, un paraguas chorreante y una mirada severa.

Veo que es peor de lo que Karl me había presentado. ¿Puedo entrar o estás demasiado ocupado navegando en tu propia mierda?

¡Teresa!

No me dio tiempo a reaccionar. Antes de que me explicara nada, se

quitó la gabardina, se arremangó y abrió las ventanas de par en par, provocando que un vendaval helado sacudiera toda la inmundicia acumulada en el interior. Pareció no preocuparle que la lluvia salpicara en los alféizares y mojara el suelo. Buscó la cocina, enredó en los cajones y dio con bolsas de basura que empezó a llenar sin miramientos.

Yo la seguía por la casa, sin pronunciar palabra, observando cómo arrasaba con todo cuanto estaba por medio. Si era ropa, la acumulaba en una pila, incluyendo las sábanas de la cama y las fundas de los cojines; si eran restos de comida, los tiraba; si eran objetos, me los daba con la orden de "a su sitio".

Teresa, musité.

Ni me miró.

Karl, el bravucón y enorme Karl, no había ido a Tarifa. Había pasado la frontera, había conducido hasta Capbreton y localizado a Teresa. Yo le había contado que ella vivía en mi antigua casa, pero que desconocía si seguía allí. Debió de arriesgarse, pensando con buen tino que ella podría sacarme de mi oscuro trance, cosa que él no había podido. La cosa es que hablaron y regresaron juntos a Las Arenas. Aquella noche cenamos los tres en mi casa, después de que Teresa y yo la limpiáramos con lejía, determinación y miradas cómplices. Me obligó a ducharme y a ponerme ropa aseada antes de que llegara él, que había ido a adecentar el *Literal*.

En los postres, Karl brindó por el sesenta y seis. Dijo que se marchaba a Tarifa, ya sí, donde pensaba recibir el nuevo año en pelotas, en alguna playa de esas de las que hablaban los surfistas, rodeado de chicas guapas y bebiendo un ron cubano traído de contrabando. Reímos. Era la primera vez que yo reía desde la tarde en la que desapareció Marie. Luego cumplió y se fue. No así Teresa.

Me quedaré a dormir aquí, afirmó. En el sofá.

No, en el sofá, yo. Duerme tú en la cama.

De eso nada, cerdo burgués, sonrió con cariño. Dormiré en el sofá y punto. Mañana tenemos que seguir adecentando esto. Y te afeitaré esas barbas de vagabundo con las que te adornas. Si fueras comunista, te las aceptaría. Para un tipo como tú, son inadmisibles.

Me afeitó por la mañana, con agua tibia y abundante espuma, toallas

perfumadas y mucho esmero. Después encontró unas tijeras y me fue cortando el pelo, a largos mechones, hasta dejarme irreconocible. Puso hasta cuatro lavadoras, tendiendo las prendas por toda la casa, sobre los radiadores, en la barra de la ducha... Me habló de su vida en Capbreton, de su trabajo en una imprenta, de sus continuos pasos a España, a enterarse de cómo iba la cosa pero sin volver a militar en nada ni por nadie... No supo darme noticias de Marceline, pero sí del resto. Callamos durante largos minutos.

Para Año Nuevo, mi casa, mi persona y mi barco parecían otros. Para febrero, había recuperado algunos kilos. Sin embargo, no podía dejar de pensar en Marie. Ya no era la rabia por haberla perdido ni la impotencia por no haberla encontrado: era la honda tristeza de sentir su ausencia a cada paso, a cada trago, a cada decisión.

11

No es echarla de menos. Es saber que la vida sigue sin que uno desee que siga. Es darme cuenta de que no tengo planes ni ansias por tenerlos. Es la completa consciencia de que Marie lo ha sido todo en mi existencia desde que la encontré en aquel colmado danés y que ahora mi existencia está absolutamente hueca. Porque ante su muerte lo que me resta es vacío, oquedad absoluta.

Marie…

A veces pienso que sigues ahí; necesito creer que sigues ahí. Ojalá tuviera la fe de los hombres sabios y píos que confían en un más allá factible. ¡Quién pudiera reconfortarse con el convencimiento de que a la muerte física no le sigue la ausencia!

Hay ratos que me sorprendo observando por la ventana. La calle es una escenografía y el cielo un telón plomizo bajo el que transcurren las vidas de los peatones, ajenos a que un hombre aniquilado los observa al otro lado de los cristales.

Extracto de la LIBRETA-10,

escrito en horizontal en una página intermedia.

12

endremos que hacer algo con todo esto, me dijo Teresa abriendo de par en par el armario, lleno con ropa de Marie. No tiene sentido que lo conserves, Gilles. Quizá podamos darlo a la beneficencia. Hay centros donde gestionan este tipo de T donativos, lugares donde recogen prendas que lavan, zurcen y remiendan y luego reparten entre familias necesitadas. Son años prósperos para España, la industria despega, los sueldos suben, pero aún hay una clase proletaria explotada y con carencias. Marie estaría orgullosa de que sus cosas tuvieran una segunda vida.

Es la primera vez que te oigo decir que algo va bien en España, Teresa.

Hasta que Franco no muera, no habrá libertad. Pero, al menos, no hay hambre. Por lo menos, no como antes.

A ver si ahora resulta que Franco te va a caer bien.

No te pases, me respondió tomando un manojo de vestidos de Marie, con percha incluida.

¿Qué haces?

Lo daremos todo.

Ni se te ocurra.

Gilles... No tiene el más mínimo sentido que conserves todo esto.

Ni se te ocurra. Es de Marie.

Gilles, por favor.

¡Es de Marie!

¡Y qué! ¡Y qué que sea de Marie! ¡Marie no va a volver, Gilles! ¡Marie no está! ¡No seas cabezota! La que se hundió fue ella, no tú. No puedes permitir que la vida te hunda ahora a ti. ¡Reacciona, Gilles, de una vez!

¡No tienes ni idea, Teresa! ¿Crees que puedes venir a mi casa, abrir las ventanas, cortarme el pelo y curarme la pena? ¿Así, si más? ¿Es que te

has creído Dios? ¿Ese Dios en el que no crees?

Vete a la mierda, Gilles.

¡No, vete tú! ¡Vete a la mierda tú! ¡No imaginas cómo me siento! No sabes qué estoy pasando. No hay ni un solo instante en que no la eche de menos. Me voy a volver loco.

¿Sabes? ¿Sabes qué es no encontrar respuestas? ¿Sabes qué es no poder entender qué sucedió? No... no... ¡No sé qué pasó! ¡No sé por qué se cayó por la proa! ¡No sé si se ahogó lentamente, sufriendo, pensando por qué no acudía a socorrerla! ¡No sé qué es lo último que vio, si el *Literal* o a mí o el cielo o nada! ¡No sé si se arrojó o se tropezó o si simplemente le sucedió algo y por eso perdió apoyo! ¡No sé dónde está su cuerpo! ¡Ni siquiera pude despedirme! ¡Ni siquiera pude abrazar su cadáver o echar tierra en su ataúd! ¡Al menos a mis padres los mataron por una guerra, por una bandera, por una orden dada por alguien! Alguien mandó matar a mi madre y alguien mandó a mi padre aguantar en aquella trinchera. Pero a Marie, Teresa, a Marie no sé por qué me la han arrebatado. ¿Entiendes? No sé si fue ese Dios en el que no crees o es que, sencillamente, no hay Dios.

Y comencé a llorar. Caí al suelo y me entregué al llanto. Al más profundo y desolado llanto, al que llevaba meses buscando salir de mi pecho. Un llanto sincero, descarnado, arrasador. Un llanto que se llevó mis fuerzas, mi energía, mi pudor y mi ánimo.

Teresa, entre tanto, vaciaba el armario de Marie.

13

Hay momentos en la vida en los que se detiene el viento, pero no sus efectos. Ya no hay brisa que valga, ni huracán ni soplo alguno; las hojas se quedan en suspenso, aleteando en el espacio, moviendo el ápice, la axila, el peciolo... los nervios... los bordes... el haz y el envés en un vals diabólico, angelical, divino y sublime. No hay sonido siquiera, pero existe el todo. Son los momentos mágicos de la vida. Lo digo yo, que no creo en la

magia. Como cuando Marie apareció en el colmado de su padre e iluminó con sus ojos de pepita de sandía la lúgubre existencia de un marino perdido. O como cuando me pidió que me casara con ella. O como cuando Teresa me demostró que la amistad no conoce el género porque es cuestión de alma.

Breve texto escrito en la LIBRETA-3. Aunque está en una de las primeras libretas, claramente hace referencia a la Navidad del 65.

14

asé tres años navegando. El sesenta y seis me llevó, en primer lugar, a reparar el *Literal*, a zanjar los asuntos domésticos, saldar deudas, cerrar cuentas, despedirme de mis amigos vizcaínos y a recorrer la costa francesa hasta el norte, donde pasé el P verano intentando contactar con el Mayor Hasler. No sé por qué pero quería dar con él. Quizá porque me hacía ilusión reencontrarme con la parte gloriosa de mi pasado, o porque albergaba la esperanza de que él me pusiera en la pista de sir Henry y de Charlotte. No di con ninguno de los tres. Envié cartas, hice llamadas, pregunté en lugares comunes... Evité detenerme en Capbreton, por temor a darme de bruces con nuevos y viejos fantasmas, así que tomé rumbo a Bretaña y llegué a la frontera con Dinamarca en septiembre, tras un mes y medio anclado en Dunquerque.

Allí me asenté sin reparar en gastos, alojado en un lujoso hotel que habría hecho envidiar a los de Biarritz. Hacía que me sirvieran el desayuno en la habitación y que me llevaran un coche a la puerta si quería acudir al puerto, en lugar de pasear. Convidé a beber a todo el que se me puso delante y escuché una y otra vez la gran hazaña de Churchill, gracias a la cual se lograron salvar cientos de miles de vidas antes de que los alemanes bombardearan la ciudad. Incluso hice un donativo suculento a la asociación de veteranos de guerra, conmovido por las historias que atendía cada tarde.

Me pregunto qué Dunquerque conocí en mi primer viaje hasta allí, cuando solo me movía el ansia por ser famoso de la mano del *National Geographic*.

Lo de dar con el Mayor se convirtió en una obsesión. Acudí a varias bibliotecas, a ver si en los diarios antiguos existía alguna noticia que me posibilitara un contacto.

También intenté informarme en cuarteles y puestos militares, pero me miraban como si fuera un loco.

Abandoné Dunquerque pasadas varias semanas, zarpé algo más gordo y bastante más pobre, y pasé largos días de travesía observando el mar, con frecuencia hipnotizado por sus olas. Me preguntaba qué sería de Marie. Lloraba al timón. De pura

pena. El desconcierto y la ira de los primeros tiempos dieron paso a la

tristeza absoluta, a un duelo infinito. Envejecí. Mi barba clareó. Tenía treinta y cuatro años y las canas blanqueaban ya mi cabello a pinceladas.

Mi intención era llegar a Sønderho. Lo hice en noviembre del sesenta y seis. Me sorprendió comprobar que el puerto estaba casi igual que cuando toqué tierra allí por primera vez. No encontré grandes modificaciones ni obras y hasta los barcos me parecieron igual de desvencijados. Atraqué y busqué el colmado. De alguna manera, me sentía en la obligación de dar la noticia a la familia de Marie. Tal vez fuera absurdo pero pensaba que así cerraría el círculo de mi luto o, al menos, lo compartiría con alguien.

No existía tal colmado; en su lugar había una panadería. Pregunté por la anterior familia y me contaron que el padre había fallecido en el cincuenta y seis, cuando la gripe asoló aquella parte de la costa danesa, y que ya no quedaban familiares ni personas próximas porque todos habían fallecido, huido o desaparecido; el establecimiento se clausuró y nadie supo nunca nada más. Algunas vecinas sí recordaban a Marie y se sintieron afligidas cuando les conté lo de su muerte, pero no en exceso. Tampoco di con la vieja maestra, lo cual me seguía recordando a Marceline.

Pasé una semana allí. Aproveché para visitar el acantilado desde el que Marie me despidió el día que me golpeó la botavara y lloré al descubrirme hablando en voz alta.

Aquí estamos, mi amor. Otra vez. Hoy, yo en tierra y tú en el mar...

Llovía a cántaros; esa lluvia inmisericorde de gotas gruesas y heladas, como a vasos, como abroncando. Tenía el pelo empapado y la ropa inundada. Volví al barco y tomé una decisión. Al día siguiente, estaba en Kukkedal, la aldea de pescadores a la que me llevaron cuando me rescataron del agua. Localicé a dos de mis salvadores, les convidé a vino, les conté mis peripecias. Después, en agradecimiento, regalé a uno mi reloj y a otro mis prismáticos; jamás me he arrepentido de aquel gesto. Ellos me miraban ufanos, sin entender la mitad de lo que les contaba, sonrientes ante los obsequios.

Me habría gustado acudir al hospital, a ver si daba también con el cirujano que me cubrió las espaldas cuando hui, pero me dio pereza abandonar el mar porque, en definitiva, en aquel mar descansaba Marie.

Mi barba y mi cabello crecieron desmesuradamente, ajados por el

salitre y enredados por el viento. Bebía más que comía y aprendí a hablar con Marie sin pena, más bien con templanza. Descubrí que hay una fina frontera entre el mundo de los vivos y el de los muertos, y no es precisamente respirar: es el tacto. Para todo, ella

estaba conmigo. Hablábamos y hasta creo que me contestaba. Le preguntaba. Me empujaba a escoger. Sonreíamos. Contemplábamos juntos las inmensas puestas de sol y juntos soportamos los aguaceros. Sin embargo, no hacíamos el amor porque no había tacto. Y el tacto, la piel, el roce, el calor de un cuerpo físico sobre un cuerpo físico, la sensación de lo tangible, de lo aprehensible, de lo mensurable... esa es la frontera y no otra.

En junio regresé a Getxo. Me quedé fondeado cerca del Real Sporting Club. Las cosas allí habían cambiado. Aún no se había fusionado al Club Marítimo del Abra, ni lo haría hasta el setenta y dos, pero resultaba evidente que la vela gozaba de buena salud.

El *Literal* parecía más un barco clásico que uno de travesía, rodeado como estaba por estupendos yates blancos, balandros de preciosa factura y una constelación de *snipes* y *dragones* yendo y viniendo.

Mi propósito era abastecerme y salir en cuanto pudiera, huyendo de aquellas calles, aquellos sonidos y aquellos cielos que me evocaban no tanto a Marie como al tiempo sin Marie. Entonces surgió Miguel hecho un *gentleman*; lucía bigote, pantalones claros y un polo marrón de generoso escote. Había visto el *Literal* y le había faltado tiempo para correr a buscarme. Nos estrechamos en un sentido abrazo; no había rencillas entre nosotros. Le conté mi año, me contó el suyo. Había superado sus estudios, quizá de milagro, y su padre le permitía inscribirse en las regatas estivales. Sin duda, seguía respirando por y para el mar, aunque hubiera pasado tantos meses en Madrid. Le propuse que me acompañara a dar la vuelta a la Península Ibérica. Era una empresa complicada, arriesgada y en la que invertiría parte de mis ahorros, pero excitante y con final glorioso, seguro. Iba a dotar al barco de una radio nueva y radiogoniómetro, iba a comprar chalecos salvavidas de última generación y cartas náuticas actualizadas.

También iba a comprar un segundo motor auxiliar, cosa que nunca llegué a hacer, y un juego nuevo de velas, así como un bote inflable que iría en un arcón de cubierta. Para convencer a su familia, decidí que le ofrecería un empleo: lo contrataría como ayudante, con sueldo y prima si alcanzábamos nuestro objetivo.

El padre de Miguel no lo vio con buenos ojos, pese a que me reuní con

él en varias ocasiones para intentar convencerle. Supongo que mi aspecto y lo que se murmuraría de mí en los corrillos de Las Arenas no ayudaban a convencerlo: ya me lo imaginaba, el viudo borrachuzo y solitario que perdió a su mujer y se sumió en la miseria hasta desaparecer del mundo. Sin embargo, terminó por acceder.

El once de julio salíamos del Nervión rumbo a Santander, para alcanzar Galicia en tiempo récord, febriles en la navegación, extasiados por la belleza del mar y la rotundidad de la costa. Mantuvimos una derrota segura, no demasiado alejada del

litoral, anotando cada punto interesante y comprobando en mis cartas que las mediciones cuadraban con lo previsto. Luego, en el Cabo de la Estaca de Bares, dijimos adiós al Golfo de Vizcaya y descendimos hasta El Ferrol del Caudillo, donde nos reabastecimos.

Hicimos nueva escala en Muxia antes de doblar Finisterre. Allí la gente fue amable con nosotros, hospitalaria y dadivosa. Nos obsequiaron con marisco, al que dimos buena cuenta en el *Literal*, y brindamos aquella noche de Santiago con una de las botellas que llevaba abajo, a pesar de que me había prometido dejar de beber.

Miguel se portaba como un valiente. A veces me hablaba de Madrid, me confesaba sus pecados en la capital, y sus *pellas* en la Universidad, pero también sus duras jornadas de estudio y su pánico en fechas de examen. Manejaba con temple el timón cuando me daba el relevo y yo me acostaba a descansar, nunca por más de dos o tres horas seguidas, y se mostraba infatigable cada vez que había que tirar de escota.

Cuando nos sorprendió alguna tormenta de verano, la encaró con determinación, sin quejarse del agua o la incomodidad de las ropas mojadas, y cuando apenas soplaba viento, sonreía diciendo que habíamos venido a luchar contra el enemigo y no contra los elementos.

Abandonamos la Rías Bajas y enfilamos la hermosa costa portuguesa, preciosa y virgen, apenas edificada, hasta llegar hasta Lisboa, donde nos dimos el homenaje de detenernos dos días que ocupamos en gastar enormes cantidades de mi dinero en el Casino de Estoril, jugando a ser ricachones, bebiendo en el Barrio Bajo, alquilando un descapotable hortera y ruidoso, uniéndonos a músicos callejeros... Días de golferío tras los cuales bajamos por la línea del Alentejo y alcanzamos el Algarve, absolutamente subyugante. Recalamos en Sagres, junto al Cabo de San Vicente, donde el viento era tan fuerte que tuvimos que poner dos rizos a la mayor y, aun así, el *Literal* se volvió ingobernable.

Recuerdo aquellas jornadas como duras, de mucha exigencia física, pero también de honda satisfacción cuando, por fin, tomamos rumbo hacia el Este. Miguel me confesó lo difícil que le resultaba debatirse entre los planes de su padre y las ambiciones propias.

Al menos tú tienes un padre, le dije.

Tienes razón.

Y al menos tú, susurré, tienes ambiciones.

¿Y tú? ¿No las tienes tú, Gilles?

Ya no.

¿Y este viaje? ¿No te está gustando este viaje?

Este viaje se acabará.

Pero mientras disfrutas, Gilles.

La vida es un asco, Miguel. La vida es un mar de fondo en el que tan pronto te crees el rey del océano como desapareces.

Te estás poniendo oscuro.

Lo soy.

No, no lo eres. ¡Mira cómo nos lo hemos pasado! Mira lo mucho que estamos divirtiéndonos. La vida es eso también, Gilles. La vida es abrirse paso. No tienes derecho a venirte abajo.

¡Qué sabrás, Miguel!

Al llegar a Tarifa pensé en Karl y decidimos detenernos, por ver si dábamos con él.

Como si fuera mi sino, no tuvimos noticias. Igual que con el Mayor o con sir Henry, el vacío respondía a mis ganas, a mi necesidad de volver a verle, hablarle. Quería agradecerle y saber de él, pedirle que se uniera a nuestra travesía o, simplemente, convencerme de que la vida era abrirse paso pese a quienes la abandonaban.

Después de días preguntando en playas, bares, centros de vacaciones y puertos deportivos, nos dimos por vencidos. Así era Karl Ove: imprevisible, inconsistente, nómada con un pie en el agua y otro en la carretera. Una envidia inmensa me invadió el pecho y, por primera

vez desde que muriera Marie, pensé que tal vez mi vida hubiera sido mejor sin haberme unido a nadie, como el noruego, libre de ataduras emocionales, de sentimientos, de hipotecas, de lazos de amor. Libre, en definitiva, del sufrimiento que me ocasionaba echar tanto de menos a mi mujer.

En La Línea pregunté por el Mayor Hasler, y me miraron como a un desquiciado.

Creo que cada vez lo era más. Vestía un pantalón vaquero cortado a navajazos, con flecos, muy por encima de la rodilla, a medio muslo; un polo que fue blanco, roído en el cuello, con lamparones mal disimulados, tieso por el salitre; sandalias de goma, compradas en algún puerto; collares y pulseras; una barba cerrada, canosa a trozos.

Conmigo, Miguel. Hablábamos largamente, bebíamos, reíamos. A veces lloraba ante él, y lo único que él hacía era escuchar. Su bronceado y aquel pecho robusto y varonil que lucía le granjeaban miradas lascivas en los puertos que tocábamos, pero nunca hizo ademán de abandonarme, de irse siquiera una noche para dar rienda suelta al pulso que, seguro, latía bajo su pantaloneta de tenis, inapropiada para navegar pero perfecta para ser un *playboy* de veinte años.

Cabo de Gata, Cartagena, Cabo de Palos, increíble Mar Menor, Cabo de la Nao, Valencia. Allí desembarcamos durante varios días y aprovechamos para proveernos de alimentos, vino, ropa... Reparamos desperfectos, revisamos el *Literal*, cambiamos la cadena del ancla... También, leyendo periódicos, supimos que aquel verano del sesenta y siete fue, según la ONU, el Año Internacional del Turismo, y que España se llenaba de suecas, inglesas y americanas, y que en Benidorm, su alcalde, Pedro Zaragoza, premiaba a las mujeres que usaban biquini. Raphael triunfaba con “Hablemos del amor” y el Real Madrid volvía a ganar la Liga. Y se ilegalizaba el sindicato Comisiones Obreras. Mientras, en Grecia, el rey Constantino era derrocado por Papadópoulos mediante un golpe militar, y Vietnam se ponía cuesta arriba para los yanquis. El mundo andaba loco. Faltaban solo un par de meses para que en Bolivia asesinaran al *Ché*, pero su iconografía se extendía como la pólvora. Aquel año, ETA perpetró tres atracos. Me acordé de Constantine y lamenté haber perdido su amistad.

Era agosto, finales.

Gilles, tengo que volverme a Bilbao. Prometí a mis padres que pasaría con ellos el final de la temporada en Gorliz. Ya sabes, haciendo baños

de sol, zambullidas, jugando al tenis y escuchando sus monsergas sobre cómo he de comportarme en la universidad.

Se lo debo.

Lo entiendo, mentí.

Gracias por estas semanas. He pensado que tomaré un tren desde aquí hasta Madrid, donde cogeré el Talgo hasta casa.

Va a ser duro navegar en solitario.

¿Qué vas a hacer tú?

Estábamos en puerto, sentados en el pantalán frente al *Literal*. El sol del atardecer proyectaba nuestras sombras por el suelo y las elevaba contra el casco del barco. La

brisa agradable de Levante envolvía la escena. Habíamos bebido vino blanco. Le golpeé en el brazo.

¿Que qué haré? Navegar por fin a gusto, sin un niñato que me dé la murga todo el día.

Reímos. A la mañana siguiente, Miguel se despedía de mí.

15

Soy un cretino, Marie. Hoy se ha ido Miguel de vuelta a Bilbao, a Gorliz. Adoro a ese muchacho. Me pregunto qué habría pasado si hubiéramos tenido aquel hijo, mi amor.

Me pregunto qué es trascender. Me pregunto, vida mía, qué quedará de nuestra unión si no son nuestros nombres.

Párrafo en la última página de la LIBRETA-12.

a sin Miguel, ascendí por la costa valenciana, recalé en Alcocéber, apenas una hilera de casitas blancas, subí hasta Barcelona, que me dio mucha pereza por la magnitud de sus instalaciones portuarias, y toqué Gerona, donde me dio octubre.

Y Descubrí la coqueta cala de Rostella, apartada apenas una milla marina o dos del hermoso pueblito de Rosas, detrás del Cabo Falconeras. Fondeé en sus aguas turquesas con la intención de pensar qué hacer. Según las cartas, si continuaba paralelo al litoral, pasaría a Francia, otra vez la frontera invisible, y me adentraría, tras Portbou, en la zona de Elna y Perpiñán, lo cual me daba también mucha pereza.

Noviembre, diciembre, enero del sesenta y ocho. Casi tres meses fondeado. Accedía a la playa en la barca neumática que tenía amarrada a popa, bajaba caminando hasta el pueblo, me entretenía por el camino charlando con lugareños, compraba verduras, divisaba aves... Un día sucedía a otro, sin prisa, en ese otoño bendito del Mediterráneo, con algunas lloviznas y con un termómetro empeñado en recordarme que allí el invierno era solo un espejismo. Hasta que se me acabó el dinero. Nada. Ni un duro.

Cero. Lo había fundido todo.

¡Estamos apañados!, dije. Y empecé a carcajearme. Mi vida era un caos.

No conservaba nada en Getxo. Lo había liquidado todo: había vendido la casa, había cancelado las libretas y me había desprendido del coche. ¿Cómo era posible que hubiera gastado todo el dinero?

Habían pasado dos años y medio, casi tres, desde que me eché al mar. En ese tiempo había hecho reparaciones y modificaciones en el *Literal*, había sido un manirroto, había comido y bebido en los mejores restaurantes y había sido generoso en propinas, regalos y caprichos. También había pagado a Miguel según lo acordado, y lo había hecho en billetes, en efectivo, antes de que tomara el tren desde Valencia a Madrid. ¿Tanto pude gastar? ¡Qué desastre de hombre!

Bebí hasta emborracharme. Aún me quedaban doce botellas de Faustino I, compradas hacía meses, y otras diez de vino blanco

gallego. Respiré aliviado.

Desde el dieciséis de enero del sesenta y ocho hasta el uno de marzo del mismo año, regresé a Getxo a todo trapo, sin concesiones, sin escalas, salvo las imprescindibles. Para sufragarlo, vendí el segundo juego de velas, el bote neumático y los chalecos salvavidas, estos sin estrenar, la baliza y la batería auxiliar. Pensé que con lo conseguido me llegaría para abastecerme y tener lo suficiente como para saber qué hacer cuando me viera cara a cara con Elorrieta.

Eres un desastre, Gilles, me dijo.

Lo sé.

¿Cómo has podido arruinarte? ¡Tenías mucho dinero!

Lo sé, pero así ha sido.

¿Liquidaste todo? ¿No dejaste nada en el banco?

Nada.

¿Y qué coño has estado haciendo todos estos años? ¡Tres! ¡Tres años navegando!

¡Tres años dando tumbos por esos mares, por el amor de Dios! ¿En qué te lo has gastado? ¿Cómo has podido dilapidar los ahorros de toda una vida?

Lo cierto es que no lo sé…

¡Gilles! No... no puedes desaparecer una mañana y volver una tarde, tres años después, diciendo que te lo has gastado todo. ¿En qué narices estabas pensando, Gilles?

¿Y qué vas a hacer ahora? Tendrás que... tendrás que conseguir un trabajo.

Ya.

¿Cómo se te ha ocurrido? ¿Es que no te dabas cuenta de que el dinero no era infinito? ¡Estás arruinado! ¡Sin blanca! Solo te queda el barco...

He navegado. Y eso no tiene precio.

17

Querido Miguel:

Este verano navegando contigo ha sido maravilloso. No me he curado de mi melancolía, no he conseguido olvidarme de Marie ni he llegado a superar el vacío que dejó en mí. No me siento mejor persona ni he realizado ningún viaje interior de esos de los que tú me hablas cuando me cuentas que has conocido el yoga en Madrid. No, tampoco. Tampoco viajes interiores de esos que hacéis los extravagantes de la capital cuando jugáis a ser hippies como los Rolling. No he visitado Acuarius (¿se escribe así, Miguel?) ni me siento un ser evolucionado.

Pero este verano he disfrutado de la compañía de alguien, algo que pensaba que no iba a volver a sucederme. Me ha encantado navegar contigo. Te queda mucho que aprender, grumetillo, aunque he de reconocer que tienes madera de patrón. Ojalá pase pronto tu tiempo en los madriles, tu universidad y tu Fuencarral y vuelvas a la costa, a cualquier costa, cerca del mar, porque el barco y tú estáis hechos tal para cual.

Mira, Miguel. Apareciste en mi vida en un momento cualquiera. Nunca prevemos cuándo introducir a alguien en nuestra existencia; ese alguien surge y se queda habitándonos. Simplemente. Tú lo hiciste y, aunque ha pasado el tiempo, sigues ahí.

Soy feliz de que así sea. No te voy a soltar la monserga de que eres como el hijo que no tuve porque, en realidad, y por la edad, no podrías ser mi hijo. Además, sería una jodienda tener un hijo tan apuesto como tú porque me recordaría lo viejo y cochambroso que estoy. Así que nada de eso, pero sí decirte que me siento honrado por nuestra amistad y por haberte enseñado lo que el mar me ha ido enseñando a mí.

Quizá no tengas que hacerme mucho caso; creo que estoy borracho. Son las once de la noche, estoy fondeado en una cala preciosa junto a Falconeras, en Rosas, y he

descubierto que no me queda ni un duro. Arruinado, feliz y borracho. ¿Cómo lo ves? Te brinda amistad un borracho pobre… pero feliz.

Gracias por estas semanas de navegación. Mañana partiré de regreso a Bilbao y, cuando llegue, buscaré a Anselmo Elorrieta. No es mi amigo,

pero me fío de él; sabrá qué hacer con este despojo en el que se ha convertido el gran gurja. Espero que nos veamos pronto en Getxo.

Un abrazo,

Gilles.

Carta enviada el 15 de enero de 1968 desde Rosas (Gerona). Está grapada, junto a su sobre debidamente franqueado, en la LIBRETA-11. También hay un croquis dibujado a mano en el que se muestra la costa española con las etapas de la derrota de regreso a Getxo.

18

l mar me ha enseñado que los planes devienen en improvisaciones, que nada es estable, que todo es líquido, como la vida misma. He aprendido de sus olas que en cualquier instante la bonanza se torna borrasca y que el cielo cerrado puede E abrirse para clarear; que el sonido se convierte en silencio y viceversa; que una meta no es sino un pasito mínimo en la infinidad del azul. Y hasta eso, que no hay azul, ni gris, ni verde, sino todos los colores posibles en uno único: el del mar, inalcanzable. Así, la vida iría a enseñarme que todo podía acontecer.

Elorrieta me convocó a una reunión en sus oficinas, mudadas a la zona arbolada y amplia de Mazarredo, en Bilbao. Accedí al moderno portal, con perfilería de aluminio y una garita para el portero con telefonillos directos a los despachos; tomé el ascensor, de última generación, y alcancé la séptima planta. Cada detalle resultaba ser un contraste entre la estructura antigua del edificio y el aire de contemporaneidad que le habían dado. Una puerta de cristal daba paso a un vestíbulo en el que una secretaria vestida de azul me indicó que pasara, que el señor me esperaba.

El despacho se disponía frente a dos ventanales inmensos abiertos al Nervión, desde los que se divisaban Begoña, el Ayuntamiento, el Consulado de Bilbao atracado

enfrente, el Campo de Volantín con sus espléndidos edificios, la Universidad de Deusto...

Formidable, ¿verdad? La Gran Vía se nos quedó pequeña. Nos vinimos aquí hace un año, mientras tú dilapidabas tu fortuna navegando y malgastando el dinero, me recriminó nada más hablar.

La primera en la frente, pensé.

¿Cómo te va?, me dijo, ofreciéndome tomar asiento.

Me acomodé al otro lado de la mesa en una silla roja de plástico de una sola pieza, como una lengua curvada que saliera de la alfombra.

Se llama Panton, me explicó y está diseñada por un tal Verner Panton. Cada una de ellas cuesta cinco mil duros. Nos las trajeron de una galería de Italia, pero son nórdicas, creo. No hemos reparado en gastos. Todo lo que ves es de diseño. El diseño es la nueva era, amigo

Gilles. Se acabaron las mesas de roble macizas, las alfombras peludas y los cueros rancios. El metal y el plástico van a tomar la industria del mueble, y ahí estará Elorrieta. He invertido en arte actual. Mira, contempla ese cuadro.

Dirigí la mirada a la pared. Me asombró una figura fraccionada, extraña.

Juan Gris. Cubismo. Maravilloso. ¿Has oído hablar del cubismo?

No he oído hablar de nada.

Gilles, Gilles, Gilles... ¿Cómo has podido liquidar tu cuenta así? ¡Qué cabeza la tuya!

Ay, los franceses, cómo sois... ¿Una copa? ¿Un cuba-libre?

¿A las once de la mañana?

Dime una cosa, Gilles. ¿Qué planes tienes?

A decir verdad, no tengo ninguno. Ni siquiera sé qué hago aquí, en Bilbao. Me daría igual estar en cualquier parte del mundo. No tengo planes; no tengo objetivos. No tengo dinero, lo sabes. Desde que murió Marie no he hecho más que deambular y dar tumbos.

Todos sentimos la pérdida de tu mujer... ¿Cómo lo llevas?

Mal. Lo llevo mal, fatal. Me engaño pensando que lo he superado, pero no hay día que no la eche de menos, ni noche que no añore su tacto. Ha pasado mucho tiempo, pero no lo supero. Se me aparece en otras caras y otras voces. Fue muy duro perderla como la perdí.

Lo comprendo...

Un silencio incómodo se hizo entre las sillas, la mesa, la estantería de espejo, el cuadro cubista, la lámpara azul, el televisor del fondo y el mueble bar dorado... Hasta que Elorrieta se puso en pie, caminó hasta el ventanal y, mirando más allá, sin girarse hacia mí, comenzó a hablar.

Te voy a hacer una propuesta. Ahí entra el *Literal*. ¿Cuántos años tiene?

Se construyó en el treinta y dos. Tiene mi edad. Treinta y seis años.

¡Formidable! Ambos estáis en la plenitud de la vida. ¿Se conserva

bien?

Tiene los achaques propios del mar, pero está perfecto.

No intuía lo que iba a decirme.

Quiero comprarte el *Literal*.

Tragué saliva. Había oído mal. Seguramente se trataba de un lapsus. O de una broma. O de una de mis alucinaciones absurdas.

Quiero comprarte el barco, Gilles. Ha cumplido su destino contigo; es hora de que otra persona lo gobierne. El dinero te vendrá bien, teniendo en cuenta cómo estás de fondos. No creo que debas pensártelo mucho. Siempre podrás navegar en barcos de socios del club, como tripulante. Cualquiera querrá embarcarte. Habrá peleas por ver quién te ficha para las regatas y no te faltará dónde salir a la mar cada fin de semana.

Cuentas con el reconocimiento de muchos de nosotros; no te costará encontrar con quién enrolarte cuando te apetezca salir a la mar. Y el *Literal*, te lo prometo, estará cuidado como se cuida a un hijo.

¿Perdón?

No le des más vueltas. Si quieres, dijo extendiéndome unos papeles, lo zanjamos ahora mismo. Yo he establecido un precio, pero puedo ser incluso más generoso si eso

te va a decidir antes. Te ofrezco esta suma de dinero, explicó colocando su dedo en el contrato, y un coche nuevo, un Seat 850 *Sport-spider*, el descapotable. ¿Cómo lo ves?

19

bandonar el abra del Nervión, doblar en La Galea y tomar dirección Capbreton era mi más dura opción, pero la única factible. No admití la propuesta de Elorrieta ni siquiera cuando aumentó el precio inicial. Si vendía el *Literal*, ¿qué A sería de Gilles Nabarre? ¿Dónde quedaría mi identidad? Imposible venderlo.

Me había zafado en el hospital danés, cuando aquella jauría de médicos intentó engañarme. Me acababa de zafar de Elorrieta y escapaba de Bilbao sin saber si algún día volvería. Renunciaba al dinero, al coche, a seguir vinculado a las calles que nos vieron a Marie y a mí, a lo conocido, a Miguel. Renunciaba a mis últimos años y me enfrentaba a mis fantasmas. Era el momento.

Volvía a mi pueblo, a descubrir qué me esperaba allí. Tal vez Teresa siguiera viviendo en casa. Tal vez mis amigos me acogerían. Constantine. Tal vez supiera algo de Marceline. Tal vez el aire de Aquitania me sacudiría el luto o, me recordaría que no hay luto insalvable ni destino insufrible.

Pero antes tenía algo que hacer. Fondeé frente a San Juan de Gaztelugatxe, más o menos en el punto donde había desaparecido Marie. No era un buen lugar para fondear, pero lo hice. Me sentí feliz de estar solo; lo último que habría deseado en aquel trance era haber tenido que hablar con alguien. Venía desde el sudeste una brisa cálida y amable; el mar estaba tranquilo, levemente rizado. Creo que comprendía el momento en el que me hallaba y respetaba mi misión, aquel paso por la laguna Estigia de mis miedos.

Con las velas arriadas y el ancla respondiendo, el *Literal* se aproó. Entonces saqué una a una las botellas de vino que guardaba, las coloqué en hilera y estuve un buen rato mirándolas. Sus cuellos brillaban con el sol de la tarde, en el vaivén armónico del barco, mecidos por la placidez de la madera de cubierta. Luego las abrí con parsimonia recreándome en la maniobra. Las olí, también una a una. El aroma del vino se unió al del océano, al de Marie, presente en la secuencia. El universo, en ocasiones, sabe de saltos en el tiempo.

Y las fui vertiendo al mar. Una, otra, otra, hasta vaciarlas todas. Vi la rojez de la mancha diluyéndose en las olas hasta desaparecer. Después, arrojé los vidrios tan lejos como pude. Me juré no volver a probar alcohol nunca, pasara lo que pasara.

¡Por ti, Marie!

A continuación, caí rendido y lloré, hasta que la noche me alcanzó y tuve que bajar a abrigarme.

Por la mañana fui a proa, miré el mar, me mordí el labio, atusé mi propio cabello y escruté la superficie plomiza del agua. Allí mi mente dibujó su cuerpo como si de verdad estuviera, despidiéndose de mí, ahogada, eterna, serena, creo que sonriente, sin reproche ni remilgos. Ella me había enseñado a desprenderme del fantasma de mi padre y el mar me enseñaba a desprenderme del fantasma de la mujer de mi vida. No lloré. Ya había agotado todas mis lágrimas. Levanté la mirada y alcé la barbilla hacia el horizonte. Sí, el mar. Siempre el mar. El mar me la había arrebatado y aquel día me exculpaba, me redimía y me enseñaba a vivir sin ella. El mismo mar que se la llevó. El cruel. El inexplicable. Y en una esquina, al otro lado de la frontera de sal, me esperaban Capbreton, un nuevo Gilles y un viejo duelo.

20

Los fantasmas no son ajenos a nosotros mismos.

Frase escrita en la LIBRETA-11

a lo largo de ocho páginas, una por palabra.

21

olver a los paisajes de la niñez tiene un punto de dureza, por mucho que el escenario haya cambiado y nos sintamos dueños de nuestra edad. Destilamos el pasado para quedarnos con retazos de nuestra historia personal, no siempre los V más notables, y descubrimos que los grandes capítulos son páginas olvidadas y, sin embargo, los detalles nimios permanecen. Eso me sucedió a lo largo de aquellas semanas en Capbreton: se habían borrado de mi mente nombres, lugares y personas pero se mantenían los detalles, las insignificancias.

Visité el cementerio. Llevé flores a Madame Luivier y a mi madre. No llevé flores pero sí un rato de silencio frente a la lápida en la que el nombre de mi padre completaba una lista de caídos en la Segunda Guerra. Pregunté por Marceline en su misma casa, sin que los nuevos inquilinos me dieran señales, y también en la escuela.

Dejó Capbreton cuando se casó, me explicaron.

Encontré a Teresa viviendo en mi piso, como me esperaba. Cuando abrió la puerta, tampoco ella pareció sorprenderse.

Iba a salir a comprar. ¿Vienes?

Estaba como siempre, como me había dejado: esbelta, cuidada y grave. Me contó que la vida allí no estaba mal, que había trabajo, que era la secretaria de un contable, y que seguía ocupando mis cuatro paredes porque le resultaba cómodo y barato.

Gratis, apostillé sonriendo.

Le expliqué mi viaje alrededor de la Península, la ausencia de fondos, la propuesta de Elorrieta, mi renuncia al vino... Íbamos del brazo, camino del mercado. Ella vestía botas de goma, falda ancha, jersey grueso e impermeable. Se tocaba la cabeza con una boina a la francesa. Usaba gafas redondas de fina montura dorada.

¿Desde cuándo usas gafas?

Cada vez veo menos.

Compramos hortalizas, pan de centeno, salchichas, algo de fruta, huevos...

Constantine cerró la huerta y se acabó, me explicó al abrir la puerta de mi casa (su casa) e invitarme a pasar primero.

¿Qué es de él?

Entró en ETA. Hay pocos detalles que se sepan.

¿No has vuelto a verlo?

No ha vuelto a dejarse ver.

La cocina estaba remozada, con muebles nuevos y un horno eléctrico que sustituía el viejo armatoste de hierro fundido que funcionaba a leña. Comimos en silencio.

Está rica la coliflor.

¡Pues ya verás la salchicha! Ese carnicero las hace con cerdos de la zona de Arette.

Como andan todo el día por el monte, su carne es fuerte y fibrosa. Nada que ver con las salchichas de Alsacia.

Probaremos, respondí.

Y dime una cosa, se atrevió a preguntar Teresa, metiéndose el tenedor en la boca con un bocado, Gilles: ¿has venido para quedarte?

¿Te preocupa?

Ni me preocupa ni me entusiasma. Solo necesito saberlo.

De momento, sí. No tengo dónde ir. En Getxo no se me ha perdido nada. Ni en Bilbao. Necesito parar un poco. Llevo tres años navegando, desde que Marie...

No, desde que Marie, no. Desde que te saqué del agujero.

Gracias por hacerlo, Teresa, contesté serio, casi taciturno.

Recogió la mesa. Yo me senté junto a la ventana donde, en su día, tenía el escritorio.

Recordé la época en la que pensaba que llegaría a ser reportero. Me pregunté si podría volver a escribir, pero deseché la idea de inmediato.

Puedes quedarte aquí el tiempo que quieras, Gilles. Esta casa es tuya. Pero compraremos una cama. Ese sofá es cada vez más incómodo.

Yo creo que nuestros huesos son cada vez mayores.

Compramos una cama, una mesilla y un ropero de segunda mano. Bueno, a decir verdad lo compró ella, con su dinero. Yo seguía sin blanca. Instalamos todo en un cuarto vacío. Acababa de estrenar mi nueva vida. Me arrojé sobre la colcha y dormí durante dos días.

¡Gilles! ¡Noticias!

Era una mañana de finales de abril. El mal tiempo había dado paso a días templados, cielos despejados y mareas suaves. Teresa y yo nos habíamos habituado a la convivencia, aunque cada uno mantenía su ritmo, sus cotas de libertad y su celosa intimidad. De hecho, ella desaparecía alguna tarde y regresaba muy entrada la noche, pero jamás le pregunté de dónde venía o con quién había estado. A veces se encerraba

en su cuarto con el teléfono, estirando el cable que lo conectaba a la pared de la sala, y discutía acaloradamente con alguien. Otras veces se ausentaba durante el fin de semana sin darme explicación alguna.

Yo había conseguido un empleo en el puerto, mal pagado pero cómodo, como ayudante de François Glorie, carpintero de ribera, hojalatero y responsable de muchos de los barcos que amarraban allí. Su padre y el mío habían luchado juntos, y, aunque nunca habíamos tenido mucho trato, no dudó en emplearme cuando le conté, exagerando un poco mi situación, que me habían robado en el sur de la Península, en una travesía, y que aquello me había supuesto la total ruina.

Mi labor consistía en sacar los barcos del agua mediante una grúa y equilibrar bien los timones. Se me pagaba por semanas y, sin que se me cayeran los anillos, me entregué con concienzuda tenacidad porque, a todos los efectos, era lo único que había conseguido y quizá conseguiría.

Noticias, Gilles, repitió Teresa.

¿Y son...?

¡Marceline!

22

arceline D’Ousseau se había casado, había adoptado el apellido de su marido y había pasado a ser Marceline Etchegaray. No, no era el novio que yo vi un día a la salida de la escuela, sino un tipo correcto, un pequeño burgués de buena M familia que la conquistó un verano en Fuenterrabía.

Al parecer, ella había acudido de vacaciones. Aunque el franquismo mantenía las aduanas más o menos controladas, existía cierta permisibilidad con los veraneantes que acudían a las localidades de la frontera, especialmente si se era una maestra joven de cara inocente. Allí conoció a Ramón Etchegaray, también veraneante.

Sus padres regentaban unos grandes almacenes de tres pisos en Baiona, con escaleras automáticas y cajeras uniformadas. Él se dedicaba a la gerencia y a atender a las clientas más exigentes, a los proveedores, a las modistas, a los comerciales de tejidos caros. Era un buen tipo, educado, trabajador, de finas costumbres y mirada clara. Coincidieron en la playa, donde los Etchegaray tenían una vivienda alquilada para toda la temporada.

Ella había acudido con Rosalie, una amiga. Lo que fue un primer encuentro se convirtió

en una invitación para tomar un helado por la tarde, una copa por la noche y un paseo en barca por la mañana.

Se casaron a los tres meses; Marceline estaba embarazada. Supongo que nunca conocemos lo suficiente a las personas. Nunca habría imaginado que ella cometería la imprudencia de acostarse con un guaperas que le conquistó el corazón. Porque Ramón era guaperas, sí; de los de jersey de cuello en pico, gomina, sonrisa impoluta y cejas arregladas. De los de cruzar la aduana en su Facel-Vega, aquel cochazo inspirado en los Chrysler americanos, con salpicadero de madera y asientos automáticos. De los de saludar a los guardias como si fuera el mismísimo De Gaulle. De los de dar propinas que superaban los sueldos de los camareros del casino. O no. O no era el primer guaperas con el que se iba a la cama. Quién sabe. O sí, y entendió que acababa de dar un vuelco a su vida con un niño en su vientre fuera de todo cálculo.

Se casaron y decidieron vivir lejos de Baiona, donde la familia no

habría consentido el escándalo, y muy lejos de Capbreton, donde habría sido imposible soportar las miradas de los vecinos. Se fueron a Hendaia, donde nació la criatura. De ahí, a San Sebastián, donde él trabajó como responsable de un restaurante hasta que una mujer se cruzó en sus vidas y abandonó a Marceline y a la pequeña Cosette. Ramón se fue a Madrid con su nueva adquisición. Marceline huyó a Bilbao, inspirada por las monjas.

Gilles, me explicó Teresa. Está en Bilbao, contratada en un colegio de monjas. Da clases de español y de piano.

¿Cómo lo has sabido?

Da igual cómo lo he sabido. Tú querías dar con ella y yo me he movido.

¿Qué es eso de que te has movido?

Gilles. Es lo de menos. Aséate. Nos vamos a Bilbao.

No.

¿No?

¿Otra vez a Bilbao? No. ¿De todos los lugares del mundo Marceline ha tenido que irse a Bilbao? No quiero volver a Bilbao.

Gilles, por el amor de Dios. He removido Roma con Santiago para dar con ella. He preguntado por todas partes, he escuchado, he seguido pistas… Ahora no puedes rendirte en el último paso. Si está en Bilbao como si está en la Conchinchina. ¿Tú sabes lo que he tenido que hacer para poder localizarla? Así que deja en paz tus fantasmas y aséate. Nos vamos a Hendaia en el autobús de las cuatro. Una vez allí, ya veremos cómo y cuándo pasamos la frontera y de qué manera llegamos hasta Bilbao.

Me quedé pensativo, con la mirada perdida más allá de la ventana, prendida del paisaje. Por un instante, me pareció oler la cocina de Marie. Era todo tan doméstico, tan habitual…

Iremos en barco, respiré por fin.

Ni lo sueñes.

Teresa no quería montar en barco, le daba pavor. Yo no quería regresar a Vizcaya, me aterrorizaba darme de bruces con mis

recuerdos; al fin y al cabo, Bilbao significaba mi fracaso como proyecto de vida. Y, sin embargo, ahí estaba el *Literal*, cruzando por enésima vez la frontera.

Fue una derrota tranquila, pese a que ella estuvo vomitando hasta casi superar Bermeo. Atracamos en la Ría, en la zona entre Las Arenas y Erandio, en un dique en desuso, cerca de un pequeño taller naval. No me apetecía fondear por el club, que alguien me viera, que reconocieran el barco o que Elorrieta supiera de mí. Y así, casi como un clandestino, eché pie a tierra. Cogimos un taxi hasta Bilbao.

¿No podíamos haber navegado hasta allí?

No, le expliqué. El Nervión es traicionero. Suben y bajan muchos buques grandes, gabarras, cargueros... Hay arenales, grúas, faluchos cruzándose, un puente cerca de la universidad. Mejor así.

El taxista nos miró con recelo y nos pidió que pagáramos por adelantado. No era de extrañar. Teresa, mareada, parecía una hippie, con la cara pálida y algo encorvada por su dolor de tripas. Yo tenía el aspecto de un rudo marino.

Vamos a arreglarte ese pelo, me apremió. Y compraremos ropa nueva. No puedes presentarte en un colegio de monjas con esa pinta. Pareces un bárbaro.

No es una cita.

No es una cita, Gilles. Es más que eso; es un reencuentro.

Era un edificio oscuro, casi tétrico, pese a los azulejos con motivos florales que lucía en la fachada. Tenía un portalón siniestro de hierro negro sobre el que se leía un cartel con el nombre y, en letras pequeñas, como previniendo, una explicación: Colegio Femenino.

Yo te esperaré por allí, me dijo, por aquella plaza. Esto es algo que debes hacer tú, Gilles.

¿Y si no quiere hablar conmigo?

Querrá.

La última vez que nos vimos, no quiso.

La última vez que os visteis era otro tiempo. Anda, Gilles, entra y zanja esto de una vez por todas.

Antes… dime otra cosa.

¡Qué pesado eres!

¿Por qué haces todo esto por mí?

Entra ya, pelma.

Una monja de hábito azul me explicó que las clases terminarían en unos diez minutos, cuando sonara la campana. Sonreí. Llegó otra y se sentó a su lado. Me radiografiaron; agradecí mi ropa nueva, mi barba rasurada y el corte de pelo.

Ambas ocuparon aquellos diez minutos contándome que la pequeña Casilda era muy lista, y que era una pena que la madre le hubiera puesto aquel nombre imposible de pronunciar que no estaba en el santoral, se refería a Cosette, un personaje de *Los Miserables*, una novela de revolucionarios promiscuos escrita por Víctor Hugo. Pero que ellas en lugar de Cosette la llamaban Casilda.

Por fin sonó la campana.

La señorita Marcelina está en Tercero B, me informó una de ellas, al fondo del pasillo. Le alegrará que un compatriota suyo venga a visitarla. Sobre todo un hombretón tan bien parecido como usted…

No entendí aquel comentario.

Piqué en la puerta. Olía a niñas perfumadas, a tinta y a tiza, esa combinación infantil de las aulas con tarima alta y mapas en las paredes. Junto al cuadro del Caudillo, un cristo. Sobre la mesa, una bola del mundo. En el centro de la estancia, una estufa.

Marceline recogía unos cuadernillos de su mesa y los iba depositando, uno a uno, en los pupitres de madera. Se giró y me vio.

Buenas tardes, Marceline, dije.

Vaya… El *gurja* de Aquitania en Bilbao, qué sorpresa, pronunció, no sé si con tono irónico, sin dejar de repartir los cuadernillos.

Marceline.

Gilles.

23

Hoy he visto a Marceline nuevamente. Al descubrirla en su aula, con la luz entrando por las ventanas colgadas en lo alto de la pared, se me ha antojado la joven maestra que me desbrozó en Capbreton. Y, sin embargo, al levantar la vista y clavarla en mis ojos he descubierto una mujer maleada, cansada, resentida con la vida.

No ha sido cálida ni amable. Más tarde, en la cafetería, ha dado la puntilla a nuestra relación, relación que nunca he sabido calificar. Me alegra haber hecho este viaje para, como dice Teresa, cerrar un capítulo de mi vida. Me alegra aunque me haya partido el alma.

Texto encontrado en la caja de las libretas, sin anexionar a ninguna de ellas. Está escrito en una servilleta de bar.

os reunimos en la Plaza Nueva, un lugar porticado, cuadrangular, elegante y sobrio a la vez. Escogimos para conversar una cafetería sita en la esquina, modesta pero discreta. No me pareció la mejor atmósfera para reencontrarnos, N pero, después de la frialdad que había mostrado en el colegio, cualquier cosa servía.

Movía la cucharilla dentro del café con cierta impaciencia, tal vez era fastidio, como si le molestara perder el tiempo. De repente comenzó a tamborilear con los dedos de ambas manos; aquel gesto me trasladó a la mesa camilla de nuestras lejanas lecciones.

Sonreí.

Tienes buen aspecto, dije sin demasiada convicción. En realidad, no lo tenía. Su cabello, bastante más blanco que el mío, no era la hermosa mata de pelo azabache que lucía cuando las clases. Ojeras, una calentura en el labio, un rostro apagado… Cada centímetro cuadrado de su piel mostraba una historia personal aciaga.

Los dos sabemos que no...

Yo también estoy cansado.

Has envejecido, me dijo, mirándome las manos.

Han sido años duros.

¿Para qué has venido, Gilles?

Llevo todos este tiempo preguntándome qué sería de ti.

¿Y qué más te da qué es de mí?

Marceline…, tragué saliva, no seas injusta. Siempre me he preocupado por ti.

No te guardo rencor. No te portaste bien conmigo, pero no te guardo rencor.

Desapareciste durante meses y meses, sin dar señales de vida, pero no te guardo rencor.

Ni por eso ni porque reaparecieras de la mano de una extranjera para

presumir con ella y de ella, convertido en el héroe, el *gurja*. Me asusté mucho. ¿Sabes? Sufrí mucho. Te dimos por muerto… Y tú regresate tan campante, feliz en tu nuevo traje de aventurero.

Pero no te guardo rencor. La vida me ha enseñado que nunca sabemos de lo que somos capaces de hacer hasta que llega el momento preciso de tomar una decisión. No soy quién para juzgarte. Solo espero que no hayas venido a reclamarme nada ni a

regodearte sobre lo bien que te va la vida. Espero que seas feliz con tu mujer. Lo digo de corazón.

Marie murió hace tres años. Se cayó del barco. Desapareció.

Marceline retomó su cucharilla y volvió a removerla dentro del café. Pareció que, realmente, la noticia le había afectado. Por fin, me miró.

Lo siento, susurró apenas. No tenía ni idea.

Cayó del *Literal* ante mis ojos, le dije con voz triste. No pude hacer nada por salvarla.

Ni siquiera la encontramos. Llevo todo este tiempo dando tumbos, de derrota en derrota, navegando, malgastando mi dinero y mi salud. Me he arruinado. Me alcoholicé. Perdí el rumbo. Ahora estoy recomponiéndome. He dejado de beber.

Necesito cerrar algunos capítulos.

El mío está cerrado desde el momento en el que no me tuviste en consideración.

¡Marceline! No seas dura conmigo. Yo no sabía que mi viaje duraría tanto. Ni que se cruzaría Marie en mi destino. ¿Cómo iba a saberlo?

Dime una cosa. ¿Qué sentías por mí cuando venías cada semana a casa?

No lo sé, musité.

Ese es el problema.

No lo sé, Marceline. Al principio, me intimidaste. Yo era un pobre muchacho al que el Ejército había rechazado por tonto, que justo sabía leer y escribir, que no tenía más vida que el puerto y que se vio subyugado por tu cultura, tus modales y tu parsimonia…

Tu parsimonia, repitió ella quedamente.

Luego te cogí afecto. Estaba a gusto contigo. Creo que era todo un aliciente acudir a tu casa, verte, escucharte, dejarme aleccionar…

Afecto…

¡No sé qué esperas que diga, Marceline! ¿Te quise? Es que yo no creo que por entonces tuviera claro qué era querer. Tampoco tú me diste nunca muestras de que me

querías. Éramos dos jóvenes inexpertos. Siempre fuiste cordial conmigo, amable, atenta; jamás vi atisbo de nada más. ¿Cómo imaginarme que ibas a sufrir tanto con mi desaparición? Si te hice daño, perdóname. Necesito que me perdones. En esta etapa de mi vida, no puedo saber que alguien no me ha perdonado por un error cometido. Pero de verdad te digo que no podía imaginarme que yo significaba tanto para ti.

Gilles: no cambiarás nunca. Me sacas de quicio, dijo sin levantar la voz.

Necesito saber que me has perdonado. Soy un hombre sin ilusiones, sin proyectos.

El vacío que ha dejado Marie es tan inmenso que ni el mar, mi mar, lo puede ocupar.

No estaré en paz hasta que sepa que, al menos tú, me has perdonado.

Ya te he dicho que no te guardo rencor…, pronunció sin mirarme, con la vista puesta en la cucharilla sumergida en la taza. No te guardo rencor, Gilles, pero tampoco puedo perdonarte. Yo sí te quería. Yo sí sabía qué era querer. A ti te ha tocado jugar la baza del héroe y a mí la de la pobre maestra a la que la vida le da puntapiés. Hubo un jovencito que llegó a mis clases. Era, en efecto, bastante ignorante, pero tenía un corazón enorme y muchas ganas de aprender. A medida que lo fui conociendo, terminé sintiendo por él mucho más que un estar a gusto; mucho más que un afecto. Y nunca se lo confesé. ¿Por qué? Tú lo has dicho: éramos inexpertos. Se fue de aventurero y terminamos por darle por muerto. No sabes cómo sufrí. Pero rehíce mi vida, conocí un hombre, un novio maravilloso que murió de tuberculosis. ¡Ah! ¿No lo sabías? ¿Te creías que solo a ti se te han muerto seres queridos? Sí, de tuberculosis. Fue largo y fatigoso. Estuvo ingresado en San Juan de Luz, los mismos años en los que tú andabas jugando a ser explorador.

¿Piensas que no tenía noticias de ti? Constantine me contaba. Supe de tu mudanza, de tu empresa de viajes para turistas… Jamás, escúchame bien, Gilles, jamás me apeteció buscarte. No habría soportado esa mirada soberbia que tienes. Y enterré a aquel novio muerto de tuberculosis y conocí a Ramón. Y volví a enamorarme. Y en él buscaba lo mismo que en el primero, que era lo mismo que había encontrado en ti: ganas de aprender, ganas de crecer, ganas de vivir. Quedé embarazada. Imagino que el resto de la historia la conoces. He estado en Bilbao mientras tú medrabas, te hacías de Las Arenas, te casabas en Las Mercedes, abrías tu negocio, lo cerrabas… Te leía en el *Hierro*.

Te conocía por tus logros… Siempre había alguien que, tarde o temprano, sabía de ti.

No estaba informada sobre la muerte de tu mujer, ni siquiera que hubieras enviudado.

A decir verdad, desde hace años no he vuelto a saber del gran Gilles Nabarre. ¿Y sabes una cosa? No he tenido necesidad de saber. Eres una herida cerrada.

¿Has sabido todo eso sobre mí y nada sobre la muerte de Marie?

¡Ay, Gilles! ¿Qué más da? Pues sí, ya ves. He ido sabiendo mil cosas sobre ti y nada sobre lo de tu mujer. ¿Crees que todo el mundo gira en torno a tus desgracias? También yo he tenido lo mío. ¿O es que no me escuchas?

La gente entraba y salía del establecimiento. El estridente ruido de la cafetera se unía al griterío y el golpeteo de loza y cubiertos. Fuera los niños jugaban. Descubrí entonces que se escuchaba música proveniente de algún lugar.

¿Por qué Bilbao?, pregunté.

Vueltas que da la vida. Da igual.

¿Y por qué las monjas?

Por su caridad.

No sé qué decirte.

Desaparece, Gilles, por favor. No entres otra vez en mi vida. Vivo atenta a mi hija, cumplo con mi trabajo... No puedo volver a Capbreton, vencida, humillada y madre abandonada. No puedo. No

puedo hacer otra cosa que bajar la cabeza y dejar que los días pasen para que mi pequeña crezca. No estoy dispuesta a que nadie, escúchame bien, nadie, se interponga entre ella y yo.

Callé. No sabía qué contestar. No era la Marceline de la mesa camilla y los verbos, de la mecanografía y las clases de español. No era la joven alegre aunque firme, divertida aunque comedida, a quien yo pagaba cada viernes. Se había convertido en aquel ser agrío, obligada a mantenerse a flote. Quería entenderla, pero un muro enorme iba creciendo entre ambos, de manera que opté, como siempre, por ceder a mis fantasmas.

Comprendo.

No sé si me comprendes, Gilles. Pero… ¿sabes qué es lo trágico de todo esto? O lo cómico, según se mire. Que me da exactamente igual si me entiendes o no.

Miró el reloj. Entonces tomé conciencia de que yo no había pedido nada y ella no se había tomado el café. Metió la cucharilla en la taza, se levantó, agarró su chaqueta y se despidió.

Adiós, Gilles. Por favor, ya te lo dije una vez: no vuelvas a aparecer en mi vida.

Marceline…

Por favor. No quiero que estés en mi vida. Sabré de ti, te leeré si escribes en algún periódico o si vuelves a hacer alguna aventura de las tuyas. Me alegraré si te va bien.

Pero no te necesito. No quiero volver a verte.

Me levanté junto a ella.

Marceline, repetí. La tomé del brazo.

No, Gilles, la Marceline D'Ousseau que conociste no tiene nada que ver con la actual. La gente cambia, las personas cambian, las historias cambian. ¿No eras tú quien decía que la Historia es la suma de las historias personales? Pues aprende esto: la Historia que nos ha tocado vivir no es la que llegará a los libros. Nuestra Historia es la de nuestras historias personales, y estas no deberán volver a encontrarse nunca.

Nunca…

25

olver a Capbreton era volver a la nada. Salimos de Bilbao al alba, sin mediar palabra. No lo dudé. Ordené a Teresa que nos preparáramos para salir y, sin comprobar el barco, sin repostar ni atender a las más mínimas normas de V precaución, apuré la noche y solté amarras con las primeras luces. Salir de Bilbao y enfrentarme a mi fracaso era tan duro como toparme con mi falta de proyecto, pero no quise demorar mi partida.

Fue un suicidio; o casi.

Me ardía el Cantábrico bajo la quilla. Bilbao significaba la muerte de Marie, el desastre de mi empresa, la ruina en el banco, la desolación de Marceline. No había nada ni nadie que me empujara a quedarme. Sin embargo, llegar a Capbreton sería, lo sabía, sentir el escalofrío de mi falta de recursos, la presión de mi pasado, la indiferencia de mis iguales, la mirada inquisidora de cada rincón y cada calle.

Varié el rumbo para adentrarme lejos de la costa. No quería pasar cerca de San Juan de Gaztelugatxe. Me desvié hasta quince millas mar adentro, navegando por un punto en el que a duras penas se veía el litoral. Con buena visibilidad, como aquel día, incluso a treinta millas podría llegar a verse el monte Sollube. No lo dudé. Era tal mi necesidad de esquivar la zona que me aventuré hacia la infinita inmensidad del océano. Alcancé

las sesenta millas. Luego las setenta. Superé las noventa. Todo era azul. La costa había desaparecido.

Teresa iba mareada a popa, con la mirada perdida en algún lugar de la planicie salada, intentando controlar su cabeza y su estómago. Apenas habíamos hablado desde que salimos de puerto. Imagino que, en el fondo, no sabía qué decirme; o temía mi reacción; o se daba cuenta de que, inevitablemente, el único sitio que yo tenía en el mundo era la casa, mi casa, que ella ocupaba.

Avanzábamos rompiendo la superficie del agua con una proa encabritada cuando, de repente, sentí un golpe inusual, exageradamente brusco, y el barco se zarandeó.

Tuve que corregir rumbo con un enérgico golpe de timón. Algo había impactado violentamente contra el *Literal*. Algo grande, fuerte. ¿Una

roca? Las cartas no avisaban de ningún arrecife ni bajío peligroso. Estábamos demasiado mar adentro como para habernos dado contra piedras peligrosas. ¿Un cetáceo? ¿Un delfín? A mí jamás me había sucedido, pero había oído historias de barcos que se topaban con ballenas e impactaban contra ellas, a veces incluso rompiéndoles la quilla.

Bajé corriendo, rogando por no tener ninguna vía de agua. Una vía de agua allí no nos dejaría opción alguna. Estábamos demasiado lejos de tierra y no teníamos la balsa neumática. Por no tener, no teníamos ni chalecos. Pero no, no parecía haber nada.

¡Teresa! Baja. Observa. No veo ninguna rotura y no parece entrar agua, pero si ves cualquier cosa, avisa.

Subí de nuevo. ¿Qué había sucedido?

Lo vi a babor. Era un contenedor. Habían empezado a usarse hacía tres o cuatro años, cuando la naviera Sea Land inauguró aquel novedoso sistema para transportar mercancías, unas enormes cajas de metal. Aquel que flotaba a nuestro lado era verde, siniestro, y deambulaba a la deriva.

Agarré con decisión el timón e hice una virada brusca. Mi instinto era dirigirme hacia tierra, por si pasaba algo, por si finalmente teníamos alguna brecha en el casco.

Sin embargo, el timón no respondía… y estábamos a más de ochenta millas de costa. Tal vez a noventa.

Teresa, en el interior, vomitaba sobre el suelo sin poder remediarlo.

Ante la ausencia de timón, no me quedó otra que gobernar el barco con las velas, pero me resultaba imposible. Calculé que estaríamos enfrente de Bermeo. Finalmente, me decidí a usar la radio y pedir ayuda.

No funcionaba. No tenía batería. La radio era un cacharro inútil que jamás había servido para nada y, aquel día, con el timón roto, seguía siendo inútil porque mis prisas por salir hacia Bilbao y mi desatención por todo lo que no fuera reencontrarme con Marceline me habían hecho cometer el error de no cargarla. Comencé a preocuparme.

Decidí arriar las velas, perder velocidad hasta pararme y examinar concienzudamente las consecuencias del choque. Accioné el motor. No respondía. Lo intenté de nuevo.

Nada. Se ahogaba. Un sudor frío delató mi angustia. Por fin, arranqué y el Literal se movió, pero sin timón era una locura avanzar, porque el mar nos engullía en dirección contraria a la costa. Se caló. Lo arranqué nuevamente. Se volvió a calar. Lo arranqué.

Por fin, se detuvo: no teníamos combustible.

Teresa, tumbada en una de las literas, había dejado el vómito en el suelo.

¡Por Dios, Teresa!

Ella, sin embargo, no me respondió; estaba fatal, desmadejada, con el brazo sobre los ojos para aislarse del sonido y del vaivén...

Sal a cubierta, que te dé el aire. Voy a limpiar esto.

No se movió.

¡Teresa, por favor! Sal a cubierta. Aquí abajo vas a empeorar.

Siguió en su estado de colapso. Me acerqué a ella. Tiritaba. Tenía fiebre. Antes de que pudiera reaccionar, se inclinó hacia mí y me vomitó encima.

Eran las dos del mediodía. El mar era un erial de espejos azules y brillos fosforescentes. La sal ascendía impenitente hasta el velo del paladar. Comencé a tener miedo.

Había limpiado el interior, nos habíamos cambiado de ropa y habíamos adecentado el cubículo de la litera. Ella estaba algo mejor, aunque seguía mareada. Se acuclilló junto al timón, envuelta en una manta, siguiéndome con su vista. Primero volví a revisar el casco, asegurándome de que no había ni la más mínima fisura. Luego moví el timón, hasta convencerme de que era imposible: seguramente lo habíamos perdido o estaba hecho trizas. Me sumergí y buceé intentando examinar el casco del barco: en efecto, el

timón estaba arrancado de cuajo, fruto del impacto. Cuando accedí de nuevo a cubierta, trepando por la escalerilla de estribor, solo pensé en secarme, entrar en calor y consultar las cartas de navegación para cerciorarme de que, de verdad, estábamos mal. Estudié el cielo; al menos no se avecinaba galerna ni mal tiempo. Sin embargo, según mis mediciones, nos hallábamos demasiado lejos del litoral, y me preocupaba. Decidí volver a izar las velas e intentar dominar el barco hacia la costa.

Teresa, no tenemos radio, ni motor. Las baterías están descargadas y no hay combustible. ¡Estamos bien jodidos!

Respiré hondo varias veces. Tampoco entendía lo de Teresa. Había salido bien de Bilbao. Se había mareado, vale. Mareada, bien; siempre se mareaba. También se había mareado al navegar hacia Bilbao. Pero… ¿y aquella fiebre? ¿y aquel malestar? ¿Vomitar tanto? No comprendía nada.

Teresa, vas a tener que ayudarme.

No tuve respuesta, solo un lamento. Sus ojos vidriosos asintieron, pero un nuevo estertor le hizo vomitar, no ya comida sino bilis.

Olvídalo. Me las apañaré, dije.

Imposible. A veces el mar y el viento se alían y no hay vela, casco o manos que puedan vencer su designio. A las cuatro dejamos de ver la costa definitivamente: ni perfil, ni Sollube, ni línea gris ni esperanza.

El mar nos lleva hacia adentro, Teresa. Nos aleja de tierra.

¿Y eso qué significa?, pronunció ella como borracha.

Que tenemos un problema. Un problema grave.

¿Y no puedes poner este trasto mirando hacia la costa?

Lo intento, pero no hay manera. Sin timón, esto es imposible. Estamos demasiado lejos. Lo intento con las velas, pero no se deja. No puedo yo solo…

Estamos jodidos, balbuceó.

Estamos jodidos.

Rio con unos labios amoratados y los ojos rojos por la fiebre. Me asusté. Aquello no parecía un simple mareo.

Teresa. Estás mal. Lo que tienes es algo más que un mareo por navegación.

Estoy intoxicada.

¿Intoxicada?

No sé qué me pasa, pero estoy fatal.

Yo la miraba allí, como un guiñapo, sin fuerzas... Me preguntaba en qué momento el destino se había torcido. Tomé con determinación las escotas y me empeñé en redirigir el barco hacia lo que intuía que, por el sol, era la costa. Después de casi tres horas avanzando, empecé a darme cuenta de que había fallado en el cálculo de la deriva, pues no se divisaba tierra alguna en el horizonte. No hay nada más subyugante que la inmensidad del azul del mar unida a la del cielo, sin referencias.

Ni idea..., pronuncié en voz alta.

¿Gilles?

No sé dónde estamos. No sé hacia dónde poner proa.

Como un principiante, como un grumete de tres al cuarto, como un aprendiz. Así me sentía. Así, en realidad, había actuado, decidido y errado. Toda una vida navegando para caer en la trampa de la autocomplacencia. El exceso de confianza es la peor compañía de derrota.

Cuando empezó a oscurecer, ofrecí a Teresa otra manta, la segunda del *Literal*.

Es mejor que sigas en cubierta. Abajo te marearás. ¿Cómo te encuentras?

Fatal.

¿Qué es lo que tienes? ¿Qué crees que te pasa? ¿Estás intoxicada?

No lo sé, Gilles. Me duele la cabeza y el estómago; estoy mareada. Tengo ganas de vomitar y la lengua seca. No sé lo que me está pasando. Me fallan las piernas...

No sé qué hacer. ¿Quieres beber agua?

Igual, sí.

Le acerqué una botella. Tomé conciencia entonces de que teníamos poca comida y menos bebida. No habíamos reabastecido la ya de por sí exigua despensa del *Literal*.

Mis prisas por escapar de Marceline, de Bilbao y de mis fantasmas me habían llevado a iniciar el viaje sin prepararlo. Además, la oscuridad se acercaba y no sabía dónde estaba. Me quedaba una esperanza.

Quizá cuando sea noche del todo veamos una luz, un faro. Solo necesito un punto de luz con qué orientarme e intentaré gobernar el barco hacia allí con las velas.

Lo conseguiremos, Gilles, gimió. Y se quedó dormida en la misma posición en la que estaba.

Las estrellas me decían que nos encontrábamos a unas ochenta o noventa millas de la costa, deducción a la que llegué sin ningún fundamento. Que el norte estaba a estribor, con lo que yo andaba totalmente perdido. Que el cielo estaba despejado, lo cual era un alivio porque no vendría lluvia. Y que mis conocimientos de orientación eran un desastre, por mucho que un día fuera el *gurja* de Aquitania.

Teresa vomitó nuevamente. No hablaba. Me di cuenta de que se había orinado encima. Empezaba a estar deshidratada. Intenté darle de beber, pero su boca lo rechazaba. Comencé a temer por ella. Le toqué la frente y ardía. Sentí no tener nada con que aliviar su malestar. La situación era complicada.

En un intento desesperado, trimé las velas y puse rumbo hacia el suroeste, donde yo sospechaba que hallaría litoral, pero no hubo suerte. Ni conseguía gobernar el barco ni estaba seguro de que aquella dirección fuera la correcta. Oteaba el horizonte intentando encontrar un vestigio de continente, un monte, una cima, luces, algo.

Hambre. Tenía hambre. Sin embargo, no quise comer de lo poco que llevábamos a bordo, aguardando a que Teresa se recuperara y pudiera ingerir alimentos; los necesitaría.

Suspiré.

La noche fue horrible. No creo que haya nada más demoledor que ver pasar el tiempo sin esperanza de que ese transcurrir traiga solución alguna. A ratos me empecinaba en ver destellos a lo lejos y a ratos me desesperaba, con el único aliento de pensar que al amanecer todo se enderezaría. Quise escuchar un sonido de motor, pero

fueron mis imaginaciones. También un avión, pero no estoy seguro. Solo el chasquido del agua contra el casco y el crujir del mástil eran ciertos; el resto, fantasmas.

A eso de las tres de la mañana me sorprendí dormido, apoyado contra un obenque.

Miré a Teresa: aterida, dormía en popa hecha un ovillo. Me pregunté en qué momento la vida se había ido al garete.

Gilles, me encuentro fatal…

Repté hasta ella. Le dije que no se preocupara, que amanecería en un par de horas y todo se solucionaría. Quemaba. También yo tenía fiebre.

Con las primeras luces quise ver la costa, pero fue un espejismo. Intenté nuevamente hacer funcionar la radio: en balde. El timón, como es lógico, seguía inservible. Y, lo peor, Teresa presentaba indicios serios de encontrarse realmente mal. Yo estaba fastidiado. Tenía fiebre, hambre, sed; había vomitado una vez; empezaba a marearme y las alucinaciones de la noche me habían dejado un regusto amargo, preguntándome por qué los fantasmas habían de aparecer en situaciones críticas. Yo estaba mal, pero Teresa se encontraba muchísimo peor. Retiré sus dos mantas y la descubrí sudorosa, dormida, quieta; tan quieta que temí que no respirara.

Respiraba. No entendía qué había sucedido. ¿Intoxicada? Repasé mentalmente lo que habíamos ingerido en las dos últimas jornadas en Bilbao y no había nada que me hiciera sospechar una comida en mal estado. La tumbé, le mojé los labios con agua potable y volví a cubrirla con la manta.

Jodido, muy jodido. Perdido en mitad del océano.

Recopilé los víveres, la bebida y los útiles que pudieran servirme para afrontar la situación, que no eran muchos. Estudié las cartas de navegación, sin aclararme. Pensé que virando, cambiando el rumbo hacia sureste y aprovechándome del viento que, a partir de las diez de la mañana empezaría a ser algo más cálido, tal vez acabaría dando con tierra firme. Así que comencé a preparar la maniobra. Pese a encontrarme sin fuerzas, conseguí poner proa hacia mi nuevo destino.

Para el mediodía me empecé a sentir cómodo con el rumbo. Para las tres de la tarde, aturdido por el calor y la sed, decidí comer algo. Teresa, tumbada, tiritaba. Tenía los ojos en blanco. Empecé a pensar que se me iba a morir en el *Literal*.

Teresa, por favor, resiste. Tenemos muchas batallas que librar aún. Teresa, no me hagas esto, Teresa, Teresa… ¿Qué te pasa? Esto no es un mareo. Dime algo. ¿Qué te pasa? ¿Y por qué te ha ido a pasar ahora?

La acunaba en mi regazo, agotado tras intentar mantener el rumbo con las velas, ya sin fuerzas. Largué cabos, arrié la mayor, enrollé el génova y asumí que no me restaba energía para dominar el barco con las escotas. Me encomendé al destino o a Dios o a quien fuera.

Teresa, escucha. Cuando salgamos de esta aventura, nos reiremos de todo lo que nos está pasando. Y tú volverás a luchar por tus ideales e irás de país en país hablando de comunismo y de revolución y de que hay que cambiar las cosas. Así que resiste, Teresa, por favor…

Su crisis se agudizó, escupió sangre varias veces, balbuceó algo así como que qué pasaba y que la llevara a un médico. Y tiritó. Y luego se orinó encima otra vez, mojándome a mí, un líquido oscuro y pestilente. Y tuvo estertores, no sé si de dolor o de batalla. Pero no, no se murió.

Cuando nos alcanzó la tercera noche, me desembaracé de ella y bajé a la cámara. Me sentía desfallecer. Ya no había nada que comer y la única reserva de agua potable que me quedaba, una botella de medio litro, la reservaba para ella por si la necesitaba. Era como si me hubieran arrebatado los músculos y cada movimiento mío se ejecutara con el denteroso roce de los huesos entre sí. Descendí la escalerilla, me acomodé en la mesa, saqué el cuaderno de bitácora, aquel que nunca mantenía al día, y escribí.

Llevamos a la deriva desde hace más de setenta y dos horas, tras sufrir el impacto de un contenedor que nos ha roto el timón. Sin radio, víveres ni cartas actualizadas, nuestro destino es irremediable.

Viaja conmigo una persona gravemente enferma. Su nombre es Teresa Conde. Padece algo que en principio nos parecía una intoxicación pero ha derivado en algo más preocupante. Desconozco qué es. Entiendo que, sin ayuda médica urgente, no sobrevivirá.

También yo padezco deshidratación, pero dudo que sea una intoxicación sino el agotamiento y la falta de alimentos. No sé cuánto más voy a durar pero haré todo lo posible por no abandonar a Teresa.

Si alguien encuentra este barco y estamos muertos, por favor, llévennos a ser posible al cementerio civil de Capbreton, en Aquitania, Francia, mi pueblo natal y el lugar en el que ella ha residido toda su vida.

En cuanto al barco, que sea donado a Marceline D’Ousseau para la educación de su pequeña hija Cosette. A ambas se las puede encontrar en las Hijas de la Caridad de Bilbao, Vizcaya, España.

Firmado: Gilles Nabarre.

26

ómo se enfrenta uno a su propia muerte? ¿Hasta qué punto se es consciente del final? ¿Queda algo por decir, por oír, por amar? ¿Es cierto que la paz llega en el preciso instante en el que uno abandona el cuerpo y se convierte

¿C en un alma capaz de acompañar a su gente? ¿Es verdad que hay una sonrisa universal que todo lo ilumina y borra de la propia historia todo cuanto fue sombra, pena o pecado?

27

ejé el cuaderno abierto y volví a cubierta. Anochecía. Teresa tenía los ojos abiertos. Una sacudida en el pecho me impulsó hacia ella. Puse mi oído en su corazón. Latía. Me sonrió.

D

Gilles…

Teresa…

No dijo más. Por primera vez, tomé conciencia de sus cuarteados labios, ennegrecidos, de la sangre seca en su nariz y de la extrema delgadez que presentaba su rostro, como si en lugar de tres días lleváramos allí tres meses.

No voy a abandonarte, Teresa.

Pero no me oyó.

La nueva noche trajo nuevos fantasmas. Al día siguiente estuve vomitando, apenas espumarajos, más por hambre que por enfermedad. Me encontraba débil y sin ánimo.

Me tumbé en cubierta, junto a Teresa, estiré la mano y se la tomé. No estaba dispuesto a morir ni a dejarla morir.

De hacerlo, pensé, el mar sería mi sepultura. ¿Qué mejor que el Cantábrico bendito de mis desdichas, de mis viajes, de mis derrotas, de mis anhelos, de mis aventuras, de mis conquistas, de mis infiernos? Me encontraba en un punto desconocido, a un número indeterminado de millas de cualquier costa posible, rodeado de agua, de verde, de azul y de gris.

Gilles…

Era ella. Musitaba mi nombre. ¿O se trataba de otra nueva alucinación?

Dime, Teresa.

Gracias.

Nunca he entendido aquel gracias. Nunca he sabido si me agradecía la

vida que habíamos vivido juntos, en la distancia, pero juntos, que la rescatara en aquel último lance, o que la atendiera en la cubierta del *Literal*. Quizá simplemente fuera que se sentía en paz, o que la reconfortaba que le diera la mano.

Llegó una nueva noche. Teresa empeoró. Su tos dio lugar a esputos de sangre que en ocasiones la ahogaban. Opté por ponerla de costado. Me caía de sueño, pero no me rendía. Era impensable que muriera ahogada en sus propias secreciones; no, así, no. Le golpeaba la espalda con la palma hueca, intentando aliviar aquellos espasmos. Era evidente que algo se le había roto por dentro. Comenzó a orinar rojo. La iluminaba con un candilillo de mecha (la linterna había agotado su batería en la primera jornada) e intuía, más que veía, que Teresa se deshacía. Yo adivinaba su rostro, creo que crispado, buscando un atisbo de paz.

Ánimo, Teresa. Ya pasará, ya pasará, le decía. Me mentía.

Y entonces dejó de sacudirse, detuvo su tos carmesí, apagó sus náuseas y respiró con placidez, como si nada estuviera sucediendo, como si nada hubiera sucedido, como si todo fuera irreal, como si la pantomima terminara y fuera a encenderse la luz de la sala de butacas. Temí que muriera, pero simplemente tomaba y expulsaba oxígeno con la suavidad de las olas negras sobre las que se mecía el barco.

No, no se encendió la luz en la sala de butacas. Lo que vi fue un foco iluminando la cubierta y posándose sobre nosotros.

¿Estáis bien?, me preguntó.

Y sentí la mayor paz del mundo. La paz de quien sabe que algo milagroso va a suceder. Me dejé llevar por el haz de luz blanca que nos cubría a Teresa y a mí.

Comprendí lo que sucedía.

¿Estáis bien? Tranquilos. Tranquilos. ¿Cuántos sois?

Era un hombre que saltaba a bordo.

¿Qué ha pasado aquí…?, dijo otra voz; una segunda voz, la de otro hombre que también saltó al *Literal*. Por Dios, esta mujer está medio muerta.

¿Y tú? ¿Estás bien tú?



No tuve fuerzas para contestar.

28

ilbao. Hospital de Basurto. Otra vez un hospital. Por la ventana veía la copa de dos palmeras, muy a juego con el vergel de estilo colonial del complejo, más parecido a una residencia de verano para turistas que tomaban baños de mar que B a un sanatorio, compuesto por varios edificios independientes unidos por zonas ajardinadas, setos perfectamente cultivados y toda clase de plantas exóticas traídas por los indianos al País Vasco.

No podía sino acordarme del hospital en Dinamarca y del viejo que escupía en la cama de al lado. Lamenté no haber localizado a aquel cirujano que me ayudó en mi loca huida. Una brisa densa y ajazminada inundaba las instalaciones, colándose por ventanas abiertas y corredores que daban al vergel. Enfermeras con uniformes pulcros atendían a pacientes de todo tipo.

Acababan de darme el alta, después de siete días ingresado. No tenía dolores ni naúseas ni fracturas ni infecciones visibles, así que, una vez que me rehidrataron y descansé lo necesario, decidieron echarme de aquella confortable cama al final del pabellón, la vigésima de una hilera impecable. Yo no quería, porque no tenía claro adónde ir ni qué hacer, y porque Teresa seguía allí, enclaustrada, sin que me

permitieran verla. Padecía una enfermedad que nunca entendí y que se complicó con la falta de agua; afectaba a riñones y esófago, como si ambos se hubieran conjurado para poner en jaque su vida. Algo, en definitiva, que le hacía rechazar el alimento, que le infectaba la orina, que no le permitía respirar bien, que le hundía los ojos en las cuencas y que le obligaba a vivir entre la morfina y un respiradero artificial.

Solo pude visitarla cuando abandoné el hospital, algo que me autorizaron como una concesión para celebrar mi marcha. Entré en su habitación, que compartía con otras tres mujeres con similares síntomas, me escurrí ante las miradas y los claroscuros y tomé asiento en una banqueta metálica a sus pies. Dormía. Una monja atendía con celo mi visita.

Teresa… lo siento, susurré. Debí asegurarme de que llevábamos combustible. Debí cargar las baterías de la radio. Ha sido todo culpa mía.

Lo decía sinceramente. Hasta aquel instante, no lo había verbalizado,

pero no había tenido otro pensamiento en mi cabeza desde que nos rescataron. Sí, había sido mi culpa, mi absoluta responsabilidad (mi absoluta irresponsabilidad). Por mucho disgusto que tuviera, por muchas ganas de huir de Bilbao, de los fantasmas, de Marceline, de mi futuro imprevisible, era imperdonable que no hubiera repostado y cargado las baterías.

Lo siento, Teresa. Te vas a poner bien… Te vas a poner bien y navegaremos juntos. Y

nos reiremos de esta aventura…

Las otras tres pacientes callaron, no sé si por respeto al dramático momento o para enterarse de lo que murmuraba. También la monja agudizó la oreja.

Tengo que ir a recuperar mi barco. Nos encontraron unos pescadores de Mundaka.

¿Sabes qué es lo gracioso? No estábamos tan lejos de la costa; aquella mañana la habríamos divisado y yo habría podido gobernar el *Literal* hasta el puerto. Ya ves. Nos salvaron demasiado pronto como para convertirme en héroe. Siempre he sido un héroe a destiempo. Siempre he sido un tonto. Ya van dos veces que me salvan los pescadores.

Parece que mi vida es una rueda en la que cada torpeza la tienen que arreglar pescadores.

Tragué saliva. La monja estuvo a punto, creo, de ofrecerme un pañuelo, pero se resistió, como si el hábito le privara de humanidad.

Menos mal que dieron con nosotros. Tú estabas fatal. Y yo… yo estaba extenuado.

Remolcaron el *Literal*, pero apenas me acuerdo de ello. El mar es así de despiadado

La monja carraspeó con levedad, como metiéndome prisa para terminar. No me atreví a levantar la mirada; continué mis palabras acariciando al otro lado de la sábana el pie de Teresa.

En el puerto te atendieron de urgencia, mientras me ponían mantas y me daban de beber. Hablaban todos a la vez. Recuerdo que me dolía mucho la cabeza y que las piernas no me sujetaban. Te hicieron vomitar; echaste sangre. Luego te pincharon. Y te cubrieron con ropa. Y te tomaron la tensión. Lo siguiente que vi fue la habitación en este

hospital.

Teresa se movió levemente; el respirador se activó. Ella, bajo la mascarilla, esbozó una queja, pero siguió dormida.

No despertará hasta dentro de unas horas, me explicó la monja. La morfina le evita dolores y la mantiene calmada. No se preocupe. Está en buenas manos.

En el fondo me estaba invitando a abandonar la habitación. Accedí. Me levanté, acudí hasta su rostro y la besé en la frente.

Volveré, Teresa.

Discurría por el pabellón central, donde se distribuían oficinas, despachos, un comedor y algunas dependencias administrativas. Llevaba el rostro serio y la mirada perdida. Imagino que debía dar la apariencia de alguien vencido; seguramente lo estaba.

¡Miguel!

Me acababa de dar de bruces con él, con Miguel, mi Miguel. Estaba hecho un pincel.

Parecía uno de esos locutores elegantes, de esos presentadores de galas veraniegas con su traje de cuadros y una camisa de anchos cuellos verdes. Lucía un imponente bigote, negro como dos trazos de tinta que se le escurrían a ambos lados de la boca. Me sonrió.

De no estar en el hospital, habría pensado que acudía a una fiesta de alta sociedad. Nos abrazamos largamente, sin palabras. Él me apretaba con fuerza, yo le palmeaba la espalda sin dejar de sonreír.

Ha llegado a mis oídos la noticia de que estabas ingresado. ¡Siete días! ¿Cómo han podido pasar siete días desde tu rescate y que yo no me haya enterado hasta hoy? ¿En qué estabas pensando? ¡Tenías que haberme llamado! Por Dios, Gilles… Estás demacrado.

Aquel fue su saludo.

Tomamos algo a la salida del Hospital, en un bar desconchado y ruidoso inundado de humo. Miguel me contó que estaba al corriente de mi peripecia, que se hablaba de ello en el club, que en toda la costa había noticias acerca del tarado que se había quedado sin combustible, sin baterías, sin timón y sin cartas. Reímos. Él, con cariño; yo, con amarga asunción. Conversamos largamente, le narré

mis miedos, mis fantasmas y mis desvaríos… Él me aseguró que, en cuanto le llegó a los oídos el nombre del barco, suspendió una reunión y corrió a buscarme.

¡Cómo se te ocurre, Gilles! ¿Es que no aprendiste nada de mí? Ja, ja, ja.

Has sido mi mejor grumete, Miguel.

He sido tu único grumete. El único capaz de aguantarte desde aquí hasta Valencia.

Ha pasado mucho tiempo…

Mírame, aún no he terminado los estudios en Madrid y ya me ocupo de algunas de las empresas de mi padre.

Se te ve tan cambiado, tan maduro. ¡Estás hecho un hombre!

Ja, ja, ja… Han pasado cuatro años desde que me destetaste. ¿O cinco? Jo, Gilles, cómo pasa la vida.

Su forma de reír no había cambiado. Pese a sus años y su ropa de directivo, mantenía aquel pelazo a lo Kennedy y su sonrisa impecable, con aquellos dientes perfectamente alineados y aquella franqueza en la mirada. Me contó que se había formalizado, aunque no tanto como gustaría en su familia, y que salía con una chica simpatiquísima. Parecía que la cosa iba en serio. Quedamos en que me la presentaría.

Estamos en mil novecientos sesenta y nueve, Gilles. España cambia a pasos agigantados. Franco no durará mucho más: está viejo y solo. Es el tiempo de los audaces. Mi padre dice que cuando muera, habrá ruido de sables, pero que don Juan se va a echar a un lado para que su hijo Juan Carlos se haga con las riendas del país. Será un bombazo, ya verás. Y yo, para entonces, estaré al cargo del imperio familiar, espero.

Ja, ja, ja. A no ser que a Franco se lo carguen antes, apostilló bajando el volumen de la voz y mirando alrededor.

Reconozco que he vivido un poco al margen de todo, Miguel. Me arruiné, me abandoné…

Me he enterado que navegabas con una mujer. ¿Te has vuelto a casar, Gilles?

Creo que me sonrojé. ¿Cómo podía pensar aquello? ¿Es que no me conocía? ¿Acaso daba yo la impresión de haber olvidado a Marie? ¡No! ¡Claro que no me he casado! Era Teresa, mi amiga de la infancia, mi salvadora. Nunca he amado a otra mujer que no fuera Marie. Nunca podría amar a otra mujer que no fuera Marie. Marie me seguía acompañando. ¿Cómo siquiera imaginar que yo pudiera estar con otra que no fuera ella?

La vida nos quita, nos pone, nos regala, nos roba, le dije a Miguel muy seriamente.

La vida se encapricha con nuestro destino y nos sirve victorias y derrotas con el mismo desdén con el que el crupier arroja los dados. Así hizo conmigo: me otorgó a Marie en un remoto pueblo danés sumergido en barro y me la arrebató una absurda mañana de mar. ¿Y qué? ¿Y qué más le da a la vida si, en definitiva, le pertenecemos? Ya me enfadé con ella. Ya me resistí. Ya lloré, maldije y ultrajé mi propia fe insultando cada minuto que seguía vivo. ¿Y qué?

Perdona, Gilles. No he querido molestarte. Tranquilo, no lo has hecho. Es lógico que preguntes.

¿Y quién es la mujer?

Teresa, una amiga de la niñez. Es una larga historia.

Bien… en ese caso, amigo mío, me la contarás mientras comemos ¡Vamos! ¿Dónde te alojas?

Miguel, cretino. Acaban de darme el alta. No tengo dónde ir. Mi barco debe de estar en el puerto de Mundaka y yo, sin blanca, no tengo dónde caerme muerto.

Eso lo arreglo yo. ¡Vamos!

Me condujo a toda velocidad a su casa familiar, al final del paseo de Zugazarte, en un Seat 131- *sport* sin dejar de sonreír ni de apurar en los semáforos en ámbar ni adelantar a los autobuses ni de decirme que, en cuanto se había enterado de la noticia, había ido a buscarme al hospital.

Imagina que llego y tú ya te has ido. ¡No te habría encontrado!

En efecto, la vida es cuestión de instantes. Nos pone y nos quita personas en el camino, y muchas veces lo hace en un instante. Como cuando desapareció Marie, que fue en un instante. O cuando el Mayor

Hasler evitó que un gigantón malencarado me partiera la cara en Dunquerque. Un instante más tarde y, quizá no habría sucedido el encuentro. Poner, quitar. Dar, privar.

Miraba a Miguel y me preguntaba qué habría sido tener un hijo. Qué habría sucedido en mi existencia si en aquella mala mañana Marie no hubiera desangrado a los pies de nuestra cama la vida del hijo que se nos privaba. Se quitaba el flequillo de un soplido, encaraba la recta de Erandio cambiando las marchas de su deportivo, sonreía mientras me hablaba de su novia y yo no dejaba de pensar en por qué la vida era tan caprichosa con nosotros.

El servicio me dispuso una habitación en una pequeña edificación que había en el jardín, a la que llamaban la casa de invitados. No tenía vistas al mar, pero la bahía se percibía en el aire y en el ambiente marinero de la vivienda, con timones en las paredes y réplicas de barcos a escala.

Descansa. Mañana bajaremos al club. Voy a presentarte a gente interesante.

Explícate.

Tranquilo. Todo a su debido tiempo.

Te recuerdo que estoy arruinado, que lo fundí todo en mi viaje tras la muerte de Marie, que malvivo en Capbreton con el salario de un carpintero de ribera…

Gilles, eres incorregible. ¿Crees que eso importa a la gente que te voy a presentar?

Olvídate de Capbreton y de ese infame trabajo. Ellos buscan un buen marino, nada más.

Y tú lo eres.

¿Ellos? ¿Quiénes son ellos?

Ahora descansa, apremió tomando el pomo de la puerta con decisión. Mañana será un día interesante.

No me dejes así. Dime qué está pasando. No entiendo nada.

Pasa que Dios aprieta pero no ahoga y que hoy eres mi invitado.

Y cuando la vida parece que va a resquebrajarse, viene un viento favorable o un amigo o una frase y nos saca del susto.

O no.

O tal vez lo único que haga sea prolongar la catástrofe.

Extracto de un texto lleno de tachones encontrado en la LIBRETA-8 pero fechado en 1969, quizá aludiendo al encuentro con Miguel tras la hospitalización.

30

eresa se fue recuperando muy poco a poco; su progreso y mi recomposición fueron de la mano. Ella salió de su crítica situación y yo encaré el ofrecimiento de Miguel con la convicción de quien no tiene nada que perder. Ella permaneció un T mes más en cama y yo acepté el trabajo que me ofrecía el Real Sporting Club como instructor de vela. Ella dio largos paseos por los jardines del Hospital y yo saqué adelante un nuevo proyecto en el que unir vida y vela.

Teresa ganó peso; yo lo perdí. Empezó a sonreír, yo alcancé diciembre con buen aspecto. Cuando la visitaba comíamos los bombones de la pastelería Arretxe que yo llevaba, hablábamos del futuro, reíamos sobre lo que sucedía en el mundo, celebramos mi treinta y ocho cumpleaños…

Ella cambió su camisón de paciente por una suerte de pijama de algodón que llamaban *chándal*. Yo empecé a impartir clases en un aula rudimentaria a la que acudían jóvenes que, tras pasar por la vela ligera, querían iniciarse en la clase crucero. Ella recibió el alta. Yo la llevé al pisito que había alquilado en Romo, un populoso barrio sito detrás de Las Arenas. Ella volvía a ser persona semana a semana, mes a mes, y yo contemplaba con orgullo cómo Miguel terminaba sus estudios.

Nunca comentamos nada sobre nuestra aciaga aventura ni rememoramos la crítica situación en la que ella casi se me muere en los brazos. Nunca me criticó por no haber repostado; nunca mencionó las baterías. Tampoco llegamos a saber qué le había pasado a su organismo, de dónde le vino aquello, por qué se precipitó precisamente cuando el contenedor nos puso al borde de la tragedia.

Me voy, me dijo un día.

¿A dónde?

Me voy de Bilbao. Me voy de España.

Yo acababa de llegar de la escuela de vela. La fusión del Real Sporting Club y el Club Marítimo del Abra era inminente; se avecinaban buenos días para la navegación, los alumnos se me multiplicaban. Capbreton era un espejismo remoto.

¿Qué dices?, pregunté.

Llevo demasiado tiempo aquí, anclada.

No te entiendo.

Llevo demasiado tiempo aburguesada. Ya estoy recuperada. No puedo seguir siendo una mantenida.

¿Una mantenida?

No puedo, Gilles, seguir viviendo de tu sueldo. Ya no estoy enferma. Creo… creo que es hora de que abandone tu casa.

La escuchaba sin dejar de atender mis cosas. Dejé el calzado en el pequeño balconcito de la cocina, en un mueble que yo mismo había construido con madera cubierta de formica, me calcé las zapatillas de estar en casa, puse agua a calentar para hacer una sopa, apilé los folios junto a la máquina de escribir…

¿Te vuelves a Capbreton?

No. Sería ridículo. Escucha, Gilles, dijo ella retirando mi máquina de escribir de encima de la mesa de la cocina, luego los folios y después poniendo un mantel de hule.

Ni tú ni yo queremos volver a Capbreton. Aquello pertenece al pasado. Tu presente está aquí. Más ahora que has vuelto a escribir.

Se puede escribir en cualquier sitio.

Puse zanahorias en el cazo, una cebolla, una pastilla de *avecrem*.

Me acordaré de tus sopas birriosas, Gilles. Son una porquería, sonrió ella, colocando los platos y los cubiertos.

Cenamos en silencio.

¿La echas mucho de menos?

A diario.

Marie fue una mujer afortunada.

Levanté la vista de la mesa y le pregunté por qué decía aquello.

Por tenerte, respondió.

Sentados en la sala, ya con la cocina recogida, puse la tele sin

convicción, quizá para evitar continuar con aquella conversación. Sin embargo, Teresa la apagó, se sentó en la butaca junto al sofá y, tocándome la rodilla, hizo que la mirara.

Me voy la semana que viene. Lo tengo todo organizado. Iré en autobús hasta San Sebastián, y de allí a Hendaia, donde tomaré un tren hasta París. Allí cogeré un avión.

Supongo que no va a servir de nada que intente convencerte de que te quedes.

En efecto, Gilles.

Ni atenderás a razones. Te da igual lo que yo piense o sienta.

Hagamos una cosa: no nos despidamos. Actuemos como lo hemos hecho a lo largo de nuestra vida. Siempre hemos aparecido y desaparecido.

Me levanté y encendí nuevamente el televisor. Ella me siguió y lo apagó furiosa.

Estaba radiante, incluso hermosa en su desaliñado aspecto.

¡Gilles, por favor! ¡No actúes como un niño!

En lugar de enfadarme, respondí con templanza.

Tienes razón, Teresa.

¿Tengo razón? ¿Eso es todo? ¿Eso es todo lo que vas a decirme?

Si quieres irte, vete. No voy a impedírtelo.

¡Claro que no vas a impedírmelo! ¡Estaría bueno que lo intentaras! Entre tú y yo no hay ataduras, Gilles. No podrías impedírmelo.

Dime una cosa. ¿A dónde te vas?

Sudamérica.

¿Sudamérica?

En Sudamérica se está jugando el futuro modelo que imperará en el mundo. Hay que ayudar para que gane el socialismo o nos iremos todos al carajo. Los *yankis* van a acabar por dominarnos.

Ya…

Tú no lo entiendes, Gilles.

No, nunca lo he entendido. ¿Vas sola?

Teresa calló.

No vas sola, ¿verdad?

Siguió sin decir nada.

¿Vas con alguien?

Teresa bajó la mirada.

¿Vas con él? ¿Seguís en contacto? ¡Ya! ¡Seguís en contacto! Y vas con él. Os vais a montar revoluciones por América. Debía figurármelo. ¡Constantine! Te vas con Constantine, ¿no es así?

Levantó el rostro y posó sus ojos en los míos. Los descubrí inmensos, preciosos. Eran los ojos de aquella niña malencarada que jugaba con nosotros en las calles de la posguerra. Suspiró. Levemente sonrió de lado. Había paz en su gesto.

La abracé.

Te tuve en mi pecho, le dije sin soltarla, susurrándole al oído. Me orinaste encima, me vomitaste, me llegué a convencer de que te ibas a morir en el *Literal*, pero lo di todo con tal de mantenerte con vida. No creo en la magia, pero confío en los milagros. Dile a Constantine que te proteja como yo lo hice o que, al menos, crea en los milagros.

A la mañana siguiente desayunamos en silencio. Teníamos ambos un aspecto desastroso; era evidente que no habíamos pegado ojo en toda la noche. Me pesaba la soledad que se me venía encima, otra vez, como siempre en mi vida. Calenté café.

¿Te quedarás aquí?

Volver a dar clases me ha reconciliado. A veces me asalta el pasado. Me pregunto que fue de Karl. Quizá debería haber viajado por el mundo como él.

Así que te quedarás aquí. Deberías marcharte.

¿Y qué quieres que haga? ¿Marcharme? ¿Dónde? La vida me ha dado

otra oportunidad. No entiendo dónde podría ir si no.

Hay alternativas, Gilles. Lo único que pasa, dijo levantándose y dejando el vaso en la pila, es que no te atreves a encararlas.

Pues no lo sé, Teresa, no lo sé, respondí sin acritud, quedamente. No sé si quedan otras alternativas. No sé si se puede luchar para cambiar el mundo o el mundo va a su ritmo y nosotros lo único que podemos es acomodarnos a él. No lo sé. Lo único que sé es que yo quería una vida tranquila en Capbreton, navegar, honrar a mis padres y crecer en paz… y en lugar de eso, Teresa, he ido de golpe en golpe, recibiendo lo que el mundo me ha puesto delante, muchas veces sin posibilidad de decir que no.

Siempre hay posibilidad de decir que no.

Qué sabrás, Teresa.

Qué sabrás tú, Gilles. Oh, el gran Gilles. El *gurja* de las narices. ¡En la vida hay que mojarse! ¡En la vida hay que tomar partido!

¡Y yo lo he tomado, Teresa! He tomado partido por vivir la vida recibiendo los golpes que me da. Y aprovecho para recordarte que fui yo quien te sacó de una cárcel franquista.

¡Ja!

¿Ja? ¿Qué quieres decir con ese ja?

Nada

¿Nada? ¡No, venga, dime! ¿Qué quieres decir con ese ja?

Nada.

Vete al carajo, Teresa.

No, Gilles, vete tú. No pensaba que me reprocharías aquello de la cárcel de Zaragoza.

Teresa, escucha, dije. No es un reproche. Volvería a hacer lo imposible por salvarte de una cárcel de Zaragoza o salvarte de lo que fuera.

No somos tan diferentes, Gilles… Algo inventaré para convencerte de que salgas de este agujero en el que te estás escondiendo. Eres un hombre de acción, por Dios. Eres un hombre de mar y te estás apolillando en este piso, en esta escuela de vela y en este mar tan

tuyo.

Respiré profundo, me calmé, recogí las cucharillas, las servilletas. Cerré la lata de las galletas y barrí con el canto de mi mano las migas del hule. Guardé la leche en el frigorífico. Fuera ya había amanecido y el sol dibujaba brillos sobre el poyo de la cocina.

Sí, somos diferentes. Tú actúas convencida; yo lo he hecho siempre sin saber por dónde me pegaba el viento.

Nos callamos ambos. De pronto, a Teresa se le relajó el rostro y comenzó a dibujar una sonrisa. Se alzó, vino donde mí y me miró a escasos centímetros.

No te imaginas cuánto te quiero, aquitano. Lo de sin saber por dónde te pega el viento es una buena metáfora para un marino, Gilles.

Reí.

Rió.

Buena suerte.

Buena suerte, Gilles. Algo inventaremos para que espabiles.

Teresa salió una vez más de mi vida. Como tantas veces, como tantas personas.

Como todas las personas de mi vida.

31

a sabes que no estoy hecho para el secano, Miguel, le dije sujetando el auricular del teléfono fuertemente contra mi cara.

Y ¿Irte?, respondió.

Llevo demasiado tiempo aquí. Necesito volver a navegar. Volver a perderme y desaparecer.

Navegas a diario. Eres un buen profesor de vela. Entiende que no te crea.

Necesito desapegarme.

¿Te parece que nos veamos mañana y hablemos con calma?

Zarparé al amanecer.

¿Cómo que vas a zarpar al amanecer? ¿Y la escuela? ¿Y tus alumnos?

Sabréis qué decirles.

¡No seas ridículo, Gilles! Si quieres navegar, hazlo. Organicemos una derrota, participemos en la Fastnet Race, si quieres. O demos la vuelta a España otra vez este verano, como en el sesenta y siete… Pero no puedes desaparecer mañana mismo, Gilles, cabezón. Venga, no se hable más. Mañana te invito a comer.

Mañana, concluí antes de colgar, zarparé con las primeras luces.

Mi padre se afeitaba en el lavabo. Tosió. Golpeó tres veces la cuchilla en el borde.

Tin, tin, tin. Dejó correr el agua hasta que desapareció la espuma. Con la toalla se aclaró el rostro y, escrutando su imagen en el espejo, comprobó el rasurado. Se le veía satisfecho. Tomo después el *aftersave* y se palmeó las mejillas. Canturreaba.

Me miró.

Muy bien, hijo. Nos despedimos para siempre, he acabado de afeitarme. Ya no será necesario vernos más. Ha sido un honor acompañarte todos estos años. Ahora, sigue adelante con tu historia.

Amanecía sobre el Abra. El día estallaba con brillos azules en el agua. El mundo era un escenario inconmensurable.

Comprobé las escotas, las velas y las drizas. El *Literal* se dejaba acondicionar como el caballo noble que es ensillado con parsimonia, sabedor de que le aguarda una gesta.

Rellené el depósito de combustible, probé las baterías, ordené los víveres que había ido alineando en cubierta para ir bajándolos a la cámara. Subí a bordo las cuarenta botellas de agua. Revisé la ropa, la documentación, los indicadores…

Permiso para subir.

Me alegra ver que no pierdes las viejas normas de cortesía, Miguel. Permiso concedido.

¿Vas en serio?

Como siempre. Te lo expliqué ayer por teléfono. Te dije que partiría al alba y aquí estoy.

¿Rumbo?

Lo decidiré en La Galea.

¿Francia?

En La Galea tomaré una decisión.

¿No hay nada que te haga quedar?

Nada ni nadie.

Eso me duele, Gilles.

No es personal, Miguel. Acabarás entendiéndolo.

No piensas volver, ¿verdad?

Ten: son las llaves de mi casa. Lo que queda de mes está pagado; luego cancela el contrato de alquiler. La mayoría de los muebles son de la dueña; los que no, que se los quede o cógelos tú, me da igual. Lo mismo con los objetos que he dejado en los armarios.

Eres un radical. No puedes irte.

¿Ves el mar? Sí que puedo irme. El mar siempre permanece.

Al menos, de vez en cuando avisa por dónde andas.

Buscaré a Karl Ove.

¿Sabes dónde está?

No, por eso lo buscaré.

Estás loco.

O tal vez sea que soy tonto, sonreí.

Miguel me seguía por el barco, ayudándome a acondicionar las cosas, a preparar los aparejos y comprobar el velamen. Encendí el motor.

Encima de la mesa de la cocina, le susurré mientras lo abrazaba con sincero afecto, está mi máquina de escribir; me haría ilusión que te la quedaras. Junto a ella hay un taco de páginas con la novela que nunca he terminado; digamos que son mis memorias, si es que uno, a los cuarenta años, puede hacer sus memorias. Probablemente sean abominables. Léelas y, si te da la gana, acábalas. Puede que te apetezca escribir mi historia. En caso de que así lo decidas, utiliza mis libretas; las encontrarás en una caja de madera que también está sobre la mesa de la cocina, son muchas y no guardan ningún orden, pero te servirán para completar los folios. Tuyas son. Lo que hagas luego con todo ello me da igual. Y ahora, le ordené deshaciendo el abrazo y volviéndome hacia el timón, fuera de mi barco y larga el amarre de proa, grumetillo.

32

La Historia es la suma de nuestras historias, el muestrario irredento de miles de historias personales, historias anónimas, historias mundanas que rara vez alcanzan la categoría de gesta. Sin embargo, en cada vida hay episodios que podrían llegar a los

libros, hazañas en minúscula de las que nadie habrá oído hablar, capítulos épicos para sus protagonistas aunque imperceptibles para la eternidad.

Mi historia es la nuestra y seguirá siéndolo allá donde la vida me lleve.

Apunte, fechado el 26/11/73, junto a un telegrama de la misma fecha que reza así: Nueva misión STOP Gurja como en viejos tiempos STOP Biarritz hotel habitual inmediatamente STOP Mayor Hasler implicado STOP Fdo: Susanne Vila

AGRADECIMIENTOS

Esta novela nace gracias a Ana, por quien me lancé por fin al mar con aquel curso a bordo de un barco J-80 en el que me desteté y del que pronto empecé a recoger frutos gracias a Jon Zubeldia, amigo, cómplice y compañero de navegación en el amplio sentido de la palabra.

Sirvan estas líneas como merecido homenaje póstumo a Juan Olábarri, quien me acogió en su precioso balandro, el *Artako*, inspirador del *Literal*. En su compañía, y en la de su tripulación, he experimentado qué es leer el mar, manejar escotas, descifrar vientos y gestionar las olas, en este Cantábrico tan mío como de mis personajes. Quiero hacer mención a Tomás Alonso-Allende, comodoro del Real Club Marítimo el Abra-Real Sporting Club, y a Alfonso Hernández, director de la Escuela Náutica Sotavento, por acompañarme en las partes técnicas del libro, por instruirme a bordo con harta paciencia y por confiar en estas páginas, asesorándome y aportando su experta visión, además de facilitarme cartas de navegación y valiosos libros.

No puedo olvidarme de Óscar González, compañero historiador, con quien comparto la pasión por desenterrar y divulgar episodios del pasado. Fue él quien me puso en la pista de la Betasom, de la ruta *Marie Claire* y de la operación del Mayor Hasler, y quien me

proporcionó, con su generosidad habitual, la bibliografía necesaria para dar a estas páginas un escrupuloso rigor histórico. Asimismo, a Mikel Elorza, parte imprescindible de mi equipo, sagaz lector-cero, por ser implacable en sus aportaciones.

Gracias a la cantante Isabel Geffroy, más conocida como ZAZ, por aportar, sin saberlo, la banda sonora de este libro, especialmente su pieza *Si jamais j'oublie*.

También a Pablo Ledesma, espléndido, por navegar conmigo en el Mediterráneo, por dejarme el timón de su *Indómito* y por enseñarnos que no se trata de tomar buenas decisiones sino de hacer buenas las decisiones que se toman, y a Prado Gutiérrez, por atinar con sus opiniones sobre el libro, por apoyarme incondicionalmente y despertar la furia.

Cómo no, a Idoia, mi hija, por vivir paso a paso cada instante de la construcción de esta novela, por empujarme al mar los días de lluvia, en invierno, y por su fe ciega en el *gurja* de Aquitania.

Por supuesto, a Miguel, por aceptar el reto y hacerse con las libretas para escribir este libro, terminando así el que comenzó el auténtico Gilles Nabarre.

Y a Marie, sea quien sea y esté donde esté.